

UN BESTSELLER DEL SUNDAY TIMES

Carole
Matthews

El club
de las
chocoadictas



El club de las chocoadictas

El club de las chocoadictas

Título original: The Chocolate Lovers' Diet

© 2007, Carole Matthews (Ink) Ltd. Reservados todos los derechos.

© 2024 Skinnbok. Reservados todos los derechos.

ePub: Skinnbok

ISBN: 978-9979-64-623-5

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Esta es una historia ficticia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes se deben a la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con hechos, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.

Capítulo 1

He descubierto que existen dos clases de mujeres: las adictas al chocolate y las lagartas. Las lagartas son las que dicen: «Sería incapaz de tomarme una chocolatina Mars entera, ¡son tan empalagosas!». O bien: «Con un cuadradito de chocolate negro tengo más que suficiente, ¿tú no?». O peor aún: «La verdad es que el chocolate no me gusta mucho. Me va más lo salado». Y todo esto mientras mordisquean cautelosamente un Twiglet, como si semejantes palitos retorcidos de sabor inclasificable pudieran sustituir al placer más absoluto. Pero ¿esto qué es?

Nosotras, las socias del club de las chocoadictas, somos entusiastas empedernidas. Nos encanta el producto alimenticio más delicioso del mundo en todas sus variadas formas. Nada de lo que avergonzarse.

Hoy mis amigas y yo estamos reunidas en la sede de nuestro club, un acogedor refugio emplazado en una de las calles laterales más limpias y salubres de Londres. Se llama Chocolate Heaven y, como su nombre indica, es el paraíso del chocolate.

Queda una semana para Navidad y me gustaría describir una estampa callejera nevada y llena de encanto al estilo de Dickens, si bien no me resulta posible ya que estamos en el Londres del calentamiento global y, en consecuencia, el cielo luce el gris propio de las faldas de uniforme escolar, llueve a raudales y sopla un vendaval. No es que a nosotras nos importe. A pesar de que los elementos causan estragos a nuestro alrededor, nos mantenemos firmes. Chantal, Autumn, Nadia y yo, Lucy Lombard —adicta absoluta al chocolate y socia fundadora del club—, estamos arrellanadas en el sofá, frente al fuego. No es un crepitante fuego de leña, sino el equivalente moderno en gas; pero funciona igual de bien para nosotras, que nos hemos atrincherado para rato. Sinceramente, no vamos a consentir que nadie se aproxime a nuestro espacio privilegiado antes de la hora de cierre. Tenemos delante una bandeja con caprichos de chocolate —bizcocho ligero como el aire, rematado por un remolino de azúcar con sabor a capuchino- deliciosos *brownies*. También hay una selección de las trufas más exquisitas conocidas por el hombre, elaboradas con nata y cacao de Madagascar —se cuentan entre mis bocados favoritos—. Al ser la nata fresca, no duran más que un par de días —¡como si fuera un problema!—. Hazme caso, es lo más parecido a un orgasmo que se puede conseguir en un lugar público. Un leve gemido de placer se me escapa de los labios.

Los propietarios de Chocolate Heaven, Clive y Tristan, son dos gays maravillosos —no esperarías encontrar heterosexuales al frente de una chocolatería, ¿verdad?— que nos tratan a cuerpo de rey, ya que somos sus mejores clientes con diferencia. Si nos permitieran acordonar este espacio y colgar un letrero de ZONA VIP sólo para nosotras, no lo dudaríamos un segundo; pero, mezquinamente, insisten en aceptar otra clientela en su local a pesar de que no consume, ni mucho menos, la misma cantidad de chocolate.

Nuestros abrigos húmedos, amontonados a un lado, emiten una ligera nube de vapor. Mi juvenil melena corta y rubia, poco antes impecablemente arreglada con una plancha alisadora y medio kilo de acondicionador Frizz-ease, ahora se me adhiere a la cabeza como una lapa. Aun así, las cosas empiezan a mejorar. Las cuatro sujetamos nuestras respectivas tazas de chocolate caliente, sazonado con el intenso sabor de la guindilla y coronado por una cantidad de nata montada a todas luces excesiva. Mis papilas gustativas no saben si desmayarse o estallar en

llamas. La felicidad se encuentra al alcance de la mano; bueno, así sucedería si no fuera por un pequeño inconveniente.

De la pared de Chocolate Heaven cuelga un risueño letrero de cerámica. Clive, llevado por el ambiente festivo de la época, lo ha rodeado con una tira de espumillón plateado. El letrero reza:

Consejos de supervivencia para momentos de estrés:

1. Respira hondo
2. Cuenta hasta diez
3. Come chocolate

He aquí nuestra declaración de principios, nuestro solemne decreto sobre la manera en que dirigimos nuestra vida. Respiro hondo, llego a contar hasta tres y acto seguido me como otra trufa. Un profundo suspiro de alivio se me escapa antes de que pueda reprimirlo. Éste es un momento de tremendo estrés. Llevo puestas las bragas con la leyenda: «Olvídate del amor, hártate de chocolate», lo que acaso te dé una pista sobre la naturaleza de mi dilema.

—¿Sigues sin saber nada de Crush? —pregunta Nadia bajo su espumoso bigote de nata montada.

He ahí el pequeño inconveniente. Niego con la cabeza. Mi novio actual, el señor Aiden Holby —también conocido como Crush- se encuentra en la actualidad Desaparecido En Acción (DEA). En Australia.

De alguna manera, el hecho de estar DEA en Australia, al otro extremo del mundo, empeora las cosas. Si estuviera DEA, por ejemplo, en Belsize Park, podría acercarme en autobús o en el metro y aporrear su puerta a intervalos regulares hasta averiguar con exactitud qué estaba pasando. Tal y como están las cosas, me encuentro en un aprieto. Los fervientes correos electrónicos que le he enviado no han recibido respuesta. Mis pacíficas —si bien teñidas de preocupación- llamadas telefónicas desembocan irremediabilmente en el buzón de voz y, aunque su ordenador le dice al mío que Crush está conectado, nadie responde. No sé por qué. A través de nuestras respectivas *webcams* manteníamos largas conversaciones transcontinentales, algunas de las cuales llegaban a alcanzar un tono apasionado de lo más agradable. ¡Viva la tecnología moderna! Y luego, nada. El silencio más absoluto.

—No lo entiendo —digo yo—. No es propio de él.

Chantal suelta un sonoro resoplido como diciendo: «Es un tío, ¿qué esperabas?».

—En serio —insisto—. No es como los demás.

Por «los demás» léase el maldito cabrón de Marcus, mi reciente ex novio y el hombre más infiel en la faz de la Tierra, incluidos Bill Clinton, Tom Jones y Darren Day.

Mi amiga norteamericana, la del peinado perfecto y la cuenta corriente a rebosar, suelta otro resoplido. Procuro morderme el labio. Aunque es una de mis mejores amigas, las relaciones entre Chantal y yo siguen un poco tirantes por el momento. Esto se debe a que estuvo saliendo con mi ex novio —no me refiero a Marcus, sino a otro mucho más agradable que se llama Jacob—. Ahora mismo me encuentro en una situación bastante confusa. Mi vida amorosa ha sido el equivalente romántico de un accidente múltiple en la M1. Metal desgarrado, estruendo de sirenas, atasco total, catástrofe, cadáveres por doquier. Disculpa un momento, tengo que ingerir más chocolate para mantenerme a flote...

Permíteme que te ponga al corriente mientras el chute de chocolate surte efecto. Jacob y yo disfrutamos de un romance breve —si bien mutuamente satisfactorio—, a pesar de que nunca llegamos a intimar sexualmente debido a una combinación de circunstancias desafortunadas. Al contrario que Marcus, era un tipo encantador; aunque lo cierto es que nuestra relación se empañó un tanto cuando descubrí el método que había elegido para ganarse la vida. Jacob me había dicho que trabajaba en el sector del ocio, lo que en rigor no faltaba a la verdad. Lo malo es que se dedicaba a la prostitución. ¿Cómo es que siempre descubro demasiado tarde que los hombres de mi vida esconden oscuros secretos? Mi querida Chantal, sin embargo, sí estaba al tanto de la profesión de Jacob. Y supongo que, pensándolo bien, en realidad no estuvo saliendo con él; se limitó a contratarle por horas. La idea de que se acostara con Jacob, aunque fuera a escala profesional —mientras yo ni siquiera había podido verle en calzoncillos por mucho que me apeteciera—, ha dejado entre nosotras un cierto resquemor, como te puedes figurar. Entonces volví con Marcus, lo que fue una Gran Equivocación que puso la guinda a todas las Grandes Equivocaciones. En pocas palabras, me demostró que no me puedo fiar de él bajo ningún concepto. Jamás cambiará sus hábitos mujeriegos y nunca volveré a creer que lo hará. Esa fase de mi vida ha terminado. Una vez despejados los escombros, la autopista de mi existencia vuelve a discurrir sin contratiempos. He madurado emocionalmente, he pasado página. Por suerte, ahora mantengo un romance con mi antiguo jefe, Aiden *Crush* Holby. Sólo que éste parece encontrarse ausente de forma temporal. Puede que no sea más que un fastidioso cono de carretera, abandonado en mitad del camino.

—Aiden acabará por aparecer —asegura Autumn como si estuviera hablando de unas zapatillas de andar por casa que he perdido hace poco. Enrosca un dedo alrededor de uno de sus disparatados rizos pelirrojos y me clava la mirada. Me encantaría ser como Autumn, que siempre ve la botella medio llena. Por lo general, yo veo una gota solitaria que, infeliz, persiste al fondo del envase—. Habrá una explicación del todo convincente —continúa—, ya lo verás.

—Intentaré localizarle más tarde —les digo. Acto seguido, me como varias trufas con ademán desesperado y mi fachada distante se desmorona por completo.

Mantener una relación entre dos zonas horarias tan dispares siempre iba a resultar difícil, claro está; pero, te lo aseguro, por *Crush* merecía la pena. Es el hombre más encantador que te puedas imaginar. El mejor novio que he tenido nunca, con diferencia. La lista no será muy extensa, de acuerdo; pero ha habido unos cuantos.

Aiden Holby y yo trabajamos en Targa, una empresa de recuperación de datos que, en fin, se dedica a recuperar datos. No me preguntes nada más técnico que lo que acabo de decir. Como ya he mencionado, Aiden era mi jefe, y fue entonces cuando comenzó mi enamoramiento (*crush*, en inglés, de ahí el mote que las socias del club de las chocoadictas le hemos endosado). Ahora le han ascendido a director del no-sé-qué internacional, un puesto importantísimo, y por eso está en la otra punta del mundo mientras yo sigo en Londres estancada en el departamento de Ventas, donde desempeño un trabajo temporal e indeterminado y, en términos generales, paso el tiempo tratando de no hacer nada demasiado agotador. Puede que yo sea el trabajador temporal más permanente que Targa haya tenido en su existencia, pero no pienso pasarme aquí el resto de mis días. Para nada. Estoy esperando a encontrar mi papel predestinado en la vida, digámoslo así. El cual, por descontado, me está dando largas por el momento.

Se suponía que tenía que reunirme con *Crush* en Sídney para empezar una nueva vida de

jolgorio y diversión en calidad de novia legal, reconocida y a jornada completa. Íbamos a vivir juntos y todo lo demás. Un final feliz, un «vivieron felices y comieron perdices». Pero quiso la suerte que me rompiera la pierna al caerme por las escaleras en cierta ocasión cuando el jolgorio se nos fue un poco de las manos. Por si esto no fuera bastante, me prohibieron volar en avión durante varias semanas debido a mi voluminosa escayola.

Crush tuvo que marcharse a Australia sin mí: los puestos importantes no esperan a nadie. Pero habíamos quedado en que lo organizaría todo para que yo pudiera reunirme con él lo antes posible. Sin embargo, ahora que mi extremidad fracturada se ha curado y me han quitado la escayola, no puedo permitirme el billete de avión a Sídney en estas fechas de buena voluntad en las que se produce un aumento de precios desorbitado. Mientras tanto Crush, mi encantador novio allende el mar, por lo que parece, se ha evaporado de la faz de la Tierra.

—Entonces, ¿no sabes si va a volver a casa por Navidad? —pregunta Nadia.

—No. Comentó algo, pero... —pero no ha contestado mis malditos mensajes telefónicos ni los correos electrónicos ni nada. En lugar de prepararse para disfrutar conmigo de la cerveza, las barbacoas y Bondi Beach, el susodicho novio ha desaparecido. Definitivamente, la circunstancia exige más chocolate y un refuerzo de nuestra declaración de intenciones. Da la impresión de que un poco de ese *brownie* funcionará.

Respira. Cuenta. Come. Mmm. Ah, eso está mejor...

Capítulo 2

Quien dijo que el dinero no compra la felicidad no gasta su capital en chocolate, eso está claro. Tras varias ociosas horas consumiendo con mis amigas nuestro alimento preferido —los caprichos, las trufas y los *brownies* desaparecieron hace rato- noto un resplandor rosado en mis mejillas y una cálida sensación de plenitud en el estómago. Me siento más que satisfecha y por fin empiezo a percibir en cierta forma el espíritu navideño. ¿Soy la única persona que opina que las navidades deberían celebrarse una vez cada cinco años, nada más? Sería estupendo. Una vez al año es demasiado. Apenas he terminado de guardar los adornos cuando, mira por dónde, llega el momento de desempolvarlos otra vez. Lo único que echaría de menos son los deliciosos productos a base de cacao elaborados especialmente para la época: los surtidos de bombones selectos y las monedas de chocolate, así como las cajas de Milk Tray de un kilo, envueltas en celofán con motivos de copos de nieve, técnicamente imposibles de acabar de una sentada.

Año tras año, a pesar de haber jurado no hacerlo, he llevado hasta el límite mi tarjeta de crédito para regalarle a Marcus, mi ex novio, un obsequio de precio desorbitado que él seguramente no necesitaba y, con toda probabilidad, nunca agradeció. No es agradable encontrarse endeudada hasta bien entrado junio sólo para que mi antiguo amado pudiera recorrer un circuito al volante de un Aston Martin DB9, experimentar los placeres del vuelo con ala delta o surcar el cielo serenamente a bordo de un globo aerostático, copa de champán en mano. Pero también es cierto que Marcus siempre me hacía regalos tan maravillosos por Navidad que me sentía obligada a corresponder; a veces, incluso, a competir. Cuando me regalaba un día en un balneario fabuloso o una caja gigantesca de delicias de chocolate belga, no podía limitarme a envolverle para regalo un CD de grandes éxitos y una colonia barata, ¿verdad? Crush es un hombre mucho más práctico y estoy convencida de que quedará más que satisfecho con una pequeña muestra de mi amor. Otra razón de peso para librarme de Marcus.

Dejándome caer en el sofá, me desabrocho el primer botón de los vaqueros y dejo que la tripa se relaje confortablemente. En esta época del año, controlar mi ingesta de chocolate supone una auténtica pesadilla; la tentación del consumo masivo de las latas de Quality Street Celebrations, las nueces de Brasil cubiertas de chocolate y las naranjas de chocolate de Terry's es más de lo que una mujer debería tener que soportar. ¿Y qué me dices de las cajas de palitos de chocolate de Cadbury's, de un metro de longitud, que no tienes más remedio que comerte por educación ya que un compañero de la oficina ha tenido la ocurrencia de regalarte una? Mmm. Una sola de esas pequeñas delicias nunca es suficiente, ¿a que no? Apuesto a que podrían incluirme en el Libro Guinness de los récords por el consumo más rápido de un metro de palitos de chocolate. Piensa en todo el entrenamiento que podría hacer. De pronto, mi panorama se ilumina. Sí, tal vez la Navidad no sea tan mala después de todo.

Por razones un tanto incomprensibles, he hecho un esfuerzo para decorar mi salón, más bien andrajoso. Tal vez fuera porque confiaba en que Crush volviera a casa por Navidad. He comprado un árbol de los de verdad en Camden Market, lo que no me ha costado un gran esfuerzo, ya que el mercadillo está justo enfrente de mi casa y el vendedor, llevado por una inesperada ráfaga de buena voluntad estacional, lo acarreó hasta el piso en mi lugar. Aunque tuve que pagar cerca de veinte libras. Y encima le di una generosa propina. Ahora el árbol está

decorado con lucecitas con forma de guindillas que se encienden y se apagan alegremente de forma un tanto soporífera. Se supone que es una variedad de abeto azul indestructible o algo parecido, pero en mi moqueta se ha formado una pila de agujas de pino que va en constante aumento. A este paso, antes del veintiséis de diciembre estará más pelado que una bola de billar. Puede que me hayan dado gato por liebre. No me extraña que el tipo aquel tuviera prisa por librarse del dichoso árbol. Y luego hablan de los hombres —y las mujeres- de buena voluntad y todas esas pamplinas.

Contemplo las luces intermitentes un rato más y empiezo a entrar en trance. Antes de que mis ojos se cierren por completo, decido volver a llamar a Crush.

En Inglaterra es por la tarde, así que en su continente serán las... Bah, yo qué sé, alguna hora intempestiva, me imagino. Resulta prácticamente imposible encontrar un minuto para llamarle cuando ambos estamos despiertos pero no trabajando. Australia es un gran país, no me cabe duda; sólo que ojalá estuviera un poco más cerca. A continuación de Irlanda, por ejemplo, de modo que easyJet pudiera trasladarme por menos de lo que me ha costado este árbol navideño que se arruina por momentos.

Me pregunto qué haremos si Crush consigue volver a casa de vacaciones. Nos imagino dando largos paseos por Hampstead Heath, ambos envueltos en suaves y estilogas prendas de lana de colores primarios —posiblemente compradas en Gap- que nos protegen de la fría y blanca escarcha. Nos imagino tostando nubes de azúcar frente a una chimenea, aunque en realidad carezco de chimenea y por lo general renuncio a las nubes de azúcar, al considerarlas golosinas de clase inferior por no estar elaboradas con chocolate. Nos imagino tumbados en el suelo, haciendo toda clase de travesuras furtivamente festivas bajo mi debilitado abeto y mis luces parpadeantes con forma de guindilla.

Entro un momento en el cuarto de baño para pasarme un cepillo por el pelo. Seamos realistas: las cámaras web no suelen mostrarte muy favorecida. Quiero dar la sensación de no haberme esforzado demasiado, pero tampoco me apetece tener un aspecto descuidado. El *glamour* informal es muy difícil de conseguir. Mientras me aplico brillo de labios, decido que estoy preparada para reunirme con mi amado en el ciberespacio.

Enciendo el ordenador y aguardo a ver si mi novio me espera al otro lado. Pero en vez del encantador rostro de Crush inundando mi campo visual en la cámara web, aparece de pronto en la pantalla una mujer muy atractiva.

—Hola —me dice, bastante adormilada.

No consigo articular palabra. Estoy demasiado ocupada clavando los ojos en la escandalosa lencería que lleva puesta. Es negra y de encaje, con bordados rosa fucsia. La clase de ropa interior con la que no te gustaría que te pillaran en el departamento de Urgencias de tu hospital local. La clase de ropa interior que no favorece a las mujeres con celulitis.

La desconocida aporrea el ordenador por la parte de arriba.

—No oigo nada —protesta—. ¿Hola? ¿Hola? —Entonces, gira la cabeza y habla por encima del hombro—. ¿Dejaste esto encendido? Me parece que alguien trata de conectarse —otro golpe. Y otro más.

Mi voz aún se resiste a salir.

—¡Puaj! —frunce los labios—. Sólo se ve el interior de una nariz.

Me echo hacia atrás para apartarme de la cámara.

—Ven —dice—. A ver si consigues que funcione.

Acto seguido, mueve hacia un lado su figura extraordinariamente esbelta y, qué quieres que te diga, el interior de mi nariz no es nada comparado con la visión que tengo frente a mis ojos.

Tumbado en la cama, a espaldas de esta..., de esta fulana..., hay un hombre desnudo. Muy desnudo. Con el trasero al aire. Sin una triste sábana que lo cubra. Llegado este punto, he de mencionar que Crush y yo nunca nos hemos visto en una situación íntima de semejante naturaleza, por lo que no reconozco al instante el trasero desnudo. ¿Pero de quién iba a ser, si no? Barajo la posibilidad de haberme conectado a un ordenador equivocado. ¿Es posible que haya contactado en el ciberespacio con otra persona y que esta mujer encantadora, si bien ligera de ropa, no se encuentre en realidad en el dormitorio de mi novio? Por desgracia, no creo que sea el caso. Estoy segura de que es el ordenador de Aiden. Sin lugar a dudas, ésas son sus cortinas y ése, su papel pintado. Lo que significa que, en efecto, están en la cama de Crush. Ella, con su diminuto conjunto de sujetador y bragas; él, con su trasero completamente desnudo.

Es un trasero estupendo, debo decir, aunque no quiero familiarizarme con él en este contexto, la verdad. Me pongo a parpadear rápidamente, como si alguno de los parpadeos pudiera cambiar la escena y producir una imagen diferente, menos perturbadora.

—A lo mejor es para ti —dice doña «Bragas Promiscuas» por encima del hombro—. ¿A quién se le ocurre llamar a estas horas?

—Déjame ver —la voz no suena muy parecida a la de Crush, pero podría tratarse de una distorsión debida a la longitud de las ondas hertzianas, o las microondas, o como se llamen.

Definitivamente, el acento es inglés. No cabe duda. El hombre desnudo empieza a moverse y decido que no quiero ver más; ya he visto bastante. La situación me resulta habitual. He sido víctima de esta clase de traición en más ocasiones de las que quiero acordarme. Marcus era el antiguo maestro en la materia. Ahora, da la impresión de que Aiden Holby ha recogido el testigo.

No quiero que Crush me vea así, con la boca abierta, la mente paralizada, más gorda y más desaliñada que la mujer que le acompaña, de modo que me desconecto de inmediato. Luego me quedo sentada clavando la vista en el monitor, sin saber qué hacer. Las manos se me empapan de sudor y los ojos me escuecen por culpa de las lágrimas. Me clavo las uñas en las palmas. No pienso llorar por esto. De ninguna manera. Con toda serenidad y un grado supremo de control del que nunca me he considerado capaz, seguiré adelante con mi vida como si nada hubiera ocurrido. No volveré a abrigar pensamientos acerca de una nueva y hermosa vida en Australia con un hombre atractivo. Me quitaré de en medio y permitiré que continúe con su flamante novia, delgada hasta un punto ridículo. Dejaré de llamar o molestar al señor Aiden Holby en cualquier sentido y así, sin más, él dejará de existir en mi mundo. Eso es lo que haré.

Cojo una chocolatina Mars del alijo de emergencia que mantengo junto al ordenador y, aún sentada, me quedo mirándola con expresión ausente. Es una lástima, porque Crush era de veras encantador, y a mí de veras me gustaba, y confiaba en que las cosas fueran diferentes esta vez. ¿Qué tendré yo para que nadie me sea fiel durante más de diez minutos? A la mierda el respirar hondo. Y la puñetera cuenta hasta diez. Desenvuelvo la chocolatina y doy un buen mordisco. Un mordisco espectacular. Luego pienso: «¡Joder!», y me echo a llorar.

Capítulo 3

—¿Significa esto que Crush no va a volver a casa por Navidad? —pregunta Autumn con los ojos como platos por la sorpresa. Aunque también es verdad que Autumn suele poner los ojos como platos por cualquier cosa.

Me pregunto de qué hablaríamos si mi vida amorosa no fuera semejante desastre. Clavo la vista en mi taza con expresión malhumorada.

—Eso me figuro.

Apenas han pasado veinticuatro horas desde nuestro último encuentro y he tenido que enviar un SMS a mis mejores amigas convocando una reunión de emergencia. Como de costumbre, salieron corriendo en mi ayuda a la máxima velocidad.

Aún no pasa del mediodía, de modo que Clive nos ha servido *pain au chocolat* caliente y casero, así como café necesariamente cargado. Una selección de villancicos suena en el estéreo y, para ser sincera, me entran ganas de destrozar los altavoces. Bing Crosby y su maldita *Blanca Navidad* me están reventando la cabeza. Al contrario que él, yo no sueño con esa Navidad blanca, sino con otra en estado de embriaguez. Y me gustaría empezar lo antes posible.

—¿Crees que Crush llegó a reconocerte por la cámara web? —desea saber Nadia.

—De ser así, no ha tratado de ponerse en contacto conmigo —lo que le ha venido de perlas a Aiden *Culo Desnudo* Holby. Existen unas siete mil palabrotas en la lengua inglesa y las conozco prácticamente todas. Habría compartido mis conocimientos con él. A voz en grito.

—No pasarás sola las navidades, ¿verdad? —se interesa Chantal.

—No, no —sacudo la cabeza con vehemencia—. No, no, para nada —en realidad, las pasaré sola.

El caso es que al haber dado por hecho que Aiden volvería a casa y me tomaría entre sus brazos bajo un ramillete de muérdago, he declinado toda clase de emocionantes invitaciones con la única intención de dedicar mi tiempo libre a estar con él. Bueno, he declinado una invitación por parte de mi querida madre para viajar a España e instalarme con ella y su novio entrado en años y medio calvo, alias el Millonario, y ver cómo se arrullan mutuamente cual adolescentes. Unos adolescentes especialmente lascivos. También rechacé la invitación de mi padre para ir a la costa del sur de Inglaterra a pasar el tiempo observándoles a él y a su amante rubia de bote, alias la Peluquera, dándose achuchones en los momentos más inoportunos. Francamente, con semejantes perspectivas prefiero la única compañía de un espantoso programa de televisión y una lata de Cadbury's Roses de tamaño familiar. Y da la impresión de que es precisamente lo que va a suceder.

—¿Y si vienes a comer con Ted y conmigo el día de Navidad?

—Estaré muy bien. En serio —Chantal y Ted continúan en unos términos un tanto inestables tras su reciente y amarga separación. Él quiere hijos, ella no. Ella quiere montones de sexo, él no. No acierto a entender cómo una posible procreación va a encajar en semejante escenario. Lo cual es, me imagino, el quid de la cuestión.

Chantal, a modo de inútil venganza por la carencia de libido de su marido, ha continuado su vida sexual exhaustivamente con cualquiera que se le pusiera por delante. Eso le ha conducido a algunas situaciones de lo más complicadas, te lo aseguro. Aunque Ted no se ha enterado ni de la

mitad. No sabe nada de Jacob, *El Hombre de Compañía*, o de otro aún peor, el señor Smith, *El Caballero Ladrón*, quien tuvo una aventura de una noche con nuestra libertina amiga y luego le robó joyas por valor de treinta mil libras. ¿Quién ha dicho que la vida sexual de una mujer casada no es emocionante, ¿eh? Por desgracia, la única persona con la que Chantal no se acostaba era su querido esposo. Pero eso es agua pasada. Más o menos. Ahora tratan de rehacer su relación, si bien Ted no acaba de decidirse. En un momento dado piensa que pueden arreglar su matrimonio; al minuto siguiente, deja de responder a las llamadas de Chantal. Me figuro que cuando tu marido ha descubierto que te has estado acostando hasta con el lucero del alba —incluyendo uno de mis ex novios—, la herida no se cura con facilidad.

Chantal y Ted viven separados, pero han acordado pasar juntos las navidades. Lo que está muy bien, ¿verdad? Pero lo último que me apetece es hacer de carabina con la pareja. De eso nada, monada. ¿Te imaginas qué horror?

—¿Vas a ver a Addison estas vacaciones? —pregunta Nadia a Autumn.

—Sí —responde Autumn, si bien de una manera tan imprecisa que decidimos no insistir en el asunto.

Es su nuevo novio y están completamente embelesados, lo cual es estupendo teniendo en cuenta que Addison ha sido el único novio de Autumn desde hace una eternidad, ya que ella no tiene tiempo para los hombres porque está muy ocupada con sus buenas obras. Es magnífico ver que Autumn está haciendo algo que de verdad desea, en lugar de apoyar a su patético hermano, traficante de drogas, y a sus patéticos alumnos drogadictos del programa ¡DÉJALO! en el que trabaja.

Su hermano, Richard, está actualmente en rehabilitación en California o Arizona o Nevada —en uno de los estados norteamericanos que terminan en «a»—, aunque no viajó hasta allí tras haber reparado en lo erróneo de sus hábitos, sino para escapar de una banda de matones que exigían su cabeza.

—¿Cómo le va a Richard? —pregunto.

—Está bien —Autumn se encoge de hombros—. Sus correos electrónicos son muy esporádicos. Por lo visto, la clínica le limita el tiempo en el ordenador.

Muy razonable, la verdad. Mira los problemas en los que pueden meterte los ordenadores si empiezas a confiar en ellos. Aprieto las mandíbulas con fuerza para no sucumbir a la tentación de echarme a llorar otra vez.

—¿No va a volver a casa? —pregunto soltando un gallo.

—No —responde ella—. Gracias a Dios, a mis padres no les falta el dinero. Richard no volverá por aquí mientras le sigan financiando, eso seguro.

—Las temo —interviene Nadia—. Temo las puñeteras navidades. Lo último que necesito son más gastos.

Nadia es una hermosa británica de origen asiático y, en su lugar, yo sacaría a la luz algún aspecto de mi cultura —qué demonios, me lo inventaría— con objeto de conseguir una perfecta excusa para evadirme por completo de la Navidad. Tiene que haber algo, digo yo.

—De niña, me encantaban estas fiestas —sacude la cabeza—. Ahora se han vuelto comerciales a más no poder. ¿Por qué demonios lo hacemos?

Nadia y su marido, Toby, también acaban de separarse. Lo que, mirando el lado positivo,

significa que no sólo mi vida amorosa es una zona catastrófica. En la compañía presente, aún tendríamos mucho de lo que hablar.

Toby se había enganchado a las apuestas por Internet y su costosa obsesión estaba arruinando la vida de ambos a toda velocidad. Ahora están hasta las cejas de deudas, pero se supone que está limpio —si es que se puede utilizar ese término para un jugador reformado—. Dada la precaria situación económica de Nadia, las demás socias del club de las chocoadictas financiamos sus visitas a Chocolate Heaven; es un pequeño precio que posibilita a nuestra amiga continuar acudiendo a su santuario. Además, de todas nosotras, es la que menos chocolate consume, de modo que sus cuentas son relativamente pequeñas.

—Toby y yo pasaremos el día jugando a las familias felices por el bien de Lewis —prosigue Nadia—. Menuda farsa. Ojalá desapareciera la Navidad.

Me figuro que es una época del año estupenda para las personas felices, optimistas, libres de preocupaciones. Para el resto, son los días que dejan al descubierto lo peor de tu insignificante y desdichada vida.

—¡Caray! —digo yo—. A este paso, nos vamos a cortar el cuello antes de Nochebuena. No puede ser tan malo.

Chantal y Nadia me lanzan una mirada furiosa. Hasta la misma Autumn se une a ellas.

—Pensad en los surtidos navideños especiales —trato de engatusarlas—. Las cajas de bombones selectos, los adornos de chocolate del árbol. Los calendarios de adviento y sus figuritas. ¿Qué mejor manera de empezar el día? —me siento en racha—. Las chocolatinas Galaxy de tamaño extra. Los Toblerone gigantescos —cuatro pares de ojos se agrandan involuntariamente ante mis comentarios. ¿Quién es capaz de resistirse a esos triángulos de chocolate con leche suizo, aderezados con miel y turrón de almendras? Yo no, desde luego. Aunque entrañen el riesgo de perder un diente. Miro a mis amigas—. Seguro que nos ayudarán en los peores momentos, ¿no?

—Puede que tengas razón —responde Autumn con nerviosismo. Coge el último pedazo de reconfortante *pain au chocolat*—. A lo mejor nos estamos dejando llevar por el pánico de forma innecesaria

Clive aparece de pronto a nuestro lado con refuerzos de chocolate y café recién hecho que coloca sobre la mesa. Silba suavemente para sí *Serán unas navidades solitarias*.

—¿Cómo están hoy mis chicas? —pregunta con tono alegre—. ¿Deseando que llegue la Navidad?

Todas a la vez agarramos un almohadón y, no sin cierta malicia desenfrenada, se lo lanzamos con fuerza.

—Sólo preguntaba —masculla mientras recoloca sus cojines de una manera más ordenada.

Mis amigas, con los brazos cruzados y un destello de miedo en los ojos, siguen dando un aspecto demasiado alterado para mi gusto.

—Podemos hacerlo —les aseguro mientras ofrezco las trufas *grand cru* que Clive nos ha traído—. Podemos superarlo. Siempre que dispongamos del chocolate suficiente.

Capítulo 4

Tengo un ingenioso plan de acción que me ayudará a superar el periodo festivo. Me imagino que si ahora me pongo a hacer ejercicio como una posesa, podré contar con algunas calorías de sobra para enfrentarme a mi atracón navideño anual. Como ocurre con todo en esta vida, es cuestión de alcanzar el equilibrio.

Lo malo es que he retrasado demasiado el comienzo de este nuevo régimen —unos seis meses, diría yo—. De manera que, por el momento, me sobran unas diez mil calorías de las que necesito. Apenas me da para una barrita de Toffee Crisp. Puede que menos de una naranja de chocolate de Terry's. No es extraño que me encuentre en una preocupante fase de pánico. La Navidad será totalmente deprimente si estoy sola y, encima, no puedo darme un atracón. Es más de lo que una persona debería verse obligada a tolerar, aunque este año he jurado no pasarme. Pero parto de la premisa de que he jurado no pasarme los últimos quince años, más o menos, y siempre lo he hecho.

Para combatir mi exceso actual de calorías estoy pegando botes por el salón como una poseída por el demonio, hasta el punto de hacer temblar el suelo de mi piso. Tengo puesto a todo gas el DVD de aerobio de Nell McAndrew *Máximo desafío, máximos resultados*, y me esfuerzo al máximo por seguir el ritmo. Ay, quién tuviera como ella unos muslos tersos y un trasero del tamaño de una pelota *de ping-pong*. ¿Cómo lo consigue? Apuesto a que ni el más mínimo pedacito de Twix atraviesa jamás sus seductores labios. ¿Es que estoy permanentemente destinada a parecer la foto del «antes» en una comparativa de «antes y después»? Jadeo y resoplo un poco más. Pasaré este DVD otras tres veces y luego me tomaré una Bounty a modo de recompensa —la cual, claro está, descontaré del chocolate que he planeado consumir durante los próximos días.

Mañana es Nochebuena y aún no he recibido llamada alguna de Crush. Si digo que estoy hecha polvo me quedo corta. Estoy total y absolutamente destrozada. Puede que una pequeña lágrima se mezcle con el sudor mientras ejecuto mis flexiones de piernas, elevaciones de rodillas y sacudidas generalizadas que me machacan los muslos y Dios sabe qué más. Por una vez, esperaba con ilusión una Navidad romántica. Lo cual viene a demostrar lo que puede suceder cuando te implicas en exceso en un precioso sueño poco realista. A la edad de treinta y dos años, uno se imaginaría que soy capaz de detectar a un cabrón a un kilómetro de distancia pero, no sé cómo, me las sigo arreglando para ver lo mejor de las personas hasta que, de manera inevitable, me muestran lo contrario.

Estoy a punto de sucumbir a mi primer ataque coronario cuando suena el teléfono. Ahora no puedo parar; me provocaría una hernia o, como poco, un espasmo en la mandíbula. Incluso aunque contestara la llamada, no sería capaz de articular palabra. Dar boqueadas para recuperar el aliento no resulta atractivo en una mujer de mi tierna edad.

Salta el contestador y se oye una gran cantidad de zumbidos y sonidos secos. También llega por la línea una respiración un tanto irregular y me pregunto si habré recibido la llamada de un perverso hasta que escucho una voz tristemente familiar, lo que me deja paralizada a mitad de una flexión.

—Lucy —dice Marcus. Entonces, se oye otra respiración estremecida y un profundo suspiro

—. Soy yo. Marcus —como si mi ex novio, a quien he dedicado cinco largos y fieles años, necesitara presentación.

El corazón me golpea en el pecho y no sólo porque mi forma física se encuentre en estado terminal.

—Llamaba para ver cómo estás —muchas más pausas violentas. A este paso, la cinta del contestador automático se habrá agotado para cuando Marcus aclare de una vez el propósito de su llamada. Por extraño que parezca, me descubro urgiéndole a que continúe, al tiempo que carezco de una urgencia parecida para descolgar el auricular—. Sé que acabamos muy mal la última vez que nos vimos.

Ah, debe de referirse a la ocasión en la que se estaba follando a la tetuda y saltarina Joanne sobre la mesa de la cocina de su piso cuando llegué yo. Estuve a punto de devolverle mi anillo de compromiso introduciéndolo en un lugar donde, definitivamente, no brilla el sol. Marcus no se ha dado cuenta de que se libró por los pelos, salta a la vista.

—La cosa es —continúa— que te echo de menos y sigo enamorado de ti. Ya no estoy con Joanne —pues vaya sorpresa. Sospecho que ella también se cabreó bastante al descubrir que la supuesta ex novia se había convertido, en realidad, en su prometida—. Me estoy dando un tiempo a solas para reflexionar sobre mi conducta. Me doy cuenta de que es absurda. Está arruinándome la vida.

Tampoco hizo gran cosa por la mía, me parece recordar.

—Pero, sencillamente, no puedo parar de..., en fin —dice con tono triste—. Tú sabes demasiado bien lo que no puedo dejar de hacer.

Desde luego que lo sé.

—Incluso estoy pensando en apuntarme a algún curso sobre la adicción al sexo.

Un curso que le impida ser un adicto al sexo, y no que le enseñe a serlo, me imagino yo. Marcus tiene experiencia más que sobrada en ese terreno.

—Bueno... —otro montón de suspiros y de pausas—. Tengo que irme. Sólo quería decirte que pienso en ti y que espero que tengas una Navidad estupenda —se le quiebra la voz—. Siempre te querré, y si alguna vez quieres llamarme, ya sabes dónde estoy. Que seas feliz, Lucy. Adiós.

Acto seguido, cuelga.

Me quedo mirando la pantalla del televisor. Los dementes destellos de la ropa deportiva Nike que viste Nell se desdibujan ante mis ojos. No hay nada mejor para deprimirte que una llamada de tu ex novio en tono sosegado. Me hundo en el suelo, aturdida, y cojo mi chocolatina Bounty. Ahora más que nunca me merezco experimentar el sabor del paraíso. A la mierda los muslos obesos y el resto de ejercicios de la tabla. Necesito la clase de consuelo que sólo el chocolate puede procurar.

Capítulo 5

Autumn Fielding consultó su reloj y vio que al cabo de diez minutos daría comienzo su clase de mosaicos y vidrieras en el Stolford Centre. O su «buena obra para los desafectos terminales», como solía decir su hermano en tono burlón. Aprender a elaborar figuras sencillas de cristal esmaltado podría parecer poco importante dentro del gran esquema del universo, pero si Autumn era capaz de enseñar a uno solo de sus alumnos lo bastante como para ofrecerle un pequeño destello de alegría, de distracción, o incluso demostrarle que en su maltratado cuerpo existía una veta oculta de creatividad, para ella merecía la pena, dijeran lo que dijeran los demás.

Era poco frecuente que alguno de sus alumnos llegara con antelación, pero a ella le gustaba tener preparados los bancos de trabajo, sobre los que colocaba la última manualidad a medio realizar o bien una selección de láminas de cristal de colores brillantes entre las que pudieran elegir. Sus pupilos podrían ser ladrones, drogadictos y pordioseros, pero Autumn se preocupaba mucho por ellos y se esforzaba para que el breve tiempo que pasaban en sus clases les resultase lo más agradable posible. Además, confiaba en que su labor pudiera, de vez en cuando, hacer mella en algunos de aquellos jóvenes, favoreciendo así sus desdichadas vidas.

Casi todos los aprendices realizaban en la actualidad la clase de piezas propias de la estación: alegres móviles de vidrio con figuras de Santa Claus, estrellas de cristal coloreado que llevaban un hilo de plata para colgarlas del árbol y algún que otro candelabro festivo. Algunas de las piezas servirían para alegrar desastradas viviendas ocupadas ilegalmente; otras llegarían a hogares desestructurados, donde con tanta frecuencia empezaban los problemas, y las demás quedarían olvidadas sobre los bancos de trabajo, ya que no existía hogar alguno en el que pudieran colocarse. Resultaba difícil encontrar un sitio donde colgar un móvil de figuras de cristal esmaltado cuando tu residencia habitual consistía en una caja de cartón.

En los últimos tiempos, una nueva remesa de adictos a las drogas se había unido a ¡DÉJALO!, pero algunos de los más empedernidos permanecían en el programa o bien regresaban con desalentadora regularidad, incapaces de «dejarlo» por una deprimente variedad de razones.

Addison entró sigilosamente por la puerta y rodeó a Autumn con sus brazos.

—Hola, ¿qué tal? —la besó en los labios con ternura y firmeza al tiempo que la apretaba contra su amplio torso.

A Autumn siempre le había encantado su trabajo, y ahora contaba con otro motivo más para acudir cada día a toda prisa con una sonrisa en el semblante. Tal vez el hecho de mantener un romance con uno de sus colegas no fuera lo ideal, pero sin duda resultaba de lo más agradable. Addison era el primer hombre con el que había salido desde hacía mucho tiempo que se encontraba en la misma onda que ella. Era socialmente responsable, defensor del medio ambiente, amable, afectuoso y en absoluto carente de atractivo. En otros tiempos Autumn había llegado a la conclusión de que, para los hombres, la defensa del medio ambiente implicaba un exceso de vello facial, mal olor corporal y una cierta predilección por los jerséis marrones con agujeros. Por lo general nunca vestían con elegantes americanas negras y camisas impecables, como Addison, quien más parecía un traficante de droga que alguien situado al otro lado de la barrera; tal vez era eso lo que le granjeaba tanto éxito entre sus tutelados.

Su cargo como director de Desarrollo Empresarial del centro de rehabilitación consistía en

buscar trabajo remunerado para personas que, por lo general, no habían conseguido conservar un empleo en ningún momento de su vida. Era extraordinariamente eficaz en la tarea, y con su encanto natural conseguía cultivar y mantener un conjunto de empleadores con un grado excepcional de tolerancia —los cuales, con frecuencia, pasaban por alto la tendencia de sus atormentados empleados a fugarse, a no presentarse en el trabajo o, las más de las veces, a robarles.

Autumn se apartó de Addison al tiempo que lanzaba una mirada nerviosa en dirección a la puerta.

—Alguien podría vernos —trató de alisarse su masa de rizos cobrizos que, de pronto, se habían puesto a rebotar salvajemente llevados por la excitación. Lástima que no tuviera el mismo cabello que Chantal, que jamás reflejaba las emociones de ésta y mantenía un comportamiento intachable en toda ocasión.

—¿No crees que a tus alumnos les agradaría enterarse de que su tutora está enamorada?

—¿Quién ha dicho que esté enamorada?

El hermoso rostro negro de Addison exhibió su amplia sonrisa característica.

—Creo que fui yo.

—Pues me parece muy presuntuoso por su parte, señor Addison Deacon —dijo ella, tratando de emplear un tono serio.

—Admítelo —dijo él—. Estás loca por mí.

—Estaría loca si no lo estuviera —coincidió ella—, pero mis alumnos se burlarían de mí sin piedad, y ya se han reído bastante de mi educación de clase alta y mi acento supuestamente pijo.

—En realidad, te quieren —repuso él con cariño—. Lo mismo que yo.

Autumn le devolvió la sonrisa y continuó con sus preparativos para la clase mientras Addison se apoyaba en el banco de trabajo y la observaba a través de sus gafas oscuras.

—¿Has decidido ya lo que quieres hacer en Navidad? —preguntó—. No quedan más que unos días.

—Dos días más de compras, como te habrás dado cuenta.

—¿Tus padres aún quieren que vayamos a comer con ellos?

Autumn arrugó la nariz.

—Mmm.

—No da la impresión de que te apetezca mucho.

—Addison —dijo ella—, hace muchos años que no llevo a nadie a comer con mis padres. Por buenas razones. No me siento cómoda con la situación.

—Les encantaré —repuso él—. Seré el invitado perfecto. Trataré de no emborracharme. No le contaré chistes verdes a tu madre. Incluso podría echar una mano a la hora de fregar los platos.

—Hay cosas de ti que no les he contado.

—¿Por ejemplo?

—Bueno... —Autumn se colocó un rizo recalcitrante detrás de la oreja—. No les he dicho a mis padres que eres...

—¿Extremadamente atractivo?

Autumn sonrió.

—Sí, pero...

—¿Qué no dispongo de un fondo de pensiones?

—Sí, pero...

—¿Qué soy más joven que tú?

—¿Ah, sí?

—Me metí de hurtadillas en el despacho de Recursos Humanos y consulté tu ficha.

—¿Cuántos años te llevo? —preguntó Autumn.

—Cinco añitos de nada.

—¡Vaya!

—¿Algún problema?

—No.

—En ese caso, todo irá a la perfección.

—Sí, pero..., Addison, no saben que eres... negro.

Él se mostró conmocionado.

—¿Negro? ¿Yo? —del banco de trabajo recogió un espejo al que aún había que adherirle en una esquina un Santa Claus de trasero redondo. El novio de Autumn se quedó mirándolo, estupefacto—. Dios mío, ¡soy negro! ¿Desde cuándo?

Autumn se echó a reír.

—De modo que no les importará que sea más joven que tú o más pobre que tú, pero podrían poner pegats porque pertenezca a una minoría étnica.

—Me avergüenza admitirlo; pero son blancos, de clase alta y muy conservadores. Me preocupa la manera en que puedan reaccionar al conocerte. Ya sé que, supuestamente, hoy vivimos en una sociedad multicultural, sin separación de razas; pero no creo que mis padres se hayan enterado.

Addison soltó una carcajada.

—¿Quieres decir que no se imaginaban que su hija mantendría una relación con un empobrecido trabajador social de raza negra especializado en adictos al *crack* y, por añadidura, más joven que ella?

—Creo que más bien confiaban en que sentara la cabeza con un abogado de mediana edad con gafas y llamado Rodney que sería capaz de poner freno a mis peores excesos liberales y me iniciara en los placeres del golf.

—En ese caso, se van a llevar una buena desilusión.

Autumn le cogió de la mano.

—Estoy dispuesta a correr el riesgo, si tú también lo estás.

Addison volvió a ceñirla con su brazo.

—Pues mira por dónde, pienso que por ti vale la pena un cierto escrutinio paternal —aseguró su novio—. Una cierta desaprobación, incluso. Me he pasado la vida teniendo que luchar por mi lugar en el mundo, de modo que me considero un contrincante a la altura de cualquier señor o señora Fielding a los que me tenga que enfrentar.

—Gracias —Autumn le besó con ternura—. Confiaba en oírte decir eso.

Capítulo 6

—Eh, Lewis —dijo Chantal—, pásame otro adorno, por favor —el interés del hijo de Nadia empezaba a disminuir y se dirigía hacia el DVD de *Chicken Little* que estaba en marcha en el televisor. Chantal dirigió una sonrisa indulgente a la nuca del niño y se cruzó de brazos—. Creía que ibas a ayudarme.

—Lo siento, tía Chantal —el pequeño desvió su atención de la pantalla e introdujo la mano en la caja de adornos para el árbol de Navidad adquiridos en Harrod's. Eran juguetes de hojalata: soldados, trenes, trompetas y guitarras de colores chillones, elegidos por Chantal para satisfacer los gustos de su nuevo amigo de cuatro años, en lugar de sus preferencias minimalistas en tonos crema. Lewis sacó una caja de resorte.

—¡Qué guay! —se la entregó con una sonrisa, sujetándola como si estuviera fabricada de delicado cristal.

Era lógico que el niño empezara a aburrirse con los preparativos para las fiestas navideñas, pensó. Ella misma estaba harta, así que a la edad de cuatro años la espera debía de resultar interminable.

Chantal se había pasado el último par de meses elaborando reportajes de hogares decorados con motivos navideños para *Style USA*, la revista en la que trabajaba. Ya no podía más de guirnaldas de muérdago artificial, y había visto tanta cinta roja como para aborrecerla el resto de su vida. Sus compatriotas norteamericanos residentes en Gran Bretaña seguían adornando sus hogares para las navidades por todo lo alto. Si ella fuera a pasar las fiestas en el apartamento a solas, no se habría molestado en engalanarlo; lo hacía pensando en Lewis. Y no es que su joven amigo agradeciera sus esfuerzos. Estaba apoyado en el sofá, chupándose el pulgar con aire distraído y fijando la mirada a media distancia.

—El árbol está precioso —comentó Nadia, acercándose a ellos. Al menos, la madre del niño se mostraba más expresiva—. ¿Siempre eres tan perfecta? —preguntó.

—Sí —respondió Chantal—. Menos en lo tocante a las relaciones de pareja.

—Pues ya somos dos —Nadia se puso a jugar con una sonriente figura de Santa Claus—. Sé que haces todo esto por nosotros.

—No estés tan segura. Es divertido, ¿verdad, Lewis? —Chantal se recostó en el asiento y se pasó los dedos por su lustrado cabello oscuro mientras admiraba su obra—. No está mal —el apartamento que compartían en la actualidad era cómodo, elegante y, ahora que Lewis se encontraba allí, reinaba un ambiente de alegría. No era un hogar propiamente dicho, pero sin duda se parecía bastante.

—No sé cómo nos las habríamos arreglado sin ti.

—Venga ya —repuso Chantal haciendo un gesto con la mano—, no empieces otra vez. Me encanta teneros en casa a Lewis y a ti.

Nadia y su hijo se habían mudado a vivir con Chantal cuando abandonaron su propio hogar huyendo de las deudas de juego de Toby, otro asunto más en el que su amiga les había ayudado. Al entregar a Nadia un préstamo indefinido de treinta mil libras, ésta había podido solucionar sus problemas de forma inmediata. Si Chantal no hubiera intervenido, tal vez Nadia habría tenido que presenciar cómo su marido se enfrentaba a la bancarrota, o cómo les arrebataban su vivienda.

Por su propia salud mental, había decidido separarse de Toby hasta que éste consiguiera desengancharse de las apuestas, si es que alguna vez lo hacía.

El impacto que le supuso perder a su mujer y a su hijo, al parecer, había ayudado a Toby a mantenerse apartado de las centelleantes luces de los casinos en Internet. La convivencia actual de Chantal y Nadia era una solución transitoria que ayudaría a ambas a salir adelante hasta que, con un poco de suerte, pudieran solucionar sus respectivos problemas matrimoniales. Chantal nunca imaginó que semejante acuerdo les sería tan satisfactorio a ambas. Lewis se acercó y, apoyándose sobre Chantal, la rodeó con sus pequeños y robustos brazos. Ella le apretó con fuerza.

—Te quiero muchísimo —dijo.

Lewis soltó una risita.

—Yo también te quiero —balbuceó el pequeño, y una espontánea oleada de felicidad recorrió el cuerpo de Chantal.

—Quién iba a pensar que te llevarías tan bien con los niños —comentó Nadia.

—Con un solo niño —puntualizó su amiga. Resultaba irónico que, a pesar de que su matrimonio se había hecho añicos debido a su negativa a tener hijos, se hubiera encariñado hasta tal punto con el primer crío con el que realmente había tenido algo que ver. Tal vez se había perdido algo en ese terreno. Agitó el cabello de Lewis—. No nos dejemos llevar por el entusiasmo.

—¿Sigues sin apetecerte escuchar el correteo de los piecitos de un pequeño Hamilton?

—Es una cuestión sobre la que Ted y yo tratamos de ponernos de acuerdo —su marido estaba deseando tener hijos; sin embargo, semejante posibilidad nunca había figurado en los planes de Chantal.

Cuando le había pedido a Nadia que se mudara con ella después de que ambas hubieran roto con sus respectivos maridos, tuvo que admitir que se había olvidado por completo de la existencia de Lewis. Aunque había procurado incluir al niño como parte habitual de su estilo de vida, seguía sorprendiéndose cuando éste aparecía con su oso de peluche —adecuadamente llamado *Señor Apestoso*- bajo el brazo. Había tardado incluso más en acostumbrarse a los continuos añadidos de huellas de chocolate en la impoluta pintura de Kelly Hoppen. Y ahora no concebía la vida sin el pequeño. ¿Quién si no correría hasta la puerta de entrada y se lanzaría a sus brazos en el momento mismo en que llegaba a casa? Pero si Nadia se reconciliaba con su marido durante las navidades, Chantal tendría que acostumbrarse a pasar sin Lewis dentro de poco. ¿Y qué sería de Ted y ella? ¿Iba su marido a perdonarle alguna vez sus infidelidades y a otorgarle su confianza de nuevo?

—Más juguetes —Lewis dio una palmada. Ahora *Chicken Little* era lo aburrido.

—De acuerdo. Adelante —sugirió Chantal. El niño rebuscó entre los montones de papel de seda y, por fin, le entregó con regocijo una trompeta roja y dorada—. Fabulosa. Yo también la habría escogido. ¿Dónde la colgamos? —Lewis señaló un lugar adecuado—. Pues ahí la pondremos —Chantal colocó el adorno en la rama elegida—. ¿Quieres colgar el siguiente?

Lewis, emocionado, se puso a pegar botes. Mientras sacaba un tren de juguete de su envoltorio, mostraba una expresión de puro éxtasis. La escena resultaba conmovedora. Tal vez Ted había estado en lo cierto al afirmar que la vida materialista de ambos no tenía sentido al carecer de una familia con la que compartirla. Resultaría agradable ver a su marido haciendo

estas mismas cosas con su propio hijo. Chantal sonrió para sí. Quizá, después de todo, se estaba ablandando con la edad.

Ayudó a Lewis a colgar el impecable tren en miniatura de una rama; luego le abrazó con fuerza.

—Buen trabajo, campeón.

Entonces, Chantal se volvió hacia su amiga.

—Casi hemos terminado. Voy a guardar las cajas en su sitio —se fijó en que los ojos de Nadia se cuajaban de lágrimas—. Después me parece que tú y yo deberíamos poner los pies en alto, abrir una botella de champán y unos deliciosos bombones de los de Clive y brindar por nuestro futuro.

—Me asusta pensar lo que me pueda traer —confesó Nadia con un hilo de voz.

—Encontraremos una solución, te lo aseguro —dijo Chantal mientras agarraba a su amiga de la mano y le daba un afectuoso apretón. Pero su tono no le sonó convincente ni a ella misma.

Capítulo 7

Las socias del club de las chocoadictas volvemos a reunirnos y, ya que es Nochebuena, intercambiamos regalos. Autumn nos ha traído una selección de bombones de comercio justo. Me encanta la idea de hacer buenas obras mientras consumo chocolate. Estoy segura de que existen cultivadores de cacao por todo el ecuador que habitan chabolas de hojalata y que para ganarse la vida dependen únicamente de mis crisis emocionales. Es mi aportación a la economía mundial. Si llevara una vida tranquila, estarían en bancarrota.

Nadia me ha regalado un libro de recetas a base de chocolate. Chantal nos ha traído a todas unas modernas camisetas teñidas con granos de cacao que encontró en uno de sus viajes a Norteamérica. Huelen a gloria y tienen un delicioso tono marrón chocolate. Sería capaz de comerme la mía si estuviera desesperada, lo que me sucede con frecuencia. Me tomo unos segundos para preguntarme qué me habría regalado Crush si hubiéramos seguido juntos estas navidades; algo maravilloso, me imagino, y vuelvo a notar una punzada de dolor en el corazón. Trato de arrinconar al fondo de mi mente la visión de su trasero desnudo y la figura de su bella acompañante. No estoy dispuesta a perder el tiempo sufriendo por otro hombre.

Lanzamos exclamaciones sobre nuestros regalos respectivos, intercambiamos grandes cantidades de besos y abrazos y luego regresamos a la conversación que tenemos entre manos. Clive nos ha traído tarta de queso y chocolate coronada por la suavísima crema de caramelo salado de su creación, y las porciones aguardan a ser devoradas. Ya es tarde y Chocolate Heaven ha cerrado sus puertas por hoy, de modo que constituimos una clientela privilegiada. Chantal ha pagado a una canguro para que cuide de Lewis, así que Nadia ha podido venir. Habría sido una lástima que se hubiera perdido nuestra última orgía antes de Navidad. El anfitrión nos pasa el vodka con sabor a chocolate y llenamos nuestros respectivos vasos.

—¿Dónde está Tristan? —pregunto.

Clive se muestra un tanto incómodo.

—Se ha marchado —nos dice—. Va a pasar la Navidad con su familia.

Nos quedamos desconcertadas. Mientras me sirvo mi vodka, me detengo a medio camino.

—¿Es que no vais a pasar el día juntos?

—Bueno —dice Clive con un carraspeo que denota un cierto embarazo—, las cosas entre nosotros están un poco complicadas en este momento.

Es la primera noticia que tenemos. Clive y Tristan parecían los únicos de nuestro entorno que se mantenían unidos. Deprime pensar que las dificultades en una relación no se deben sólo a la batalla entre sexos.

—No te quedarás solo, ¿verdad? —aunque lamento que Clive no vaya a pasar las navidades con Tristan, percibo un pequeño rayo de esperanza. Tal vez acabo de encontrar otro desafortunado sin pareja con quien pasar mis vacaciones. Después de todo, no me quedaré a solas con *Chitty Chitty Bang Bang*. ¡Hurra! Podré reservar mi selección de bombones de Cadbury's para una ocasión más propicia, pues sin duda Clive proporcionará unas trufas exquisitas.

—Tengo otros planes —responde Clive con aire misterioso.

El alma se me cae a los pies. Clive se muestra azorado y desaparece en la trastienda.

—Lucy —Chantal me clava una mirada burlona—. ¿Has hecho planes para mañana?

—Sí, claro —respondo—. Desde luego que sí. He hecho mis planes.

—¿Que no tienen que ver con Marcus?

Noto que me sonrojo.

—¿Por qué diablos iba a ver a Marcus?

—Porque es a quien siempre recurres.

—No le habrás llamado, ¿verdad? —interviene Nadia mirándome con desconfianza—. Dime que no.

—No —respondo, si bien hasta yo misma percibo la nota de vacilación—. Yo no le he llamado.

Las tres se inclinan en mi dirección, con el ceño fruncido.

—¿Pero...?

Me rebullo, incómoda, en el asiento.

—Él me llamó a mí.

Mis amigas sueltan un sonoro suspiro.

—Fue una llamada corta —declaro con aire defensivo—, y ni siquiera descolgué el teléfono. Dejé que hablara al contestador. Y eso que yo estaba en casa —confío en que sepan apreciar mi actitud como el equivalente a una bola de nieve que no se derrite en las profundidades del infierno.

Creo percibir que mis amigas no lo ven de esta manera, de modo que procedo a explicarlo con detalle.

—Crush me ha hecho daño, y mucho. ¿De veras pensáis que soy tan estúpida como para exponerme a que me pase lo mismo con Marcus, una vez más?

Da la impresión de que sí lo piensan.

—No me toméis por idiota —espeto con malhumor.

—Es que estamos preocupadas por ti —dice Autumn—. ¿Por qué no pasas el día con una de nosotras? Puedes acompañarnos a Addison y a mí a casa de mis padres —pero ni la misma Autumn parece considerar que es una buena idea—. No te quedes sola.

—Dinos dónde vas a ir.

—No os preocupéis —suelto una risita desenfadada—. Estaré rodeada de gente.

—Lucy Lombard —dice Chantal con tono severo—. Te partiría las dos piernas si pensara que ibas a acercarte a Marcus lo más mínimo.

—Yo misma me encargaría de partírmelas —replico. Al haber sufrido una rotura hace poco, sé lo doloroso que resulta, de modo que no hago la amenaza a la ligera. En fin, por lo que parece voy a pasar el día de Navidad cantando a coro con Dick Van Dyke y masticando las mangas de mi camiseta perfumada de chocolate.

Capítulo 8

Despertarse a solas la mañana de Navidad no es la más maravillosa de las sensaciones. Sin lugar a dudas, se trata de un día destinado a las parejas enamoradas y las familias, por mucho enfrentamiento que pueda existir. Es un día para hacer las paces, olvidar viejas rencillas, dejar a un lado las disputas. No es una fiesta para pasarla en soledad. Aunque nunca he llegado a conseguir semejante panorama con mi propia familia, no puedo evitar imaginarme al resto del mundo pasando una cálida y afectuosa jornada junto a los suyos, reunidos alrededor del árbol mientras abren sus regalos.

Me dirijo a la cocina con paso lento y meto en el tostador un par de panecillos rellenos de chocolate. En la nevera se está enfriando una botella de champán y decido empezarla ahora mismo; no hay nada que me lo impida. Mañana regresaré al vino peleón, de modo que más me vale aprovechar la oportunidad. Si vas a consumir calorías, que sean de las caras, digo yo. Así que abro el champán, permito que el corcho rebote en el techo y doy un trago de la botella. Las burbujas me hacen soltar un pequeño eructo. Hmm. No está mal.

Decido tomarme el peculiar desayuno en el salón y me siento frente al árbol. Las luces rojas con forma de guindilla parpadean alegremente en mi dirección. Ni siquiera el aspecto que ofrezco, triste y solitario, consigue empañar su entusiasmo. No tengo delante un enorme montón de regalos. De hecho, no hay ninguno. Tanto mi padre como mi madre me dieron un cheque — conocen mis necesidades— y me he comido todo lo demás que me han regalado. Excepto la camiseta de chocolate de Chantal..., pero el día no ha hecho más que empezar.

Clavando la mirada en el teléfono, trato de poner freno a mis impulsos de hablar con Crush. ¿Tanto le habría costado hacerme una llamada, por breve que fuera? Me cuesta creer que no se haya puesto en contacto conmigo. Al menos, podría haberme llamado para decirme que lo lamentaba mucho, que era un desgraciado y que, la verdad fuera dicha, me merecía a alguien mejor. Consulto el reloj. Su día de Navidad estará a punto de terminar. Seguramente lo habrá pasado en la playa, asando a la barbacoa succulentas gambas junto a doña «Bragas Promiscuas» y su biquini diminuto, y le importa un bledo el corazón destrozado que ha dejado atrás. Doy otro mordisco a mi panecillo relleno de chocolate, al que sigue otro trago de champán. Me pregunto si siquiera se le habrá pasado por la mente.

Aun así, esta mañana pienso salir a la calle. No lo dije con el único motivo de tranquilizar a mis adorables amigas. Estaba decidida a no quedarme en casa de brazos cruzados, sintiendo patética lástima de mí misma. Hay gente a quien le va mucho peor que a mí. Por el momento, no se me ocurre quién, es verdad; pero estoy convencida de que hay alguien.

Me meto en el cuarto de baño y me doy un vigoroso restregado bajo la ducha, lo que consigue que me sienta mucho mejor. Escojo un conjunto elegante, si bien no abiertamente glamuroso, me maquillo un poco, hago maravillas con mi pelo y me dispongo a salir.

Es la primera vez que acudo a un comedor de beneficencia; ni siquiera sé si todavía se llaman así. Ahora puede que se llamen «espacios de restauración para los desfavorecidos» y se les otorgue el equivalente a las estrellas Michelin. Este ambiente le pega más a Autumn que a mí. Supongo que le podría haber preguntado a mi amiga por uno de sus contactos —no me cabe

duda de que los tiene—, pero no quería que ninguna de las chicas se enterara de mis planes, pues habrían tratado de quitármelos de la cabeza. Busqué en Internet «personas sin hogar», encontré a los responsables de un programa de voluntariado, los llamé y se mostraron encantados de que me ofreciera a echar una mano. Es natural. Cualquier inepto es capaz de usar un cucharón.

Se está sirviendo la tradicional comida navideña de tres platos a cuantos acuden a este deteriorado salón parroquial, no muy lejano al lugar donde vivo. Si es cierto que se otorgan estrellas a estos establecimientos, este en concreto no conseguiría muchas por la decoración. A menos, claro, que la pintura desconchada sea de *rigueur*. Al entrar, percibo en el ambiente el aroma a pavo asado, si bien queda en parte enmascarado por el olor rancio de ropas y cuerpos sin lavar. Sentada a las mesas provisionales y dispuestas en hileras se encuentra una variada gama de personas, desde adolescentes desnutridos con la cara llena de acné hasta viejos y malhumorados vagabundos con greñas apelmazadas y tal cantidad de mugre bajo las uñas que se podrían cultivar patatas. Me impresiona comprobar que todos los asientos están ocupados y que una cola de gente aguarda a que quede un sitio libre. Nunca habría imaginado que tantas personas estuvieran solas en Navidad.

—Ya estás aquí, cariño. Me alegro de verte —antes de que pueda determinar que servir comidas se encuentra por encima de mis capacidades y eche a correr, una mujer de proporciones generosas me entrega un cucharón y un gorro navideño de color rojo. Se muestra lo bastante alegre como para evitar que me ponga demasiado sentimental. Me dedica una amplia sonrisa y le sonrío en respuesta. Yo también soy capaz de poner buena cara a las pequeñas adversidades. Podré estar triste y sola, pero tengo mucho más que agradecer que la gente que ahora me rodea—. Dales un buen cuenco de sopa para empezar —me instruye—. Hay de sobra.

Ligeramente aturdida, localizo un sitio donde guardar mi bolso sin que me lo roben y luego ocupo mi puesto en la línea de distribución. Estoy a punto de lanzarme a mi nuevo papel como humilde y generosa voluntaria con alegre ademán cuando oigo que alguien pronuncia mi nombre.

—¡Lucy! —giro la cabeza. No esperaba encontrarme con nadie conocido. Lo que, para ser sincera, formaba parte del atractivo. Tres personas más allá de la fila veo a Clive, también cucharón en mano—. ¿Qué haces aquí?

Me cambio de posición —apartando a una mujer de pelo plateado con un conjunto de lana y a un hombre con chaqueta de pana y sandalias— hasta que me coloco al lado de mi amigo.

—Lo mismo que tú, me figuro.

—No podía enfrentarme a la soledad —admite Clive mientras servimos la sopa a los agradecidos destinatarios—. Esto me pareció una buena alternativa.

—Las grandes mentes coinciden en sus ideas.

—¿Cómo es que hemos terminado así? —pregunta Clive—. Somos personas agradables, ¿verdad? ¿Por qué nadie quiere estar con nosotros?

—¿No sabes nada de Tristan?

Se encoge de hombros con aire de tristeza.

—Nada en absoluto.

—¿Y si pasamos el día juntos cuando acabemos aquí? —sugiero—. Tengo champán. Y chocolate. Y una amplia gama de comida para meter en el microondas, además de varios juegos de mesa que son un horror.

Clive me da un abrazo, lo que me levanta el ánimo.

—Suenan perfectos.

Una vez que hemos terminado de servir y ya no quedan cacharros por lavar, los voluntarios que quedamos nos sentamos juntos. El pavo tiene un aspecto un tanto seco a estas alturas y las patatas se han quedado blandas; pero las risas y el ambiente de camaradería ayudan a tragar la comida. No está tan mala, después de todo.

Mientras Clive y yo atacamos una mustia porción de pastel de Navidad acompañada de natillas un tanto grumosas, suena su móvil.

«Es Tristan», anuncia moviendo los labios en silencio. Después se aparta de la mesa y empieza a andar de un lado para otro mientras habla.

Observo a mis compañeros voluntarios y percibo la cordialidad que ha surgido entre nosotros. Vine hasta aquí en busca de una manera de olvidarme de que estaba sola, y me he quedado sorprendida por el sentido de comunidad con el que me he encontrado. Para ser sincera, podría contemplar la idea de regresar el año que viene. Sobre todo si sigo siendo una triste solterona sin nadie a quien amar. En caso de que mi vida continuase por esos derroteros, llegado el momento podría encontrarme en la fila de los que acuden en busca de comida.

Cuando Clive regresa a la mesa noto en su rostro una expresión pensativa y un tanto preocupada.

—¿Malas noticias?

—Tristan me echa de menos —indica—. Quiere que me reúna con él en casa de sus padres.

—Entonces, las noticias son buenas.

—Sí —responde él—. Pero tendré que dejarte.

—Ah —esa parte no se me había ocurrido—. Tienes que irte —añado. Aunque en realidad quiero suplicarle que no lo haga—. Debéis estar juntos.

—¿Y tú?

—Estaré perfectamente —insisto con valentía—. He comido, y soy perfectamente capaz de entretenerme durante el resto del día —al menos dispongo de un sofá cómodo y una televisión, y no tengo que regresar a las frías y crueles calles sin más consuelo que unas cajas de cartón.

—¿Seguro que no te importa?

—Clive, vete de una vez. Si es necesario, te arrastraré hasta la puerta.

—Lucy, eres un cielo. Como agradecimiento, tendrás chocolate gratis durante toda la semana que viene.

—Soy capaz de comer mucho —le amenazo—, y me presentaré todos los días.

—Ya lo haces. Por eso te queremos tanto.

Clive me da un abrazo enorme, me planta un beso en la mejilla y luego agita la mano por encima del hombro al salir por la puerta, mientras yo me pregunto si es posible jugar al Pictionary con un solo jugador.

Capítulo 9

Addison dio un paso atrás mientras se aproximaban a la puerta de entrada.

—¿Tus padres son los dueños de toda esta casa?

Autumn asintió con un gesto.

—¿No sólo de una planta?

—La casa entera es suya —confirmó.

Addison frunció los labios y a ella le pareció observar que se le formaba un nudo en la garganta. Todo el mundo reaccionaba de la misma manera al ver dónde vivían sus padres. Autumn solía desear con toda su alma que el hogar de su familia se encontrara en una modesta vivienda adosada en algún pueblo industrial del norte del país. La mansión cubierta de glicinia era grandiosa, imponente, y Autumn siempre se avergonzaba cuando llevaba a novios carentes de recursos y con conciencia social. Había supuesto la ruptura de más de una relación.

Estaba segura que no sería así en el caso de Addison, quien la amaba por ella misma, y no por lo que sus padres tuvieran o dejaran de tener. O porque tuvieran demasiado. Addison era más calmado, más tolerante y, al menos tenía un trabajo, lo que suponía una clara ventaja con respecto a la mayor parte de los hombres con los que se había relacionado a lo largo de los años. Sin embargo, Autumn no le había hablado todavía de las residencias que su familia poseía en las Bahamas, Gstaad, Niza y otros lugares del mundo. Ni del «refugio campestre», como solían llamarlo, que consistía en una enorme casa de labranza en los Cotswolds, rodeada de varias hectáreas de terreno.

—Autumn, me dijiste que eran de clase alta —le recordó Addison—, pero no que se encontraban en el escalón inmediatamente anterior a la familia real.

Secándose las palmas de la mano en el vestido, Autumn se mordió el labio con nerviosismo.

—No tenemos por qué entrar.

—Ahora no podemos echar a correr. ¿Qué sería de las exquisiteces navideñas que tu madre se habrá pasado horas preparando? —Addison le rodeó los hombros con el brazo y le dio un apretón—. No te preocupes —añadió—. Todo saldrá bien.

—Pueden llegar a ser muy despóticos —advirtió Autumn.

—Y yo puedo llegar a ser muy encantador —replicó Addison—. Les caeré de maravilla.

Autumn abrigó la esperanza de que fuera así. La verdad es que nunca le había afectado mucho que sus padres mostraran desaprobación por uno de cada dos hombres que les había presentado, pero de pronto, esta vez sí le importaba que Addison les agradara, que les agradara mucho.

Se abrió la puerta y entraron.

—Feliz Navidad, señorita Autumn.

—Gracias, Jenkinson. Feliz Navidad —el mayordomo y amo de llaves, que se había encargado de la residencia familiar en Londres durante muchos años, les recogió los abrigos.

—¿Tus padres tienen mayordomo? ¡Madre mía! —exclamó Addison cuando el sirviente de avanzada edad se hubo alejado y no les oía.

Autumn no se atrevió a decirle a su novio que también tenían cocinera y criada.

—Jenkinson no es en realidad mayordomo, es un...

—¿Lacayo fiel?

—Te burlas de mí.

—No es verdad —repuso Addison—. Pero me podías haber advertido de que no iba a ser un almuerzo con unos padres corrientes.

—Addison, son los únicos que tengo.

—Bueno, ya que accedimos a venir, es demasiado tarde para echarnos atrás. Será mejor que me presentes.

Si los padres de Autumn se escandalizaron a causa del novio elegido por su hija, consiguieron ocultarlo de maravilla. Se acomodaron en el salón, bebiendo Kir Royale a pequeños sorbos y conversando amablemente mientras se ultimaban los preparativos para la comida. Addison no hizo comentario alguno acerca de que la madre de familia no se estuviera matando a trabajar junto al fogón. Autumn no creía que su madre se aventurara en la cocina muy a menudo. Lo más probable es que la mayor parte del almuerzo navideño hubiera sido adquirido en Fortnum Masón.

—Mamá, ¿te acuerdas de que soy vegetariana?

Su madre la miró con expresión de extrañeza.

—Seguro que Jenkinson se ha acordado. Además, cariño, vamos a tomar ganso. No puede considerarse como carne.

Autumn suspiró para sí. Deberían haberse quedado solos en el apartamento de ella, donde podría haber preparado un asado de frutos secos, y Addison no se tendría que haber visto sometido a semejante situación.

—¿Vives por aquí cerca, Alan? —el señor Fielding actuaba como quien recibe en audiencia.

—Addison —le corrigió él con paciencia—. No. Esta zona queda un poco por encima de mis posibilidades. Tengo un piso de protección oficial en Streatham.

—Qué encantador —intervino la madre de Autumn con un tono demasiado agudo para denotar sinceridad.

El padre no demostró un excesivo entusiasmo.

—¿A qué te dedicas?

—Soy director de desarrollo empresarial —repuso Addison—. Busco empleo para drogadictos recuperados —se encogió de hombros—. Aunque no todos se han rehabilitado. A algunos de estos muchachos les cuesta mucho superar su adicción.

Los padres de Autumn intercambiaron una mirada nerviosa.

—Tal vez el almuerzo esté preparado —comentó la señora Fielding.

Addison miró a Autumn como preguntando: «¿He dicho algo malo?». Antes de que ella pudiera intervenir con una explicación, Jenkinson abrió la puerta.

—El señorito Richard ha llegado.

—¿Richard? ¿Cómo es posible? —era la última persona que Autumn había pensado encontrarse.

—No estaba segura de si llegaría a tiempo para comer con nosotros —explicó su madre—. Viene directo desde el aeropuerto. Queríamos que fuera una sorpresa.

—Pues habéis acertado —replicó Autumn.

En ese momento, Richard abrió la puerta de un golpe y entró al salón.

—¡Hermana! —exclamó, y la abrazó con brusquedad.

Por primera vez en su vida, no se sintió aliviada por el mero hecho de ver a su hermano con vida. Después de tantos meses de rehabilitación en Estados Unidos, Autumn se había figurado que presentaría un aspecto más saludable. Le imaginaba con algunos kilos más y sin aquellas sombras debajo de los ojos; acaso con un ligero bronceado. Pero seguía flaco y demacrado, con las mejillas hundidas. Cuando Richard aflojó la presión del abrazo, Autumn se percató de que tenía los ojos demasiado brillantes, desenfocados, y al instante supo que seguía enganchado. Todos los meses que supuestamente había pasado en rehabilitación no habían servido de nada. Para el caso, sus padres podrían haber tirado todo ese dinero a la basura.

—Cariño —dijo su madre mientras rozaba ambas mejillas de su hijo dando un beso al aire—. Me alegro mucho de que hayas podido volver.

Richard abrazó a la señora Fielding con frialdad.

—Mamaíta —luego estrechó la mano de su padre quien, incómodo, le dio unas palmadas en el brazo.

—Éste es Addison —dijo Autumn, en vista de que no parecía que nadie fuera a presentar a su novio. Richard se quedó desconcertado. Sometió a Addison a la clase de escrutinio que ella habría esperado por parte de sus padres y no hizo movimiento alguno para estrecharle la mano. «Típico de Richard», pensó con resentimiento—. Trabajamos juntos en el Centro.

—Ah —repuso Richard—. Otro hacedor de buenas obras. Qué pocos tenemos en el mundo.

—Quizá el almuerzo esté preparado —repitió la madre de ambos con tono nervioso.

El único consuelo era que sus padres siempre compraban unos bombones deliciosos por Navidad. Autumn se preguntó quién estaría más desesperado por un chute de su droga particular para cuando terminaran de comer, ¿ella misma o su hermano?

Mientras enganchaba a Addison por el brazo y le dirigía hacia el comedor, Autumn consultó su reloj furtivamente. No tenían más que superar sin incidentes las dos próximas horas y luego podrían escapar. No veía el momento.

Capítulo 10

Chantal reflexionó que Ted había puesto todo su empeño. Había reservado habitación para ambos en un tranquilo hotel rural a las afueras de Bath. Durante el viaje, la había cogido de la mano. El hotel contaba con un magnífico restaurante, galardonado por la guía Michelin. La suntuosa habitación tenía una cama de columnas. Un espléndido centro de azucenas, enviado por su marido, perfumaba el ambiente. Sobre la mesa de centro aguardaba una lujosa caja de bombones que Chantal se vio obligada a inspeccionar de inmediato.

Ella también había puesto mucho de su parte. En su bolso de viaje llevaba un vaporoso camisón sin estrenar y había soportado el espantoso dolor de una depilación brasileña completa: a su entender, el peor de los sacrificios. Y ahora hacía todo lo posible por permanecer sentada en el salón, dando pequeños sorbos a su cóctel, cuando lo que deseaba en realidad era subir a la habitación y hacer el amor con su atractivo marido.

—¿Te alegras de estar aquí? —le preguntó Chantal.

Ted asintió con la cabeza, pero en su respuesta había un cierto grado de reflexión que hizo pensar a Chantal que no se trataba de una emoción del todo feliz, espontánea.

—Es un hotel precioso —comentó ella—. Has elegido muy bien.

Él asintió de nuevo y luego, cuando Chantal empezaba a considerar que la conversación empezaba a tomar un cariz más bien lacónico, su marido preguntó:

—¿Pero es un hotel el mejor lugar donde pasar la Navidad?

—Podríamos habernos quedado en casa —aunque Chantal era plenamente consciente de que ni siquiera vivían juntos de momento.

—¿A qué llamas «casa»?

—Esa pregunta sobra, Ted. Alquilé el apartamento para dejarte libertad para pensar. Era lo que querías —le colocó una mano en el muslo—. Lo que yo quiero es volver contigo. Ya lo sabes.

—No habrá sido capaz de quedarme en casa este año.

No era necesario que explicara la razón. Saltaba a la vista que su marido deseaba ver el hogar de ambos lleno de niños, de juguetes y de leche derramada sobre la ropa de firma de Chantal. Después del tiempo que ésta había pasado con Lewis, el hijo de Nadia, ahora, en efecto, podía entender el atractivo de pasar una Navidad en familia. A pesar de que Nadia le había pedido que no lo hiciera, debajo del árbol lleno de adornos había dejado para el niño una docena de lujosos regalos, hermosamente envueltos —no se había podido resistir a ninguno de ellos—. Madre e hijo la habían llamado por la mañana para darle las gracias. Lewis estaba eufórico con tanta emoción. Chantal le echaba de menos desesperadamente, y todo aquello le había hecho preguntarse si Ted estaría en lo cierto. ¿Mejoraría la vida en común de ambos si tuvieran un hijo?

Chantal paseó la vista por la opulenta estancia. El hotel era precioso, si bien se trataba de la clase de establecimiento frecuentado por estiradas parejas de mediana edad. Ni siquiera los bombones de primera calidad podían compensar el hecho de que el lugar fuera una especie de museo. A nadie se le ocurriría llevar allí a sus hijos. ¿Era aquello lo que le daba un aspecto tan estéril, a pesar de su belleza?

¿Qué demonios harían para pasar el tiempo antes de cenar? Chantal había traído un libro demasiado culto para leerlo con facilidad, de modo que no conseguía concentrarse en la lectura.

Ted parecía razonablemente satisfecho allí sentado, clavando la vista en el espacio; pero Chantal empezaba a inquietarse.

—¿Por qué no vamos al balneario y nos damos un baño?

Su marido se encogió de hombros.

—Muy bien.

Un poco más de entusiasmo no habría venido mal, pero Chantal estaba dispuesta a aceptar las cosas tal como vinieran.

La piscina de pequeñas dimensiones se encontraba vacía, con la excepción de Chantal. La zona tenía un ambiente íntimo y estaba decorada con exuberante vegetación a la manera de un paraíso tropical, apartado de la parte principal del hotel. Grandes palmeras se apiñaban alrededor del agua color turquesa y las tumbonas eran de bambú. La piscina tenía una forma compleja, poco apropiada para hacer largos a nado, pero Chantal dio unas cuantas brazadas hacia uno y otro extremo mientras aguardaba a que su marido se reuniera con ella.

Cuando Ted apareció, le llamó con tono de broma.

—Venga, métete. El agua está estupenda.

Él se echó a reír y se zambulló en la piscina de un salto, levantando una cortina agua por todo alrededor.

—¡Eh! Eso no vale —Chantal se encaramó a la espalda de Ted y trató de sumergirle bajo la superficie. Empezaron a chapotear con entusiasmo, divirtiéndose como no habían hecho desde hacía años. Demasiados.

Chantal colocó las piernas alrededor de la cintura de Ted y le rodeó el cuello con los brazos. Él la agarró por el trasero y la atrajo hacia sí. Luego su boca buscó la de ella y mantuvieron sus cuerpos pegados mientras se besaban. Ted la empujó hacia un lateral de la piscina y, mientras la sujetaba con un brazo, le pasaba la otra mano por el cuerpo, que se estremecía ante sus caricias. Ted arrastró los dedos hasta el borde del traje de baño de Chantal y, colándose en el interior, le frotó un pezón.

Chantal echó la cabeza hacia atrás. Notaba que Ted empezaba a tener una erección y se preguntó si tendrían el tiempo suficiente para llegar a la habitación. En épocas pasadas, les encantaba hacer el amor en los lugares más imprudentes. Entonces, los dedos de su marido se dirigieron hacia el interior de los muslos de Chantal, empezaron a jugar con el tejido del bañador y ella se preguntó si él estaría dispuesto a correr el riesgo.

—No hay nadie más —susurró Chantal con voz ronca—. Hazme el amor.

Ted volvió la cabeza atrás con ademán nervioso.

—Alguien podría vernos.

—No nos verán —aseguró ella al tiempo que tiraba hacia debajo de la parte delantera del bañador de su marido y se lanzaba hacia él—. No hay nadie más. Estamos solos.

Ted le detuvo las manos.

—No puedo —insistió. De pronto, la erección había desaparecido—. Me siento incapaz.

—¿Y si vamos a la habitación? —propuso Chantal—. Podemos llegar en cuestión de minutos.

—No cambiaría las cosas —repuso su marido. Soltó a Chantal y se retiró. Ella no conseguía descifrar las emociones en su rostro.

—Explícamelo, Ted. ¿Cuál es el problema?

—Creo que está muy claro —respondió él con tono tajante mientras de un impulso salía de la piscina—. Lo siento.

—No importa —respondió ella elevando la voz mientras Ted se alejaba en dirección a los vestuarios sin volver la vista atrás. Pero Chantal sabía que sí importaba. Les importaba mucho a los dos.

Capítulo 11

Me acurruco en el sofá, rodeada de un auténtico festín de delicias que me ayudarán a pasar lo que resta del día de Navidad. Un surtido de chocolatinas en miniatura de Cadbury's y una tableta de Galaxy se encuentran a mi lado, al alcance de la mano. Un mínimo esfuerzo para un consumo máximo.

El atuendo elegante ha desaparecido y vuelvo a llevar puesta mi ropa de andar por casa, consistente en camiseta negra y pantalones de combate. Los restos de mi botella de champán — que ha perdido parte de sus burbujas- se ven de nuevo forzados a entrar en servicio. Como no quiero estar sobria, me bebo la mitad de un solo trago y luego me acomodo para mi noche desenfadada frente al televisor. Acto seguido, ocurre la tragedia. *Chitty Chitty Bang Bang* no aparece en la pantalla, y eso que siempre la emiten el día de Navidad. Imposible concebir esta época festiva sin Dick Van Dyke. Por lo general, acoplan la película entre *Sonrisas y lágrimas* y *La gran evasión*. Tiene que haber algún error, no me cabe duda. ¿Es que no puede uno fiarse de nada en esta vida?

Indignada, arrojo a un lado la guía de programación navideña. ¿Qué hago yo ahora para pasar las largas y solitarias horas hasta el momento de irme a la cama? Recojo el mando a distancia, realizo un rápido recorrido por los canales y justo cuando caigo en la cuenta de que no hay nada que merezca la pena ver, suena el timbre. ¿Quién demonios será? Entonces, el corazón se me acelera. ¿Y si fuera Crush, que viene a explicarme que todo ha sido una terrible equivocación y que ha tomado el primer vuelo desde Sídney que le ha resultado humanamente posible para acudir a mi lado a toda prisa? Me levanto del sofá y llego a la puerta en tres zancadas. Cuando la abro de un tirón, me encuentro a Marcus frente al umbral.

—Traigo bombones —anuncia—. Y champán. Y un muñeco de peluche.

En efecto, lleva bajo el brazo un enorme y mullido oso polar.

—No podía dejar de pensar en ti —continúa antes de que yo tenga posibilidad de articular palabra—. Así que he venido por si te encontraba, para desearte una Feliz Navidad. Si me quieres mandar a paseo, me marcharé.

Marcus está guapísimo, además de borracho. Su cabello rubio se encuentra completamente despeinado, lo que le otorga un aspecto muy juvenil. Hace que el oso polar me salude con la pazuña. Qué monada. Ya sea porque experimento un sentimiento de buena voluntad hacia la humanidad después de pasarme varias horas en el comedor de beneficencia, o porque mi única alternativa es un programa de hace treinta años de los humoristas Morecambe y Wise, exhalo un suspiro y digo:

—¿Cómo voy a mandarte a paseo? Estamos en Navidad.

Abro la puerta de par en par y Marcus entra al salón tambaleándose.

—¿Estás sola? —pregunta—. Confiaba en que así fuera.

—He estado con amigos; acabo de volver —no es estrictamente mentira, ya que Clive también estuvo en el centro de acogida.

—En ese caso, ¿dónde está tu enamorado?

—Mi enamorado está en Australia —Marcus no tiene por qué enterarse de más—. ¿Te apetece un café? —pregunto—. Por lo que parece, no te vendría mal.

—Sí, estaría muy bien —mi ex prometido se desploma en el sofá y se pone cómodo.

En la cocina, empiezo a preparar las tazas y todo lo demás mientras la mente, confusa, no para de darme vueltas. Si yo fuera una persona sensata con el corazón de piedra, echaría a Marcus a patadas. Pero no lo soy. Soy una incauta, y me siento sola. ¿Tan mal estaría pasar con él el resto de la velada? Necesito compañía, y Marcus está aquí, a mi disposición, así que, esta vez, ¿quién utiliza a quién? Le haré jugar conmigo al Pictionary y luego, cuando él decida que es demasiado tarde para marcharse a casa y empiece a lanzar miradas melancólicas a mi sofá —o a mi cama—, llamaré a un taxi para que le recoja.

Atravieso el salón con el café y coloco las tazas sobre la mesa. Marcus se ha quitado la cazadora y los zapatos. No sé muy bien dónde sentarme. ¿Me dejo caer a su lado como quien no quiere la cosa, o me decido por la butaca, para evitar el peligro? Mientras me encuentro en el proceso de tomar tan crucial decisión, Marcus me rodea los muslos con sus brazos y tira de mí hasta colocarme encima de él.

—¡Marcus! —le doy un golpetazo en el pecho y trato de zafarme de sus garras. Noto sus brazos, fuertes y sólidos, a mi alrededor, y aunque no debería estar pensando en esto, la sensación de encontrarme atrapada por él resulta muy, pero que muy placentera.

Me dedica una amplia sonrisa.

—Dios, cuánto te he echado de menos —después, comienza a besarme con intensidad, con fuerza.

Siento sus manos en la cara, el pelo, el pecho, el trasero; en todas partes. No puedo respirar, no puedo decir que no. Sus labios se notan calientes, febriles, y me viene a la memoria la primera vez que nos acostamos. Fue un acto salvaje, apasionado, y desde ese mismo instante me enamoré de él. Nos dejamos caer al suelo, volcamos la mesa de centro y las tazas de café salen despedidas. Mi moqueta se llena de manchas.

—Te quiero —repite Marcus una y otra vez—. Cuánto te quiero —me arranca la camiseta de un tirón y se libra de mis pantalones en un santiamén.

Su boca sigue pegada a la mía y, no sé cómo, minutos después los dos estamos desnudos con un reguero de ropa a nuestras espaldas. Nos encontramos tumbados debajo del árbol de Navidad y la moqueta me ha provocado rozaduras por todas partes. Debería parar esto. Está clarísimo, debería pararlo. Pero no puedo. Estoy sola y Marcus me necesita, me desea, me ama. Las agujas del abeto se me clavan en el trasero, si bien encuentro un curioso consuelo en el hecho de conocer cada palmo del cuerpo de este hombre mientras se introduce en mi interior. Marcus ha sido siempre un amante excepcional. Puede que de vez en cuando le haya odiado por ello, pero no puedo negarlo. Mi ex prometido empieza a moverse por encima de mí. Sus ojos denotan amor y lujuria. Me sujeta con fuerza.

—Lucy —dice con un grito ahogado al penetrarme—. Te amo.

—Oh, Marcus —respondo yo.

Pero no soy capaz de identificar la emoción que hay detrás de mis palabras. ¿Es amor, familiaridad, desprecio, o pura y simple frustración? Las luces con forma de guindilla parpadean, si bien en sus destellos se aprecia un nuevo discernimiento.

Marcus está tumbado a mi lado y, sin pensarlo, me acurruco contra él. Desliza los dedos suavemente por mi cuerpo, me acaricia, me provoca. Noto su aliento en el cuello. Me he rendido

a Marcus una vez más. Sé que seguramente me odiaré a mí misma por la mañana. Pero, en este preciso instante, lo que quiero es ser amada.

Capítulo 12

Cuando Toby les abrió la puerta llevaba puesto un delantal. Gotas de sudor le empapaban la frente y sus mejillas mostraban un cierto rubor nervioso. Sobre el hombro acarreaba un paño de cocina.

—Me parece que he calculado mal el tiempo —indicó con una nota de pánico en la voz—. Puede que tengamos que comernos las patatas ahora y el pavo, a las diez de la noche.

Nadia se echó a reír. Estaba quitándole el abrigo a Lewis y, acto seguido, se despojó del suyo.

—¿Quieres que acuda al rescate?

—Me encantaría —repuso Toby con un suspiro de alivio—. No me imaginaba lo mucho que cuesta preparar la comida de Navidad.

—Es porque siempre estabas en el *pub* mientras yo la cocinaba —bromeó ella.

Toby se detuvo y le dio un beso en la mejilla.

—Me alegro de teneros aquí a los dos —dijo.

—Papá —intervino Lewis—. La tía Chantal me ha regalado una guitarra eléctrica.

—¿De veras? —Toby miró a Nadia en espera de confirmación.

—No tiene hijos —respondió ella a modo de explicación; sólo a una persona sin hijos se le ocurriría comprarle a un niño un regalo tan escandaloso—. No es de verdad, pero arma tanto ruido que lo parece —sería el primer juguete que habría que esconder en cuanto se agotaran las pilas.

Toby cogió a su hijo en brazos.

—Hola, campeón. ¿Y ese beso para papá? —a Lewis le dio la risa tonta mientras su padre enterraba la cara en la suave piel del cuello del niño. Volvió a colocarle en el suelo—. Mira lo que tengo para ti.

—Toby —dijo Nadia con voz serena—. No deberías haberle comprado nada; tenemos muchas deudas pendientes.

Nadia se sentía fatal por no poder pagar siquiera sus consumiciones en Chocolate Heaven, pero sus amigas eran muy comprensivas. No sabía qué haría sin ellas. Eran su salvación.

—Sólo es un detalle —insistió Toby—. No podía dejar de comprarle algo. Soy su padre.

Nadia lamentó que el instinto paternal de Toby no se hubiera ampliado hasta el punto de abstenerse de apostar el dinero familiar en las innumerables páginas de Internet que frecuentaba.

—Nadia, he vuelto al buen camino —dijo él, como si le hubiera leído la mente—. Ni siquiera compro lotería. Te lo prometo.

Ambos tomaron asiento y observaron la expresión de deleite de Lewis mientras abría el regalo del que ningún niño debería prescindir: un banco de trabajo parlante, acompañado de una completa gama de herramientas de plástico.

—Es muy bonito —comentó Nadia. Aunque en realidad opinaba que tenía tanto potencial como la guitarra eléctrica para resultar molesto, e incluso más posibilidades de resultar claramente peligroso.

«¿Hoy vas a construir una nave espacial?», preguntó el banco de trabajo con animados tonos de lo más irritantes.

Lewis lanzó un chillido de alegría. Nadia tendría que encontrar un armario muy grande para

esconder aquel armatoste.

«¡Gracias por colocar el martillo en su sitio!»

—Acompáñame a la cocina —dijo Toby.

—No sé si deberíamos dejarle solo —susurró Nadia—. ¿Y si el martillo acaba atravesando la pantalla de la televisión?

—Me figuro que cuanto más mayor se haga, más destrucción sembrará a su alrededor.

—Lewis, quédate aquí jugando y pórtate bien —le instruyó su madre—. No rompas nada —aquella llave inglesa podría ser de plástico, pero a Nadia le parecía mortífera—. Papá y yo vamos a preparar la comida.

La cocina estaba llena de vapor procedente de una variedad de cazuelas. En las ventanas se veían surcos de condensación. Nadia puso en marcha la campana extractora.

—Yo me encargaré de todo —le aseguró Toby—, pero te necesito en calidad de directora de proyecto.

—Devuélveme mi delantal y ve a poner los pies en alto un rato mientras organizo esto.

Una lágrima brilló en los ojos de Toby cuando dijo:

—No sé cómo me las he arreglado sin ti.

Nadia le rodeó con sus brazos y le apretó hacia sí.

—He procurado pensar en todo —prosiguió Toby—. He comprado chirivías, rollitos de beicon, servilletas decoradas y también una caja de tus bombones favoritos, en ese sitio al que vas con tus amigas.

—¿Fuiste a Chocolate Heaven?

Toby asintió.

—No deberías haber ido.

—Quería que fuera un día perfecto.

—Sólo hay una cosa que quiero que hagas —respondió ella.

—Y la estoy haciendo. Estoy limpio, recuperado. De veras.

—Me alegra oírlo. Espero que hables en serio.

—Te lo juro —insistió él—. Tú y Lewis lo sois todo para mí. No quiero ver cómo desaparecéis de mi vida. Antes, prefiero morirme.

Poniéndole un dedo en los labios, Nadia dijo:

—No hablemos más del asunto. Es Navidad. Hoy debemos olvidar nuestros problemas.

—Estoy completamente de acuerdo —respondió Toby con un suspiro de alivio.

—Entonces, organicemos esa comida, ¿de acuerdo? De otro modo, acabaremos tomándola mañana.

Nadia se puso manos a la obra. Estaba escanciando agua caliente sobre el relleno en polvo que Toby había comprado cuando éste le dijo:

—He invitado a mis padres a comer. Espero que te parezca bien. Querían ver a Lewis; y a ti, claro está.

—Por mí, estupendo.

—Le echan mucho de menos —añadió Toby.

—Pueden verle siempre que quieran —repuso Nadia—. Y ellos lo saben.

—Pero no es lo mismo, ¿verdad? —su marido le dedicó una sonrisa melancólica, cohibida—.

En cualquier caso, me pareció que sería agradable estar todos juntos. El día de Navidad es para pasarlo en familia.

Toby tenía razón. Las celebraciones de aquella época del año hacían que Nadia notara la ausencia de su propia familia con mayor intensidad. En un rincón de su mente siempre quedaba la esperanza de que, algún día, sucediera algo que les hiciera apartar a un lado sus prejuicios en contra de Toby y volvieran a aceptarles. Sus padres ni siquiera conocían a Lewis, a pesar de que ella no dejaba de enviarles fotografías del niño con ocasión de cada cumpleaños; pero nunca dieron señal de haberlas recibido. En la cultura de Nadia la familia lo era todo, salvo si rechazabas el marido que tus padres habían elegido para ti, claro está. El hecho de estar apartada de aquellos a quienes más quería suponía para ella una fuente de continua tristeza. Ahora que estaba de nuevo en casa, con Toby, cayó en la cuenta de lo mucho que había añorado la intimidad de su propia unidad familiar. Le había resultado especialmente agradable el hecho de que su marido se hubiera esforzado tanto por hacer de aquel día una ocasión especial, a pesar del gasto que conllevaba. Tal vez las cosas, en efecto, habían cambiado, y ambos podían esperar un futuro mejor.

El almuerzo fue espléndido, aunque comieron tan tarde que fue más bien una cena. Llegado el momento, estaban tan hambrientos que se habrían comido cualquier cosa que les hubieran puesto delante. Nadia y Toby recogían la mesa mientras los abuelos de Lewis, encantados, entretenían a su único nieto. El padre de Toby estaba enseñando al niño a simular que taladraba un agujero en la mesa de centro. Lewis prestaba toda su atención a la tarea; aun así, la broca de plástico se resbalaba incontroladamente por la pulida superficie. Nadia optó por no mirar. Por lo que parecía, se trataba de otro regalo de Navidad del que se acabarían arrepintiendo. Los muebles de la casa ya estaban bastante estropeados como para que los salpicaran de agujeros perforados sin querer.

El día había resultado un éxito y Nadia se sentía satisfecha, relajada, si bien sufría de una cierta indigestión. Por asombroso que pareciera, había tenido que guardar para el día siguiente algunas de las exquisiteces de Chocolate Heaven. Era poco frecuente que su capacidad para consumir chocolate la abandonase.

—Ha sido una comida estupenda —comentó.

—El mérito es tuyo —respondió su marido—. Consigues que todo funcione. Sin ti, estaría perdido.

Antes de que ella tuviera oportunidad de responder, Lewis entró en la cocina. Se chupaba el pulgar y empezó a tirar de la falda de su madre. Los párpados se le cerraban a causa del sueño.

—Ya tendrías que estar durmiendo, jovencito —Lewis, por una vez, no protestó. Nadia se giró hacia Toby—. Deberíamos irnos.

—¿Puedo dormir en mi cama esta noche? —soltó el niño de sopetón.

—No, cariño.

—¡Por favor, mamá!

—No tenéis que marcharos —dijo Toby—. ¿Por qué no os quedáis?

Nadia sonrió.

—¿Crees que porque me hayas cocinado un asado pasable puedes hacer luego travesuras conmigo?

—Merece la pena intentarlo —respondió Toby, devolviéndole la sonrisa—. Abriré otra botella de vino.

Nadia se encogió de hombros.

—De acuerdo.

—¿En serio? —la sonrisa de Toby se amplió.

Era tarde, Nadia sentía una agradable sensación de sueño y lo más seguro es que hubiera bebido demasiado. Había contado con no tomar más de una copa de vino y volver a casa conduciendo; pero superar la jornada sin unas cuantas bebidas de refuerzo había resultado más difícil de lo que imaginaba. Ahora tendría que llamar a un taxi, y tratar de conseguir uno libre el día de Navidad sería una pesadilla. Además, le saldría carísimo. Para ser sincera, no deseaba regresar al apartamento de Chantal a sabiendas de que su amiga no estaría en casa, y que Lewis y ella misma pasarían a solas los próximos días. Tampoco le apetecía gran cosa separarse de Toby y del tranquilo y acogedor ambiente de su propio hogar.

—Sí, nos quedaremos.

—Lewis, ve a tu habitación y busca un pijama. Mamá subirá en seguida.

Mientras el hijo de ambos echaba a correr, emocionado, Toby rodeó a Nadia con sus brazos.

—Nadia, vuelve a casa para siempre. Os quiero a los dos conmigo.

¿Podía confiar en su marido hasta el punto de intentar arreglar el matrimonio de ambos? ¿Sería Toby capaz de abandonar alguna vez las apuestas, tal como prometía? Le miró a los ojos y parecían sinceros, ¿pero cómo podía estar segura de que había cambiado? ¿Había contado Toby con el tiempo a solas necesario para reflexionar sobre sus acciones? Sin lugar a dudas, Nadia seguía amando a su marido. Nunca lo había puesto en tela de juicio. Lo único que detestaba era su conducta, su adicción. Tras unas cuantas copas de vino espumoso barato sería normal tomar una decisión precipitada, basada en las emociones que ahora sentía; pero ya había alterado bastante la vida de Lewis. Al niño no le haría ningún bien volver a instalarse en casa y luego descubrir que las cosas seguían igual. No podía hacerle eso a su hijo, tenía que pensar en su estabilidad futura. Por otra parte, sería estupendo volver a encontrarse entre los brazos de Toby. A pesar de sus defectos, era un hombre atractivo y cariñoso, y le había echado mucho de menos.

Inclinándose hacia él, apoyó la cabeza en su hombro y le besó en el cuello con ternura.

—Nos quedaremos sólo esta noche —dijo, tratando de aferrarse a la realidad de la situación de ambos—. Iremos poco a poco.

Capítulo 13

Autumn se descubrió conteniendo el aliento, y un dolor de cabeza causado por el estrés se le iba formando tras los párpados por el esfuerzo de intentar mantener una apariencia de normalidad. Su hermano se había bebido copa tras copa de champán antes de que se hubiera servido la comida. Ahora agitaba los brazos animadamente mientras hablaba, arrastrando las palabras y balbuceando al tiempo que efectuaba movimientos frenéticos y descoordinados.

Richard entró dando tumbos en el comedor por delante de Addison y de ella misma.

—Addison, ven, siéntate a mi lado —indicó la señora Fielding como si nada improcedente estuviera sucediendo.

Si el novio de Autumn se sintió intimidado por el suntuoso comedor, también él se comportó con gran serenidad. Se giró hacia su novia y le dedicó un guiño tranquilizador.

La resplandeciente mesa de caoba tenía capacidad para dieciséis comensales y había sido engalanada para la ocasión con las mejores piezas de la porcelana y la plata familiares. Las copas de cristal tallado lanzaban destellos bajo la luz de los candelabros. Los espléndidos cuencos con frutas de temporada estaban decorados con hojas de acebo. Guirnaldas de muérdago colgaban profusamente de las molduras para colgar cuadros y de la ornamentada chimenea de mármol. Un fuego de leña crepitaba en el hogar, aportando a la estancia una calidez que en gran medida necesitaba. Se trataba de la estampa perfecta para una felicitación de Navidad. Idílica. Eso era lo que la familia Fielding había sido siempre: una superficie perfecta que enmascaraba una multitud de tensiones subyacentes.

Cuando Addison se apartó de su lado, Autumn agarró a su hermano por el brazo y le retuvo.

—Rich —susurró—. Tranquilo. Ya has bebido bastante.

—Sólo unas cuantas copas —declaró él con énfasis—. Relájate, Autumn. Es Navidad, y el hijo pródigo ha regresado entre gran regocijo. ¿Estás celosa porque nunca hayan servido el ternero cebado en tu honor? —dio otro largo trago de su copa de champán—. Ah, es que eres vegetariana; no lo probarías en cualquier caso.

—Estás haciendo el ridículo y tenemos un invitado.

—Debemos mantener las apariencias, ¿verdad que sí?

—No estaría de más. Nuestros padres acaban de gastarse una fortuna en tu supuesta estancia en una clínica de rehabilitación. Podrías esforzarte un poco y fingir que de veras has intentado abandonar las drogas.

—Podría dejarlas en cuanto quisiera, querida hermana; pero he llegado a la conclusión de que prefiero una visión distorsionada de la vida. Es mucho mejor que la cruda realidad, ¿no te parece?

—Siéntate y cierra el pico de una vez —espetó Autumn—. Acabemos el día en paz.

—Te has vuelto muy segura de ti misma, así de pronto —comentó su hermano—. ¿Es que el grupo ese de benefactores te ha enviado a cursos de formación?

—¿Te he dicho alguna vez que me sacas de quicio cuando adoptas esta actitud? Pórtate bien. Hazlo por mí.

Richard se quedó mirándola, ligeramente intimidado. Autumn albergó la esperanza de que consiguiera mostrarse amable durante el resto de la jornada. Ahora que le observaba más de

cerca, reflexionó que tenía un aspecto aún peor que antes de viajar a Estados Unidos. Su rostro mostraba una palidez enfermiza, se notaba un brillo de sudor en su piel y las manos le temblaban perceptiblemente.

Cuando por fin estuvieron todos sentados, Jenkinson apareció con una enorme bandeja de plata sobre la que descansaba, orgulloso, el ganso asado.

—¡Joder! —soltó Richard en voz alta—. Jenkins, viejo amigo, ¿es que ni siquiera libras el día de Navidad? ¿En qué siglo estamos?

—No voy a permitir ese lenguaje en la mesa —intervino el señor Fielding—. Richard, modera tus palabras.

—Tratáis a la gente como a siervos medievales y luego decís que yo soy el que tiene un problema —su hermano se echó a reír sin viso alguno de alegría—. Déjame que corte ese maldito ganso —tambaleándose, se puso de pie y agarró el cuchillo para trincar.

El señor Fielding también se levantó.

—Creo que soy yo quien debe encargarse.

—No. No, ni hablar —Richard apartó de un empujón a su padre quien, a regañadientes, volvió a sentarse al tiempo que lanzaba a su mujer una mirada de preocupación. El ambiente, al igual que el ganso, se podría haber cortado con un cuchillo.

Jenkinson regresó con una bandeja cargada de fuentes con verduras al vapor y patatas al horno. Por fortuna, también traía un asado de frutos secos.

—Le he preparado un plato vegetariano, señorita Autumn —le dijo el mayordomo en voz baja.

—Gracias —ella le lanzó una mirada agradecida.

Jenkinson colocó las fuentes sobre la mesa y luego se batió en solemne —aunque veloz— retirada en dirección a la cocina.

Con ademán ostentoso, Richard hincó el tenedor en el ganso y empezó a asestar cuchilladas a la gigantesca ave.

—Ve con calma —advirtió su padre.

—Ten cuidado, Richie, cariño —el rostro de su madre tenía el color de la ceniza—. Deja que papá se encargue.

Addison, incómodo, contemplaba la escena.

—¿Quieres que te eche una mano?

—Sé lo que estoy haciendo —el cuchillo seguía haciendo tajos sin parar. En ocasiones como ésta, Autumn se alegraba de ser vegetariana. A base de machetazos, fueron desprendiéndose del pobre ganso grasientos pedazos de carne. A Autumn se le revolvía el estómago. Entonces el cuchillo resbaló y en lugar de clavarse en el ave se deslizó a través de la mesa a toda velocidad. Richard perdió el equilibrio y, de pronto, el ganso se separó de su bandeja y salió disparado, arrastrando consigo las fuentes de verduras y patatas. El ganso se desplomó en el suelo con un golpe seco, mientras que una fuente de verduras dio una vuelta en el aire y una selección de bastones de zanahoria, guisantes tiernos, coles de Bruselas y chirivías asadas fue a aterrizar directamente en las rodillas de Addison. Este se levantó de un salto y ejecutó una rápida danza tribal mientras el vapor amenazaba con escaldarle la piel. El señor Fielding, tal vez recordando sus días de jugador de críquet, agarró las patatas al vuelo.

Todos se pusieron de pie y contemplaron el desastre. Jenkinson, con buen criterio, se abstuvo

de regresar al comedor para averiguar qué era aquel jaleo. Autumn se percató de que Richard temblaba con violencia.

Los señores Fielding, al parecer, habían entrado en estado de shock catatónico.

—Addison —dijo Autumn con tono seco—, voy a llevar a Richard al piso de arriba. ¿Te importa encargarte de este desbarajuste? —su novio asintió con un gesto y ella le lanzó una mirada agradecida al ver que, sin perder un momento, empezaba a retirar del suelo los tubérculos comestibles.

—Puede que el champán le sentara mal por el desfase horario —sugirió la señora Fielding con optimismo.

—Sí, sí —masculló Richard—. Debe de ser eso.

Y una mierda el desfase horario, pensó Autumn. Fue dirigiendo a Richard escaleras arriba y le introdujo en el dormitorio que había sido de su hermano desde la niñez. Sin escuchar protesta alguna, le llevó hasta la cama, donde Richard se tumbó sobre la anticuada colcha y se acurrucó hecho un ovillo, como si sufriera de un insoportable dolor de estómago.

Autumn le acarició la frente húmeda.

—¿Te encuentras bien?

—La verdad es que no mucho, hermanita —tuvo un ataque de arcadas, si bien no llegó a vomitar.

—¿Qué has tomado esta vez, Rich?

—Un poco de *crack* -confesó él, sumiso—. Nada del otro mundo.

Menuda rehabilitación. Por lo que se veía, su estancia en el extranjero no había servido más que para engancharle a drogas peores.

—Ay, Richard —Autumn se dejó caer en la cama y se tumbó al lado de su hermano.

—No sé cómo ha podido pasar —parecía de veras desconcertado—. Jamás he sido adicto a la cocaína —declaró con una jactancia que se contradecía con su tono de voz—. Probé unos cuantos gramos, eso es todo. Puede que un poco más. De pronto, ya no me bastaba. No me proporcionaba la misma sensación —por primera vez, parecía asustado.

—¿Cuánto tiempo llevas así?

—Lo tengo bajo control —insistió él mientras los dientes le castañeteaban—. Acabaré por dominarlo, te lo aseguro. ¿Me acompañas al baño?

Ella le ayudó a levantarse. Resultaba ligero, débil, insustancial. Se dirigió al cuarto de baño del dormitorio tambaleándose como un anciano. Autumn se colocó a su lado y le humedeció la frente con un paño fresco mientras Richard vomitaba en el váter. Autumn reflexionó con desolación que aquello era el resultado de unas navidades demasiado festivas.

Por fin, el suplicio de la comida de Navidad había concluido. Apenas habían probado bocado, y luego sus padres se habían volcado con Addison, suplicándole que regresara en otra ocasión. Autumn consideró que sólo con mucha suerte conseguiría que su novio volviera a cruzar el umbral.

Ahora Addison se disponía a conducir hasta el apartamento de Autumn. Al dejar atrás la casa y sumarse al fluido tráfico propio de las vacaciones, sin girarse hacia ella, preguntó:

—¿Desde cuándo es tu hermano drogadicto?

Autumn reclinó la cabeza sobre el asiento.

—¿Resulta tan obvio?

—Quien trabaja en el sector de las compañías discográficas es capaz de reconocer a un buen cantante a kilómetros de distancia —Addison se encogió de hombros—. Mi sector es el de las drogas.

Se detuvieron en el semáforo y Addison le cogió la mano.

—¿Saben tus padres lo grave que es?

Ella negó con la cabeza.

—No lo creo.

—¿Y tú?

—Sí —respondió Autumn—. Pero aparento que no.

—¿Sabes que así fomentas su conducta?

—Intento protegerle —protestó ella—. Nada más.

—Y al hacerlo, le encubres, le proporcionas excusas, lo que le da la oportunidad de no hacer frente a su situación.

El semáforo se puso en verde y siguieron parados. Por suerte, al ser Navidad, no tenían detrás a nadie que tocara el claxon con impaciencia.

—¿Y cómo le ayudo?

—Tal vez no sea posible, Autumn.

—No puedo quedarme al margen y observar cómo se destruye —se retorció la falda con las manos—. Está muy metido en las drogas. A veces probaba un poco de coca, por diversión —repitió la mentira que su hermano tantas veces le había contado—. Ahora es diferente. Durante su estancia en el extranjero se pasó a otras sustancias más duras. Yo creía que esta vez quería desengancharse de veras, pero ahora me doy cuenta de que se marchó a Estados Unidos sencillamente para huir de los problemas que tenía aquí. Nada más. Francamente, ni siquiera sé si ha llegado a pisar una clínica de rehabilitación. Unos matones le perseguían por cuestiones de dinero. Relacionado con las drogas, cómo no. Iban lo bastante en serio como para que a Richard le entrara pánico.

Addison enarcó una ceja.

—Y pensar que estabas preocupada porque tus padres pudieran llevarse un susto conmigo.

Autumn se echó a reír.

—Gracias a Dios que el asado de frutos secos se libró de la catástrofe. ¿Qué otra cosa habríamos comido? Quizá por primera vez en su vida mis padres agradecieron tener una hija vegetariana.

—No tienes por qué encargarte de Richard tú sola —dijo Addison—. Yo te ayudaré. Cuenta con mi apoyo.

Autumn notó que los ojos se le cuajaban de lágrimas y Addison la atrajo hacia sí.

—Gracias —dijo ella.

Capítulo 14

Me despierto junto a Marcus y me horrorizo por lo que he hecho. Está tumbado a mi lado, con un brazo abrazando la almohada y una pierna encima de las mías. Está cómodo. Muy cómodo. Pero yo no. Me mantengo inmóvil, incapaz de moverme. ¿Y ahora qué? No ha sido una buena idea, ni mucho menos. Hasta el oso polar de peluche, ahora sentado en lo alto de un armario, me observa con mirada crítica. Con sumo cuidado, me aparto de mi ex prometido. Si no me encontrara en mi propia casa, llegado este momento me levantaría y me marcharía a hurtadillas.

El dilema en el que me encuentro me hace soltar un suspiro demasiado ruidoso y Marcus abre los ojos, de modo que tiro de la sábana y me tapo. Dime, pudor, ¿dónde estabas anoche, cuando te necesitaba?

—Hola —dice con voz somnolienta mi poco grato invitado. No para de sonreír y le examino en busca de un rastro de engreimiento, pero no encuentro ninguno. Con los dedos me acaricia el brazo, suavemente. Mi puto cuerpo traidor se cubre de carne de gallina de la cabeza a los pies. ¡Alto! Es una mala noticia, pésima.

Marcus se acurruca contra mí. Su piel está al rojo vivo, lo que resulta estupendo para meter los pies en agua fría, pero no tan estupendo para resistirse a la tentación sexual. Trato de apartarle de un empujón. Acopiando todo mi valor, le espeto:

—Marcus, tienes que marcharte.

Se espabila por completo.

—¿Marcharme?

—Lo de anoche fue un error. No debería haberlo permitido.

Se incorpora apoyándose en los codos y no parece haberse molestado en lo más mínimo, como hubiera sido de esperar. Sus dedos continúan el lánguido recorrido por mi piel, mi maldita piel, débil a más no poder y, para mi horror, demasiado predispuesta.

—Pues no protestaste mucho.

Ahora sé que debería haberme aferrado al chocolate, mi mejor amigo, en busca de consuelo. Es mucho mejor que el sexo porque después de comerlo no te sientes culpable. Bueno, no mucho.

—Me sentía sola, vulnerable.

—Estabas muy sexy, desde luego —dice elevando un poco las cejas. Conozco a Marcus lo bastante para saber que de un momento a otro va a montar la tienda de campaña debajo de mi edredón. Tengo que echarle de aquí ahora mismo, antes de que mi capacidad de resistencia se debilite en mayor medida.

—Hemos pasado por lo mismo demasiadas veces —digo yo, cubriéndome con la sábana cada vez más—. Ya no soy capaz de soportarlo.

Marcus no parece convencido y caigo en la cuenta de que me encuentro en una situación un tanto precaria para negociar: desnuda y en la cama con él.

—No tenemos que hacer el amor otra vez —explica mientras la tienda de campaña va tomando forma—. ¿Y si me quedo y vamos a dar un largo paseo por el parque? —sí, claro. Acto seguido se ofrecerá a ponerse un jersey de Gap y a tostar nubes de azúcar en la chimenea, lo que resulta técnicamente imposible; es decir, todo lo que yo había planeado hacer con Crush.

—No —declaro con firmeza—. Gracias por la oferta, pero quiero que te vayas.

—¿Ni siquiera voy a desayunar?

Me pregunto cómo salir de la cama y coger mi bata sin dejar mi desnudez al descubierto. No consigo discurrir la manera de conseguirlo, de modo que no me muevo, lo que aumenta mi malestar.

—Es mejor así.

—Para mí no —señala Marcus—. Me muero de hambre. Y sigo enamorado de ti, Lucy. Sé que hemos tenido nuestros problemas...

Me dispongo a contestar, pero él coloca las manos en alto.

—Siempre por mi culpa. Pero no seas tan dura conmigo. No es propio de ti.

Antes de que pueda responderle que ya no soy la misma, que ahora me hago valer, que ya no puede jugar con mis emociones —sí, de acuerdo, con una pequeña excepción—, suena el teléfono. Dado que no he solucionado el dilema de la bata, permanezco inmóvil y dejo que la llamada se desvíe al contestador.

—Hola, preciosa. Soy yo —el sonido de la voz de Crush me deja boquiabierta—. Siento mucho, muchísimo, no haber estado en contacto —prosigue con tono alegre—. Confío en que no te hayas preocupado por mi culpa. No te vas a creer lo que ha pasado. Me muero de ganas de compensarte. En cualquier caso, lo lamento mucho, de veras. Espero que hayas pasado un día de Navidad estupendo y te quiero. Hablaremos muy pronto. Te quiero, te quiero, te quiero. ¿Te lo he dicho ya? Te quiero. Adiós, preciosa —Crush cuelga el teléfono.

No parece el hombre al que pillé agitando el pene delante de una cámara web. Lo cierto es que más bien recuerda a un novio pesaroso que ha tenido un verdadero problema. He escuchado suficientes excusas insustanciales por parte de Marcus para saber cuándo me toman el pelo. Entonces, ¿qué significa esto? Me quedo sentada, inmóvil cual piedra, mientras mi cerebro se da golpes contra mi cráneo con la coordinación de un borracho en viernes por la noche. ¿Qué demonios ha estado ocurriendo al otro extremo del mundo? Tengo la impresión de que me falta una pieza del rompecabezas. Una pieza fundamental.

—Te quiere —dice Marcus por fin.

De alguna manera, consigo recuperar la voz.

—Sí.

Miro a la persona con la que comparto mi edredón y ahora detecto grandes dosis de engreimiento.

—Pues parece que vas a tener que darle algunas explicaciones.

Capítulo 15

El club de las chocoadictas ha vuelto a reunirse —ya era hora, en mi opinión—. Hay que reconocer que no nos encontramos en nuestro momento más chispeante. Estamos en enero y las cuatro sufrimos del aletargamiento que sigue a la Navidad. He vuelto al trabajo pero nadie —sobre todo yo— se molesta en hacer nada. Hasta en el propio Chocolate Heaven reina la calma; el ambiente resulta inusualmente silencioso. Apoltronadas en los sofás, hacemos valerosos esfuerzos por levantar el ánimo con las exquisiteces de Clive. Tomamos tiras de mango fresco cubiertas de espeso chocolate negro, porque la fruta es buena para la salud y cuenta como una de las cinco piezas diarias que hay que consumir. Tomamos trufas de moca y pistachos, porque no queremos ser tan repulsivamente saludables. También tomamos *brownies*, porque somos unas glotonas adictas al chocolate.

—¿Qué tal las navidades? —pregunta Nadia.

—Sin incidentes —protesta Chantal, mordiendo su *brownie* con saña—. Ted me llevó a un hotel fabuloso, había un buen ambiente entre nosotros, debería haber sido perfecto. Aún así, no pasó nada —agita su reluciente cabellera—. No sé qué tengo que hacer para que ese hombre se acueste conmigo. Según dice, quiere que tengamos un niño, pero no está dispuesto a realizar la infame actividad que, por lo general, la fecundación lleva consigo. ¿Qué se propone? ¿Mandarme su esperma por correo? A lo mejor se piensa que para eso existe el servicio de «Entrega Especial» —suelta un bufido—. Quizá mi matrimonio sea una causa perdida.

—No te des por vencida —dice Autumn—. Seguro que habrá una solución a la vuelta de la esquina.

—El chocolate es un magnífico sustituto del sexo —le recuerdo a mi amiga.

Chantal contempla con desdén su *brownie* a medio comer.

—¿Y quién lo dice?

—La gente que no consigue practicar el sexo —admito yo.

—¿Fueron perfectas tus navidades con Addison? —Chantal le pregunta a Autumn.

—Mi hermano drogadicto se presentó sin avisar, borracho y colocado hasta los topes. La comida de Navidad acabó esparcida por el suelo y Addison se salvó por los pelos de una quemadura de tercer grado en los testículos. Aparte de eso, han sido unas navidades maravillosas.

Todas nos echamos a reír.

—Es lo que pasa cuando estás enamorada —le digo—. Cuando piensas que todo va a las mil maravillas, llega la temida comida familiar y lo pone todo patas arriba.

—Bueno, pues mi Navidad ha sido fabulosa —interviene Nadia con una sonrisa de satisfacción—. Lewis y yo lo pasamos en grande con Toby. Se esforzó mucho con los preparativos y fue estupendo volver a ser una familia. Lo he echado mucho de menos.

—¿Tendré que buscar un nuevo inquilino? —pregunta Chantal con una nota de tristeza.

—Con el tiempo podríamos volver a estar juntos, pero no quiero precipitarme —explica Nadia—. Toby me ha prometido sinceramente que ha dejado las apuestas, pero aún tenemos que abordar una montaña de deudas. Por el momento, la vida no es un camino de rosas.

Aparece Clive con más café y provisiones de chocolate. Este hombre sí que sabe cuidar de las

mujeres. Lástima que sea gay. Se encarama en el brazo del sofá, a mi lado, y me da un apretón en el hombro.

—Siento haberte abandonado en el comedor de beneficencia —dice con tono animado, al tiempo que deseo que me trague la tierra. Me da un cariñoso beso en la mejilla—. Eres una mujer maravillosa. Estoy muy orgulloso de ti.

—Ja, ja —respondo yo.

Una vez que se ha ido, mis amigas me clavan una mirada colectiva.

—¿Comedor de beneficencia?

Me abrazo las piernas y evito mirarlas.

—Es donde estuve el día de Navidad —confieso. Me siento fatal, porque da la impresión de que hubiera preferido pasar el día con un hatajo de vagabundos que con mis mejores amigas—. Allí me encontré con Clive. Fue agradable. Lo pasamos bien —tal vez exagero un poco. Percibo que ninguna me cree, excepto Autumn, que parece mirarme con una nueva consideración.

—Ha sido un gesto maravilloso, Lucy —me dice con vehemencia—. Muy desinteresado por tu parte.

—Gracias —me siguen clavando las pupilas y no sé si por Navidad les habrán regalado unos rayos X para los ojos, pero se nota que saben que les oculto algo. Así que más me vale continuar con las confesiones. Me encojo de hombros de una manera que pretende ser despreocupada—. Luego me fui a casa y eché un polvo con Marcus.

Tres mandíbulas se descuelgan. Tres bocas se abren de par en par. Tres rostros me contemplan, horrorizados.

—Ha sido un gesto imprudente, Lucy —me dice Autumn con vehemencia—. Muy absurdo por tu parte.

—Ya lo sé —entierro la cabeza entre las manos—. Me encontraba sola. Vulnerable. Borracha —siguen mirándome sin dar crédito—. Fui una completa estúpida —añado antes de que nadie se me adelante. Ninguna de mis amigas se muestra en desacuerdo. Pero ellas no estaban allí, no saben lo desdichada que me sentía—. Eso fue todo. Sólo una noche. Luego, le eché de casa. Sin desayunar.

—Madre mía —exclama Chantal—. Tú sí que sabes tratar a los hombres a patadas.

Para una mujer nativa de un país que no entiende la ironía, ha acertado de pleno.

El insoportable sarpullido que me brotó en la espalda durante mi noche de pasión bajo el árbol de Navidad casi ha desaparecido y es el último resto de cualquier cosa remotamente relacionada con Marcus que estoy dispuesta a aceptar. Procuero ignorar el picor. No sabía que era alérgica a las agujas de abeto; o acaso he reaccionado de manera tan violenta por la presencia de Marcus.

—Entonces, ¿ninguna noticia de Crush? —pregunta Autumn.

—No —¿cómo voy a decirles que me ha estado llamando sin parar pero que me he empeñado en no hacer caso al teléfono o a los mensajes en mi ordenador? No pienso volver a acercarme a ese maldito cacharro.

Nadia dice:

—¿Qué hacía Clive en el comedor de beneficencia?

Bajo la voz.

—Él y Tristan también están pasando por dificultades. No sé cuál es el problema —lo que significa que por mucho que interrogué a Clive, no estuvo dispuesto a sacar los trapos sucios.

—Los gays tienen complicaciones con los compromisos a largo plazo debido a su voraz apetito sexual —interviene Autumn a la manera de un experto en la dinámica de las relaciones homosexuales.

—¡Mierda! —suelta Chantal con desconsuelo—. ¿Por qué no habré sido yo un hombre gay? Hace tanto que no practico el sexo que me cuesta abrocharme los pantalones —se sujeta la cinturilla y, aunque está de broma, da la impresión de que la delgadísima cintura de Chantal se ha ensanchado ligeramente. Me alegro de comprobar que no soy la única que se ha pasado con la comida estas vacaciones. Deprimida, cojo otro *brownie*. Entonces, decidiendo que resulta más aconsejable para mi abultado estómago, cambio a la opción de mango con chocolate. Es una fruta que apenas tiene calorías, ¿no es verdad? Y me están entrando ganas de quedarme esquelética.

—Me imagino que se debe a esos deliciosos platos de cocina asiática que me prepara Nadia —continúa Chantal—. Además, la nevera está llena de chocolate por culpa de Lewis.

—Tenemos que empezar el año con una actitud mejor, más beneficiosa y saludable —observo yo en plan mojigato—. No tengo novio. Ni dinero. Y no quepo en mi ropa. Este año que empieza no puede traer más que cambios provechosos.

—Tenemos que hacer algo —apunta Autumn—. Algo positivo —con Autumn, por lo general implica una danza en círculo o algún extraño ritual con runas o varas de incienso.

—Podríamos empezar una dieta de desintoxicación —sugiere Nadia con tono vacilante—. Renunciar al chocolate, cosas así.

Las demás contenemos la respiración bruscamente.

—Lo siento, ha sido una sugerencia absurda —agacha la cabeza, avergonzada.

—Yo empecé la dieta de desintoxicación de veintiocho días de Carol Vorderman —admito—. Bueno, la verdad es que vi el DVD y aguanté veintiocho minutos hasta que me comí un Kit-Kat —no tengo voluntad. Me declaro culpable.

Tal vez consiga un ejemplar del libro de Victoria Beckham; seguro que encuentro trucos para vomitar hasta alcanzar una talla cero en seis días. Y no es que yo misma carezca de una cierta experiencia en ese terreno, pero en estos tiempos toda celebridad que se precie sufre de un desorden alimenticio. O eso parece. Imponen a las mujeres corrientes unos patrones de belleza imposibles para cualquiera con una leve adicción a las chocolatinas con leche y caramelo de Cadbury's. ¿Dónde reside el atractivo de una mujer adulta con el cuerpo de una niña de siete años? Resulta sospechoso, ficticio. Personalmente, me conformaría con un mínimo de delgadez.

Tristan entra en la cafetería y se apoya en la barra.

—¿Qué tal están nuestras mejores clientas?

—Deprimidas —respondo yo en nombre de todas—. Estamos gordas. Y arruinadas. No hacemos ejercicio.

—Eso lo dirás por ti —me corrige Nadia con un guiño.

—Tenemos que ponernos a dieta, rejuvenecer —le digo a Tristan—, a ser posible sin renunciar al chocolate. Ni al vino barato. ¿Alguna sugerencia?

Tristan reflexiona sobre el asunto.

—¿No había un balneario en algún sitio que basa sus tratamientos en el chocolate?

Alrededor de la mesa las respectivas respiraciones se aceleran. ¿Es posible que nuestros sueños se hayan hecho realidad?

—¿Dónde? —mi voz tiene una nota de incredulidad. Si Tristan está de broma, está siendo muy cruel. Por menos de esto podría negarme a volver. Bueno, en realidad no.

Tristan sigue meditando mientras se frota la barbilla con aire de intelectual.

—En California, me parece.

Tenía que ser.

—He oído hablar de ese sitio, estoy segura —indica Chantal—. Dicen que es increíble. ¿Cómo no se nos ha ocurrido antes?

—Dios mío —Nadia adopta una actitud soñadora, ausente—. Nos pasaríamos el día cubiertas de chocolate y, aun así, perderíamos peso. Mi sueño hecho realidad.

Las demás soltamos un «¡Oooh!» al unísono.

La noticia reduce a una mísera insignificancia mi bote de exfoliante corporal al cacao de Body Shop.

—Señoras, os veo fatal —nos dice Tristan mientras sacude la cabeza con aire indulgente.

—Si esto no soluciona nuestros problemas, nada lo hará —interviene Autumn con un hilo de voz. Incluso ella es capaz de ver que sería una solución mejor que cualquier cosa relacionada con los chakras o los cánticos.

—Tenemos que ir a ese sitio —declara Chantal—. Tenemos que irnos ahora mismo.

—Sí, tienes razón —coincido yo—. Tenemos que ir.

No me atrevo a considerar el daño que causará a mi tarjeta de crédito. Sólo tengo que pensar en lo beneficioso que resultará para mi cuerpo y mi alma.

Capítulo 16

Me siento desgraciada. He consumido grandes cantidades de chocolate. Tengo montones de trabajo —lo que en sí mismo resulta deprimente— y Marcus me ha escrito diez veces al móvil esta mañana diciéndome que me quiere. Y ninguna de las diez veces le he hecho caso.

Entierro el teléfono en las profundidades del bolso y me quedo mirando al vacío. Marcus me ha llamado todos los días desde nuestra supuesta aventura de una noche para pedirme que volviéramos. Estoy harta de argumentar por qué no puede ser. ¿Qué voy a hacer con él? Es una decisión demasiado importante para tomarla sin una excesiva ingesta de dulce y, además, estoy muy ocupada. Demasiado. Escarbo entre mi alijo de chocolate y elijo un Toffee Crisp para aliviar mi falta de azúcar. El mismo aroma a vainilla que emana de la chocolatina me hace sentirme mejor. Arrastro hacia mí una pila de documentos. Estoy utilizando el trabajo como técnica de evasión, así que las cosas deben de estar realmente mal.

A mis espaldas, escucho vítores y silbidos. Me doy la vuelta, incapaz de imaginar qué ha podido sacar a los empleados de Targa de su sopor habitual. Dios mío. Mis ojos no dan crédito a lo que ven. Se van abriendo más y más, pero la visión sigue siendo la misma. Ahí está Crush en persona.

Los del equipo de ventas le estrechan la mano con entusiasmo y le dan palmadas en la espalda, pero sus preciosos ojos castaños se clavan directamente en mí. Muestra un aspecto más bien desaliñado, como si acabara de llegar del aeropuerto. Tiene el rostro bronceado, el potente sol de las Antípodas le ha aclarado el pelo y su cuerpo se ve firme y con buen tono muscular. Ha estado fuera poco tiempo, y sigue tan guapo como le recordaba. A pesar de que el rímel se me podría correr, me froto los ojos por si estuviera alucinando por culpa de una subida de azúcar.

Pero no. Aiden Holby está aquí.

A grandes pasos, cruza la estancia de una manera muy varonil y se detiene frente a mi escritorio.

—Hola, preciosa —me dice con una amplia sonrisa.

Nadie me ha llamado así desde que Crush se marchó.

—Q...q...q...q...

—¿Qué haces aquí? —conjetura él cuando resulta evidente que soy incapaz de articular palabra.

—Q...q...q...q...

—¿Qué alegría que hayas vuelto? —sigue intentándolo. No creo que haya acertado, aunque yo misma no sé muy bien qué trato de decir.

—Q...q...q...q...

—¿Qué ha sido de ti en este tiempo? —cada vez le cuesta más—. ¿Y qué tal «t... t... t... te he echado de menos»?

Asiento con entusiasmo.

Su sonrisa se intensifica.

—Yo también te he echado de menos. No sabes hasta qué punto —entonces, a pesar de que la oficina está llena de gente, enlaza sus dedos con los míos—. ¡Dios! —exclama—. No veo el

momento de tenerte a solas. Lo único que me apetece ahora mismo es abrazarte y hacerte cosas desvergonzadas sobre el escritorio.

Siento que las mejillas me arden. La idea suena estupenda, aunque podrían despedirnos a los dos. ¿Y qué? Hay otros empleos. Pero entonces me viene a la memoria el señor Aiden Holby haciendo cabriolas en la cama con la mujer de la lencería de fulana y noto un dolor de cabeza y de corazón.

—¿Por qué no contestaste mis llamadas? —continúa—. Me estaba muriendo de preocupación, como te debió de pasar a ti conmigo —Crush me dedica una sonrisa traviesa—. Bueno, ¿en qué líos te has metido durante mi ausencia, picaresca? —se burla Crush.

Mi cerebro y mis cuerdas vocales no acaban de conectarse.

—Me gustan las mujeres fuertes, silenciosas —dice Crush con paciencia—, y ya sé que te sorprenderá, pero te agradecería que recuperaras el habla en algún momento.

Más gestos de asentimiento.

Crush se inclina en mi dirección.

—Mira, lamento mucho lo que ha pasado —me susurra al oído—. Fue una auténtica pesadilla. Lo menos que podían hacer era traerme en el primer avión y darme dos semanas para descansar y recuperarme.

—¿Recuperarte?

—Me figuro que ellas te lo habrán contado todo —Aiden inclina la cabeza hacia el departamento de Recursos Humanos. Esas brujas ni siquiera me saludan.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando —consigo decir por fin.

—De mí —hace un gesto a su alrededor—. De mi aventura en el desierto australiano.

—Sigo sin enterarme —replico.

—Estábamos en uno de esos cursillos que fomentan el espíritu de equipo —menuda novedad. Los empleados de Targa pasan más tiempo en actividades de equipo al aire libre que trabajando en la oficina. Crush se esfuerza por encontrar en mi expresión alguna muestra de entendimiento. No existe—. He estado perdido dos semanas en el desierto —explica—. Desaparición accidental. ¿No te diste cuenta de que algo iba mal, al no haberte llamado?

—Yo..., yo..., yo...

—No empieces otra vez, preciosa —suplica.

—Creí que te habías cansado de mí —respondo con voz débil.

Crush suelta una carcajada.

—He estado a las puertas de la muerte, vagando sin rumbo por un maldito desierto, sobreviviendo gracias a las provisiones de chocolate que llevaba encima, ¿y tú creías que me había cansado de ti? —vuelve a reírse—. Nos soltaron a cuatro del grupo en mitad de la nada para someternos a una «experiencia total de supervivencia y vida salvaje». Te conté adonde íbamos en uno de mis correos electrónicos.

¿Ah, sí? Puede que me saltara ese trozo para llegar a otros asuntos más apasionados.

—Y así fue, desde luego —prosigue Crush con una sonora carcajada—. Se suponía que teníamos que resistir tres días. Un par de noches a la intemperie, nada más —se vuelve a reír por lo bajo al acordarse—. Perdimos el rumbo por completo, no por mi culpa, claro está, y no supimos llegar al punto de recogida. Alguna mente brillante había decidido que debíamos limitarnos a las necesidades básicas y nos habían quitado los móviles, por lo que no podíamos

ponernos en contacto con nadie y ellos no conseguían encontrarnos. Caminamos durante muchos días, seguramente en círculos, hasta que por fin llegamos a una carretera. Uno de esos camiones gigantescos con varios remolques que circulan por el centro de Australia se detuvo y nos devolvió a la civilización.

Salta a la vista que mi expresión es de absoluto asombro, porque añade:

—Alguien te ha tenido que contar lo que estaba ocurriendo.

—No —respondo, y me pregunto por qué no ha sido así.

—¡Mierda! —Crush se deja caer en la silla más cercana—. Lo único que me mantenía con fuerzas era la idea de volver a verte. Pasamos momentos terribles —se pasa los dedos por la cabeza—. ¿Y nadie te dijo nada?

—No —repito.

—Debiste preguntarte qué estaba pasando.

Ni que lo digas.

—A ver si me aclaro —no sé muy bien cómo sacar el asunto a relucir, así que llego a la conclusión de que lo mejor es soltarlo de sopetón. Y es exactamente lo que hago—. ¿Quieres decir que no eras tú a quien vi en tu cámara web, desnudo y con otra mujer?

Ahora es Crush el que parece no enterarse de nada; incluso da un ligero respingo. Tal vez debería haberme expresado con un poco más de delicadeza.

Entonces, se echa a reír y se da palmadas en el muslo como si le acabara de contar un chiste divertidísimo.

—Mi hermano y su novia pasaron unos días en mi apartamento antes de Navidad. Hace poco se embarcaron en un viaje alrededor del mundo.

—Qué bien —replico yo con un graznido.

—Se me olvidó hablarles de la cámara web —acto seguido, abre los ojos como platos—. ¿No les pillarías en plena faena?

Mis mejillas, momentos antes ruborizadas, empalidecen de pronto.

—Más o menos.

Aiden se queda inmóvil.

—Espera —dice—. No pensarías que era yo, ¿verdad?

Noto en la garganta un nudo de culpabilidad.

—Pues sí —le digo—. La verdad es que sí.

Capítulo 17

Nos compramos un sándwich cada uno en la tienda de platos preparados de la esquina y nos sentamos a comer en un murete de ladrillo a las puertas de las oficinas de Targa. Yo he elegido uno de jamón cocido, lo cual ha sido un error, porque sabe a plástico. O puede que mis papilas gustativas estén tan entumecidas como el resto de mi cuerpo. El tráfico pasa tronando por delante y unas avispidas palomas de aspecto desastrado recogen las migas a nuestro alrededor. En la acera de enfrente hay una sucursal de HMV y un local de Kentucky Fried Chicken. No es precisamente la vista que ofrece el puente del puerto de Sídney, estoy segura. Crush está callado y me pregunto si se arrepiente de haber vuelto a casa, pero luego me acuerdo de que acaba de pasarse un millón de horas en un avión y debe de estar agotado.

—Siento no haber podido llevarte a un restaurante —dice con tono cansado. Tengo la impresión de que no ha parado de pedirme disculpas desde que ha llegado y eso que, sinceramente, soy yo quien debería estar arrastrándome a sus pies—. Tengo una reunión dentro de quince minutos —vuelve a consultar su reloj—. Han organizado una sesión de análisis.

Me gustaría contar con mi propia sesión de análisis, pero me figuro que no va a ser posible hasta que las cosas entre nosotros se hayan resuelto.

—¿Te gustó Australia?

—Me encantó. Ojalá hubieras podido acompañarme.

Ojalá.

—Me extraña que nadie del departamento de Recursos Humanos te haya puesto al tanto de lo que estaba pasando.

A mí también me extraña. Bueno, no. Si estuviera envuelta en llamas, esas brujas de Recursos Humanos ni siquiera cruzarían la calle para hacerse pis encima de mí. Pero me vengaré. Algún día.

—Tampoco devolviste mis llamadas —prosigue Crush con tono afligido—, ni leíste mis correos electrónicos. Me dolió bastante, la verdad. No lo entendía. Pensaba que estarías encantada de tener noticias mías después de mi inesperada desaparición. Llegué a pensar si tú también habrías desaparecido —sonríe al acordarse—. Pero ahora sé la razón —amplía su sonrisa—. Ay, mira que eres tonta.

Qué razón tiene. No puedo discutirlo. Soy tonta de remate.

—Creo que hoy saldré tarde de la oficina —comenta Aiden—. Después empezaremos a olvidarnos de todo el asunto —exhala un suspiro de alivio y se me forma otro nudo en el estómago.

—Creí que habías vuelto para descansar, para recuperarte.

—Eso puede esperar —me mira enarcando las cejas de una manera seductora—. ¿Y si me acerco a tu casa cuando haya acabado?

Me encojo de hombros y trato de ignorar el acelerado latido de mi influenciable corazón.

—No te vas a encontrar bien por culpa del desfase horario —observo yo—. Te encontrarás fatal. Quizá sería mejor que te fueras derecho a casa, a dormir.

Crush se muestra un tanto desconcertado. También se encoge de hombros.

—Quizá —deja a un lado su sándwich de queso. Puede que también sepa a plástico—. No es

la bienvenida que me esperaba, la verdad. Noto una distancia entre nosotros. Quería que nos lanzáramos uno a los brazos del otro y que todo siguiera como antes, pero me figuro que no resulta fácil cuando estamos en el trabajo —me coge de la mano—. Quiero compensarte, preciosa. Hoy y mañana voy a estar ocupado, pero luego tendremos el fin de semana para disfrutarlo juntos —me da un tierno beso en la mejilla—. Empezaremos a conocernos desde el principio.

—Me encantará —digo yo. Los ojos se me llenan de lágrimas. ¿Cómo he podido olvidar lo maravilloso que es este hombre?—. Sí, será genial —entonces, lentamente, las piezas encajan en mi indolente cerebro. ¿Cómo he podido olvidarme de que he hecho reservas para pasar el fin de semana con el club de las chocoadictas?—. ¡Vaya!

—¿Qué? —Crush se muestra preocupado—. ¿Qué pasa?

—Me marchó de viaje —le digo.

—¿De viaje?

—A California.

—¿Cuánto tiempo?

—Varios días.

—Pero si acabo de volver.

—Voy a un *spa* donde hacen tratamientos con chocolate. Hice la reserva antes de saber que volvías —la explicación suena de veras patética. El tráfico pasa por delante a toda velocidad y el humo se me mete en la garganta.

Crush me mira a los ojos.

—¿Las cosas entre nosotros van a ir bien?

—Sí, claro que sí.

—¿No me estarás evitando, preciosa?

—No, nada de eso. En absoluto —pero en el fondo, sé que es así.

Capítulo 18

Crush ha venido conmigo al aeropuerto. Me rodea la cara con las manos.

—Regresa a mí sana y salva.

—Sólo voy a un balneario —le recuerdo—. Será menos peligroso que tu viaje —el único peligro es que en lugar de volver como una sílfide, lo haga más gorda que antes.

—Te echaré de menos.

Adoro a este hombre y no puedo creer que vaya a abandonarle en el momento que ha vuelto a mi lado. Lo cierto es que mis queridas amigas y yo habíamos reservado precipitadamente este largo fin de semana antes de que yo supiera que Crush efectuaría un regreso a casa improvisado tras su también improvisado roce con la muerte. A pesar de que me cuesta alejarme de Aiden, no podía fallar a las chicas y cancelar el viaje con tan poca antelación. Aunque mi amado está poniendo al mal tiempo buena cara, se nota que no le hace mucha gracia que le abandone al minuto de que haya llegado a casa.

Seré una cobarde, pero en parte me alegro ante la perspectiva de subirme en un avión y dejar atrás Londres, junto con el dilema que se me ha planteado. Lo que ahora necesito es que me envuelvan en mi sustancia preferida mientras mis preocupaciones se desvanecen en el aire. No se me ocurre nada más apetecible.

Crush está deseando reanudar nuestra relación, igual que yo, y no comprende mi reticencia. Pero podría dejar de estar tan enamorado cuando averigüe que durante su ausencia he tenido una aventura con mi ex novio, por fugaz que haya sido. Aunque existían circunstancias atenuantes, al ser Navidad y encontrarme deprimida. ¿Contaría a mi favor que en realidad no disfruté; bueno, no mucho? Fue la costumbre, más que el deseo, lo que me llevó otra vez a los brazos de Marcus. La soledad, más que el amor. Por muchas excusas que se me ocurran, aún me atormenta el hecho de haber actuado así. Y lo he pagado con un sarpullido, si bien imagino que sólo en la espalda. Con el historial de Marcus podría haber sido mucho peor, desde luego.

He mantenido distancias con Aiden los dos últimos días mientras trataba de decidir cómo explicarle que le he traicionado. Y debo explicárselo. Quiero volver a enamorarme de él, y que él se enamore de mí; pero no puede haber secretos entre nosotros, así que no tengo más remedio que confesar. Si lo hago bien, podría llegar a sorprenderme por lo comprensivo que es. ¿Habría querido él que estuviera sola el día de Navidad? Dada la alternativa, puede que sí. Por otra parte, durante muchos años me he encontrado en la posición contraria y sé muy bien lo fatal que te hace sentir. Aun así, tengo por delante un largo vuelo que me proporcionará tiempo de sobra para reflexionar sobre mis opciones.

Veo que mis compañeras del club de las chocoadictas se dirigen hacia mí cargadas de equipaje, aunque no vamos a estar fuera más que cuatro días, la mayor parte de los cuales la pasaremos tumbadas, desnudas y cubiertas de chocolate. Nadia ha dejado a Lewis con Toby, lo que le ha afectado mucho, ya que nunca se ha separado de su hijo. Una vez más está en deuda con Chantal, que corre con los gastos. Mis amigas se encuentran de un humor excelente y percibo que mi alma desconsolada empieza a animarse en respuesta.

—Será mejor que me marche —dice Crush.

Hago un gesto de asentimiento.

—Estaré bien, no te preocupes.

—Pásatelo en grande. Te quiero —añade—. Ya lo sabes.

—Aiden... —antes de que pueda continuar, Nadia, Chantal y Autumn se precipitan sobre mí y pierdo la oportunidad. Mis amigas no paran de sonreír con evidente entusiasmo.

—Os presento a Aiden —digo yo, si bien la aclaración resulta innecesaria.

—Así que éste es el célebre Crush —dice Chantal.

Aiden me mira en busca de una explicación.

—¿Crush?

—Ya sabes, «enamoramiento» en inglés. Las chicas te pusieron el mote cuando me empezaste a gustar —explico a regañadientes.

—Crush —repite él entre risas, y me dedica una sonrisa indulgente.

—Encantada de conocerte —dice Autumn—. Espero que te veamos a menudo.

—Mejor será que facturemos —interviene Nadia mientras consulta su reloj—. Vamos justas de tiempo.

Crush me besa otra vez y mis amigas, entre sonrisas bobaliconas, parecen a punto de lanzar «¡Ohs!» y «¡Ahs!».

—Hasta pronto —me acaricia la mejilla con el pulgar y luego se aleja a grandes pasos.

—Es fabuloso —dice Chantal con un suspiro de admiración—. Lucy, no la fastidies esta vez.

Y lo tremendo es que puede que ya la haya fastidiado.

Capítulo 19

El *spa* de tratamientos a base de chocolate es fabuloso. Se llama Melted («derretido») y se encuentra en un edificio blanco de corte minimalista que mira a las cautivadoras arenas de la playa de Santa Mónica. El enorme sol amarillo de California resulta abrasador y el cielo es de un azul increíble.

Estamos tumbadas en camillas de bambú en una de las espaciosas salas aguardando a que comience nuestra primera sesión. Las cuatro hemos reservado un tratamiento de cutis a base de chocolate y, a continuación, masajes con aceite de cacao y frutas exóticas. Los embriagadores aromas de café y de vainilla me han transportado ya a un estado de éxtasis. Los ventanales están abiertos y, como fondo a la relajante música, se escucha el sonido de las olas. Sólo faltan los Beach Boys cantando *Surfing USA*.

—Me cuesta creer lo mucho que estoy engordando —protesta Chantal mientras se pellizca la cintura—. Voy a tener que contratar un entrenador personal.

—¿Estás loca? —espeto yo—. Piensa lo que pasó con Jacob. Volverías a empezar desde cero. Creía que te habías propuesto no involucrarte con «otros hombres» —pronuncio las dos últimas palabras en silencio para proteger a mi amiga en caso de que alguna de las empleadas esté escuchando a escondidas—. ¿Serías capaz de resistirlo?

—Ya lo dijo Oscar Wilde: «Puedo resistir cualquier cosa, menos la tentación» —comenta mi amiga en plan de broma.

—Si contratas un entrenador personal, se plantará en tu casa dos veces por semana con calzones elásticos pegados a unos glúteos de hierro y, bajo la camiseta, bíceps a reventar...

—Lucy-me interrumpe Chantal—, ¿se supone que eso va a disuadirme?

Las cuatro nos echamos a reír.

—Me voy a saltar el tratamiento de cutis —anuncia—. He concertado una cita con la enfermera. Quiero comprobar unas cuantas cosas. He ganado peso. Además, últimamente me encuentro floja, y tengo náuseas.

—¿Por qué no nos has dicho nada?

—Seguro que no tiene importancia. Debe de ser una cuestión hormonal. Por desgracia, estoy llegando a la edad —nuestra amiga se encoje de hombros—. Puede que tenga hipotiroidismo, o que me esté quedando sin estrógenos. La enfermera encontrará una solución, ya lo veréis. Me reuniré con vosotras más tarde, para el masaje.

A la cabecera de cada una de nuestras camillas se encuentra una esteticista facial. Nos han limpiado el cutis con espuma de tiramisú después de exfoliarnos con semillas de cacao, y ahora nos aplican una mascarilla de chocolate. Hmm. Creo que estoy teniendo una experiencia extracorpórea. Me siento tan deliciosa que podría comerme a mí misma.

—Mi propósito de Año Nuevo va a ser darme este gusto más a menudo —comenta Nadia—. Ésta debería ser mi vida. Sólo tengo que encontrar una forma de conseguir el dinero.

Yo me había hecho el propósito de mantener bajo control mi consumo de chocolate, pero carezco de la mínima fuerza de voluntad. Si tuviera la lengua lo bastante larga, ahora mismo me pondría a dar lametazos a la mascarilla. Todas las provisiones que había acopiado para las

navidades se agotaron tiempo atrás, incluso las que incluía el calcetín de Navidad de *Bob* y sus amigos que me compré con la intención de reservar para tiempos peores. Lo cierto es que no duró más allá del veintiséis de diciembre —en mi defensa he de alegar que ese día en concreto el tiempo no fue nada bueno—, pero resultó de lo más agradable. Debo reconocer que también me comí la caja de bombones con formas de animales que pensaba regalar al hijo de Nadia, pero las ovejas y los cerditos eran tan monos, tan apetitosos, que no pude resistirme. Seguro que el niño se quedó encantado con la tarjeta de regalo de Boots que le di a cambio.

Las esteticistas nos cubren los ojos con finas rodajas de pepino, lo que hace que me sienta aún más comestible. Luego desaparecen tras decirnos entre susurros que nos relajemos. No hace falta que nos lo pidan. Autumn exhala un suspiro de satisfacción. Apenas nos hemos sumido en un estado de calma cuando la puerta se abre de golpe y se escucha un aullido de angustia. Las tres nos incorporamos de un salto, esparciendo las rodajas de pepino por doquier. Chantal entra en la sala ciñéndose el cuerpo con los brazos; está llorando.

—¡Chantal! —digo yo—. ¿Qué ha pasado?

Los sollozos no le permiten hablar.

—¿Ha ocurrido algo malo? —pregunta Nadia con tono tranquilizador—. ¿Es algo que te ha dicho la enfermera?

Nuestra amiga asiente con expresión desdichada.

—Resulta que sí tengo un problema hormonal —nos dice, tratando de mantener la voz firme.

—¿Es grave? —pregunto yo. La pobre está consternada.

—Creo que estoy embarazada.

Se produce un silencio impregnado de estupor. Las tres intercambiamos miradas nerviosas y me alzo como portavoz.

—Parece bastante serio.

—Sí —Chantal traga saliva—, sobre todo porque no tengo ni idea de quién es el padre.

Capítulo 20

Llamamos a las esteticistas para que nos retiren las succulentas mascarillas de chocolate e interrumpimos el tratamiento con objeto de consolar a nuestra amiga. Contemplo la posibilidad de preguntar si pueden guardarme los ingredientes que me corresponden para comérmelos más tarde, pero los buenos modales salen ganando.

Buscamos un rincón tranquilo y nos sentamos en un balancín situado en el porche que da a la playa, al tiempo que encontramos auxilio en gélidos batidos de vainilla con miel y trufas caseras rellenas de caramelo, especialidad de la casa. Ayudan, pero considero que deberíamos comer más. Vuelvo a pasar la fuente, asegurándome de que se detiene dos veces frente a Chantal. Seamos realistas: a partir de ahora va a comer por dos.

Nuestra amiga ha conseguido controlar el llanto, aunque el aplomo habitual en ella aún está por reaparecer. Sacude la cabeza, aturdida.

—¿Qué voy a hacer?

—¿Estás completamente segura? —pregunto yo.

—Tengo que hacerme una prueba de embarazo para confirmarlo, pero parece bastante probable —respira hondo y se estremece—. Los últimos dos meses no me ha venido la menstruación, pero lo achaqué al estrés. Lo mismo me ha pasado con las náuseas. La enfermera está convencida de que ése es el diagnóstico.

Me abstengo de señalar a Chantal que, por lo general, el embarazo no se considera una enfermedad; no creo que sea el momento oportuno.

Nuestra amiga extiende las manos sobre su vientre posiblemente preñado y nos muestra su floreciente profusión.

—¿Tiene pinta de ser un bebé?

Ahora que lo menciona, la verdad es que sí. O es eso, o bien se ha tragado de un golpe una naranja de chocolate de Terry's, lo cual se encuentra en los confines de lo posible.

—¡Seré idiota! —espeta Chantal con un suspiro.

Dirijo la vista a Nadia y a Autumn, preguntando con la mirada si continuamos hablando del asunto. A mi juicio, no debemos ignorarlo, y ellas hacen un gesto en señal de aprobación.

Coloco una mano en la rodilla de Chantal y le pregunto:

—¿De quién podría ser el niño?

Chantal reclina la cabeza sobre el almohadón y tarda un rato en contestar.

—Podría ser de Jacob —confiesa, al tiempo que me lanza una mirada arrepentida. Jacob es aquel antiguo novio mío que se dedicaba a la prostitución y tuvo un breve romance con Chantal. Aunque sólo salí con él unas cuantas semanas, me gustaba mucho, y la idea de que pueda ser el padre del hijo de Chantal me hace sentir un poco rara—. Tomábamos precauciones, pero en un momento de pasión... —deja la frase sin terminar para que saquemos nuestras propias conclusiones.

Y yo que pensaba que Jacob era todo un profesional.

—Peor aún —prosigue—, podría ser de aquel cabrón zalamero con el que me acosté en el Distrito de los Lagos, el que me robó las joyas.

—Y al que conseguimos arrebatarélas en Trington Manor, con un atraco magistralmente

perpetrado —les recuerdo a mis amigas.

Soltamos una risita al evocar nuestra victoria.

—Podría ser incluso de Ted —continúa Chantal con una nota de melancolía—. Durante esa época nos acostamos una vez.

—No es el fin del mundo —le asegura Nadia—. Mira lo bien que te has llevado con Lewis la temporada que hemos vivido en tu casa. Apuesto a que jamás lo habrías imaginado. Sabes tratarle a las mil maravillas. Tienes un don innato.

Chantal se tapa los ojos con las manos, como tratando de hacerse a la idea. Nadia nos mira con inquietud.

—Y a Ted le encantaría —añado yo—. Se muere por ser padre.

—Yo podré estar al borde de la maternidad, pero no quiere decir que Ted vaya a ser padre —me recuerda ella.

—Existen las pruebas de ADN —trato de tranquilizarla—. Te puedes enterar.

—¿Y si prefiero no saberlo? —Chantal se termina el batido y se pone de pie—. Tengo que acabar con esta incertidumbre —declara esbozando una sonrisa valiente—. ¿Alguien me acompaña a una farmacia?

Capítulo 21

Regresamos de nuestra más que breve estancia en el balneario californiano sintiéndonos rejuvenecidas y descansadas, con la excepción de Chantal, que no pudo someterse a ninguno de los tratamientos porque, como era de esperar, está embarazada. Nuestra amiga ha vuelto a casa con aspecto tenso, en vez de relajado. Su delicado rostro se nota demacrado, ojeroso. Me da mucha lástima.

Por otro lado, tengo la piel rosada y reluciente y me siento como si me hubieran restregado y sacado brillo de arriba abajo. Estoy convencida de que, sólo de piel superflua, he perdido más de tres kilos. También me encuentro muy optimista de cara al futuro, lo que me viene de perlas, ya que esta noche voy a cenar con Crush. Pienso agarrar el toro por los cuernos y confesar mi imprudente aventura con Marcus. Confío de veras en que lo comprenda.

En un intento por deslumbrarle con mi belleza, me he comprado un vestido nuevo. Dado que el gasto en mi tarjeta de crédito ha alcanzado las cotas más increíbles, un poco más no cambiará las cosas. He elegido un precioso vestido de seda azul muy femenino, y para hundirme aún más en la pobreza me he comprado unas alpargatas a juego. No es el atuendo más adecuado para el invierno británico, pero sigo disfrutando del resplandor que el sol de California ha dejado en mi piel y, con buen criterio, me he aplicado crema autobronceadora St Tropez. Albergo la esperanza de que la carne de gallina se mantenga a distancia el tiempo suficiente como para permitirme cautivar a Crush.

Mi taxi se detiene a las puertas de Victor's, en Charlotte Street, un restaurante de moda al que Marcus me ha traído en un par de ocasiones tratando de disculparse por sus malas pasadas. Hay que ver lo mucho que ahora tenemos en común. Nunca habría imaginado que mi desleal persona iba a dar la vuelta a la tortilla de esta manera. La sola idea resulta humillante. A pesar del frío, tengo las palmas de las manos húmedas, pegajosas. Una oleada de aire caliente me golpea al entrar al restaurante y noto una agradable sensación al ver a Crush sentado, esperándome. Me quito el abrigo a toda prisa y el *maître* me conduce hasta su mesa a través del concurrido comedor.

Aiden se levanta al verme llegar.

—Estás guapísima —me dice con entusiasmo. Su voz resulta muy cariñosa.

Le beso y tomo asiento al lado contrario de la mesa. Me sirve vino y entrechocamos las copas.

—Por nosotros —dice.

—Por nosotros.

—¿Qué tal te ha ido, preciosa? ¿Ha sido fabuloso?

—Sí, genial —respondo—. Era la primera vez que salíamos juntas de viaje. Espero que repitamos —me acuerdo de Chantal con lástima, pero por el momento prefiero no contárselo a Crush—. El balneario era sensacional.

—He disfrutado imaginándote desnuda y cubierta de chocolate —comenta, y yo me sonrojo. Tengo que confesar que cuando estaba desnuda y cubierta de chocolate también pensaba bastante en él—. Te he echado mucho de menos.

—Yo también —respondo con sinceridad.

—Y tengo buenas noticias para ti —esboza una amplia sonrisa mientras aguardo a escucharlas

—. No vuelvo a Australia —anuncia.

Estoy a punto de escupir el vino.

—¿Ah, no?

Crush me coge de la mano.

—No quiero estropear nuestra relación —asegura—. Me he dado cuenta de que la separación estaba complicando las cosas entre nosotros. Para mí, lo nuestro es demasiado importante.

Después de estar en un tris de escupir el vino, me trago lo que me queda a toda velocidad.

—En Targa han accedido a que me instale en el Reino Unido. Me he buscado un suplente muy eficaz en Sídney. Tendré que viajar a Australia con regularidad, pero la mayoría del tiempo lo pasaré aquí, en Inglaterra —extiende las manos con ademán exultante.

—¡Vaya! —digo yo.

Crush frunce el ceño, lo que no es de extrañar.

—No parece que la idea te vuelva loca —observa—. Pensé que te alegrarías.

—Y me alegro —respondo yo—. Me alegro mucho, muchísimo —esto está yendo un poco más deprisa de lo que me imaginaba y, para ser sincera, me apetecía bastante mudarme a vivir a Australia. El alma se me cae a los pies. Acabo de enterarme de que Crush ha renunciado a una excelente oportunidad por mi causa. ¿Cómo voy a decirle ahora lo de Marcus?

—¿Pero?

Exhalo un profundo suspiro.

—Tengo que contarte una cosa. Me he portado muy mal, y el remordimiento me corroe.

—Así que te has portado mal —dice con tono burlón—. ¿Hasta qué punto?

—No quiero secretos entre nosotros —afirmo con voz temblorosa—. Quiero ser totalmente sincera contigo, que sepas hasta las cosas más terribles que haya podido hacer.

Sigue sin convencerse de que estoy hablando muy en serio. Trato de inyectar un aire de solemnidad y agacho la cabeza.

—Está relacionado con lo de verte desnudo por la cámara web.

—A mí no —puntualiza con una amplia sonrisa—. A mi hermano. Todavía no has tenido el placer de verme desnudo, preciosa. Aunque espero que muy pronto corriamos tan terrible descuido.

—Yo también —respondo con un graznido.

—Bueno —Crush se recuesta en el asiento con la actitud de quien espera que le cuenten una historia entretenida—. Confiesa de una vez ese crimen tan atroz.

Me aclaro la garganta e inicio mi confesión.

—Estaba sola el día de Navidad...

—Ya lo sé —interrumpe Crush—, y me siento fatal por ello. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para compensarte.

—Muy sola —insisto yo—, y creía que habías encontrado a otra mujer. Ignoraba por completo los problemas en los que andabas metido. Nadie me dijo nada. Pensé..., pensé que te habías olvidado de mí para siempre —estoy al borde de las lágrimas.

—¡Vamos! —exclama Aiden—. Todo ese asunto es agua pasada. Sabemos que fue un error estúpido.

—Yo también cometí un error estúpido —me muerdo el labio, nerviosa, mientras Crush espera a que yo descubra el pastel. Su atractivo rostro queda empañado por una frente fruncida, y me

entran ganas de alargar los dedos y alisársela. En cambio, me retuerzo las manos como la maldita idiota que soy.

—Empieza ya —me apremia—. Nada puede ser tan malo —llega incluso a soltar una risita.

—Me he acostado con Marcus —suelto de sopetón.

Veo que da un respingo y parpadea varias veces.

—Me acosté con Marcus el día de Navidad porque estaba triste y sola, y sentía lástima de mí misma.

Crush se ha puesto pálido como la cera.

—Fue una vez —prosigo yo—. Una sola vez, y lo lamento muchísimo.

Aiden no dice nada, pero tensa la mandíbula y sus ojos se ensombrecen de una manera alarmante. A nuestro alrededor, las conversaciones animadas, divertidas, prosiguen inalterables mientras permanecemos sentados en nuestra burbuja de desconsuelo. Cuando por fin Crush consigue articular palabra, dice:

—¿Cómo has podido, Lucy? ¿Cómo has sido capaz?

—Estaba sola...

—Y yo estaba en el puto desierto —espeto él—. Muriéndome de preocupación. No por mí, sino por ti, por lo inquieta que estarías.

—No sabía nada.

—¿Es ésa una excusa? —pregunta—. ¿Es ésa una razón para meterte en la cama con tu ex novio a las primeras de cambio? Con el cabrón de tu ex novio, como creo recordar que le has llamado tantas veces.

—Yo... —¿qué puedo decir para justificar mi comportamiento?

Crush pone las manos en alto.

—¿Tan poco significa para ti nuestra relación? —sacude la cabeza con incredulidad—. Me cuesta creer que hayas hecho esto. ¿Tan poco confías en mí? ¿Tan poco te respetas a ti misma? Aun cuando Marcus te ha engañado sin parar, ¿sigues lanzándote a sus brazos en el instante mismo que las cosas no van bien?

No me encuentro en condiciones de efectuar un análisis tan sincero de la situación.

—Ojalá estuviera en un avión de vuelta a Australia —se frota la frente con la mano—. Ahora me voy a quedar aquí, atrapado, gracias a ti.

—Aiden, escúchame. Nunca, jamás, te habría engañado deliberadamente —suplico yo—. Fue un momento de locura. Sé muy bien lo que se siente cuando se está al otro lado. Jamás lo habría hecho a propósito. Estaba borracha...

—¡Qué excusa tan estupenda! ¿Acaso vas a follarte a otro tío cada vez que lleves una copa de más? ¿Es eso lo que me espera?

—Por supuesto que no —respondo con tono tranquilo.

—¿Cómo voy a saberlo? —su voz pierde toda beligerancia—. ¿Cómo lo sé ahora mismo?

Crush se acaba el vino de un trago y dobla su servilleta.

—No te vayas, por favor —insisto yo—. Perdóname. Quiero volver a intentarlo.

—Lucy, hemos tardado tanto en volver a estar juntos, y ahora lo echas todo a perder. Me siento tan..., tan... —trata de encontrar un término lo bastante hiriente—. Tan decepcionado contigo.

Decepcionado. No parece tan terrible. Decepcionado. Me animo a intentarlo.

—Si queremos, lo podemos arreglar, ¿no te parece?

Aiden Holby me mira y en sus ojos no veo más que una aversión manifiesta. Ha desaparecido el travieso centelleo que en secreto me ha encantado desde hace tanto tiempo. Ha desaparecido el amor que antes se reflejaba.

—No, no podemos arreglarlo. Me siento incapaz —exhala un suspiro—. Lo sentía por ti, Lucy; odiaba la forma en la que Marcus te trataba. Pero ahora me das lástima de verdad.

Le agarro del brazo.

—Aiden, por favor...

Se aparta de mí.

—Que te jodan, Lucy —espetta—. O mejor, que te joda Marcus. Sois tal para cual.

Semejante frialdad me conmociona, aunque quizá no debería ser así. Está herido y sé muy bien lo que se siente en estas situaciones. Aiden abandona el restaurante con paso firme y yo me quedo sentada, con las mejillas encendidas de pura vergüenza y haciendo esfuerzos por no echarme a llorar.

El camarero se acerca.

—¿Desea pedir la señora?

—Sí —respondo con voz temblorosa—. Tráigame un cerebro nuevo, por favor. Por lo que se ve, el que tengo no me funciona.

Capítulo 22

Chantal se contempló en el espejo de cuerpo entero del cuarto de estar. Se giró hacia un lado y se ciñó la blusa sobre su floreciente protuberancia. Por el momento, sólo daba la impresión de que el estómago se le había abultado por haber comido un exceso de chocolate durante las navidades, pero ella sabía que aumentaría de tamaño en poco tiempo.

—Tía Chantal —dijo Lewis—. Tienes la tripa gorda.

Nadia dejó a un lado su revista y lanzó a su amiga una mirada irónica por encima del hombro.

—De la boca de los niños...

Chantal se arrodilló y rodeó a Lewis con sus brazos.

—¿Te cuento un secreto? —su pequeño amigo asintió con entusiasmo—. La tía Chantal va a tener un bebé.

—Ah —Lewis arrugó la nariz—. ¿Será mi hermano?

—No, cariño. Pero confío en que sea tu amigo.

—Ah —el pequeño no parecía muy impresionado—. ¿Podrá jugar al fútbol conmigo?

—Sí, seguro que sí. Pero puede que el bebé no sea un niño como tú; podría ser una niña.

Dio la impresión de que a Lewis la posibilidad no le agradaba en absoluto.

—Me voy a ver la televisión —dijo, al tiempo que se retorció para escabullirse.

Chantal exhaló un suspiro. Sinceramente, confiaba en tener una mejor acogida por parte de su marido cuando le diera la noticia. Ted no tardaría mucho en enterarse, pues habían quedado aquella noche para hablar del futuro de ambos. Se llevó las manos al vientre.

—Aún me cuesta creer que esto esté pasando —le confesó a Nadia.

—Serás una madre estupenda —le aseguró su amiga—. Chantal, deberías tratar de disfrutar de tu embarazo.

Pero cómo iba a hacerlo, cuando se iba a pasar los próximos seis meses preguntándose quién sería el padre. ¿Lo descubriría al nacer el bebé, al ver a quién había salido? ¿Tendría las facciones marcadas de Jacob? ¿Acaso la nariz potente y recta de su marido? Apenas recordaba el aspecto del otro hombre con el que se había acostado. Tal vez sería como todos los niños al nacer: un viejecito de piel roja y arrugada al que sólo sus propios padres encuentran adorable.

Chantal había navegado en Internet por todas las páginas relativas a las pruebas de paternidad, y se había enterado de que durante el embarazo podía someterse a una prueba de ADN y averiguar la identidad del padre, pero existía el riesgo de que afectara negativamente al bebé, pues las pruebas efectuadas en el feto eran invasivas y peligrosas en potencia. A pesar de que ese pequeño tunante no había formado parte de sus planes y que las circunstancias concretas de su concepción resultaban un tanto nebulosas, quería tenerlo por encima de todo y bajo ningún concepto se plantearía hacer nada que pudiera perjudicarlo.

El aborto inducido no era una opción para Chantal, si bien podría haber solucionado algunos de sus problemas. Ahora que estaba embarazada no le cabía duda de que deseaba aquel bebé, fuera del padre que fuese. Un feroz instinto de protección se apoderó de ella en el momento mismo en que el embarazo se confirmó. Antes que nada, el bebé era suyo, y eso era lo único que le importaba. La prueba de ADN podía esperar hasta después del parto. Luego sólo sería cuestión de recoger una muestra de cabello o de saliva y enviarla a un laboratorio anónimo junto con los

honorarios correspondientes. En lo que a Chantal concernía, no había elección. Tendría que esperar a que el bebé naciera para averiguar qué genes había heredado.

Ted y ella iban a asistir aquella noche al teatro a ver una moderna y controvertida representación de *Otelo* en el South Bank. Chantal no comprendía por qué ella misma se había decidido a comprar entradas para una obra tan emotiva, salvo por el hecho de que era el mayor éxito de taquilla de la ciudad. De haber estado en sus cabales, habría optado por una pieza teatral con un tema menos comprometido. Tal vez fuera verdad que el embarazo reduce las células cerebrales. Sin embargo, a Ted le encantaba Shakespeare; llevaba semanas esperando la representación y Chantal no quería estropeársela. Eso sí, confiaba en que no le diera ideas acerca de asesinar a su esposa infiel.

La relación entre ambos había sido más tirante que de costumbre desde que pasaran juntos las navidades en aquel hotel de Bath, pero Chantal se había propuesto hacerla funcionar. Se preguntó por qué, en aquella ocasión, ninguno de los dos se había fijado en la abultada cintura de ella. La razón podría haber sido que, una vez más, no habían llegado a desnudarse juntos. Había que ser realista, por mucho que deseara que su matrimonio siguiera adelante —si bien de una manera más sólida que en la actualidad—, la noticia los uniría o les separaría definitivamente. Sin medias tintas. ¿Sería Ted capaz de vivir con el hijo de otro hombre? ¿Cómo influiría esta circunstancia en la relación de ambos, ya inestable de por sí?

Chantal se preguntó cuál sería el momento adecuado para lanzar la bomba. Habían quedado en un bar para tomar una copa —sólo refrescos para ella, a partir de ahora—. ¿Sería el lugar más apropiado para decírselo? ¿O tal vez debería esperar al intermedio de la representación? Quizá sería preferible abordar el asunto durante la cena que habían planeado para después del teatro. Si la obra era tan buena como se decía, Ted se encontraría satisfecho, relajado. Chantal abrigó la esperanza de que los críticos fueran de fiar. Su matrimonio dependía de ello.

Pasó la tarde mirando escaparates y curioseando en tiendas de ropa infantil y premamá, mientras trataba de hacerse a la idea de que pronto la iba a necesitar. Luego entró en la peluquería, donde le secaron el cabello a mano y le hicieron la manicura. Aquella noche quería estar lo más guapa posible.

Se habían citado en uno de los bares preferidos de Ted, cercano a su oficina. Cuando Chantal llegó, la concurrida clientela del local estaba formada por ejecutivos de la City londinense que disfrutaban de una copa después del trabajo y varios grupos de aficionados al teatro. Chantal se las arregló para encontrar un taburete en el que permaneció sentada mientras daba lentos sorbos a su vaso de agua mineral. Siempre había bebido agua en grandes cantidades pero, ahora que se veía en la obligación, ya no le apetecía tanto. Por extraño que pudiera resultar, el cuerpo le pedía una copa de Chardonnay bien frío y un cigarrillo. Y eso que nunca había fumado. No había nada como que te prohibieran algo para que te murieras de ganas de probarlo.

Chantal consultó su reloj. Eran casi las siete y le preocupaba que Ted no hubiera llegado. Había dicho que se reuniría con ella a las seis y media. Tendrían que salir hacia el teatro enseguida, pues la función empezaba al cabo de media hora. Le había llamado varias veces al móvil, pero había saltado el buzón de voz. Tal vez debería llamarle de nuevo y decirle que le dejaría la entrada en la taquilla por si se retrasaba. Volvió a marcar el número y se sorprendió al escuchar la voz de su marido.

—Hola —dijo ella con tono animado—. Empezaba a pensar que me habías dado plantón.
Se produjo una incómoda pausa al otro extremo de la línea.

—Chantal —dijo Ted—. Ha surgido un problema en la oficina. No voy a poder verte esta noche.

—Ah —ella no pudo disimular el tono de decepción. En la oficina de Ted siempre estaba al caer una crisis; no debería sorprenderse.

—Lo siento, cariño —prosiguió él, si bien a Chantal le dio la impresión de que no era sincero—. Quizá en otra ocasión.

¿Quizá en otra ocasión?

—Ted —dijo ella con voz tranquila—. Hay un asunto que tengo que comentar contigo.

—¿No puede esperar?

—Es importante. ¿Me quedo aquí y cenamos, en vez de ir al teatro?

—No, no —respondió él con tono distraído—. Ve tú a ver la obra. No sé cuánto tiempo me voy a retrasar. Te llamaré.

—Bueno, está bien —repuso ella a regañadientes.

Pero Ted ya había colgado.

Chantal se quedó mirando el teléfono móvil. Su marido había estado muy distante.

Se terminó el vaso de agua tibia. ¿Qué iba a hacer ahora con las entradas? De pronto, la posibilidad de sentarse sola en el teatro viendo una obra sobre un amor que degenera perdió todo su encanto. Repasó su lista de contactos, localizó un número y pulsó la tecla de llamada. Instantes después, hubo una respuesta en el otro móvil.

—Hola, Chantal, me alegra saber de ti —la calidez de la voz suponía un marcado contraste con la frialdad de su marido.

—¿Estás ocupado esta noche?

—Nada que no pueda dejar por ti.

—¿Podrías llegar al South Bank dentro de media hora?

—Sí.

—Tengo entradas para el National Theatre. *Otelo*. ¿Te apetece?

—Suena genial.

—Nos vemos en el vestíbulo, Jacob —dijo Chantal. Luego colgó.

No pensaba decirle a Jacob que podría estar embarazada de él; pero si su marido era incapaz de reservar tiempo para salir con ella, no había razón para que Chantal no disfrutara de la compañía de otro hombre.

Capítulo 23

Nadia y Autumn estaban sentadas en Chocolate Heaven.

—¿Seguro que no te importa? —preguntó Nadia por tercera vez.

—Claro que no me importa —respondió Autumn con una sonrisa tolerante—. En absoluto.

—Mejor será que me vaya —dijo Nadia, mordisqueándose las uñas con nerviosismo.

—Estaremos perfectamente —le aseguró Autumn—. ¿Verdad, Lewis?

El hijo de Nadia asintió con un gesto, al tiempo que lamía el círculo de chocolate que se le había formado alrededor de la boca.

—En cuanto hayamos terminado el cacao con leche y las galletas iremos al parque —le dijo Autumn. El niño esbozó una sonrisa en su travieso semblante y se comió su galleta a toda velocidad.

Nadia frunció el ceño. No estaba acostumbrada a dejar a Lewis con otras personas.

—Que no se quite el gorro ni los guantes.

—No te preocupes —repuso Autumn—. No hace mucho frío.

Más que la temperatura, quizá fuera la sensación helada que notaba en su interior lo que hacía que Nadia se sintiera destemplada.

—Te prometo que tardaré lo menos posible —dijo.

—No hay prisa. En serio. No tengo que dar clase hasta esta tarde.

Nadia bajó el tono de voz.

—Toby se irá a trabajar esta mañana —dijo de forma que Lewis no la oyera—. Quiero entrar y salir de la casa antes de que vuelva.

Su amiga la miró y frunció la frente, preocupada.

—Espero que sepas lo que haces.

—Tengo que estar segura —respondió Nadia—. Es la única manera —besó a su hijo en la mejilla—. Pórtate bien con la tía Autumn —le advirtió. Luego dio un beso a su amiga—. Gracias. Hasta luego.

Nadia cogió el metro hasta la estación en el principio de su calle. El corazón le latía con fuerza mientras caminaba en dirección a la vivienda. Aquello era absurdo, se dijo a sí misma. Sólo iba a echar una ojeada a la que aún seguía siendo su casa. La única dificultad consistía en que no quería que su marido supiera que había estado fisgoneando mientras él estaba ausente. Quería confiar en él, pero lo cierto era que aún no se sentía capaz del todo. Necesitaba pruebas concretas.

El cartel de «se vende» de la agencia inmobiliaria seguía en el jardín, pero nadie había mostrado interés por la casa durante el lento periodo de las navidades. Ahora Nadia dudaba si todavía quería venderla. Lo habían pasado tan bien juntos durante las vacaciones que tal vez no fuera acertado obstinarse en dividir a la familia. Si consiguieran arreglar su matrimonio, sería mucho mejor para los tres. De ser cierto que Toby había conseguido superar su adicción a las apuestas por Internet, ¿no debería Nadia hacer todo lo posible para apoyarle? Lewis había añorado a su padre enormemente. Aunque el niño se lo estaba pasando en grande en el apartamento de Chantal debido a la novedad que suponía, no era lo mismo que estar en su propia

casa. Por muy reacia que la «tía Chantal» se hubiera mostrado en un primer momento, no cabía duda de que había acogido al niño como una parte importante de su vida y le mimaba a conciencia. Como buen varón, Lewis no ponía reparos a tantas atenciones, ni a tanto chocolate.

Por fortuna, la furgoneta de Toby no estaba aparcada frente a la vivienda. Nadia no quería dar a entender que no se fiaba de su marido pero, en esencia, ése era el motivo de su pequeña aventura, la cual le resultaría mucho más fácil sin llevar a cuestas a su entrometido hijo. A la edad de cuatro años, jamás guardaba un secreto; además, Nadia no deseaba involucrarle en semejante actividad clandestina.

La casa estaba bastante ordenada. No podía criticar a Toby por la manera de llevar a cabo los quehaceres domésticos desde que vivía solo. En el fregadero no había más que un cuenco de cereales y un tazón. Al verlos allí, tan solitarios, le entraron ganas de llorar. La imagen de Toby que le venía a la mente, sentado a solas en la cocina todas las mañanas, le partía el corazón.

Sobre la encimera, donde solían soltar toda la correspondencia y la propaganda por correo, se veía un montoncito de sobres abiertos que esperaban su traslado final al piso de arriba, donde serían atendidos en el despacho instalado en la pequeña habitación para invitados. Nadia vació los sobres uno a uno y examinó las cartas. Muchas facturas, como de costumbre; pero todas legítimas y en su mayoría relativas al negocio de fontanería de Toby. Notó una burbuja de alivio en su interior. Por el momento, nada impropio.

Olvidando por un instante que era una intrusa, estuvo a punto de llevar las facturas arriba. En cambio, dejó los sobres tal como los había encontrado y subió las escaleras con las manos vacías. En el atestado despacho examinó el escritorio de su marido y rebuscó en los cajones. Cuanto más registraba de arriba abajo su propia casa, peor se sentía por el hecho de tener que hacerlo para desechar sus dudas sobre hasta qué punto su marido era sincero cuando le aseguraba que se había liberado de la espantosa adicción al juego que había arruinado el matrimonio de ambos. De no haber sido por la desinteresada generosidad de Chantal, se estarían enfrentando a la bancarrota, a la carencia de vivienda y quién sabe a qué más.

Entró en el ordenador de Toby. Por fortuna, no había cambiado la contraseña. ¿Era una buena señal? ¿Significaba que ya no tenía nada que ocultar a su mujer? Aún tenía que comprobarlo. Al examinar las últimas páginas web que Toby había visitado no vio rastro de los pintorescos nombres que provocaban que ciertas personas, por lo demás en sus cabales, malgastaran el dinero ganado con el sudor de su frente. No encontró *Virtual Vegas*, ni *Cash Casino*, *Mansion of Millions* o cualquiera de los cientos de páginas que su marido solía frecuentar. Y no le ocurría sólo a él. La epidemia de las apuestas *online* se extendía por el mundo entero. En los últimos tiempos resultaba muy fácil caer en la trampa ante la promesa de enormes fortunas. Internet carecía del estigma de los sórdidos clubes de apuestas, ya no había que esquivar a la familia para escapar a un casino, no existía necesidad de partidas de póquer a media noche. Podías efectuar todas tus apuestas con una tarjeta de crédito y pulsando el ratón del ordenador. Se trataba de un pasatiempo secreto, peligroso y potencialmente destructivo que podía llevarse a cabo en el confort del propio hogar. En la prensa nacional aparecían a diario historias de compatriotas que habían perdido miles de libras esterlinas en aquellas traicioneras páginas web. Nadia confiaba con toda su alma en que su marido hubiera conseguido liberarse de sus demonios.

En la actualidad, las autoridades de Estados Unidos trataban de prohibir a sus ciudadanos las apuestas por Internet. A primera vista, la idea parecía excelente; pero Nadia se preguntaba hasta

qué punto la iniciativa triunfaría. ¿No serviría para convertir el juego en una actividad aún más clandestina? Todas las personas adictas a las luces parpadeantes, a las falsas promesas, ¿se limitarían a encogerse de hombros y a abandonar las apuestas? Probablemente no.

Nadia apagó el ordenador y se dirigió al dormitorio. Empezaba a arrepentirse de aquella tarea tan miserable. Era injusto para Toby. Él aseguraba que estaba limpio, así que Nadia debía creerle; de otro modo, no existía futuro para ellos. Una somera búsqueda en los cajones de la mesilla de noche también resultó infructuosa. Por lo que se veía, no había pruebas en la casa de que Toby siguiera con su afición al juego. ¿Era porque de veras lo había abandonado? ¿O acaso porque se había vuelto más cuidadoso?

Una vez que Nadia hubo abandonado la casa, se apresuró a reunirse con Lewis y Autumn en el parque. El niño estaba a punto de embarcarse en un estallido de emociones sin control debido a que una amable anciana le había entregado un mendrugo de pan para que se lo arrojara a los temblorosos patos. Saltaba a la vista que su hijo lo había pasado en grande durante su ausencia, lo que le llevó a reflexionar sobre lo bien que Lewis aceptaba los cambios que ocurrían en su vida. Los niños tenían una capacidad de adaptación extraordinaria, meditó. Su hijo la miró y se sintió henchida de orgullo. Ella y Autumn se sentaron en un banco que daba al lago y observaron a Lewis, que jugaba alegremente.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Autumn.

—Muy bien —respondió Nadia—. O eso creo —luego dedicó a su amiga una sonrisa endeble—. No encontré nada que demuestre que Toby sigue apostando. Puede que haya conseguido controlar su adicción.

—Eso es estupendo —dijo Autumn.

Nadia cruzó los brazos y clavó la vista en el lago.

—Sí, lo es.

—¿Vas a volver con él?

—No lo sé —respondió Nadia con sinceridad. Se giró hacia su amiga—. ¿Qué piensas que debería hacer?

Autumn le pasó el brazo por los hombros y le sonrió.

—Creo que quizá, por el bien de Lewis, deberías darle el beneficio de la duda.

Nadia exhaló un suspiro y una nube de vaho se perfiló en el aire helado. Volvió la mirada a su hijo, quien corría como loco de un lado a otro asustando a los patos, que no paraban de graznar. Frunciendo los labios, dijo:

—Eso es precisamente lo que yo estaba pensando.

Capítulo 24

Autumn observaba a dos de sus alumnos preferidos, que trabajaban codo a codo en diferentes proyectos. Fraser, adolescente adicto a la heroína y camello ocasional, llevaba dos años acudiendo al Centro, al igual que Tasmin, quien tenía mucho en común con su compañero en lo referente al consumo de drogas, pero muy poco en cuanto a la habilidad con vidrieras y mosaicos.

Ver a Fraser flirteando infatigablemente —y sin el menor éxito— con el desdenoso objeto de su amor le provocaba una sonrisa. Tasmin tenía personalidad y carácter para dar y tomar, y ningún pipiolo, por mucha sabiduría callejera que pudiera tener, iba a convencerla de que abandonara su actitud. Dicen que el amor es ciego y, en el caso de Fraser, debía de ser verdad. No cabía duda de que Tasmin era guapa, pero conseguía disimularlo a las mil maravillas con varias capas de ropa gótica, el pelo teñido de negro azabache y una gruesa raya de lápiz de ojos. Formarían un extraño dúo —si es que alguna vez Fraser persuadía a Tasmin para que saliera con él—, pero Autumn confiaba en que algún día fueran pareja.

Fraser era torpe con las manos, y en su trabajo con las vidrieras ponía más entusiasmo que técnica. En ocasiones, Autumn se preguntaba por qué seguía acudiendo después de tanto tiempo. La mayor parte de sus alumnos eran de una naturaleza mucho más itinerante; a veces asistían a una sola clase y no volvían a aparecer. Tal vez el taller fuera el único lugar en el que Fraser encontraba amabilidad y respeto. Acaso sólo acudía para ver a su futura novia. Fuera cual fuese el motivo, Autumn estaba convencida de que no se trataba de su amor por la artesanía.

Tasmin, sin embargo, era harina de otro costal. Era una artista en potencia. Renunciando a los habituales móviles de vidrio o los candelabros básicos, la chica no había tardado en demostrar que tenía una vista extraordinaria para el color y el diseño. Aferrada a lo único por lo que la habían valorado en su corta vida, repleta de degradación y desgracia, Tasmin había progresado hasta el punto de elaborar piezas de bisutería muy comerciales, fabricadas de cristales vidriados unidos con delicado hilo de plata. Cuando el presupuesto del programa ¡DÉJALO! amenazaba con agotarse, Autumn a menudo financiaba de su propio bolsillo el vidrio y otros materiales para que los chicos continuasen sus trabajos. Le encantaría hacer algo más por aquellos dos alumnos en concreto, asegurarse de que terminaban estableciéndose en un ambiente seguro, armonioso, sin verse tentados a regresar a una vida de drogas y delincuencia porque nadie se preocupaba lo suficiente por ellos.

—Tasmin, eso es precioso —dijo, siempre pendiente de elogiar a la joven. Un colgante de cristal de gran tamaño y diseño japonés se encontraba sobre el banco de trabajo mientras Tasmin meticulosamente daba forma a un cerco ornamental de hilos de plata.

Se escuchó una tímida llamada en la puerta del taller. Cuando Autumn se disponía a abrir, su hermano Richard asomó la cabeza. El alma se le cayó a los pies. Era la última persona que esperaba ver allí, y su presencia debía de significar que una vez más andaba metido en líos.

—Rich —dijo—. ¿Qué pasa ahora?

Al acercarse hacia él, se dio cuenta de cuál era el problema. Con cautela, le acarició la magulladura que mostraba en la mejilla. También tenía un corte en el puente de la nariz, así como el labio hinchado.

—Una trifulca sin importancia —dijo—. Nada de qué preocuparse.

Autumn le llevó a un aparte para que pudieran conversar con mayor libertad.

—¿Quiere decir esto que aquella gente de la que huiste te ha encontrado?

Richard negó con la cabeza.

—No huí. Me ausenté de la escena durante un breve periodo.

Es decir, huyó, sólo que dicho con otras palabras, pensó Autumn con un suspiro.

—He venido a pedirte un favor —prosiguió Richard. Con su hermano, siempre existía una segunda intención. No recordaba la última vez que había ido a visitarla por verla, nada más—. ¿Alguna posibilidad de ocupar mi antiguo dormitorio en tu apartamento? Hasta que me recupere, me refiero.

—¿Sigues en casa de papá y mamá?

—Sí —Richard empezó a jugar con un fragmento de vidrio que había cogido del banco de trabajo. Autumn sintió el impulso de advertirle para que no se cortara, pero se recordó a sí misma que su hermano conocería de sobra los peligros del cristal roto—. No puedo seguir —añadió—. Me están matando.

—No más que tu adicción a las drogas —replicó Autumn.

—No puedo dar un paso sin que me pregunten adonde voy —protestó—. A mi edad. ¿Te lo puedes creer? Me tratan como si tuviera quince años.

—Tal vez convendría que dejaras de portarte como si los tuvieras —sugirió ella.

El comentario cayó en saco roto.

—¿Puedo trasladar mis cosas esta misma noche?

Autumn no acababa de decidirse. Siempre había sido ella quien ayudaba a Richard. ¿A quién si no podía él recurrir? Por exasperante que resultara, seguía siendo su hermano y se sentía en la obligación moral de protegerle.

Sus pensamientos se interrumpieron cuando Addison entró en el taller. Como estaban en el centro de trabajo de ambos y había alumnos presentes —por el momento más interesados en la conversación de la profesora que en sus piezas de artesanía— no la besó, pero la mirada que intercambiaron decía que más tarde pondrían remedio a semejante privación. La mirada no le pasó inadvertida a su hermano, cuyo semblante se ensombreció.

—Hola Richard —dijo Addison con tono cordial—. ¿Cómo va eso? —extendió la mano.

El hermano de Autumn la aceptó a regañadientes.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Un malentendido —respondió Richard con voz tirante.

—Autumn piensa que te relacionas con gente un tanto peligrosa.

Richard lanzó a su hermana una mirada asesina.

—Nada que no pueda manejar.

—Podemos ayudarte —prosiguió Addison con gentileza—. No tienes que hacerlo solo.

—No soy uno de vuestros drogatas de protección oficial —se mofó Richard—. ¿Piensas que se me ocurriría venir aquí a fabricar adornos de cristal para salvar mi alma?

—Hay otras cosas que podemos hacer —respondió Addison con calma—. Otros programas.

—Guárdate tu caridad para estos desgraciados —lanzó el pulgar en la dirección de Fraser y Tasmin. Ante semejante grosería, Autumn deseó que la tierra se la tragara—. Nos vemos más tarde, hermana —dijo, y a grandes pasos se dirigió a la salida.

Autumn sintió que el corazón se le salía por la boca, y cuando Richard agarró el pomo de la puerta, una voz que le salió de las entrañas dijo:

—No.

Richard se dio la vuelta.

—No puedes mudarte a mi casa —prosiguió. De ninguna manera quería volver a las noches en blanco, preocupada por dónde pudiera estar su hermano o, en caso de que regresara, preguntándose a quién traía consigo al apartamento—. Es demasiada tensión.

Su hermano lanzó una mirada furiosa a Addison.

—Ya lo entiendo —dijo—. Le prefieres a él antes que a mí.

—Eso no es verdad —respondió Autumn—. Lo que estoy haciendo, en definitiva, es devolverte la responsabilidad de tu propia vida —le vino a la memoria lo que Addison le había dicho acerca de que su propia manera de actuar facilitaba la adicción de su hermano, y rezó para que la decisión que había tomado fuera la adecuada. Era la primera vez que le negaba algo a Richard y no le resultaba agradable. Ahora que había empezado, las palabras le salían de corrido—. No puedo estar siempre ahí para sacarte las castañas del fuego.

Richard adoptó una expresión de cólera.

—Muy bien —repuso con sequedad—. Ahora sé a qué atenerme —salió del taller como un huracán, dando un violento portazo. El cristal de la puerta se hizo añicos y se precipitó contra el suelo.

Todos los ojos en el taller se dirigieron a los escombros.

Autumn trató de esbozar una leve sonrisa.

—No creo que por recoger esto vaya a sacarle las castañas del fuego otra vez.

—Ya me encargo yo —se ofreció Addison amablemente—. Ve a la sala de profesores, enseguida me reuniré contigo. Enciende el hervidor de agua. No te vendrá mal una taza de té.

Ni un poco de chocolate, pensó Autumn.

—Espera, te ayudo —Fraser se acercó para ayudar a Addison a recoger los cristales rotos.

—Gracias —dijo Autumn con lágrimas en los ojos.

Addison la cogió de la mano.

—No le pasará nada, en serio —su voz sonaba segura, reconfortante—. Hiciste lo que tenías que hacer.

—¿Tú crees? —repuso ella—. Confío de veras en que tengas razón.

Capítulo 25

Tengo que buscar otro empleo. En cuanto disponga de un minuto libre voy a llamar a la agencia para pedirles que me trasladen lo antes posible. Aunque podría resultar complicado, ya que creo que me han prohibido trabajar en una amplia gama de empresas por todo Londres debido a mi historial de empleada menos que perfecta.

En estos momentos, Targa no resulta un lugar de trabajo saludable. Mi antigua profesora de yoga —Persephone— me diría que las malas vibraciones van a interferir con mi karma o algo por el estilo, y seguro que tendría razón. El ambiente en la oficina se podría cortar con un cuchillo. Los nervios me tienen el estómago destrozado. Si me dejara convencer por Persephone, tendría que aguantar haciendo el pino un montón de tiempo para contrarrestar los efectos nocivos.

Crush ha estado pasando junto a mi mesa como una exhalación durante toda la mañana, sin mirarme a los ojos y con pinta de querer asesinarme de una forma lenta y aterradora. Me muero de ganas de comentar con él lo que ocurrió anoche, pero salta a la vista que aún no está preparado para abrir los canales de comunicación, de modo que sigo sentada aquí, sintiéndome penosamente inútil.

Con objeto de protegerme de sus miradas perniciosas, asesinas, y para pasar el tiempo, por poco que sea, he construido una muralla a base de chocolatinas Mars, Snickers y Double Decker que me separa del resto de la oficina. En la cantina de la empresa me hicieron descuento al comprar dos cajas de cada clase cuando se enteraron de mi infortunio. Si agacho la cabeza consigo ocultarme por completo detrás de mi barricada. Sólo tengo que resistir la tentación de írmela comiendo poco a poco. Mmm. Aunque, por otra parte, no creo que mi seguridad se vaya a ver comprometida por la ausencia de una mísera barrita Mars. Seguro que contribuiría a fortalecer mi sistema inmunitario. Una chocolatina tiene mayor cantidad de proteínas que un plátano, lo que tiene que ser bueno, me figuro. Tal vez un aporte de proteínas me ayudaría a acopiar el valor necesario para enfrentarme con Crush cara a cara.

Empiezo a rasgar el envoltorio de una de ellas cuando veo que Aiden Holby se encamina hacia mí. Muestra en el semblante un gesto de sombría determinación al tiempo que frunce el entrecejo de manera siniestra. Me imagino que será con la intención de denotar ferocidad, pero lo único que consigue es parecer aún más guapo. En este momento, me parece que le quiero más que nunca. A escondidas, guardo la chocolatina en el cajón de la mesa y finjo que estoy trabajando, un arte que he practicado ampliamente, pero sigo sin dominar.

Crush se detiene delante de mi escritorio. Su pose tiene toda la agresividad de un macho dominante.

—Hola —digo yo con voz sumisa.

Con un barrido del brazo, arroja al suelo la muralla de chocolate que con tanto esmero he construido. Esto es la guerra.

—¿Puede preparar estos informes, señorita Lombard?

¿Señorita Lombard? Las cosas están llegando demasiado lejos, me parece a mí.

—Sí, señor Holby —respondo yo—. ¿Para cuándo los quiere?

—Los necesito para la reunión de ventas de esta tarde.

—Me pondré con ellos ahora mismo. Una vez que haya recogido del suelo mis chocolatinas.

Creo percibir un ligero rubor en sus mejillas. Nada más que ligero.

—Puede coger una barrita Mars —le digo con una sonrisa indecisa—. Si le apetece.

Crush vacila unos segundos.

—Como ofrenda de paz —añado.

Se pone derecho.

—No, gracias —ni siquiera la invitación a una Mars consigue romper el hielo. Mal asunto.

—Aiden... —digo con suavidad.

—Lucy —interpone él—. Será mejor para todas las partes interesadas que hables con tu agencia para que te encuentre otro puesto de trabajo.

—¿Y así no tengas que respirar el mismo oxígeno que yo?

—A ser posible, sí.

—Te sigo queriendo —le digo, tragándome el nudo que se me forma en la garganta—. Aun así, si crees que es mejor que me vaya, lo haré.

—Muy bien —se dispone a darse la vuelta.

—Pero quiero decirte otra cosa.

Noto que las fuerzas le flaquean unos instantes y luego dice:

—Me parece que ya hemos dicho demasiado —acto seguido, se aleja de mi escritorio.

—¡Querer a una persona no es tratarla bien sólo cuando te viene en gana! —grito a sus espaldas—. Es perdonarla cuando se equivoca.

Interrumpe su ritmo de marcha y, durante unos instantes, se detiene. Noto en mi interior un pequeño rayo de esperanza. Entonces, sin mirar atrás, continúa caminando en dirección a su despacho.

—Mierda —mascullo para mis adentros. Entonces, caigo en la cuenta de que todo el mundo en el departamento ha dejado de trabajar y me mira fijamente—. ¿Qué pasa? —pregunto con un grito.

Los empleados se encogen tras sus respectivos escritorios.

—Para que lo sepáis —mis bramidos se oyen por toda la sala—. He vuelto a cagarla. ¿Alguien tiene algo que decir?

Las cabezas se dirigen al papeleo y a las pantallas de ordenador. Con un suspiro, comienzo la pesada tarea de recoger los restos de mi destrozada muralla de chocolate, lo que bien podría ser una metáfora de mi propia vida.

Capítulo 26

Llamar a la agencia fue una absoluta pérdida de tiempo. Me dijeron que no tenían otros trabajos para mí, aunque estoy convencida de que me estaban mintiendo. Quizá las empresas tienen una de esas alertas en mi contra, como hacen en los *pubs* para protegerse de clientes indeseables. Alerta contra Lucy Lombard. Todas las personas cuyos negocios he destrozado en el pasado se han llamado entre sí y han añadido mi nombre a una lista negra. Tiene que ser eso.

Tomo el metro hasta mi casa, desconsolada. Me siento atrapada en Targa para la eternidad, como un pobre genio en una botella, incapaz de escapar a menos que alguien tenga la amabilidad de frotar el cristal. Si alguien tiene una idea genial sobre lo que podría hacer con mi vida, me gustaría enterarme.

No cesa de llover y tengo el ánimo por los suelos. Mi viejo y endeble paraguas me ofrece un refugio lamentable y amenaza con volverse del revés por culpa del viento. El tono gris de mi vida queda reflejado a la perfección en el estado del tiempo. Para colmo, cuando llego a casa, Marcus está apoyado en la pared del otro lado de la calle. No lleva paraguas y está chorreando. Mi ex novio se ha estado apostando ahí noche tras noche desde nuestro encuentro carnal, a partir del cual me he negado a responder a sus llamadas. Cuando me ve, levanta la mano para saludarme y se dispone a cruzar la calle.

—¡Lucy! —me llama. Pero el tráfico frustra sus planes para darme alcance y atravieso el umbral de mi puerta a toda velocidad.

Una vez dentro, sacudo la lluvia del abrigo y arrojo al suelo el paraguas empapado. Me acerco a hurtadillas a la ventana, echo una ojeada al exterior y, cómo no, Marcus ha regresado a su puesto y vuelve a estar apoyado en la pared. Le observo unos instantes. Noto que tiritita de frío y, a regañadientes, admiro su capacidad de permanencia. ¿Habría aguantado Crush bajo la lluvia torrencial, noche tras noche, por mi causa? Para ser sincera, no lo sé.

Lleno la bañera de agua caliente, añado una tonelada de gel con olor a vainilla y me zambullo al instante. Mi piel conserva la suavidad de la seda por los tratamientos del *spa*, pero noto que los demás beneficios han desaparecido con excesiva celeridad desde mi regreso a Inglaterra. Siento cómo el agua abrasadora relaja mi cuerpo helado. Inhalando el aroma a vainilla, procuro dejar la mente en blanco. Por lo general, cuando quiero que mi mente haga algún ejercicio útil —como pensar, por ejemplo—, se mantiene en blanco con obstinada resolución. Ahora, que agradecería un poco de tranquilidad, no para de discurrir.

Creo que todo está perdido con respecto a Crush. En mi caso, he perdonado a Marcus sus malas pasadas en multitud de ocasiones. No renuncié a nuestra relación tras un mísero error. En eso consiste el amor, me parece a mí. Hay que estar a las duras y a las maduras. Pienso en Marcus, aguardando bajo la lluvia incesante. ¿Cuándo llega el momento de poner fin a la indulgencia y endurecer el corazón para dejar paso a la propia supervivencia? Tal vez sea diferente según cada cuál.

Me seco con la toalla y me enfundo mis viejos pantalones de chándal y la sudadera. Antes de encaminarme en busca de algo de cena, vuelvo a asomarme a la ventana. La lluvia es ahora tan intensa que toma una dirección casi horizontal y rebota sobre la acera. Las rejillas de desagüe están desbordadas y torrentes de agua corren junto al bordillo a toda velocidad. Aunque el cristal

de la ventana está empapado y no permite ver con nitidez, compruebo que Marcus sigue ahí afuera. No puedo dejarle en la calle bajo semejante chaparrón. ¿Por qué no se da por vencido de una vez y se marcha a casa?

Localizo mi móvil y marco su número.

—Hola —dice él, y su voz no suena tan desfallecida como me esperaba. Su tono resulta alegre, esperanzado. Escucho cómo la lluvia le golpea sin cesar.

—Vete a casa —le digo.

—No puedo —la alegría y la esperanza se han evaporado—. Te quiero. Quiero estar cerca de ti. Me quedaré aquí afuera lo que haga falta.

Ante sus palabras, sólo me queda una opción.

—Puedes venir a cenar —digo-; pero la cena será una birria, porque no he ido a la compra.

—No me importa —responde Marcus. Esta vez, se le quiebra la voz.

Capítulo 27

Segundos después, Marcus se planta frente a mi puerta.

—No me mojes la moqueta —trato de mostrarme inflexible, aunque no lo consigo. Mírale. Está hecho un desastre. ¿A esto le he reducido? Regueros de agua le caen de la cabeza y le inundan la cara. Una catarata se desploma del borde inferior de su cazadora. Me está empapando la moqueta, a pesar de mi advertencia.

—Ve a darte un baño —le indico—. Procura entrar en calor —confío en que la caldera acceda a proporcionar dos baños en rápida sucesión. Por lo general, tarda un buen rato en decidirse.

—Gracias, Lucy —dice mientras castañetea los dientes. Su tono resulta agradecido hasta un punto ridículo.

—Aún tengo en el armario algo de ropa tuya. Voy a sacarla.

Le ayudo a quitarse la cazadora. Tiene los dedos azules.

—Te podías haber muerto de frío —le amonesto—. No entiendo cómo se te ocurre hacer una estupidez así en una noche como ésta. No me lo merezco, Marcus.

Me detiene las manos y me las sujeta entre las suyas. Sus ojos azul claro se clavan en los míos.

—Pues yo creo que sí te lo mereces.

Me aparto de él.

—Métete en la bañera antes de pillar una hipotermia.

Obediente, se dirige al cuarto de baño.

En mi dormitorio, rebusco en el armario. Encuentro unos vaqueros de Marcus y un par de camisetas. No sé por qué, pero me llevo una de ellas a la mejilla. Aún conserva el olor a su loción para después del afeitado y noto que el corazón se me encoge de dolor, aunque el propietario de la prenda está en mi cuarto de baño en este mismo momento. También descubro un jersey que le regalé hace años por San Valentín y que nunca estrenó. Pues ha llegado el momento.

Hay incluso calzoncillos y calcetines al fondo de uno de los cajones, y me pregunto cómo es que nunca he llegado a decidirme a llevar todas sus cosas a una tienda de beneficencia. Coloco la ropa sobre la cama y me dirijo a la cocina. Encuentro en la despensa un paquete de conchas de pasta y una lata de tomate triturado. Hoy toca cena italiana. Cojo de la nevera unos tallos de apio, no demasiado flácidos, y un pedazo de parmesano duro como una piedra que tiene más corteza que otra cosa. Ha superado la fecha de caducidad, pero estos cálculos nunca son del todo exactos. Además, el queso no caduca, según tengo entendido. Me alegro al comprobar que mis carencias en cuanto a alimentos nutritivos quedan ampliamente compensadas por mis espléndidas provisiones de chocolate. La caja de exquisiteces de Chocolate Heaven que me regaló Clive está aguardándome. Al menos, cuento con un postre estupendo. Si Marcus se porta bien, puede que le deje probarlo.

Troceo el apio un tanto blando y lo añado a la sartén con el tomate. La pasta empieza a hervir.

Mi imprevisto invitado aparece por la puerta de la cocina. No lleva encima más que una toalla anudada a la cadera. Su rostro exhibe un atractivo rubor y su cabello se ve limpio y alborotado, en vez de pegado a la cabeza. Me hace pensar en la noche que pasamos juntos y trato por todos los medios de quitarme el pensamiento de la cabeza.

—Qué bien huele —comenta.

Debe de estar realmente desesperado.

—Pasta y tomate de lata —le explico—. Mi especialidad.

Se acerca a mí.

—Lucy, te quiero —se dispone a rodearme la cintura con sus brazos, pero me aparto a un lado con un hábil movimiento.

—Te he dejado ropa seca encima de la cama. La cena estará lista en cinco minutos.

Detesto tener que admitirlo, pero Marcus está guapísimo con ese jersey, de modo que trato de no mirarle. Nos sentamos en el sofá y cenamos en bandejas. He abierto una botella de vino tinto barato, y controlo lo que bebo cuidadosamente. No se me ha olvidado lo que ocurrió la última vez que me cogí una trompa y Marcus estaba a mano. En la televisión emiten un programa espantoso, pero los dos clavamos la vista en la pantalla.

Por fin, una vez que se ha comido hasta la última migaja de la cena, deja a un lado su bandeja y se gira hacia mí.

—¿Le contaste a tu novio que nos acostamos?

—Sí —no tiene sentido ocultarle la verdad.

—¿Seguís juntos?

—¿Tú qué crees? No todo el mundo está tan dispuesto a perdonar como yo.

Desplaza lentamente su mano sobre el sofá y, con los dedos, me cubre la mía.

—Me alegro de que hayáis roto.

—Pues yo no —replico con tono seco mientras aparto la mano de un tirón—. Estoy destrozada.

—Lucy, he cambiado, de veras —me asegura con vehemencia—. He tenido mucho tiempo para reflexionar. He madurado en los últimos meses.

Y esto lo dice un hombre que ha estado esperando a las puertas de mi casa bajo una lluvia torrencial.

—He decidido asistir a terapia para cambiar mi conducta —continúa—. En cuanto ya no tenga que pasarme las noches en la calle, esperándote.

—Ya no tendrás que esperarme en la calle —le prometo—. Volvemos a ser amigos.

Una sonrisa ilumina su atractivo semblante.

—Pero sólo amigos —puntualizo—. No pienso volver a tener una relación con nadie, nunca jamás, por muchos años que viva.

Marcus se muestra vacilante.

—Hablo en serio —añado.

Permanece sentado en silencio mientras digiere el anuncio, como acaba de hacer con la pasta. Cuando resulta evidente que no estoy dispuesta a llenar el vacío en la conversación, vuelve a tomar la palabra.

—Podríamos ver una película romántica. Te ayudará a sentirte mejor.

—No lo creo —la verdad es que sí. Un poco de llanto contenido a cuenta de las desgracias amorosas de otras personas me haría sentir como nueva, pero me saca de quicio que Marcus me conozca tan bien.

—*Oficial y caballero* -decreta con resolución—. Nunca falla —sin darme oportunidad de

responder, repasa los DVD que tengo en la estantería e introduce en el reproductor la película romántica antes mencionada.

—¿Tienes chocolate? —pregunta a continuación.

Le lanzo una mirada asesina.

—¿Por qué no iba a tener chocolate?

—Iré a buscarlo —dice con tono alegre—. La velada mejora por momentos.

En la pantalla, un irresistible —y mucho más joven- Richard Gere es perseguido con ahínco por Debra Winger. Aun consciente de que se trata de un amor imposible, su entusiasmo ante la tarea no disminuye en ningún momento. Qué mujer tan tonta. Me rebullo, incómoda, en el sofá cuando por fin se ponen manos a la obra, mientras ella lleva por toda prenda la seductora gorra militar de Richard Gere. Me cuesta resistir el impulso de agarrar el mando a distancia y apretar el botón de avance rápido. Esta escena no era tan larga, estoy segura. Marcus esboza una sonrisa arrogante al tiempo que, en la pantalla, los amantes prosiguen con sus gemidos de éxtasis. Me tomo otro bombón. En concreto, una trufa rellena de frambuesa y nata.

Para cuando la película se acerca a su fin nos hemos terminado la caja de exquisiteces de Chocolate Heaven. Sé que cuando el uniformado y recién graduado oficial Mayo se lleve en brazos a la chica de sus sueños me voy a echar a llorar. Siempre me pasa. La música va *in crescendo* y los compases de *Love Lifts Us Up Where We Belong* inundan mi salón mientras Richard Gere se aleja con una feliz y llorosa Debra Winger a cuestas. Rompo en un llanto incontrolado.

—Qué romántico —digo sorbiéndome la nariz.

Marcus también se sorbe la nariz.

—Pero esas cosas sólo pasan en Hollywood —añado con aspereza al caer en la cuenta de nuestras circunstancias.

Marcus se acurruca a mi lado. Coloco un almohadón entre los dos. Mi ex novio sabe que éste suele ser el momento en el que me consuela y terminamos con una apasionada sesión de sexo en el sofá. Aquellos días han pasado.

—Ya hemos visto la película. Te tomas un café y luego te marchas a casa —le digo con tono firme—. A partir de ahora, yo pongo las condiciones.

—Lo que tú digas, Lucy —me dedica una amplia sonrisa y salta a la vista que no se cree ni una palabra.

Capítulo 28

Nadia se había pasado más de una semana reflexionando sobre su situación y aún no estaba convencida de estar actuando de la manera más conveniente. Ni siquiera le había comentado sus planes a Toby, no fuera a ser que le entraran dudas en el último minuto. Ahora la decisión estaba tomada y no había marcha atrás. Aquella tarde, cuando su marido volviera a casa del trabajo, ella y Lewis estarían allí para darle una sorpresa. Se instalarían en casa para siempre. Volverían a ser una familia.

Chantal introdujo las últimas bolsas en el maletero de su coche.

—Ya está todo.

Nadia terminó de amarrar a Lewis a su silla de seguridad.

—Gracias, Chantal. No sé qué habría hecho sin ti.

—Ha sido estupendo teneros en casa —repuso su amiga—. Voy a echar de menos a este jovencito —ambas miraron a Lewis a través de la ventanilla. Ajeno al torbellino emocional que le rodeaba, se estaba comiendo un palito de chocolate que le habían entregado a modo de soborno.

Nadia dirigió la vista al vientre hinchado de Chantal.

—Pronto tendrás uno propio para colmarle de mimos.

—No me lo recuerdes —replicó Chantal al tiempo que se daba unas afectuosas palmadas en la tripa—. Aún estoy en la fase de negación. Sigo fingiendo que es un problema de retención de líquidos.

Ambas se echaron a reír.

Nadia reflexionó que para ser una persona que negaba su propia situación, su amiga llevaba extraordinariamente bien la cuestión de su embarazo inesperado.

Chantal le dio un fuerte abrazo.

—Si no funciona, ya sabes que siempre habrá un sitio para vosotros en mi casa.

—Espero que las cosas no acaben así —repuso Nadia.

—Entre los dos encontraréis una solución, ya lo verás —le aseguró su amiga—. Mejor será que te marches si es que quieres tener una comida caliente en la mesa cuando tu marido vuelva de trabajar —añadió guiñando un ojo.

Nadia le lanzó una mirada de inquietud.

—¿Estarás bien, sola en el apartamento?

—Pues claro —Chantal asintió con un gesto—. No te preocupes por mí.

—Te ayudaré todo lo que pueda con el bebé —prometió Nadia—. Todas te echaremos una mano —Nadia sabía que podía hablar en nombre de sus compañeras del club de las chocoadictas.

—Vete de una vez, antes de que me hagas llorar —Chantal se secó una lágrima—. Y haz que ese marido tuyo se quede encantado de que hayas regresado con él.

El hecho de estar de vuelta en su propia casa le provocaba una sensación extraña. Se había pasado la tarde tratando de familiarizarse de nuevo con sus cosas, instalándose otra vez en su propio espacio. Ahora Lewis estaba bañado y en pijama. Como trato especial, veía en la televisión los dibujos de *Bob Esponja*, sus favoritos. Nadia observó cómo su hijo se encandilaba

con los coloridos dibujos que aparecían en la pantalla. Absorto, se lamía el pulgar y se rodeaba la nariz con el índice. Parecía tan angelical que se diría que había pasado por las manos de *Supernanny*. Nadia confió en que la tranquilidad durara hasta que Toby llegara a casa. Consultó el reloj y se mordió el labio con nerviosismo. No había contado con que se retrasara tanto.

Las últimas horas las había pasado deshaciendo las maletas y devolviendo la ropa de ambos a su legítimo lugar en los armarios. La estancia en el elegante apartamento de Chantal se le antojaba ahora muy lejana. Aquella casa no sería ni mucho menos tan lujosa; pero era su auténtico hogar, donde se encontraba a gusto.

La cena hervía en el fogón y el aroma a especias llegaba al cuarto de estar. Tal vez Toby se hubiera detenido en el *pub* a tomar una pinta de cerveza camino a casa. Al fin y al cabo, no sabía que su mujer estaría esperándole. Los nervios le provocaban un nudo en el estómago. ¿Debería haberle llamado con antelación? Tal vez Toby tenía otros planes para aquella noche y Nadia tendría que esperar a solas mientras que la apetitosa cena se resecaba y se echaba a perder. ¿Se alegraría de verla?

No sabía qué hacer mientras esperaba. En lugar de recorrer la estancia de un lugar a otro, fue a sentarse al lado de Lewis. Acurrucar a su hijo siempre le servía para tranquilizarse. Al pasar junto al teléfono, se fijó en que la luz del contestador automático parpadeaba. La llamada debió de recibirse mientras estaba deshaciendo el equipaje o preparando la cena, y no la había oído. Cuando se disponía a escuchar el mensaje, la furgoneta de Toby se detuvo frente a la casa.

El estómago de Nadia se desplomó en caída libre. El teléfono quedó en el olvido.

—Papá ha llegado —le dijo a Lewis, emocionada.

—¡Papá! —el niño se levantó del sofá de un salto y salió corriendo hacia la puerta. Nadia la abrió de par en par mientras su marido recorría el camino de acceso. Una expresión de pura alegría le cruzó el semblante y Nadia sintió que las piernas le flaqueaban de alivio. Toby se alegraba de tenerles en casa.

Lewis se subió de un brinco a los brazos de su padre y éste empezó a girarle por el aire a toda velocidad. Lágrimas de felicidad humedecían los ojos de su marido cuando, con mucho cuidado, colocó al niño en el suelo.

—Habéis vuelto a casa —dijo.

Nadia, también llorosa, le rodeó con sus brazos.

—Sí, hemos vuelto a casa.

Entraron, juntos de nuevo. Volvían a ser una familia.

—Me cuesta creerlo —dijo Toby—. Es más de lo que me habría atrevido a esperar. No te defraudaré, Nadia. Te lo prometo.

—Shh —dijo ella, y le besó con suavidad.

—No soportaría perderos otra vez.

—No vamos a irnos a ningún sitio —repuso ella—. ¿Por qué no llevas a este jovencito a la cama y luego te das una ducha? Voy a comprobar cómo va la cena —con una sonrisa en el rostro, se encaminó a la cocina—. Ah —dijo—, se me olvidaba. Tuviste una llamada. No debí de oír el teléfono.

Una vez que su mujer hubo abandonado la estancia, Toby pulsó el botón del contestador.

«Éste es un mensaje para el señor Toby Stone —dijo la voz—. Le llama la compañía de

crédito Advance y tenemos que hablar con usted urgentemente. Por favor, devuélvanos la llamada al número...».

Toby pulsó el botón «Borrar». Nadia regresó al salón mientras se ataba un delantal a la cintura.

—¿Quién era?

—Nadie —respondió Toby—. Se habían equivocado de número.

Nadia se percató de que su marido seguía teniendo los ojos cuajados de lágrimas.

—Vamos —dijo—. Todo irá bien a partir de ahora.

—Claro que sí —repuso Toby con voz ahogada por la emoción—. Ya lo verás. Me encargaré de que así sea.

Capítulo 29

Autumn y Addison estaban juntos en la bañera. A sus pies tenían dos copas de vino tinto y les envolvía el perfume embriagador de una docena de velas de aroma a vainilla. Habían colocado el reproductor de CD junto a la puerta abierta del cuarto de baño y una suave melodía inundaba el ambiente. Era elección de Addison, pues las pegadizas canciones de estilo étnico que a Autumn tanto le gustaban habían sido tildadas de «poco sofisticadas». No cabía duda de que aquella selección musical resultaba más relajante. La compañía de su novio la ayudaba a descargar tensión. No todo en la vida tenía que tener el objetivo de salvar el planeta. Tal vez Addison estuviera colaborando a mejorar sus gustos musicales; la colección de CD de flautas andinas y tambores africanos propiedad de Autumn ahora compartía espacio con álbumes de John Legend, Paolo Nutini y Corinne Bailey Rae. Se puso a tararear al ritmo de la música. Por primera vez en su vida, sabía de verdad lo que era estar enamorada. Tenía la cabeza apoyada en el pecho de Addison y se rebulló bajo el agua para mirarle cara a cara.

Addison, con los ojos cerrados, dijo:

—¿Qué pasa?

—Estoy contenta —le dijo Autumn.

—Me alegro —respondió él—. Añade un poco de agua caliente y yo también estaré contento.

Girando el grifo con el pie, dejó correr el agua caliente.

—¿Mejor?

—Mmm —ronroneó Addison.

Autumn se inclinó sobre él y le introdujo en la boca un pedazo de chocolate que acababa de coger de la fuente colocada en un lateral de la bañera.

—Mmm. ¡Mmm! —su novio le dedicó una sonrisa al tiempo que abría sus preciosos ojos castaño oscuro—. Ahora sí que estoy en la gloria.

Sonó el teléfono. Addison gruñó. Volvió a sonar.

—Debería contestar —dijo Autumn, lanzando una mirada inquieta hacia el cuarto de estar, donde se había dejado el móvil.

—Ya sabes quién es —señaló Addison.

—Puede que no sea Richard esta vez —se dispuso a salir de la bañera—. A lo mejor es otra persona.

—Los últimos días no ha parado de llamarte.

—Addison, estoy preocupada por él—dijo—. Le encuentro peor que nunca.

—Tienes que soltar la correa, Autumn. Tu hermano tiene que encontrar su propio camino. No puedes ser su centinela para siempre.

El teléfono dejó de sonar, pero la inquietud que embargaba a Autumn no desapareció. Addison tiró de ella hasta acurrucarla otra vez a su lado.

—Siempre he cuidado de él —dijo ella—. Me cuesta romper la costumbre.

—Bueno —Addison le pasó los dedos por el pecho—, ahora tienes otra persona a la que cuidar —la besó en la boca y todo pensamiento de Richard y lo que pudiera necesitar se le escabulló de la mente.

Horas después, cuando estaban en la cama, abrazados y dormidos, el teléfono volvió a sonar.

—No —masculló Addison, aún atontado por el sueño—. Otra vez no —alargó la mano para detener a Autumn pero no llegó a tiempo—. Déjalo, no contestes.

Pero antes de que Addison tuviera oportunidad de seguir protestando, se levantó de la cama, se colocó la bata por encima de los hombros y fue en busca del teléfono. En la pantalla aparecía un número desconocido. Comprobó el reloj con ojos somnolientos. La una de la madrugada. ¿Quién podía llamar a semejantes horas?

—¿Señorita Fielding?

—Sí, dígame —el tono formal de aquella voz provocó que se espabilara al instante.

—Le llamo del Fulgrave Hospital. Tenemos aquí a su hermano.

Todo rastro de sueño había desaparecido.

—¿Se refiere a Richard? —Autumn era consciente de que no tenía por qué sorprenderse tanto.

—Ha tenido un accidente —prosiguió la enfermera, o secretaria, o quienquiera que estuviera llamando.

—¿Cómo se encuentra?

Se produjo una pausa que se prolongó un tanto.

—Me temo que no está bien.

—¿Qué pasa? ¿Qué le ha ocurrido?

No le había oído entrar en el cuarto de estar, pero notó que su novio se encontraba junto a ella, a sus espaldas. Addison le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza sobre su hombro. Mientras estaban en la cama, haciendo el amor despreocupadamente, algo terrible le estaba ocurriendo a Richard.

—Será mejor que acuda al hospital, si le es posible —prosiguió la voz al otro lado.

—¿Les pidió él que me llamaran?

—Encontramos su número en el móvil del señor Fielding. Está registrada como pariente más cercano; además, usted fue la última persona con la que trató de ponerse en contacto.

—Llegaré lo antes posible —Autumn colgó—. Richard está en el hospital —le dijo a su novio con los ojos cuajados de lágrimas.

Addison la besó en la frente.

—Mejor será que nos vistamos —dijo.

El pabellón estaba oscuro, pero al momento localizó la cama de Richard. En la esquina más alejada, había una luz encendida. Las enfermeras se afanaban de un lado a otro, las máquinas emitían pitidos y reinaba un ambiente de pausada inquietud. Autumn y Addison se acercaron a la enfermera situada tras el mostrador de recepción.

—Venimos a ver a Richard Fielding.

La enfermera miró a Autumn con expresión amable.

—¿Es usted su hermana?

Autumn asintió.

—No sabemos qué le ha ocurrido —explicó entre susurros mientras se aproximaban hacia la cama de Richard—. Puede ser que le haya atropellado un coche, o que le hayan propinado una paliza tremenda.

La cosa debía de ser grave si no acertaban a determinar las circunstancias.

—Un vagabundo lo encontró en un callejón y tuvo el buen sentido de llamar a una ambulancia.

Autumn notó una punzada de culpabilidad. Si hubiera contestado la llamada de Richard, ¿podría haberle conseguido una ambulancia con antelación?

Su hermano se veía empequeñecido por la batería de maquinaria que le rodeaba. ¿Le ayudaba a respirar aquella máquina? ¿Significaba acaso que se debatía entre la vida y la muerte? El corazón de Richard latía a un ritmo constante, cosa que Autumn no podía decir del suyo propio. Pero tenía la cara hinchada, prácticamente irreconocible, llena de cortes y magulladuras, hecha papilla. Al contemplarle, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Rich —dijo—. Soy yo, Autumn —cogió la mano pálida e inerte de su hermano y la frotó como para darle calor.

—Todavía no ha dicho nada —le explicó la enfermera—. Sigue inconsciente.

Autumn no se atrevía a dar voz a sus temores.

—¿Se pondrá mejor?

La enfermera le colocó una mano en el brazo.

—Estamos haciendo todo lo posible.

—No hice lo suficiente por él —se desmoronó entre lágrimas mientras Addison la sujetaba contra sí—. No hice lo suficiente.

Capítulo 30

Las tres estamos sentadas codo con codo en una oscurecida sala de la clínica privada de Chantal. Nuestra amiga está tumbada en la camilla, con la tripa al descubierto.

—¿Estás segura de que podemos estar aquí? —le pregunto entre susurros.

—Es la ventaja que tiene la medicina privada con respecto al Servicio Nacional de Salud —nos dice Chantal—. Me dan todo lo que pido siempre que pague por ello.

—He traído chocolate —digo yo—. Para calmarnos los nervios. ¿Creéis que nos lo podemos comer sin que nos echen la bronca?

—Sí, pero tenemos que darnos prisa —responde Nadia. Con aire furtivo, hago circular un paquete de Rolos y todas los masticamos con un suspiro agradecido.

Considero que Chantal ha sido muy valiente al elegirnos como acompañantes en el parto. Personalmente, estoy segura de que me desmayaré cuando llegue el instante crucial. He de admitir que alguna que otra vez me he desmayado en el momento correspondiente a la concepción. Nadia, al menos, ya ha pasado por ello, aunque sólo en una ocasión, lo que no significa que tenga mucha prisa por repetir la experiencia. Autumn hará una labor maravillosa, porque resulta eficaz en todas las situaciones. Sin duda, traerá consigo alguna pieza de cristal para aliviar las contracciones, preparará té de frambuesa y entonará cánticos, aparte de restregar a Chantal con aceites de aromaterapia o algo parecido hasta que el bebé asome la cabeza.

Estamos esperando a que llegue la radióloga y le haga una ecografía a la embarazada. Últimamente el vientre se le ha abultado de manera notable; pero claro, su consumo de chocolate se ha duplicado, acaso triplicado. A lo mejor no está comiendo por dos, sino por tres.

—¿No debería Ted estar aquí contigo? —sugiero con tono vacilante.

Chantal se queda mirando al techo.

—No he podido decírselo todavía —confiesa—. Canceló nuestra cita para ir al teatro, en la que pensaba sacar el tema, y ahora no me devuelve las llamadas. No tiene buena pinta, ¿verdad?

En silencio, las demás coincidimos en que, efectivamente, no tiene buena pinta.

—Ahora no te preocupes por eso —dice Nadia mientras le da unas palmaditas en la mano—. Nos tienes a nosotras para ayudarte en los próximos meses. Todo va a salir a la perfección.

Autumn, somnolienta, da un bostezo.

—Lo siento —se disculpa—. Me he pasado despierta toda la noche.

—No queremos saber nada de tu salvaje vida amorosa —le digo—. La envidia nos corroería.

—He estado en el hospital —explica con voz cansada—. En otro diferente. A Richard le han dado una paliza; está muy mal.

—Ay, Autumn.

—No digáis nada —coloca la mano en alto—. Ésta tiene que ser una ocasión alegre. Además, si os ponéis cariñosas conmigo podría echarme a llorar.

—Sabes que cuentas con nosotras para lo que necesites.

Autumn asiente con la cabeza. Sin perder un segundo le entrego otro Rolo, que acepta agradecida.

La radióloga entra en la sala y escondo lo que queda de chocolate.

—¿Es que ha vendido entradas para el espectáculo? —bromea mientras mira a Chantal.

—Son mis mejores amigas —responde ella—. Quería que las tres estuvieran presentes.

—Bueno, pues han conseguido las mejores butacas —replica la doctora—. Empecemos.

Aplica un gel transparente en el vientre de Chantal y, de pronto, somos las primeras personas en saludar al nuevo ser que crece en las entrañas de nuestra amiga.

—Oh —dice Chantal sorprendida—. No esperaba que se pareciese tanto a un bebé.

Nadia se echa a reír.

—¿A qué pensabas que se iba a parecer?

—A un renacuajo —responde Chantal—. La última vez que me hicieron una ecografía lo único que vi fue un pegote borroso que no se parecía a un bebé en lo más mínimo, pero esto sí que parece un niño de verdad —empieza a llorar—. Mirad, tiene dedos en las manos y en los pies, no le falta de nada...

—Por lo que se ve, va a tener usted una niña —interrumpe la radióloga.

Todas nos echamos a llorar.

—Vaya por Dios —dice Chantal mientras nos mira con ojos enrojecidos—. Ahora sí que voy a ser madre.

Capítulo 31

Marcus se marchó a casa justo después de la película. Puse todo de mi parte para que así fuera. De hecho, me sentí bastante orgullosa de mí misma, ya que se mostraba tan atento, tan cariñoso; además, seguía lloviendo y, en fin... Suspiro en voz alta y me meto en la boca otra trufa de Chocolate Heaven.

Crush suelta de golpe un archivo sobre mi mesa. La operación «Conseguir que Crush Vuelva a Ser Mi Amigo» no está resultando demasiado bien. El café que le llevé ha permanecido intacto. Las ramas de olivo en versión de chocolate han sido rechazadas una tras otra.

—Lamento interrumpir tus ensoñaciones —espeto con sequedad. Al instante, me enderezo en el asiento y trato de parecer eficiente—. Estoy pensando en organizar una actividad para fomentar el espíritu de equipo.

Se me escapa un gruñido.

—¿Otra más? —digo yo—. ¿Es que no hemos sufrido suficiente humillación en esta oficina? Creía que aquel pequeño incidente de la pierna rota te había quitado las ganas de volver a organizar eventos así —lo de la pierna rota fue el resultado de una desastrosa actividad para la que alquilamos un circuito de *karts*. Por culpa de mis excesivas dosis de competitividad y de envidia acabé provocando un accidente.

—El equipo que juega unido permanece unido —en su barbilla se aprecia un gesto de obstinación.

—Detesto esta nueva versión gruñona y corporativa de Aiden Holby —le digo con franqueza—. ¿Es que no puede volver mi antiguo jefe despreocupado, el que me dejaba hacer trampas con los gastos y me llamaba «preciosa»? Si quieres, te lo pido de rodillas.

Aiden hace caso omiso de mi súplica.

—Se me ha ocurrido probar las batallas con bolas de pintura —prosigue.

—Genial. Te parece que no causé los daños suficientes con un *kart*, así que ahora me entregas una escopeta. ¿Es que no vas a aprender nunca?

Suena mi móvil y, sin pararme a pensar, contesto. Es Marcus, y noto que las mejillas se me encienden.

—Ah, hola —digo—. Ahora no puedo hablar. Sí, estoy en la oficina —Marcus me dice que me quiere—. De acuerdo. Muy bien. Gracias. Adiós —respondo, y cuelgo antes de averiguar qué quería, en caso de que quisiera algo.

—Marcus, ¿no? —Crush me lanza una mirada crítica—. Me parece que eres tú la que nunca va a aprender.

—Sólo somos amigos.

El señor Aiden Holby suelta un bufido.

—Lucy, eres una idiota —me dice—. Y lo que es peor, lo sabes de sobra.

Antes de que se me ocurra una réplica adecuada, la puerta de la oficina se abre de un golpe y, a un volumen ensordecedor, los compases de *Love Lifts Us Up Where We Belong* inundan la estancia. Me levanto y estiro el cuello para ver qué está pasando. Lo mismo que todo el mundo en la oficina.

Al auténtico estilo de *Oficial y caballero*, con uniforme blanco y gorra de plato a juego,

Marcus atraviesa la sala a paso marcial en dirección a mí, llevando en su mano enguantada de blanco un equipo de música portátil. Parece la viva imagen de Richard Gere. Crush y yo nos quedamos de pie inmóviles, estupefactos.

Marcus coloca el equipo de música sobre mi mesa. Lanzando a Crush una sonrisa satisfecha, mi antiguo prometido le rodea y se planta enfrente de mí.

—Marcus —digo yo—. ¿Qué estás haciendo?

Como respuesta, suelta un leve gruñido y me coge en brazos.

—He venido a apartarte de tu penosa vida en este antro de explotación.

Empiezo a soltar risitas nerviosas.

Aiden Holby se muestra indignado. Las batallas de bolas de pintura se le han esfumado de la mente.

—Marcus, bájame —digo yo, pero me estoy riendo demasiado como para oponer una resistencia eficaz. Me pregunto si Crush habrá visto alguna vez *Oficial y caballero* y, de ser así, con quién exactamente vio la película.

Como música de fondo, Joe Cocker y Jennifer Warnes siguen lanzando gorgoritos mientras mi ex prometido me aleja en sus brazos de mi lugar de trabajo y yo trato de ahogar una risa histérica. Todos en la oficina están sonriendo y, siguiendo el espíritu de la película, alguien debería gritar: «¡Felicidades, Lucy! ¡Te lo mereces!». Pero a nadie se le ocurre. El personal del departamento de Ventas de Targa se moviliza de pronto y rompe a aplaudir al temerario Marcus mientras éste me traslada en sus brazos. Todos aplauden menos uno, claro está.

Por encima del hombro, veo que Crush no está gratamente impresionado por el espectáculo. Su expresión es glacial. Trato de recuperar un cierto decoro.

—¡Mañana vendré antes de la hora! —digo elevando la voz—. ¡Para compensar!

Y Crush responde:

—¡Por mí, como si no vuelves nunca!

Capítulo 32

Marcus ha reservado una habitación en el Ritz para pasar la noche. Mi ex prometido ya no me transporta en brazos. Empezó a ponerse cada vez más colorado, y el hecho de jadear como un viejo perro labrador no es lo más adecuado para un héroe romántico. Creo que se sintió bastante aliviado cuando le dije que me sentía perfectamente capaz de caminar, y que aunque volviera a poner los pies en tierra el impacto de su gesto no disminuiría en absoluto. Un héroe romántico con la espalda encorvada tampoco da una buena impresión.

En el ascensor, de camino a la habitación, contemplo al hombre que tengo al lado. ¿Así es como veo a Marcus ahora? ¿Como héroe romántico de la gran pantalla? Le dedico una sonrisa. Desde luego, cuando está en forma, es divertido a más no poder. ¿Merecen la pena los malos momentos con tal de vivir escenas como ésta?

—No pienso acostarme contigo porque hayas reservado habitación en un hotel elegante —le advierto.

—En el hotel más elegante —puntualiza él mientras abre la puerta.

Nada más entrar en la *suite* se me corta la respiración.

—Dios mío, Marcus —digo tragando saliva—. Es fabulosa. ¿Cuánto te ha costado? —lo que ha pagado por una noche en el hotel cubriría un mes de renta de mi apartamento, puede que dos.

—Da igual lo que haya costado —me coge de la mano—. Quería que esta noche fuera muy especial.

Arrojo mi bolso sobre la cama e inmediatamente me arrepiento de dar un aspecto desordenado al ambiente. La decoración es de estilo Luis XVI o algo así, un voluminoso espacio con kilómetros de gruesa moqueta, pesadas cortinas, pinturas antiguas y mobiliario en tonos azul, melocotón y amarillo, dispuesto a la perfección para exhibir un carácter desbordante. En un cubo de plata se enfría una botella de champán.

—Marcus —digo con un suspiro—. No necesito todo esto.

Está de pie, a mis espaldas, y me coloca las manos en los brazos.

—Quiero mimarte —me dice, mientras noto su aliento cálido en el cuello.

—Y lo que yo he querido siempre es que me fueras fiel —apartándome de él, me siento en la cama y me pongo a pegar botes para probar el colchón. Perfecto. Lo sabía. Seguramente traerán unos bombones deliciosos cuando vengán a preparar las camas. Y no es que entre en mis planes quedarme hasta tan tarde—. No me hace falta todo este montaje. Lo único que me apetece es una vida tranquila con un hombre agradable.

Marcus se sienta a mi lado y me coge de la mano.

—Nunca encontrarás otro hombre como yo.

—¡Es que no quiero otro hombre como tú!

—Por favor, Lucy, vuelve a quererme —suplica Marcus—. Ya sé que hemos tenido nuestros altibajos.

Me entran ganas de decir: «¡No te fastidia!», pero nada me viene a los labios.

—Podemos superarlo —sus ojos imploran a los míos—. Estos últimos meses no han servido más que para fortalecer nuestra relación. Estoy convencido.

¿Y yo? ¿Estoy convencida?

Marcus se quita la gorra y la arroja sobre la cama, por detrás de nosotros. Pasa los dedos por su cabello rubio y luego se quita la chaqueta del uniforme. Debajo lleva una camiseta negra y ajustada que deja en evidencia sus abdominales. Todas esas horas en el gimnasio no han supuesto una pérdida de tiempo. Me quito los zapatos y hundo los dedos de los pies en la mullida moqueta.

—El uniforme te sienta muy bien —comento—. Desde luego, estás a la altura de Richard Gere.

—Y tu eres una magnífica Debra Winger —¿es eso un cumplido? Trato de no pensar en que era una empleada en una fábrica de mala muerte, sin ningún futuro por delante hasta que apareció su príncipe azul.

—Ay, Marcus —suspiro. Con aire distraído, le paso la mano por la parte delantera de su camiseta—. Te podría haber querido tanto...

—Aún estás a tiempo —insiste él—. He cambiado, soy otro hombre. Te he traído aquí esta noche para defender mi causa —se pone de pie de un salto y sirve champán para los dos.

Cojo una de las copas.

—Bueno, ¿por qué brindamos?

—Por nosotros —responde con entusiasmo—. Volvamos a intentarlo, Lucy. He probado a vivir sin ti, pero no puedo.

Por si no había tenido bastantes sorpresas por hoy, Marcus echa una rodilla a tierra.

—Dime que te casarás conmigo.

Intento soltar una risita ligera, risueña, pero no lo consigo.

—Ya te lo dije una vez y la fastidiaste. Por todos los santos, Marcus, estábamos prometidos y te pillé con otra mujer. No puedo hacerlo otra vez.

—Y tú trataste de salir con otro tío, aunque no te saliera bien —la cruda realidad me sigue doliendo.

Sus hermosos ojos azules están cuajados de lágrimas.

—Haré cualquier cosa por otra oportunidad.

Y ahora, ¿qué digo? Me duele la cabeza. Me apetecería echarme un rato en este magnífico colchón. Me pregunto si, en caso de pedirlo amablemente, adelantarían la hora del servicio de preparación de camas.

—Por favor, Lucy, intenta perdonarme —implora Marcus.

De eso se trata el amor, ¿no es verdad? De perdonar las transgresiones de la persona amada. Así se lo dije a Crush. Si accedo a casarme con Marcus, ¿no quedará demostrado que somos capaces de capear cualquier temporal? ¿Sería una buena base para un matrimonio? Conozco a Marcus. Le conozco a la perfección. Sé lo encantador que puede resultar cuando se lo propone. Y también sé lo insoportable que puede llegar a ser. Tal como él señaló, intenté sacar adelante una relación con Crush y no lo conseguí. Abandonamos al primer escollo. Mi primera y única transgresión no ha sido perdonada y Aiden Holby ha dejado bien claro que lo nuestro ha llegado a su fin.

—Lucy, el hotel para celebrar la boda sigue reservado.

—¿Estás de broma!

—No cancelé la reserva —explica Marcus mientras se encoge de hombros un tanto avergonzado—. Nunca llegué a aceptar que habíamos terminado.

Saca del bolsillo un enorme solitario de diamante. A la luz del candelabro, la joya lanza destellos del color del arco iris. Ahogo un grito. Me gusta mucho más que la última sortija de pedida que escogió para mí.

—Un nuevo anillo para un nuevo comienzo —dice con entusiasmo, y por un instante me pregunto qué habrá pasado con el otro. ¿Lo cambió por éste, o se lo regaló a la solícita Joanne por las molestias?

Presiono la fría copa de champán contra mi mejilla ardiente. Me cuesta razonar como es debido sin la ayuda del chocolate.

—Marcus, Marcus —suspiro—. No sé qué decir.

—Di que sí —me apremia—. Di que sí y hazme muy, pero que muy feliz.

Clavo la mirada en los ojos de Marcus y todo lo que veo es un brillo de amor sincero. No obstante, me pregunto si estaré contemplando a mi futuro ex marido. A pesar de todo, mi cerebro cambia de marcha y me acabo el champán de un trago para humedecerme la boca, seca a más no poder. Luego miro a Marcus cara a cara y respondo:

—Sí.

Capítulo 33

Tuve que mandar un SMS a mis amigas convocando a una reunión de emergencia; la ocasión lo exigía. Estamos en Chocolate Heaven y, una vez más, vengo dispuesta a confesar. En primer lugar, hemos atendido a la necesidad de provisiones: palitos de chocolate con leche suizo, bombones rellenos de limón y crema de trufa con aroma a té Earl Grey. Ahora, mi interesada audiencia aguarda pacientemente. Por primera vez en mi vida, la ingesta de chocolate no consigue por sí sola el resultado apetecido y lamento no tener a mano una botella o dos de vino barato a modo de acompañamiento.

—Tengo que hacer un anuncio —digo con voz un tanto temblorosa—. Que vengan Clive y Tristan —los chicos están discutiendo detrás del mostrador. Salta a la vista que no todo va como la seda en su relación. Les llamo con un gesto de la mano y, bruscamente, interrumpen la discusión y se unen a nosotras.

—¿Es buena la noticia? —Autumn sigue con aspecto agotado. No creo que pudiera enfrentarse a otra mala noticia.

—Espero que sí.

Los chicos toman asiento junto a nosotras.

—Lucy quiere contarnos una cosa —explica Chantal; pero, antes, yo misma tengo algo que decirlos. Chicos: voy a tener un bebé. Sois las primeras personas a las que he tenido el valor de contárselo.

Clive y Tristan se lanzan sobre ella y la cubren de besos.

—Con motivo del nacimiento, organizaremos una fiesta a base de chocolate —anuncia Clive con tono grandilocuente.

Una vez que se han calmado, volvemos a poner en circulación la ecografía de Chantal y lanzamos los gorgoritos correspondientes.

Tristan gira la foto arriba y abajo tratando de descubrir la posición correcta.

—¿Sabes qué es?

—Una niña —responde Chantal—. Mi niña —la futura madre está a punto de estallar de orgullo y alegría.

—¿Quién es el padre? —pregunta Clive con una gloriosa falta de tacto.

—De eso ya no estamos tan seguras —admite Chantal, y vuelve a meter la ecografía en su bolso de Anya Hindmarch. Me pregunto si la señorita Hindmarch diseñará bolsas portapañales. Sonrío para mis adentros. Nuestra amiga tiene por delante un montón de modificaciones en su estilo de vida—. Lucy, perdóname por quitarte protagonismo—dice Chantal—, pero apuesto a que tu noticia no supera la mía.

—Mmm —respondo yo, un tanto tímida. Hasta el momento, he mantenido la mano izquierda firmemente oculta, pero ahora exhibo mi dedo anular con un ademán no tan desenvuelto como me gustaría—. ¡Tachan!

Alrededor de la mesa empiezan a desplomarse mandíbulas.

—¡Menudo pedazo de brillante! —exclama Chantal con una nota de admiración. De hecho, es la clase de anillo que se acomodaría mejor a los elegantes dedos de mi amiga.

—¿Crush? —pregunta Nadia.

—No, no, nada de eso —aparto el nombre con gesto impaciente. ¿Por qué siguen mis amigas tratando de avivar la llama de la esperanza, cuando salta a la vista que se ha apagado para siempre?

—¿No será Marcus? —dice Chantal arrugando la frente.

—¿Quién si no? —llegado este punto, se escucha una sucesión de gritos ahogados. Tal vez con excesiva energía, añado-. Pues claro que es Marcus.

Mis amigas intercambian miradas de confusión.

—Prometiste que tu pequeño escarceo del día de Navidad no iba a pasar de ahí —me recuerda Chantal.

—Pues me equivoqué.

—¿Quieres que vuelva a sacar una tarta, como la otra vez? —pregunta Clive, si bien en su voz no se detecta entusiasmo—. Si quieres, voy a buscarla.

—No, no; déjalo —es la reacción natural, con la que debería haber contado; pero confiaba en algo mejor, la verdad—. Lo único que quiero es que os alegréis por mí.

Ninguno de los presentes se lanza a expresar su alegría.

—Mirad —prosigo yo—. Tenía de veras la esperanza de que las cosas con Crush se solucionaran, pero no ha podido ser. Chocamos contra un terreno pedregoso y lo que había entre nosotros estalló en pedazos. Puede que, después de todo, no formáramos tan buena pareja.

Mis amigos no se muestran convencidos.

—Conozco a Marcus —continúo—. Le conozco muy bien.

—En ese caso, deberías darte cuenta de que no será el mejor de los maridos —señala Chantal.

—Mira quién habla —replico yo con sequedad—. La fidelidad tampoco ha sido nunca tu punto fuerte, pero cuentas con que Ted acceda a intentar salvar vuestro matrimonio. Marcus no es perfecto, pero yo tampoco —pienso en la facilidad con la que fallé a Crush y no me quito de encima el sentimiento de culpa. ¿Acaso soy tan buen partido que puedo permitirme el lujo de exigir nada menos que la perfección en un hombre?—. El príncipe azul no existe. A su manera, Marcus me quiere, a pesar de sus fallos y sus imperfecciones. Y yo le quiero a él, también a mi manera, que deja mucho que desear. Juntos hemos superado muchos problemas. ¿Acaso no es suficiente? Puede que nuestra relación no sea la ideal, pero es duradera. No todo el mundo puede decir lo mismo en los días que corren. Ya no soy una niña. Quiero sentar la cabeza. Quiero un hijo. Quiero saber quién es el padre.

Chantal se encoge ante mi comentario mordaz, pero permanece en silencio.

—Yo tampoco me encuentro en condiciones de arrojar la primera piedra —interviene Nadia—. Estoy casada con un adicto al juego, pero no por eso he dejado de quererle. Lucy, tienes que actuar según tus sentimientos.

Mientras retuerzo las manos, mi anillo lanza destellos bajo la luz.

—No puedo malgastar cinco años más tratando de encontrar otra persona que podría, o no, querer casarse conmigo.

Desde el punto de vista estadístico, las posibilidades están en contra de que llegue a casarme. En la actualidad hay escasez de hombres en el Reino Unido. Sí, señoras, nos faltan alrededor de un millón. El panorama no es halagüeño. Y eso, contando a todos los varones sin distinción, incluso a los desafortunados con halitosis, barriga abultada, arreglos capilares para disimular la calvicie y obsesión por los calzoncillos de piel de leopardo —no precisamente la clase de marido

ideal—. Lo que significa que muchas de nosotras, solteras de cierta edad, no podremos casarnos a menos que nos montemos en un avión rumbo a Alaska o un sitio por el estilo donde haya escasez de chicas. Me entran ganas de llorar, cuando debería dar saltos de alegría.

—Estaba enamorada de Crush —prosigo—. Pero eso, a veces, no es suficiente. Lo nuestro no duró ni cinco minutos. A la hora de la verdad, nuestra relación no tenía ninguna base.

—Quizá te precipitas al renunciar a Crush tan pronto —aventura Autumn—. Debiste de hacerle mucho daño.

—Ya lo sé —noto que los hombros se me encorvan—. Pero ni siquiera me dirige la palabra —les recuerdo—. Se niega a comer el chocolate que le ofrezco —como es natural, se muestran conmocionadas ante este último comentario—. ¿Cómo puedo albergar la mínima esperanza de que acepte volver conmigo?

Mis amigos permanecen en silencio. Es decir, ninguno tiene una respuesta brillante a mi pregunta.

—Ya lo he decidido. He elegido a Marcus y con él me voy a quedar. Así será. Lo único que os pido es que apoyéis mi decisión —aspiro por la nariz.

A toda prisa, las chicas pasan a la acción.

—Pues claro que te apoyamos —asegura Nadia—. Todos nosotros —pasea la vista alrededor y los demás asienten frenéticamente.

—Haremos lo que sea para colaborar —añade Autumn.

—Quiero que seáis mis damas de honor —anuncio con voz temblorosa.

Vuelven a asentir hasta que sus respectivas cabezas corren el riesgo de desprenderse del cuerpo.

—Estaremos encantadas —responde Nadia.

—Aunque elija unos vestidos espantosos, tenéis que prometerme que os los pondréis.

—Claro que sí —responden al unísono.

—¿Puedo ser también una dama de honor y llevar un vestido espantoso? —pregunta Clive.

Nos echamos a reír, lo que alivia la tensión.

—Lucy, si esto es lo que quieres de verdad, sabes que te ofreceremos todo el apoyo y el cariño del mundo —dice Autumn. Los presentes nos cogemos de la mano.

—Gracias —digo yo, hecha un mar de lágrimas.

—¿Cuándo va a ser la boda esta vez? —pregunta Autumn.

—A la misma hora, en el mismo lugar —respondo—. Marcus no llegó a cancelarla. De alguna manera, sabía que acabaríamos juntos.

—¡Aaaah! —exclaman todos a una.

—De modo que volvemos a Trington Manor —dice Chantal con una mueca.

Sí, ya lo sé. Y pensar que mi boda se va a celebrar en el mismo lugar donde perpetrarnos nuestro magnífico robo de joyas. ¿Es que todo en mi vida tiene que estar lleno de complicaciones?

—Eso significa que no queda mucho para el acontecimiento —comenta Autumn.

—Es cuestión de semanas —ni siquiera voy a calcular el tiempo exacto, pues me asustaría demasiado.

—Deberías contratar a alguien que te organice la boda —sugiere Chantal—. Hay muchas cosas que hacer. Tengo una buena recomendación.

—Gracias —en este instante, me resulta difícil decidirme—. Lo pensaré.

—Un consejo —interviene Nadia—. No compres los vestidos hasta el último momento. Por si acaso.

—¡Menudo comentario! —nos echamos a reír. A pesar de lo que opinen mis amigos, esta vez estoy segura de que Marcus y yo podemos conseguirlo.

Capítulo 34

Nadia estaba tumbada en brazos de Toby. Ella y su hijo llevaban en casa una semana, y era más feliz que nunca. Lewis había vuelto a instalarse en su antiguo dormitorio sin rechistar, gracias a Dios, y ella misma se había adaptado de nuevo a sus quehaceres domésticos con energía renovada. Toby había puesto todo su empeño en demostrarle que había actuado correctamente al regresar a casa y se sentía en la gloria al encontrarse otra vez entre los brazos de su marido.

Toby consultó el despertador.

—Tengo que irme a trabajar.

—Mmm —Nadia se estiró, pegándose a su cuerpo—. Hazme el amor otra vez.

Pero Toby ya estaba apartando el edredón a un lado.

—Voy a llegar tarde.

Nadia le dedicó una sonrisa.

—¿No crees que ha llegado la hora de tener otro bebé? No quiero que Lewis sea hijo único.

Toby se bajó de la cama.

—No es el momento oportuno para hablar del asunto.

—Me encantaría tener más niños —continuó ella—. Ahora que nuestros problemas empiezan a solucionarse.

—No precipitemos las cosas —replicó su marido.

Nadia era consciente de que Toby tenía razón. Aunque hubiera dejado las apuestas, aún quedaban por pagar montones de deudas atrasadas. El cartero traía a diario una nueva remesa de facturas. Pero lo cierto era que Nadia ya no era una jovencita y, por otra parte, no existe el momento adecuado para tener un hijo. Si la gente se detuviera a considerar los gastos, nadie sería tan valiente, o tan loco, como para decidir un embarazo.

—¿No podríamos, al menos, contemplar la posibilidad?

—Claro, claro —repuso Toby, pero se notaba que tenía la cabeza en otra cosa.

Desapareció en el cuarto de baño y Nadia se dirigió al piso inferior a preparar el desayuno. Al cabo de un rato, despertaría a Lewis. No era frecuente que el hijo de ambos siguiera dormido una vez que ellos se levantaban, de modo que resultaba agradable disfrutar de un poco de tranquilidad. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Nadia notaba una cierta satisfacción en su interior. Suspiró para sí con alegría.

Acababa de extender mantequilla en la tostada de Toby cuando éste entró en la cocina, con el pelo aún mojado por la ducha. Nadia pensó que estaba más guapo que nunca.

—Te quiero —dijo ella—. ¿Te lo he dicho esta mañana?

Toby la apretó entre sus brazos.

—Pase lo que pase —dijo él—, acuérdate de lo mucho que te quiero.

Nadia sonrió.

—Ya lo sé.

—Que no se te olvide nunca —le besó con fuerza en la boca—. Tengo que irme.

Dicho esto, Toby se marchó al trabajo y Nadia cayó en la cuenta, con un extraño sentimiento de inquietud, de que no había probado la tostada.

La sensación de intranquilidad no la abandonó en ningún momento del día. Llevó a Lewis al parque, y mientras el niño se entretenía jugando en la arena, ella permaneció sentada observándole, nerviosa. De vez en cuando, alargaba la vista más allá de los tejados de las viviendas y la clavaba en la distancia, no sabía por qué.

Después hizo la compra con el piloto automático, al igual que la colada y la plancha. Ahora estaba preparando la cena y el sentimiento le seguía escociendo en la piel como una picazón que no se llega a rascar.

¿Le preocupaba algún comentario de Toby? ¿Acaso fue algo en su actitud? Como de costumbre, el espectro de la adicción de su marido al juego estaba presente y se preguntó si habría cometido alguna tontería.

Tenía que volver a casa a las seis, pero llegó la hora y pasó de largo. No era nada fuera de lo corriente, pues Toby solía retrasarse cuando un trabajo no salía conforme a los planes, lo que ocurría muy a menudo.

Nadia dio de cenar a Lewis y luego se sentó en el suelo del cuarto de estar y practicó un juego de cálculo junto a su hijo, si bien tenía que hacer esfuerzos para poder concentrarse y acabó perdiendo frente a un niño de cuatro años.

Al llegar las siete empezó a preocuparse. Cuando Toby iba a llegar más tarde de lo normal, siempre avisaba. Nadia probó a llamarle al móvil, pero saltaba el buzón de voz. El *vindaloo* de pollo que había cocinado empezaba a resecarse en el horno, de modo que le añadió un poco de agua en un intento por salvarlo. Lewis no quería irse a dormir sin dar las buenas noches a su padre, pero tras un cierto alboroto y algunas lágrimas, terminó por claudicar.

Cuando pasaron las ocho y seguía sin señales de su marido, empezó a recorrer la estancia de un lado a otro. La cena se había quemado y Nadia había cubierto los restos con papel de aluminio. Llamaba al móvil de Toby cada pocos minutos, si bien su marido seguía sin responder. Al final, llamó a sus suegros por si hubiera decidido ir a visitarles de improviso, pero tampoco tenían noticias de su hijo y, para colmo, se quedaron preocupados.

En el ordenador del despacho de Toby buscó el teléfono del fontanero que trabajaba con él. Cuando lo encontró, marcó el número de Paul.

—Hola, Paul —dijo cuando éste contestó—. Quería saber a qué hora se marchó Toby. No me contesta las llamadas.

—Pues yo estaba a punto de volver a llamarle —dijo Paul—. Hoy no ha venido a trabajar y me ha surgido un problema que necesito comentar con él.

—¿No ha ido a trabajar?

—No. Por lo general me llama, pero hoy no he sabido nada de él. ¿Ocurre algo?

—No lo sé —admitió Nadia—. En cuanto lo localice, le diré que te llame.

Nadia colgó y clavó la vista en la pantalla del ordenador. Un terror gélido le atacó al estómago. ¿Qué demonios le habría pasado? Movida por el instinto, consultó su historial de acceso a Internet. ¿Qué páginas había visitado últimamente? ¿Había regresado a sus antiguas costumbres? Pero no encontró nada que diera a entender que su marido hubiera frecuentado los sitios de apuestas. Y ahora, ¿qué? Ante la ausencia de otras ideas, se le ocurrió consultar su archivo personal y analizar los *emails* más recientes.

El primero que vio le hizo sentir nauseas. Una parte de ella prefería no abrirlo, pero era consciente de que no tenía más remedio. Nadia pulsó el ratón y el mensaje de correo apareció

ante sus ojos. Era un billete electrónico de Virgin Airlines. La reserva se había efectuado el día anterior, y el vuelo había salido por la mañana. Era un billete sólo de ida, a nombre de su marido y con destino a Las Vegas.

Capítulo 35

Autumn acarició la mano de su hermano, que seguía en la cama del hospital, inmóvil y cubierto de magulladuras. A su alrededor, una batería de máquinas emitía reconfortantes pitidos, monitorizando su progreso y, milagrosamente, desempeñando funciones que Richard no podía llevar a cabo debido a su estado de inconsciencia. Autumn había dormido a su lado en una cama plegable o, mejor dicho, se había pasado la noche despierta, observando a su hermano y esperando algún signo de recuperación.

Richard se había visto implicado en palizas otras muchas veces, pero nunca con resultados tan funestos como ahora. Lástima que no pudiera hablar, contarle lo que había pasado. ¿Se encontró en el lugar inoportuno en el momento inadecuado, o acaso se trataba de algo más siniestro? ¿Habían atacado a Rich por culpa de la manera en la que vivía su vida? Autumn no podía hacer más que seguir allí sentada y desear que su hermano se despertara.

Había llamado a sus padres, pero ambos estaban en viaje de negocios. Su padre, en Génova; su madre, en Nueva York, dando una charla en un congreso sobre Derechos Humanos. Se conmocionaron al enterarse de que Richard estaba en el hospital, pero no hasta el punto de subirse al primer avión y acudir a toda prisa a la cabecera de su hijo. Qué típico de ellos: les sobraba dinero y les faltaba compasión. Si podían solucionar un problema a base de billetes, eran las personas más generosas del mundo. Cuando se trataba de dar a sus hijos una parte de su precioso tiempo, eran mezquinos hasta la médula. Siempre había sido igual desde que Autumn y Richard eran niños, de modo que no había que albergar ninguna esperanza de que fueran a cambiar a aquellas alturas. Contempló el rostro demacrado de su hermano y sintió que el corazón se le encogía de dolor. Si sus padres pudieran verle, no serían capaces de apartarse de él, ¿o sí?

A la hora del almuerzo Addison apareció junto a ella. En el Stolford Centre, su centro de trabajo, habían concedido a Autumn un permiso por motivos familiares mientras su hermano permaneciera en aquellas condiciones, aunque le pesaba el hecho de no estar en el taller atendiendo a Fraser, a Tasmin y al resto de sus alumnos. Pero ahora no era momento de preocuparse por ellos. Richard necesitaba toda su atención.

Addison ocupó un asiento a su lado y le dio un beso en la mejilla.

—¿Qué tal va todo?

—Sin cambios —respondió Autumn con voz cansada—. Los médicos dicen que no sufre y que, de momento, es lo máximo que podemos esperar.

—¿Por qué no te vas a casa un par de horas? —sugirió Addison—. Se te nota agotada. Date un baño caliente y duerme un rato. Ahora mismo no puedes hacer nada por Richard.

—Tengo que estar aquí cuando se despierte —replicó ella.

—Te llamarán del hospital en cuanto haya noticias —le aseguró Addison—. Está bien atendido, te lo aseguro. Me preocupa que acabes por enfermar.

—No consigo perdonarme por no haber contestado al teléfono cuando trató de hablar conmigo —dijo ella, angustiada—. Es la única vez que no he estado ahí, apoyándole, y mira lo que ha pasado —se imaginaba la escena: Richard tumbado en un sucio callejón, tratando desesperadamente de localizarla. Ella había hecho caso omiso de su llamada y había dado prioridad a su propio placer. ¿Qué clase de hermana actuaba así?

—¿Me echas a mí la culpa?

Autumn exhaló un suspiro de tristeza y se frotó sus fatigados ojos.

—En este momento, mis lealtades están divididas —respondió—. Justo ahora, Richard me necesita más que tú.

—No puedes ser la guardiana de tu hermano eternamente —señaló Addison—. Tienes derecho a una vida propia.

—Ahora no —respondió ella—. Richard me necesita a su lado, y nada conseguirá apartarme de él.

Se fijó en que Addison, decepcionado, encorvaba los hombros. Para él era muy fácil decir que debería ponerse por delante de su hermano; pero nunca había sido así y, seguramente, nunca lo sería. Todas sus relaciones se habían ido a pique cuando su pareja caía en la cuenta de que en la vida de Autumn siempre existirían dos hombres. Addison tendría que aceptarlo y, de no hacerlo, en fin...

—Tal vez deberíamos distanciarnos un poco, por el momento.

—Quiero estar contigo para ayudarte —dijo su novio—. Si me dejas.

—Ahora sólo puedo pensar en Richard. Tiene que ser mi prioridad.

Addison se levantó y le dio un apretón en el hombro.

—Te llamaré más tarde —dijo con tristeza—. Para ver cómo está.

Mientras se alejaba, Autumn se preguntó cuánto tiempo tardaría en desaparecer de su lado.

Capítulo 36

Cada vez que Crush organiza una actividad para fomentar el espíritu de equipo, ésta va asociada a una vestimenta espantosa. Llevo puestos unos pantalones de combate con estampado de camuflaje, así como una guerrera a juego que me llega a las rodillas. Parezco un pequeño globo dirigible que se hubiera estrellado contra un bosque. Tengo las manos enfundadas en un par de enormes guantes que me están destrozando mi manicura reciente, y me cubre la cabeza un casco integral que me ha aplastado el pelo más allá de lo imaginable. Tardé horas en peinarme y maquillarme, y no porque quisiera que Aiden Holby me encontrara irresistible, ni mucho menos; es que me gusta sacar lo mejor de mí misma ante cualquier situación. De nada me ha servido.

No soy lo que se dice una entusiasta de la naturaleza. He venido sólo porque me aferré a mi puesto en Targa con uñas y dientes. A pesar de los esfuerzos por parte de mi agencia de colocación —que no acabo de creerme— no he recibido ninguna oferta de empleo. Con la cantidad de gastos que mi próxima boda va a acarrear, no puedo abandonar mi trabajo bajo ningún concepto. Así que me dispongo para la batalla con bolas de pintura.

Aiden Holby recorre la línea para inspeccionar sus tropas. El departamento de Ventas siempre se toma estas cosas muy en serio, y algunos se han traído sus propios accesorios, de modo que parecen una versión de Rambo a escala menor. Los pañuelos anudados a la frente abundan por doquier. Dios nos guarde. Nos toca enfrentarnos a los equipos de Recursos Humanos e Informática. No es que me esté contagiando del ambiente, pero sé que les vamos a meter una paliza que se van a enterar. No son más que un puñado de timoratos enclenques.

Crush se detiene frente a mí y, aunque detesto admitirlo, con su atuendo militar está para comérselo; tan tosco, tan varonil. ¿Qué me pasa con los hombres vestidos de uniforme? Las rodillas me tiemblan.

Levanta la visera de mi casco.

—Pintura de camuflaje —dice con tono cortante. Entonces, con más entusiasmo del que resulta apropiado, me restriega por las mejillas un mejunje marrón que parece barro. Adiós a mi base de maquillaje efecto seda. Más que una soldado camuflada, parezco una fugitiva del *Black and White Minstrel Show*.

—¿Es estrictamente necesario?

—Quiero que mi equipo rinda al máximo —declara a la manera de un sargento mayor o un oficial del Servicio Especial de las Fuerzas Aéreas—. Nos llamaremos los Machos Alfa —anuncia a viva voz. Se escuchan gritos y vítores.

—Pero yo soy una chica.

—La cuota femenina —se limita a decir él—. Nuestra primera misión consiste en capturar la bandera del equipo Zero Bravo al tiempo que defendemos la nuestra.

—¿Son los de Recursos Humanos?

—Sí —suspira, como si yo no lo entendiera. Y no lo entiendo—. Lombard, puedes quedarte conmigo.

¿Lombard?

—El resto del equipo se desplegará a la ofensiva mientras nosotros mantenemos nuestra estrategia de defensa.

Como siga en el mismo plan todo el día me va a sacar de quicio.

—Munición —dice, y me entrega una tolva de bolas de pintura que introduzco en mi escopeta con gesto desmañado. Crush baja de un tirón la visera de mi casco y escucho mi propia respiración entrecortada.

La noticia de mi inminente boda ha corrido por las camarillas de la oficina y tiene que haber llegado a oídos de Aiden, aunque no me ha dicho nada. Me deja trabajo sobre la mesa a intervalos regulares, pero no mantenemos ninguna clase de interacción social. Preferiría que me gritara a que me ignore por completo.

Los líderes de cada equipo sueltan unos cuantos comentarios con objeto de levantar la moral de su grupo, en los que hacen hincapié en el juego limpio, que gane el mejor, etcétera. Al tratarse de Targa, tendremos suerte si uno de nosotros no pierde una extremidad. A continuación, nos ponemos en marcha. No está lloviendo, pero por el ambiente debería ser así.

—Lombard, venga conmigo —añoro los días en los que Crush me llamaba «preciosa», aunque en aquel entonces me molestaba. Aiden se coloca delante de mí y empieza a caminar a pisotones; le sigo hasta el bosque con ademán sumiso.

La primera bola de pintura disparada con saña me alcanza de lleno en el muslo.

—¡Joder, cómo duele! —grito a mi desconocido asaltante.

Crush me agarra del brazo y de un tirón me arroja al suelo, a su lado.

—Cierra el pico —ordena—. Vas a descubrir nuestra posición.

—Me han alcanzado. Eso quiere decir que estoy eliminada, ¿no?

—Vamos a permitir tres tiros a las chicas antes de eliminarlas —masculla—. Para igualar las cosas.

—Genial —con un solo disparo habría tenido más que suficiente. Mañana voy a encontrarme con un moratón gigantesco. Del tamaño de un plato, por lo menos.

—Nos arrastraremos sobre el estómago a través de la maleza —indica él.

—No cuentes conmigo.

Aiden me clava una mirada de hielo.

—Creí que eras una jugadora de equipo —replica con sequedad.

Suelto un bufido de indignación del que Crush hace caso omiso.

Mi jefe adelanta su escopeta de una manera amenazante.

—Veamos si podemos infiltrarnos en el campamento enemigo.

—¿Pero no éramos la defensa?

—Somos una especie de defensa ofensiva —explica Crush con una expresión furtiva en el semblante, y luego empieza a arrastrarse con los codos y las rodillas a través de los helechos y el follaje.

Vuelvo a resoplar, esta vez de agotamiento, y me pongo a seguirle. La humedad se me filtra por las rodilleras de los pantalones. Estoy hasta las cejas de barro. La escopeta me pesa una tonelada y noto que tengo una especie de cojera horizontal. No es lo que yo entiendo precisamente por diversión.

Crush me coloca una mano en el brazo para detenerme; luego se arrastra hacia atrás hasta que nos quedamos cara a cara. A pocos centímetros de distancia, en realidad. El corazón se me dispara.

—Han colocado centinelas en el puente —susurra—. Tenemos que asaltarlo. No se me ocurre otra solución.

—¡Asaltar el puente! —mi voz alcanza unos cuantos decibelios más de lo aconsejable en una situación de guerra. Me siento como si estuviera en medio de *Apocalipsis Now*.

—¡Shh! —me tapa la boca con la mano y, debido a la sorpresa, los ojos se me abren como platos.

—Yo dirigiré el ataque —declara—. Tú quédate detrás de mí, cubriéndome la espalda.

—De acuerdo —no tengo ni idea de qué está hablando pero, de pronto, nos ponemos a correr. Crush se dirige a un pequeño puente de madera que atraviesa un arroyo serpenteante. Yo le sigo entre jadeos y resoplidos.

Pillamos desprevenidos a los miembros del equipo Zero Bravo —o departamento de Recursos Humanos, como me refiero a ellos en la vida real—. Crush derriba a dos de sus hombres y yo efectúo una descarga de tiros con objeto de intimidar a quien piense que puede meterse con nosotros. Yo misma consigo un par de bajas, lo cual me resulta aterradoramente satisfactorio. Atravesamos el puente a toda velocidad, dispersando a nuestros débiles adversarios, y acto seguido nos sumergimos en la maleza, donde nos desplomamos sobre el suelo con respiración entrecortada.

—¡Ha sido increíble! —exclamo yo—. Esta escopeta es una pasada.

—Es una réplica del AK-47 —me dice Crush con un tono que sólo los hombres consiguen—. Dispara quince tiros por segundo.

—¡Vaya! —doy por sentado que eso es positivo. Y al darme cuenta de que Helen la Bruja, del departamento de Recursos Humanos, se acerca sigilosamente al puente, decido que es momento de atacar de nuevo. Cuando se vuelve de espaldas, disparo una lluvia de tiros a su remilgado trasero. «Esto va por no decirme que Crush se había perdido en el desierto, guarra.» Cada uno de los disparos acierta en su diana y Helen la Bruja se agarra las posaderas mientras cae al suelo con los pantalones de combate cubiertos de una enorme mancha de pintura amarilla, lo que me da a entender que ha quedado eliminada.

—Buen tiro —me felicita Crush.

—Le debía una —respondo con tono serio. Miro a este hombre y pienso qué habría ocurrido si me hubieran transmitido sus mensajes, como tenía que haber sido. No me habría acostado con Marcus y ahora no estaría a punto de casarme con él.

Pero antes de que pueda seguir reflexionando sobre el dilema en el que me encuentro, veo un enjambre de miembros del equipo Zero Bravo que se dirige a nosotros. Crush me da un tirón hacia abajo y ambos salimos rodando, adentrándonos aún más en la maleza. Cuando nos detenemos, da la casualidad de que Crush está colocado encima de mí. Escuchamos las pisadas del equipo adversario, que pasan de largo. Estoy convencida de que oyen nuestra respiración. La mía, desde luego, es mucho más alta de lo normal. Crush aprieta su cuerpo contra el mío. Nuestras cabezas se rozan y no me atrevo a moverme. De hecho, esto empieza a resultar demasiado agradable. Seguro que todo el mundo en el maldito bosque me oye tragar saliva.

—Se han ido —anuncia Crush, si bien no hace amago de levantarse.

Se incorpora sobre un codo y esboza una sonrisa mientras levanta la visera de mi casco.

—¿Te diviertes?

—Me doy cuenta del atractivo y los beneficios psicológicos de la guerra simulada.

—No me refería a eso, preciosa —responde.

¡Por todos los santos! Vuelve a llamarme «preciosa». Me retuerzo debajo de él, pero no consigo más que empeorar las cosas, o mejorarlas, según el punto de vista. De pronto, en este bosque hace un calor espantoso. Con uno de sus brazos me clava las muñecas en el suelo. La imagen de sumisión resulta de lo más sensual. Ay, Dios mío.

—¿Por qué será que siempre me lo paso tan bien contigo, Lucy Lombard? —suspira y sus ojos se clavan en los míos.

—No lo sé —respondo yo, nerviosa—. ¿Por qué soy una chica divertida?

Entonces me da un beso, largo y apasionado. Y me gusta. Demasiado. Para ser sincera, no me importaría que me arrancara los pantalones de camuflaje de un tirón y me hiciera el amor aquí y ahora, sobre el barro. Me siento inquieta, además de excitada por momentos. Debe de ser la adrenalina que me bombea por el cuerpo. Acto seguido, me acuerdo de que estoy prometida. No debería estar besando a Crush en el suelo del bosque; ni en ningún otro sitio, claro está. Voy a casarme con Marcus dentro de nada.

Antes de que pueda articular palabra, Crush interrumpe su asalto tierno, excitante. Apenas consigo respirar.

—Preciosa, no puedo quedarme aquí, besándote —dice, y tira de mí para ponerme de pie. Sigo aturdida, pasmada—. Y eso que me encantaría. Pero tenemos una guerra que ganar.

Me arrastra detrás de él y nos seguimos adentrando en el bosque. Tendremos una guerra que ganar, pero me da la impresión de que voy a perder la batalla.

Capítulo 37

Dejamos fuera de combate a nuestros malditos adversarios. Los departamentos de Recursos Humanos e Informática han quedado diezmados. Helen la Bruja se muestra particularmente intimidada. Confío en que la muy guarra tenga el trasero lleno de moratones. Con suerte, puede que también tenga un chichón de los que duelen de verdad. Los Machos Alfa, entre los que me cuento, se han alzado con la victoria. Y esto se debe en gran parte a que soy una asesina por naturaleza. La culpa la tienen las películas de *Terminador* y *Matrix* que Marcus me obligaba a ver. Se nota que algo se me ha pegado.

Yo también tengo una buena colección de moratones, algunos de los cuales empiezan a formar antiestéticos bultos; pero la adrenalina que he acumulado me hace olvidar mis males y desgracias. Los miembros del equipo hemos celebrado el triunfo con champán barato, y ahora estamos embriagados por el éxito y por un exceso de alcohol. Crush y yo nos encontramos en el lindero del bosque, disfrutando de la tranquilidad. Alguien se ha encargado de preparar una barbacoa, así que nos estamos dando un festín de hamburguesas capaces de producir botulismo. Los demás miembros del equipo entonan canciones obscenas mientras realizan las gesticulaciones correspondientes. Y es entonces cuando Crush se acerca a mí y me rodea con sus brazos. Oscila de un lado a otro, como si se encontrara en una barca en pleno temporal de fuerza nueve.

—Hoy has estado increíble —dice arrastrando las palabras—. ¿Te lo he dicho ya, preciosa? Absolutamente increíble.

—Gracias —a mí también me cuesta un poco pronunciar correctamente.

—Eres un arma letal.

—Sí, es verdad —coincido con orgullo, sin tratar de ocultar mi sonrisa bobalicona. Puede que me ganara bien la vida como asesina a sueldo, ya que soy un desastre como secretaria temporal. Me pregunto si, en alguna parte, existirá una solicitud de empleo para un sicario y probador de chocolate al mismo tiempo. Eso es lo que yo llamo un buen puesto de trabajo.

—Lamento haber reaccionado de una manera tan estúpida cuando me contaste lo tuyo con Marcus —dice Crush—. Deberíamos habernos sentado a hablar del asunto con sensatez. Tenías razón sobre lo de perdonar y todo eso. Ahora me doy cuenta de que existían circunstancias atenuantes. He echado mucho de menos tu amistad.

A continuación, antes de que pueda formular una respuesta adecuada, vuelve a besarme. La cabeza me da vueltas, y no sólo por haber bebido demasiado. Sus labios se notan ardientes, apasionados; me flaquean las rodillas, y también la voluntad.

Justo cuando la cosa empieza a ponerse interesante, me aparto de él. Por alguna razón, tengo un momento de absoluta lucidez.

—Vayámonos de aquí —dice Crush, y me coge de la mano.

—No puedo —respondo con voz temblorosa.

Se muestra desconcertado. No es de extrañar.

—Verás —empiezo a decir—. Marcus y yo...

Crush se detiene en seco.

—¿No seguirás viéndole?

—¡Vamos a casarnos!

De pronto, parece más sobrio que un minuto antes.

—No.

Crush se sienta —más bien, se desploma— en un enorme tronco que tenemos a la espalda. El ademán de lucha y la arrogancia, así como el balanceo, han desaparecido. Ahora no es más que un hombre desinflado con restos de barro en la cara.

—Creí que sólo eran los típicos cotilleos de oficina. Jamás pensé que pudiera ser verdad — cuando levanta los ojos hacia mí, percibo un gesto de desolación—. No me imaginé que caerías en la trampa de esas estupideces románticas.

Tomo asiento a su lado.

—Pues caí —admito con un hilo de voz.

—¿Te dejaste convencer por ese uniforme de *Oficial y caballero*?

—Sí.

¿Cómo le explico que el asunto es mucho más complicado? ¿Entendería Aiden que, por culpa de que él y yo nos separásemos a las primeras de cambio, he perdido la fe en poder establecer una nueva relación? Me figuro que sí lo comprendería, pero no me encuentro capaz de buscar las palabras para hacérselo ver. Y no es que el gesto exageradamente romántico de Marcus consiguiera conquistarme. Le conozco demasiado para dejarme engañar. Pero no puedo negar que me he inclinado por el consuelo de algo que me resulta familiar, algo a lo que estoy acostumbrada, en vez de enfrentarme sola a un futuro incierto, o tener que afrontar la perspectiva de construir otra relación desde los cimientos.

—¡Vaya! —dice Crush—. Ojalá se me hubiera ocurrido hacerlo a mí.

Por un instante, también lamento que no haya sido Aiden Holby quien me tomó en sus brazos y me llevó en volandas. Pero fue Marcus, y ahora la suerte está echada.

—Soy un idiota —dice Crush.

—No, nada de eso —protesto—. La verdadera idiota soy yo.

Crush me dedica una sonrisa.

—Sí —dice—, es verdad. Me imagino que por eso te quiero. Te quería —rectifica.

Ya me ha trasladado al tiempo pasado. Pero al menos sé que de veras me amaba. Por brevemente que fuera. Y no es que ahora me sirva de gran cosa.

—Bueno —dice—. Por lo que se ve, lo nuestro ha terminado.

—Lo siento, Aiden. Nunca tuve la intención de hacerte daño.

—Hemos tomado decisiones a destiempo, sin ponernos de acuerdo.

Con ademán tímido, me coge de la mano y juguetea con mis dedos. No llevo puesto el anillo con el pedrusco de diamante, de lo cual me alegro.

—Nos podría haber ido muy bien, preciosa —me dice, y no sé si quiero oír el comentario. La garganta se me cierra y las lágrimas me escuecen detrás de los párpados—. Ay, Lucy —Crush me pasa el pulgar por las mejillas—. ¿Seguro que serás feliz con él?

—Yo..., eh..., bueno... —aunque estuviera convencida de que prefiero a Crush, de ninguna manera puedo volver a dejar a Marcus. La sola idea me produce dolor de cabeza. Si sigo actuando así, seré para Crush lo que Marcus es para mí, lo cual no es justo para nadie. He tomado una decisión y tengo que acarrear con las consecuencias: en lo bueno y en lo malo. Me aclaro la voz y digo: Sí.

—En ese caso, te deseo lo mejor —dice Crush.

—Confío en que sigamos siendo amigos.

Aiden se echa a reír, si bien su risa está teñida de amargura y tristeza.

He de admitir que, hasta a mis propios oídos, la frase resulta la más patética que he pronunciado en mi vida.

Capítulo 38

Ahora le ha tocado a Nadia convocar una reunión de emergencia, y me da la impresión de que el asunto es grave. Está comiendo uno de los fastuosos *brownies* de Clive mientras nos narra la historia, pero se nota a la legua que no está disfrutando ni una pizca del sabor.

—He reservado un billete de avión para mañana por la mañana —nos dice al tiempo que consulta su reloj con nerviosismo, y eso que aún quedan muchas horas por delante—. Es el primero que he podido conseguir. Me muero de preocupación. ¿Qué estará haciendo Toby en Las Vegas?

Yo diría que perder hasta la camisa, pero no expreso mi opinión. Nuestra amiga sabe mejor que nadie de lo que su marido es capaz.

—¿Seguro que no te importa quedarte con Lewis?

El niño va a volver a instalarse con Chantal.

—Cariño, si no soy capaz de cuidar de tu hijo unos cuantos días mientras estás fuera, ¿cómo diablos me las voy a arreglar después de dar a luz? —Chantal baja la vista hacia su abultado vientre—. Será un entrenamiento de primera.

—Eres un encanto.

—Quiero que te marches y hagas lo que tengas que hacer sin preocuparte por Lewis. Estará perfectamente. Tengo cuatro días para convertirle en un mocoso consentido. Eso se me da muy bien.

Todas nos aferramos a algo de lo que poder reírnos.

—Nadia, no puedes irte sola-intervengo yo—. Deja que una de nosotras te acompañe.

—Chantal va a cuidar de Lewis. Autumn ya tiene bastantes preocupaciones con su hermano. Y, por si se te ha olvidado, tú tienes que organizar una boda.

—La boda no es tan importante como esto —insisto. Para ser sincera, por mucho que me preocupe la situación de Nadia, también busco una razón para eludir las responsabilidades que me acosan en este momento. No quiero organizar una boda. No quiero trabajar en Targa. No quiero tener que hacer frente a Crush ni a Marcus ni a ninguna otra persona. Unos días en Las Vegas serían una buena excusa para salir huyendo, aunque fuera a costa de la desgracia de mi amiga. Podría escapar y ser útil al mismo tiempo. Sistema multitarea. El que mejor se nos da a las mujeres.

—¿De veras crees que encontrarás a Toby? —pregunta Autumn.

—Tengo que intentarlo —responde Nadia con un suspiro—. He bloqueado la cuenta bancaria en el Reino Unido, pero no puedo cancelar las tarjetas de crédito que tiene a su nombre.

Pienso en mi propia tarjeta de crédito. Quizá, después de todo, no pueda acompañar a Nadia, aunque me encantaría. Estoy endeudada hasta las cejas y de ninguna manera me puedo permitir atropellados gestos filantrópicos.

—Quiero encontrarle antes de que sea demasiado tarde —continúa Nadia—. Si hubiera reservado una estancia de fin de semana, tal vez aguantaría hasta que volviese; pero el billete era sólo de ida. ¿Es que no tiene intenciones de regresar? ¿Es que nos ha abandonado? —hace esfuerzos por no echarse a llorar.

—Necesitamos más chocolate —digo yo, y surgen gestos de asentimiento por doquier. Me

levanto de un salto y me acerco al mostrador a escoger las provisiones.

—¿Qué tal está Nadia? —pregunta Clive.

—Mal. Por lo visto, Toby se ha largado a Las Vegas. Va a ir a buscarle para traerle de vuelta.

Clive sacude la cabeza. Me doy cuenta de que está pálido y no se ha afeitado, lo que resulta inexplicable en una persona tan cuidadosa de su imagen.

—Tampoco tú tienes muy buen aspecto —le digo con suavidad.

Clive baja el tono de voz.

—Anoche Tristan no volvió a casa.

—¡Será maricón! —caigo en la cuenta de que no es la exclamación más oportuna para hablar de un amigo gay—. Es terrible —añado.

—No creo que vayamos a arreglarlo —comenta Clive con tristeza.

—¡No me digas que vosotros, chicos, estáis igual! —chasqueo la lengua y dedico a Clive una sonrisa compasiva. Es demasiado buena persona para tener que pasar por este tormento—. Acompáñanos —le digo—. Puedes ponerle verde delante de nosotras.

—Iré en cuanto tenga un minuto libre —promete—. Si Tristan sigue faltando tan a menudo voy a tener que contratar a un ayudante.

—Puede que la cosa no llegue tan lejos.

—Confío en que tengas razón —Clive me entrega una bandeja con bombones y pasteles y la llevo a la mesa.

—Tengo que tomarme esto a toda prisa —dice Nadia—. Me quedan un millón de cosas que hacer antes de subirme al avión.

Y yo también tengo que comer deprisa porque el estómago se me retuerce de náuseas, la clase de náuseas que sólo el chocolate consigue curar. ¿Acaso el mundo entero se está rompiendo en pedazos? Las relaciones de todos se están yendo a pique. ¿Qué fue de los días cuando, a los quince años, conocías a alguien en la discoteca del colegio, te comprometías en matrimonio unos años más tarde y luego te casabas? A los veintiuno, te encontrabas con dos hijos y la vida solucionada. No tenías más que ponerte cómoda y esperar a que llegaran las tarjetas de felicitación por tus bodas de oro. ¿Cuándo se produjo el cambio? Aquí estamos las cuatro, pasados los treinta, pegando brincos emocionales como pelotas de goma. Lo que me lleva a pensar que he hecho lo correcto. Llego a la conclusión de que tengo que agarrar a Marcus con las dos manos y llevarle hasta el altar mientras aún esté a tiempo.

Capítulo 39

—Adiós, mamá —Lewis agitó su mano diminuta.

Nadia se detuvo, lloriqueando, al llegar a la sala de embarque.

—Vete —dijo Chantal, haciendo un gesto para que se marchara—. Estaremos perfectamente, ¿verdad, campeón?

Lewis asintió con entusiasmo.

—Volveré lo antes posible —prometió Nadia—. Te quiero, Lewis.

Su hijo volvió a agitar la mano.

—Yo también te quiero, mamá.

Se quedaron mirando y despidiéndose con la mano mientras Nadia enseñaba su pasaporte y luego desaparecía entre la multitud de viajeros que se disponían a partir desde el aeropuerto de Gatwick.

Chantal se giró hacia su pequeño tutelado y se puso en cuclillas delante de él. En plan de broma, tiró de uno de los botones de su trenca.

—¿Y ahora qué?

Lewis sonrió y se encogió de hombros.

—¿Quieres ver una película?

—Vale —Lewis le cogió de la mano. La confianza que demostraba en ella hacía que Chantal se derritiera por dentro.

—Podemos elegir entre *Cars*, *Vecinos invasores* y *Garfield 2* -dijo, recitando la lista de películas que había consultado en Internet.

Chantal había tenido la precaución de preparar un programa completo de entretenimiento, por si Lewis echaba mucho de menos a su madre y necesitaba distracción. Era la primera vez que Nadia le dejaba solo y a Chantal le preocupaba que el niño no consiguiera hacer frente a las circunstancias. Detestaba admitirlo, pero el hecho de tener que cuidar de un niño por sí sola le ponía los nervios a flor de piel, a pesar de que se había ofrecido de buena gana. Le encantaba pasar tiempo con Lewis, pero hasta entonces Nadia había estado siempre cerca para asumir responsabilidades, para tomar decisiones. Ahora, por primera vez, se había subido a un avión sobre la marcha. Chantal se preguntó si las cosas serían diferentes cuando ella fuera madre, si algún gen innato encargado de la responsabilidad aparecería de pronto y ella sabría por instinto lo que era mejor para su bebé.

—O quizá *Piratas del Caribe*. Pero a lo mejor te da un poco de miedo.

—*Garfield* -anunció Lewis con tono alegre—. Me gustan los gatos.

—A mí también.

Se encaminaron de vuelta al coche. El niño iba trotando a su lado, dando una docena de pasos por cada una de las zancadas de Chantal.

—¿Qué prefieres, Maltesers o palomitas?

—Maltesers —respondió Lewis.

Chantal le revolvió el pelo.

—Jovencito, tú si que sabes elegir.

No era la clase de película que Chantal habría visto en condiciones normales, pero al estar con Lewis la disfrutó de principio a fin. El niño no paró de reírse con el argumento absurdo y los chistes espantosos, soltando alegres risitas ante las ocurrencias del felino de dibujos animados. Chantal se puso a contemplar la posibilidad de comprarse un gato color canela, signo inequívoco de que se estaba ablandando con la edad.

Consultó el reloj al tiempo que se preguntaba dónde estaría Nadia en ese momento. Habría embarcado en el avión y estaría cruzando el Atlántico. Abrigó la esperanza de que el viaje mereciera la pena.

—¿Qué te parece si nos vamos al parque? —sugirió—. Y si te portas muy, pero que muy bien, pasaremos por Chocolate Heaven a ver cómo están los chicos.

Lewis asintió entusiasmado.

—Quiero montar en los columpios.

—Eso está hecho —repuso ella.

Lewis empezó a saltar como un loco. Tal vez el chocolate le había sobreexcitado. Tendría que tener cuidado en ese aspecto, poner freno a sus propios excesos. ¿Por qué el chocolate no le provocaría la misma emoción que a un niño de cuatro años? No le vendría mal un poco de esa energía.

En la zona infantil del parque, Lewis se subió al laberinto en primer lugar. Luego, dijo:

—Tía Chantal, mótate conmigo en el carrusel.

—No puedo.

—Claro que sí—insistió el niño—. Es divertido. Yo cuidaré de ti.

Chantal paseó la vista a su alrededor. La zona de juegos estaba desierta. No había nadie que pudiera verla. Qué demonios. Se subió de un salto al lado de Lewis y empezó a impulsarse con el pie para hacer girar el carrusel. El aire pasaba zumbando, las hojas de los árboles se volvieron borrosas y Lewis soltaba aullidos de alegría. ¿Había estado ella alguna vez en un parque infantil? Le parecía que no, al menos desde que era niña. Era fantástico notar el viento en el pelo. Bajó la vista y contempló la expresión de éxtasis del niño. Lo conseguiría. Estaba convencida. Sería una madre de verdad, y disfrutaría de ello. Algún día traería a sus propios hijos a este mismo parque. Cubrió la mano de Lewis con la suya.

—No tengas miedo —dijo él.

Y Chantal supo que no lo tendría.

Una vez que Lewis hubo conseguido que ambos se marearan a base de bien en el carrusel, se encaminó hacia los columpios.

—Empújame alto —suplicó—. ¡Muy alto!

Chantal obedeció y lanzó al niño a las alturas, haciendo que gritara y agitara las piernas de pura emoción. Abrigó la esperanza de que Nadia aprobara su manera de proceder.

—Ya es suficiente —dijo al tiempo que aflojaba el ritmo.

Cuando el columpio empezó a mecerse suavemente hacia delante y atrás, Chantal se metió a presión en el contiguo, que estaba vacío. Apenas le cabía el trasero, que iba aumentando de tamaño en proporción con el vientre.

—Tía Chantal —dijo Lewis con voz seria—. ¿Aún tienes un bebé en la tripa?

Ella giró la cabeza y le dedicó una amplia sonrisa.

—Pues claro.

Lewis se metió el pulgar en la boca y se puso a chuparlo con aire pensativo.

—Creo que eres una mamá muy buena —observó.

—Gracias —sí, lo conseguiría. ¿Quién mejor que un niño para dar su aprobación?

Una lágrima le brotó de los ojos y se agachó para besar a Lewis en la frente.

—Es lo más bonito que me han dicho jamás.

Capítulo 40

El taxi trasladaba a Nadia a toda velocidad a lo largo del Strip, la avenida principal de Las Vegas. A ambos lados de la calle, los enormes y llamativos hoteles anunciaban sus servicios con ostentoso despliegue. Era como una versión en miniatura del planeta Tierra: Egipto, París, Nueva York, Venecia y la Antigua Roma se apiñaban entre sí para aquellos que, según Nadia suponía, preferían no tomarse la molestia de viajar a los destinos auténticos. En otra ocasión, o en circunstancias diferentes, podría haberse contagiado del chabacano ambiente de euforia que imperaba en la ciudad, pues cierto era que se palpaba en el aire una energía muy particular. Pero en aquel momento sólo podía pensar en los peligros que acechaban a su marido detrás de los rutilantes letreros que anunciaban espectáculos glamurosos, chicas bailarinas y bufes a precio reducido.

El hotel de Nadia no estaba en el Strip. Se encontraba varias calles hacia atrás y el ambiente no podía haber sido más distinto. En aquella zona no había ni el más mínimo barniz de ostentación. El estado del motel de bajo precio era poco menos que ruinoso. Varias piezas del anuncio de neón que rezaba: BUDGET HOTEL daban el aspecto de haber fenecido mucho tiempo atrás, y nadie, por lo que se veía, había hecho amago de repararlas. Pero claro, era la falta de atención al detalle que se podía esperar de esa clase de establecimiento. La elegancia, la limpieza y el encanto eran extras opcionales, no incluidos en el precio. El agua de la pequeña piscina mostraba un tono verdoso y tenía todo el aspecto de ser un peligro para la salud. Saltaba a la vista que las personas que se alojaban en aquel motel de mala muerte no habían acudido a relajarse. Nadia tampoco.

Se registró poco después del mediodía, cuando el sol echaba fuego en el exterior y la temperatura ascendía a unos cuarenta grados. Aun así, el vestíbulo del establecimiento, sumido en la penumbra, estaba abarrotado de personas sentadas frente a las máquinas tragaperras que pitaban, zumbaban y lanzaban destellos. Había pensionistas que agarraban entre sus pecosas manos un mugriento bote con dinero en metálico; encaramados en un desvencijado taburete, no paraban de introducir monedas por las insaciables ranuras metálicas que devoraban sus ahorros sin devolverles nada a cambio. Nadia no daba crédito a lo que veían sus ojos. Aquél debía de ser el lugar más deprimente del mundo entero.

Tras dejar su equipaje en la destartada e impersonal habitación, volvió a tomar la dirección del Strip. Allí el ambiente rebosaba *glamour*. Todo estaba preparado hasta el mínimo detalle para conseguir de cada visitante la máxima cantidad de dinero. Estaba convencida de que encontraría a Toby en uno de los casinos temáticos de proporciones monstruosas que él tanto había alabado después de su primera visita a Las Vegas, aquellos casinos gigantescos que habían desencadenado su adicción al juego. ¿En cuál de ellos estaría? Había montones entre los que elegir.

Tomó un taxi hasta el extremo sur del Strip y empezó por el inmenso Mandalay Bay Resort. Caminando con paso enérgico, fue dejando a un lado las cascadas y las palmeras, hizo caso omiso del arrecife de tiburones y se dirigió al casino. Para llegar a tu habitación tenías que circunnavegar bulevares abarrotados de oportunidades para apostar.

En el casino se encontró con kilómetros y más kilómetros de máquinas tragaperras que le

inundaban el campo visual hasta más allá del horizonte y aguardaban con avidez a su próximo cliente. Las mesas de juego estaban a rebosar de clientes que apostaban a los dados, el bacará, el *blackjack*, la ruleta y el póquer —juegos de los que Nadia había oído hablar, pero que jamás se había sentido tentada a probar—, mientras los crupieres de mirada fría y los vigilantes de seguridad observaban atentamente todos sus movimientos. Tal vez si Nadia supiera cuál era la mayor debilidad de Toby, la búsqueda resultaría menos complicada. Desde el primer momento había sabido que iba a resultar difícil, pero no había calculado que iba a ser como encontrar la proverbial aguja en el pajar. ¿Dónde diablos estaría su marido? Por lo que parecía, en aquel casino no.

Contiguo al Mandalay se encontraba el Luxor, una gigantesca pirámide negra que dominaba el horizonte urbano, rematada con su propia esfinge. Hasta el propio vestíbulo recordaba a los templos del Antiguo Egipto, con imponentes estatuas y representaciones de los dioses. Pero el único dios allí presente era el juego. Una vez más, Nadia se encaminó al casino. Era muy parecido al anterior y, una vez dentro, resultaba casi imposible encontrar la salida. No costaba darse cuenta de cómo aquellas arenas movedizas de fieltro verde eran capaces de hundir hasta el fondo a los incautos. Continuamente se servía comida y bebida, de tal forma que los jugadores más entregados no tuvieran necesidad de abandonar las mesas. Las salas climatizadas ofrecían un ambiente confortable, no había por qué aventurarse al sol abrasador de puertas afuera. En el casino no había luz natural, ni relojes, ni letreros que indicaran la salida. Una vez que entrabas, quedabas atrapado. Dio una docena de vueltas por la gigantesca sala, pero no vio rastro de Toby. ¿Cuánto tiempo le llevaría la tarea en la que se había embarcado? Los casinos como aquél se prolongaban a lo largo de la totalidad del Strip. Reflexionó que, ahora más que nunca, necesitaba a sus amigas. Echaba en falta desesperadamente a sus compañeras del club de las chocoadictas. A pesar de las bulliciosas multitudes de Las Vegas, jamás en la vida se había sentido tan sola.

Pasaron varias horas y las piernas le dolían de tanto andar. Había anochecido y las luces del Strip parpadeaban de manera seductora. Nadia había visitado un castillo medieval; una réplica de Nueva York, con montaña rusa interior incluida; el hotel más grande del mundo, con sus millares de habitaciones idénticas, y ahora acababa de aterrizar en una recreación en miniatura de París, que incluía una torre Eiffel y un Arco del Triunfo de la mitad del tamaño real.

A pesar de la amplia variedad de parafernalia exterior, por dentro, todos los casinos eran iguales. Kilómetros y más kilómetros de máquinas tragaperras levemente disimuladas con una escena parisina, un paraíso tropical o un tramo del río Nilo. Kilómetros y más kilómetros de oportunidades para perder enormes sumas de dinero. Nadia notaba que la mente le zumbaba por culpa de las luces intermitentes, los colores brillantes y la incesante fuente de estímulos. Sin lugar a dudas, aquella ciudad se había ganado a pulso su sobrenombre de «Disneylandia para adultos», sólo que las emocionantes atracciones resultaban bastante más caras. Reflexionó que no podía ser la única persona que se diera cuenta del lado oscuro de aquel suntuoso parque de diversión.

Estaba agotada y hambrienta, y sus esperanzas se iban desvaneciendo a pasos agigantados. Tal vez debería haber permitido que Lucy la acompañara. Se había precipitado al rechazar la oferta por parte de su amiga, pensando que podía arreglárselas sola. Ahora no lo tenía tan claro. Le

daba la impresión de haber cubierto un territorio muy reducido. Se enfrentaba a una labor descomunal, mayor incluso que aquellos casinos que empezaban a acabar con sus fuerzas.

Se colocó bajo la fina llovizna que se pulverizaba en la calle a intervalos regulares para refrescar a los transeúntes y, girando la cara hacia los surtidores, dejó que el agua le ofreciera consuelo. Todavía quedaba tiempo para lo peor del verano, pero incluso de noche la temperatura alcanzaba unos niveles de mercurio a los que ella, por descontado, no estaba acostumbrada.

Dirigió la vista a lo largo del Strip. Le quedaban miles y miles de casinos por visitar. Toby se encontraba allí, en algún lugar. Estaba en alguno de aquellos locales gigantescos, jugando a las mesas o echando monedas a las tragaperras. Perdiendo el dinero de su familia, perdiendo la cordura. Tenía que encontrarle.

Capítulo 41

Autumn no cayó en la cuenta de que se había quedado dormida hasta que oyó una voz a su lado. Al instante se espabiló por completo.

—¿Rich?

—Hola —dijo él. Su voz cascada apenas resultaba audible. Autumn se acercó a su hermano.

Tomándole de la mano, murmuró:

—Nos tenías muy preocupados. ¿Cómo te encuentras? —se giró y recorrió el pabellón con la vista—. Iré a buscar a la enfermera. ¿Te apetece algo de comer o de beber?

—Agua —respondió él con un murmullo.

Al llenar un vaso de la jarra situada en la mesilla de noche, Autumn se fijó en que le temblaba la mano. Introdujo una pajita en el vaso y lo acercó a los labios de Richard. Habría sido preferible ir a buscar otra jarra —aquella llevaba un día entero junto a la cama—, pero no quería dejarle solo ni siquiera un minuto. Mientras su hermano bebía con avidez, parte del agua le chorreó por la barbilla y Autumn la secó suavemente con un pañuelo de papel.

—¿Quién te ha hecho esto? —preguntó.

Richard esquivó su mirada.

—Cuanto menos sepas sobre el asunto, mejor. Hazme caso.

—Deberías acudir a la policía.

Richard empezó a reírse, pero le asaltó un ataque de tos.

—La policía no puede protegerme de esta clase de gente.

—Mira lo que te han hecho —se lamentó Autumn—. Fractura de cráneo, un hombro roto, varias costillas reventadas y heridas internas. Y eso sólo de cintura para arriba.

—Sí —repuso él, esbozando una sonrisa forzada—. Piensa en lo que habrían conseguido si se hubieran empeñado de verdad.

—En el hospital pensaron que te había atropellado un coche.

—Un bate de béisbol, más bien.

Autumn se echó a llorar.

—¿Cuándo te va a entrar en esa cabezota fracturada que te mezclas con personas que no te convienen?

Su hermano le cogió de la mano.

—Se ha terminado —declaró—. Te lo prometo. En cuanto salga del hospital, seré un hombre nuevo.

Autumn deseó poder creerle.

—No se lo has dicho a Mater y a Pater, ¿verdad?

Autumn asintió con un gesto.

—Los dos están en viaje de trabajo.

Richard soltó un débil resoplido.

—Vaya novedad —dijo—. Me figuro que no sintieron el impulso de salir corriendo a mi lecho de enfermo.

—No les expliqué lo mal que estabas —mintió ella—. Les noté muy preocupados.

—Sí, ya me figuro —pero Richard, al igual que su hermana, no parecía convencido. Como de

costumbre, estaban solos los dos.

Las enfermeras atendieron a Richard, que volvió a quedarse dormido. Ahora se notaba un ligero rubor en sus mejillas y su respiración parecía más pausada. Daba la impresión de que por fin se hallaba fuera de peligro. Era tarde, y Autumn no podía más de cansancio.

Decidió que aquella noche la pasaría en su propia cama. Ya era hora de dormir como era debido. Richard necesitaba recuperarse y, con toda seguridad, tendría por delante varias semanas de hospital. Se encontraba exhausta, física y emocionalmente. Una noche en casa le vendría de maravilla.

Había vuelto a su piso en taxi, haciendo esfuerzos por mantenerse erguida en el asiento posterior. Reflexionaba sobre lo agradable que sería enroscarse como un ovillo y olvidarse de sus problemas durante unas horas. El aire cálido que emanaba de las rejillas de ventilación del vehículo hacía que los ojos, agotados, se le cerraran. Los párpados arañaban como papel de lija cuando pestañeaba para espabilarse.

Pagó al taxista y entró en el edificio. Por lo general, las refulgentes luces de seguridad se encendían automáticamente al abrirse la puerta; pero el vestíbulo permaneció sumido en la oscuridad. En parte, Autumn sintió alivio por no tener que enfrentarse al resplandor de los tubos fluorescentes.

Mientras hurgaba en su enorme bolso en busca de las llaves, decidió que iba a tener que encender la luz para encontrarlas. Cuando alargó el brazo en busca del interruptor, una mano le rodeó la muñeca y, con un movimiento fulminante, le retorció el brazo y se lo colocó a la espalda. Autumn soltó un grito ahogado de dolor y el bolso se le cayó al suelo. Dio un paso al frente y escuchó el crujido de cristal bajo sus pies: alguien había roto las bombillas. Su atacante la sujetó con más fuerza; la muñeca le ardía. Luego notó el frío contacto del acero pegado al pescuezo.

—Dile a tu hermanito que nos devuelva lo nuestro —le dijo al oído una voz ronca. Percibió el olor a whisky y a costosa loción para después del afeitado, y reconoció el marcado acento del East End londinense. El hombre era alto, robusto, y Autumn notaba el roce de su cazadora de cuero, apretada contra su cuerpo—. Si no, tendré que volver y terminar el trabajo en condiciones. ¿Entendido?

Las palabras se negaban a salir. Trató de asentir con la cabeza, pero tampoco era capaz de mover un músculo.

El cuchillo efectuó una pequeña incisión y Autumn percibió que un tibio hilillo de sangre le bajaba por el cuello.

—¿Entendido?

—Sí —consiguió decir por fin.

—Toma este teléfono y llévaselo —indicó el desconocido—. Dile que estaremos en contacto —le soltó la muñeca y la apartó de un empujón. Autumn se giró en redondo al oír que la puerta se cerraba de golpe, pero sólo vio una figura en sombras que se alejaba calle abajo a toda velocidad. Le sobrevino un ataque de arcadas y palpó la sangre que le embadurnaba el cuello. ¿Qué había querido decir con eso de terminar el trabajo en condiciones? ¿Sería una amenaza a Richard, o era a ella a quien se proponían hacer daño?

Con paso incierto, Autumn subió las escaleras hasta su piso. La policía no podía proteger a su

hermano de aquellos matones y, al parecer, ella tampoco.

Capítulo 42

Al llegar la medianoche, Nadia había recorrido la mitad del Strip. Por imposible que pareciera, la zona se encontraba aún más concurrida que durante las horas del día. A las puertas del Bellagio Hotel había contemplado la espectacular fuente con su exhibición de luces y, a la entrada del Mirage, había presenciado la erupción del colorido volcán que, durante toda la noche, cada quince minutos, lanzaba al aire llamaradas de treinta metros. También había visto a los gondoleros, con sus clásicos jerséis a rayas, cantando *O sole mio* en el Gran Canal de Venecia que discurría por el interior de la segunda planta del Venetian Hotel, bajo un cielo azul provisto de esponjosas nubes generadas por ordenador que se deslizaban suavemente como barridas por el viento. Sólo el frescor del aire acondicionado recordaba a los visitantes que no era más que una bonita simulación.

La ciudad al completo era surrealista. Se esforzaba demasiado en disimular su auténtica identidad, pero aquella fachada de diversión inocente no conseguía ocultar que tras ella acechaba la miseria, las vidas arruinadas, las fortunas perdidas y las bancas de casino que siempre, sin excepción, salían ganando.

En la calle, las aceras seguían ardiendo y a Nadia se le habían hinchado las piernas. Sus tobillos doloridos recordaban a los de una cría de elefante, y a cada paso que daba se veía obligada a avanzar con mayor lentitud. Los dedos de las manos le habían aumentado de tamaño hasta el punto de parecer salchichas deformes. En aquel tramo del Strip los hoteles se encontraban más distanciados entre sí, y la zona se notaba menos salubre. Numerosos coches de policía patrullaban la avenida. Peleas de poca importancia iban estallando a medida que Nadia proseguía su camino; tal vez los que no habían tenido suerte en las mesas de juego se arrepentían ahora de sus precipitadas decisiones. Mujeres demacradas y escasas de ropa trataban de captar clientes. Cada cinco minutos, alguien le entregaba a Nadia un folleto que anunciaba algún que otro sórdido club de *striptease*.

Resultaba increíble que el Gobierno anglosajón tuviera entre sus planes otorgar licencias a un montón de casinos descomunales para que se instalaran por todo el Reino Unido, llevando semejante miseria a las costas británicas. ¿Es que nadie había acudido a Las Vegas a contemplar la realidad? Grupos de borrachos que celebraban despedidas de soltero poblaban las calles y, en el lugar donde Elvis seguía lleno de vida, un par de docenas de tipos disfrazados con caretas del cantante —a las que no les faltaba un enorme tupé de plástico— pasaban junto a Nadia cantando «*Here we go!*» con acento de los condados cercanos a Londres, sumidos en un estado de euforia alcohólica e inconscientes de cuantos les rodeaban.

Sonó el móvil de Nadia. Tal vez fuera Toby. Su marido no había respondido a ninguna de sus llamadas, pero tal vez hubiera cambiado de opinión y tratara de localizarla. Cuando se sentó sobre un murete para contestar al teléfono, vio que tumbado a sus pies había un borracho inconsciente cuya botella apenas quedaba disimulada dentro de un periódico enrollado. Mientras sacaba el móvil del bolso, consultó el nombre que aparecía en la pantalla. Al comprobar que no era Toby, sino un mensaje de Lucy, el alma se le cayó a los pies. A pesar de que no era lo que esperaba, Nadia esbozó una agotada sonrisa. Aunque en Inglaterra estaban en mitad de la noche, su amiga se acordaba de ella. El mensaje decía: «¿Ha habido suerte?». Nadia respondió:

«Todavía no.» Lucy volvió a escribir: «Cuídate. Te queremos.». Nadia cerró la tapa del teléfono. Era estupendo saber que tenía a sus amigas de su parte.

Había llegado un momento en que se encontraba al borde del delirio por culpa del desfase horario y la ausencia de alimento. Nada le apetecía más que un poco de chocolate: una barrita de Toffee Crisp o una Dairy Milk recién salida de la nevera. Seguro que una descarga de azúcar le ayudaba a concentrarse. Tal vez debería abandonar la búsqueda por el momento, tomar una hamburguesa o algo parecido, regresar a su inmundo hotel, caer rendida en la cama y disfrutar varias horas de un merecido descanso. Pero quizá, a pocos metros, su marido estaba a punto de realizar su siguiente apuesta. Y a lo mejor podía dar con él justo a tiempo de impedirselo.

Acopiando las pocas energías que le quedaban, siguió adelante hasta Treasure Island, donde los espectáculos de piratas que se representaban a intervalos regulares habían cesado horas atrás, al caer la noche. Al pasar junto al galeón desierto situado a las puertas del hotel, Nadia siguió las indicaciones que conducían al casino. Nueva York podría describirse a sí misma como la ciudad que nunca duerme, pero Las Vegas sí que era la fantasía de un insomne hecha realidad. Pasaban las dos de la madrugada y aún había montones de gente sentada a las mesas de juego o frente a las máquinas tragaperras. Toby no estaba allí. Ni tampoco en el Circus Circus, el Riviera o el Sahara.

Se encontraba tan exhausta que podría haber perdido el conocimiento. Tenía que emplear hasta el más recóndito resquicio de voluntad para seguir adelante, cuando lo que deseaba era tumbarse en el suelo y echarse a dormir. Consultó el mapa. El último hotel en aquel extremo del Strip era el Stratosphere. Su impresionante torre parecía alcanzar el cielo, y un fastuoso espectáculo de luces se proyectaba cautivadoramente sobre el valle de Las Vegas. En lo alto de la torre, a cien plantas de altura, se habían instalado aterradoras atracciones de feria —Big Shot, X Scream e Insanity— que, con una precisión que desafiaba a la muerte, dejaban colgados a los verdaderamente temerarios al borde del abismo, a más de trescientos metros de altura sobre el urbanizado desierto. Nadia sacudió la cabeza. ¿Cómo era posible que alguien hiciera aquello por simple diversión? Ella prefería tener los pies anclados en la tierra.

Una vez que hubiera examinado el Stratosphere, habría recorrido el Strip de un extremo a otro y habría visitado más casinos de los que podía recordar. Luego tomaría un taxi para regresar al hotel y descansar. Al día siguiente volvería a realizar el mismo recorrido. Dos veces, pudiera ser.

Las luces empezaban a desdibujarse ante su vista y se frotó los ojos en un esfuerzo por mantenerse despierta. Entonces, sin previo aviso, se escuchó un grito ahogado de horror por parte de un grupo de gente que se encontraba en la acera, por delante de ella. Un escalofrío de miedo le recorrió el cuerpo. Cuando empezaron los chillidos, Nadia echó a correr. Las piernas le dolían a más no poder, pero no disminuyó la marcha. Oyó a sus espaldas el aullido de una sirena, agudo, penetrante, y una ambulancia frenó junto al bordillo con un chirrido. Cuando Nadia llegó a la base de la torre, con las piernas a punto de reventar, se había congregado una multitud.

—Un suicida —le dijo alguien, y el corazón se le convirtió en un bloque de hielo.

Una mujer con una estridente camisa hawaiana y pantalones cortos demasiado estrechos sollozaba como una histérica con los ojos clavados en lo alto, mientras su inepto marido trataba por todos los medios de consolarla. Era calvo y sudaba con profusión por culpa del calor. Pero Nadia tenía frío, estaba helada. El personal sanitario se abrió paso entre el gentío, tratando de apartar a los curiosos. En contra de sus instintos, dirigió la vista hacia arriba, donde todos los

ojos se clavaban sobre una figura diminuta y apenas visible en lo alto de la torre, una cabeza de alfiler en la vasta oscuridad del firmamento. El hombre estaba colgado por el otro lado de una barandilla de seguridad, iluminado por la cegadora luz de un foco. Cada vez que se movía, la muchedumbre rompía a gritar. Como impulsada por un piloto automático, Nadia siguió a los miembros de la ambulancia a través de las masas de gente. A pesar de las estridentes sirenas, oía su propia respiración.

No importaba que, a semejante distancia, no pudiera distinguir al suicida con claridad. Sabía de quién se trataba, aunque albergaba la esperanza de que su corazonada no fuera cierta. Siguió avanzando, dejando a un lado a quienes habían conseguido un lugar de observación privilegiado. Rozó el brazo de uno de los miembros del personal sanitario.

—Señora —el hombre puso una mano en alto—. Échese hacia atrás, por favor.

Con mucha calma y una voz que ni ella misma reconocía, Nadia dijo:

—Me parece que ese hombre de ahí arriba es mi marido.

Minutos más tarde, Nadia había sido conducida a través del gentío e introducida en el ascensor. En cuestión de segundos le dio la impresión de llegar a la azotea, donde un fornido policía la llevó a toda prisa hasta la plataforma de observación.

A semejante altura, en la cima de la torre, soplaba una fresca brisa y Nadia pensó en lo agradable que era librarse del calor. Entonces vio a Toby y lamentó con todas sus fuerzas que su intuición no hubiera fallado. La zona había sido acordonada y un policía, en cuclillas, le hablaba con suavidad. El marido de Nadia se encontraba de pie sobre la barandilla exterior, agarrado con fuerza a los barrotes. Tenía el cabello enmarañado y en sus ojos se apreciaba una expresión salvaje, desesperada.

—Hemos traído a una persona que quiere hablar contigo —dijo el agente, y condujeron a Nadia hacia delante.

—Toby... —tuvo que aclararse la garganta porque, de pronto, la notaba tan seca como el desierto que tenían a sus pies—. No importa lo que hayas hecho, encontraremos una solución.

—Nadia —su marido rompió en llanto—. Esta vez sí que la he armado —dijo entre lágrimas—. No veo otra salida.

Nadia sentía que le temblaban las rodillas.

—Siempre hay alguna salida. Piensa en Lewis. Piensa en mí.

—Lo he perdido todo —gimió él—. Perdí noventa mil libras a través de Internet. En menos de una hora —empezó a soltar risas histéricas—. ¿Sabes cuánto tardaría en ganar esa cantidad?

Nadia lo sabía perfectamente. Se quedó inmóvil como una estatua. Noventa mil libras. El suelo empezó a oscilar bajo sus pies y creyó que las piernas se le iban a doblar de un momento a otro. Noventa mil libras. Sin saber cómo, recuperó la voz.

—No te preocupes —dijo con voz temblorosa—. He venido para llevarte a casa.

El policía indicó a Nadia que se moviera con lentitud, de modo que se fue acercando a su marido centímetro a centímetro.

—Vine a Las Vegas para recuperar el dinero —prosiguió Toby—. Pensaba mandártelo, pero perdí aún más —confesó—. Mucho más. No hay salida. Lo siento muchísimo.

—Vuelve adentro —le apremió ella—. Hablaremos del asunto con tranquilidad. Hazlo por mí. Te quiero.

Toby bajó la vista hacia el suelo. A Nadia le pareció apreciar un temblor de indecisión en sus ojos. Se movió hacia su mujer y ella alargó sus manos trémulas.

—Yo también te quiero —dijo él.

Entonces, vio cómo su marido se soltaba de la barandilla y, de espaldas, se precipitaba al vacío.

Capítulo 43

Marcus está tumbado en mi sofá, con los pies en alto y las manos en la nuca, viendo un partido de fútbol.

—Marcus —digo yo—. No me escuchas.

—Sí te escucho.

No es verdad.

—Sí te escucho —insiste, y luego, añade-: ¡Ahh! —alguien ha fallado un gol en la pantalla.

—Entonces, ¿qué opinas? —tengo el bolígrafo preparado sobre el bloc de notas.

A regañadientes, mi prometido aparta los ojos del televisor.

—¿Sobre qué?

Recojo un almohadón y se lo lanzo.

—¡No me estás prestando ninguna atención!

Suelta una risita y empiezo a golpearle, indignada.

—Era algo sobre flores —conjetura—. O vestidos.

Le retuerzo la oreja.

—¡Ay! ¡Ay! Me rindo —gimotea—. De acuerdo, puede que no estuviera escuchando.

—No te preocupas lo más mínimo por la boda —espeto con tono acusador mientras me cruzo de brazos—. Ni siquiera sé por qué vamos a casarnos.

Marcus me descruza los brazos, me coge las manos y me las besa.

—Vamos a casarnos porque nos queremos.

—Si me quisieras, me ayudarías. Hay muchas cosas que hacer —noto que la presión me va minando y me cuesta empezar a pensar en todo lo que tengo que organizar.

—Y porque te quiero, he hecho algo mejor —me dice Marcus con tono de suficiencia. Me acerca hacia sí de un tirón.

—¿Cómo? —mantengo un mohín en los labios para que se dé cuenta de que no soy una absoluta sometida.

—He contratado a una persona para que organice nuestra boda.

—Ah.

—Te he concertado una cita con él para que le pidas todo lo que se te ocurra.

Me recuesto en el asiento.

—¿Él?

Marcus se encoge de hombros.

—¿Acaso es gay?

—No lo sé —admite Marcus—. ¿Importa?

—Igual quiere que me ponga un vestido rosa en plan merengue —conozco a Clive y a Tristan. Sus gustos en cuanto a la elegancia en el vestir no se inclinan precisamente por la discreción. Acabaré llevando una monstruosidad y, para rematar, unas alas de hada. En comparación, la boda de Jordán se tildaría de discreta.

—Ese tipo acaba de organizar la boda de alguien en mi oficina. Dicen que es todo un profesional. Fue la boda del siglo, como lo será la nuestra. Sea gay o no, las recomendaciones son excelentes.

—¿Y él se encarga de todo?

—Sí —Marcus enrosca sus dedos entre los míos—. Quiero que disfrutes de estos momentos, y no que el estrés pueda contigo. Nunca volveremos a casarnos, Lucy. Quiero que sea perfecto.

—Apuesto a que resulta muy caro.

Marcus exhala un suspiro.

—Deja que yo me preocupe por eso —dice—. Me acaban de pagar una bonificación espléndida y quiero invertirla por todo lo alto. Es un día que recordarás el resto de tu vida. Tiene que ser especial.

—De acuerdo —le abrazo mientras, a escondidas, alcanzo el mando a distancia y apago el televisor.

—No puedo negarte nada —Marcus me dedica una sonrisa indulgente—. ¿Y si quedas con él mañana mismo? El tiempo empieza a apremiar.

—Claro —me proporcionará una buena excusa para llamar al trabajo diciendo que estoy enferma, y así me evitaré tener que contemplar la expresión de tristeza de Aiden Holby en la oficina—. Gracias, Marcus. Ha sido todo un detalle por tu parte —le planto un beso en los labios.

—Ven aquí, gatita —Marcus suelta un gruñido, tira de mí y me coloca encima de él.

—¡Ay! —protesto.

—Perdona —dice, mientras levanta el bajo de mi falda—. ¿Qué tal la batalla con bolas de pintura?

—Dolorosa —respondo. Por más motivos de los que estoy en condiciones de explicar.

—¡Caray! —mi prometido abre los ojos como platos al ver las manchas negras y azules que me cubren las piernas—. Son unos moratones tremendos.

—Sí —admiro mis heridas de guerra que, todo sea dicho, duelen a rabiar—. Deberías ver a los demás.

Marcus se echa a reír.

—Apuesto a que se las hiciste pasar moradas.

Yo también me río, y luego mi ademán arrogante se desvanece. Marcus no tiene que enterarse de que a uno de mis compañeros en particular se las hice pasar especialmente moradas. Para mi vergüenza, una vez más he dejado a Aiden Holby con un enorme cardenal, y no tenía nada que ver con mi destreza con una escopeta.

Capítulo 44

Chantal me coge de la mano y tira de mí hacia delante.

—No quiero estar aquí —protesto.

—¿Te crees que yo sí? —replica ella—. Tú eres quien se va a casar dentro de unas semanas. No te vendría mal irte haciendo a la idea.

Vuelve a dar otro tirón, esta vez con más ahínco, y subo volando los escalones que conducen al vestíbulo de recepción de Trington Manor.

—No sabía que Marcus hubiera concertado la cita aquí —digo enfurruñada—. De haberme enterado, me habría negado a venir.

—¿Por qué? —pregunta Chantal—. Es donde vas a celebrar tu boda. En algún momento tendrás que aceptarlo.

Chasqueo la lengua en señal de desaprobación.

—Te portas como si tuvieras cuatro años —Lewis, el niño de cuatro años que sujeta con la otra mano, me brinda una sonrisa angelical. Si me comportara como él, todo iría sobre ruedas. Me resulta extraño ver a Chantal cargando con un crío, pero no parece que a ella le moleste gran cosa—. No suelo aprobar las cosas que Marcus hace, pero la verdad es que ha tenido una idea estupenda.

—Preferiría que él y yo nos marcháramos a un lugar tranquilo y acabáramos de una vez con el trabajo sucio —digo yo, en referencia a nuestros próximos esponsales—. No me apetece tanto jaleo.

—Pues parece que lo vas a tener, te guste o no —indica Chantal—. Además, va a ser tu gran día. Relájate y disfruta, cariño. Marcus dice que no hay que reparar en gastos.

—Por eso voy a tener un organizador de bodas.

—De ninguna manera puedes cargar tú sola con todos los preparativos —declara mi amiga con tono tajante—. Sobre todo, con tan poca antelación. Necesitas ayuda. Y Marcus, como la mayoría de los hombres, nunca estará a la vista cuando haya cosas que hacer —Chantal afloja su opresión mortal y enlaza su brazo con el mío—. ¿Con quién hemos quedado?

Miro la tarjeta de visita que Marcus me ha entregado. «Eventos Inolvidables». Muy elegante. Entre risitas nerviosas, comento:

—Es un tío. ¿Qué clase de hombre quiere ser organizador de bodas? Me preocupa que sea gay.

—No —dice Chantal con tono circunspecto—. Te aseguro que no es gay.

—¿Lo sabes por experiencia? —bromeo.

Entonces, reparo en que ha empalidecido ligeramente y me doy la vuelta para seguir su mirada. La sonrisa se me borra de un plumazo. Frente a mí se encuentra Jacob, Jazz, o cualquiera que sea la personalidad que haya adoptado para la ocasión. Ciertamente es que Chantal tiene conocimiento carnal de él. Y ambas sabemos que no es gay. Es mi ex novio, el prostituto con el que mi amiga disfrutó de varios encuentros íntimos.

—Hola, Lucy —dice Jacob con una nota de timidez.

Se le ve tan guapo como de costumbre y mi botón de alarma se dispara en el acto.

—Ah, no —digo, caminando hacia atrás—. No puedo pasar por esto.

—Lucy... —dice Jacob.

Girándome hacia Chantal, espeto:

—¡Lo sabías!

—No es verdad —me asegura—. Jacob es la persona que te habría recomendado, lo admito; pero no tenía ni idea de que Marcus se había puesto en contacto con él. Por favor, Lucy, acéptalo. Sigo pensando que es una idea estupenda.

—¡Ni hablar!

—Venga —me apremia Chantal—. Es la nueva profesión de Jacob, y se le da de perlas.

—Por lo que he oído, tampoco se le daba mal su ocupación anterior —replico con brusquedad. Hablamos de Jacob como si no estuviera presente.

Chantal se echa a reír, lo cual —debo decir- resulta poco apropiado.

—Lo pasado, pasado está —sentencia mi amiga—. ¿No decís eso los ingleses?

—Tengo varias ideas fantásticas —interviene Jacob.

—¿Ah, sí? Pues follarte a una de mis amigas no fue tan buena idea —bajo la voz para que Lewis no me oiga.

—Marcus ha organizado este encuentro pensando en ti —señala Chantal—. Si lo cancelas, ¿qué vas a decirle?

—No lo sé —respondo—. Es más, me da igual.

—Sé sensata, Lucy —contraataca ella—. Necesitas ayuda. Conoces a Jacob, puedes confiar en él.

Aunque parezca mentira, creo que mi amiga no pretende ser irónica con semejante comentario.

—Por favor —insiste—. Escucha lo que tiene que decirte, nada más.

—He reservado una mesa en el restaurante —anuncia mi organizador de boda—. Podemos probar la comida, examinar los menús. Preparan unos postres de chocolate sensacionales.

¿En serio? Puede que las cosas empiecen a mejorar.

—Y tenemos que elegir un tema de ambientación —añade Jacob.

—¿Elegir un tema de ambientación? —la sola idea me resulta aterradora. ¿Cómo le explico a Jacob que hasta elegir a mi futuro marido me ha costado un buen esfuerzo?

—Dime que lo harás —suplica Chantal.

Como es habitual, mi cerebro se enfrenta a un dilema y rebota en vano contra mi cráneo mientras de mis labios salen dos palabras:

—De acuerdo —levanto las manos en señal de resignación—. Lo intentaré.

Jacob y Chantal intercambian una sonrisa.

—Pero si alguna vez averiguo que entre los dos habéis tramado todo esto, dejarás de ser mi amiga en el acto, Chantal Hamilton.

—Me empeño en que sigas adelante porque te quiero —dice Chantal—, y me preocupo por ti. Sé que Jacob te cuidará muy bien.

Me abstengo de preguntar cómo puede estar tan segura al respecto.

—Y ahora voy a dejaros solos para que os pongáis a trabajar —anuncia mi amiga—. Llevaré a Lewis al jardín para que corra un poco y descargue energía. No quiero que se aburra. Pero cuando vuelva tienes que contarme todos los detalles.

Acto seguido, nos deja de pie, a solas, y antes de que pueda yo juzgar lo acertado de mi decisión, Jacob dice:

—En fin.

—Bueno —respondo yo.

Me ofrece el brazo, que acepto. Luego, con sus acostumbrados modales impecables, me acompaña a través del restaurante. Los nervios se me agarran al estómago, y no sólo porque me vaya a casar en breve.

Nos sentamos a una mesa en el rincón antes de volver a hablar.

—Quiero felicitarte —dice Jacob. Lleva un traje gris marengo que resalta sus preciosos ojos azul celeste. Su dentadura es perfecta; su sonrisa resulta arrebatadora. Entiendo que tuviera tanto éxito como prostituto de lujo. Y también entiendo por qué fue un novio estupendo—. Pero además, quiero pedirte disculpas.

—No es necesario —me limito a responder.

—Sí que lo es —insiste él—. Lamento mucho la manera en que acabaron las cosas entre nosotros.

—Es agua pasada —respondo yo con tono despreocupado, aunque me sorprende descubrir que aún arde una pequeña llama en mi interior.

Me gustaba Jacob. Me encantaba. Y me pregunto si Chantal me ha animado a aceptarle como organizador de mi boda con la esperanza de que, al volver a encontrarnos, surja algo entre nosotros que ponga fin a mi compromiso. No me extrañaría; cuando se lo propone, llega a ser una norteamericana muy intrigante. Bueno, pues se equivoca. Para mí no existe más hombre que Marcus.

—Gracias por acceder a contratarme, Lucy —dice Jacob—. No te arrepentirás, te lo prometo. Me aseguraré de que tengas una boda fantástica.

No es una boda fantástica lo que me inquieta. Me preocupa más que el matrimonio que la acompañe resulte fantástico.

Capítulo 45

—Venga, no seas pelma —Marcus se coloca detrás de mí, me levanta el pelo y me besa en el cuello—. Vamos a llegar tarde.

Se podría decir que, literalmente, voy arrastrando los pies. Esta noche cenamos con los padres de Marcus y, la verdad, preferiría que me arrancaran los dientes. Uno a uno. Sin las ventajas de la anestesia moderna.

—¿Qué tal te fue ayer con el organizador de bodas?

—Ah, muy bien —respondo. De ninguna manera pienso decirle que hemos contratado a un ex prostituto que, para colmo, ha sido mi novio.

—¿Te parece bueno? —pregunta Marcus—. Sólo acepto lo mejor para mi chica.

—Creo que la boda será maravillosa —respondo con evasivas. Hasta yo misma he de admitir que Jacob propuso varias ideas excelentes; la mejor, una fuente de chocolate para el banquete.

—He reservado mesa en Alfonso's —prosigue Marcus—. Tu restaurante preferido —no es mi preferido, pero Marcus cree que sí. Me pregunto qué otras cosas piensa de mí que no son ciertas.

—Estupendo —digo yo, pero suena como si me pareciera cualquier cosa menos estupendo.

—Sé que ver a mis padres te supone un calvario, pero ellos te adoran —dice Marcus.

No me adoran. Hilary, su madre, a duras penas me tolera. Deja meridianamente claro que, en su opinión, estoy robándole a su único hijo cuando salta a la vista que no me lo merezco. Cuanto más hablo, más miradas indignadas me lanza, de modo que cada vez hablo menos, y luego me lanza miradas indignadas como si yo fuera retrasada mental. Siempre salgo perdiendo.

David, su padre, es un poco mejor, pero siempre trato de sentarme lo más lejos posible de él. Lo que voy a decir podría manchar su reputación de manera terrible, pero parece uno de esos donjuanes que se quedarían tan contentos si pudieran acariciarte el muslo por debajo del mantel. Se podría decir que de tal palo, tal astilla; pero prefiero no meterme en esos vericuetos.

Sólo les he visto un puñado de veces en los cinco años que he estado con Marcus y he de decir que, en mi opinión, han sido demasiadas. Seguro que ellos opinarían lo mismo.

Por fin, estoy preparada. O lo más preparada posible.

—Estás impresionante —me dice Marcus. Me acaricia el cuerpo de arriba abajo con ambas manos—. Me gustaría hacerte el amor ahora mismo.

Me aparto de él.

—En ese caso, llegaríamos aún más tarde —y su madre sabría, exactamente, en qué andábamos metidos.

—De acuerdo, lo dejaremos para más tarde, gatita caliente —suelta un gruñido en plan de broma y me da un apretón en el trasero.

Ni siquiera en el taxi Marcus es capaz de quitarme las manos de encima, y me pregunto qué le impulsa a actuar de esta manera. Lleva así desde que volvimos juntos. Para ser sincera, empiezo a cansarme de tanto sexo. Me ha hecho el amor sobre el respaldo del sofá más veces de las que quiero acordarme. No sé si es que trata de demostrarme lo mucho que me quiere; o tal vez es que, como por primera vez no tiene ninguna otra mujer, me echa un polvo descomunal cada cinco minutos. No podemos continuar a este ritmo. Es inhumano.

Por una parte, me halaga que me desee hasta tal punto, pero cuando ahora me mete los dedos por dentro del sujetador y se pone a jugar con mi pezón, con el rabillo del ojo observo que el taxista nos mira a través del espejo retrovisor. No sólo está echando un buen vistazo; apuesto a que también piensa que soy una puta. Me pregunto si Marcus estará tomando Viagra.

Consigo llegar al restaurante sin ser violada en público, pero me siento acalorada, nerviosa. Marcus, por descontado, está más fresco que una lechuga. Sus padres ya han llegado, lo que me hace perder varios puntos sobre la marcha.

David me abraza con afecto, aunque noto que me pasa la mano por la espalda como si estuviera comprobando si llevo sujetador. Hilary mantiene una prudente distancia mientras me da un rápido beso en ambas mejillas, a todas luces confiando que su futura nuera no padezca una enfermedad contagiosa. Nos sentamos y, cómo no, termino encajonada entre David y Marcus.

—Pediremos champán —anuncia David con tono magnánimo—. Hasta ahora no hemos tenido la oportunidad de celebrar vuestro compromiso de boda.

Hilary se abstiene de hacer comentarios.

Llega el champán y se efectúan los brindis pertinentes. Marcus se gira hacia su padre y empieza a hablar de golf, dejándome que me ocupe de Hilary.

—Todo esto resulta muy repentino —comenta ella con tono seco.

—Bueno —digo yo—, llevamos cinco años juntos. Me figuro que tenía que ocurrir en algún momento.

La expresión de la madre de Marcus denota que preferiría que jamás hubiera ocurrido.

—Los invitados que queremos que asistan por encima de todo están teniendo apuros para poder aceptar.

Unas dos mil personas van a asistir a nuestra maldita boda, todas ellas invitadas por Hilary, y de las que nunca he oído hablar. Hasta el propio Marcus desconoce por completo a la mayoría. Son amigos del club de golf, del club de criquet y del club de *bridge*, me imagino. Personalmente, me importa un bledo si pueden asistir o no.

Hilary continúa con la misma actitud y trato de no hacerle caso mientras le lanzo a Marcus una mirada asesina que dice a gritos: «¡Rescátame!». Está tan absorto relatando los entresijos de su última partida que mi llamada se le pasa completamente por alto. Examino el restaurante con la esperanza de ver llegar el auxilio en forma de comida.

Entonces, mis ojos aterrizan sobre una mesa en el rincón. Un rincón de lo más romántico, por cierto. Veo a Crush allí, sentado. Y no está solo.

Capítulo 46

Una atractiva morena con pinta de modelo de pasarela está sentada frente al señor Aiden Holby. No paran de charlar y sueltan leves risitas. Noto una odiosa punzada de celos en mi interior. No hace ni cinco minutos que Crush me besuqueaba, ataviado con su ropa de combate y con la cara manchada de barro. Y ahora, ¡mírale! Me he pasado el día con él en la oficina y en ningún momento ha dicho que tenía una cita. Pero claro, ¿por qué iba a hacerlo? Yo tampoco le conté que iba a venir a este restaurante con mis futuros suegros.

Como si se diera cuenta de que le están observando —tal vez yo debería haber apartado mis pupilas asesinas—, se gira para mirarme. Da un ligero respingo, no sé si de sorpresa o de terror.

Levanta la mano y me saluda amistosamente. Aprieto los dientes y le devuelvo el saludo. Lleva una camisa negra y está guapo a rabiar. Menudo cabrón desconsiderado.

—¿Un admirador? —pregunta Hilary, perpleja de que pudiera tenerlo.

—Es mi jefe —respondo yo, incapaz de ocultar la nota de tristeza en mi voz.

¿Por qué me deprime tanto ver a Crush aquí, con otra mujer? Estoy celebrando mi compromiso y mi inminente boda. ¿Por qué habría de importarme lo que Aiden *Tengo-Una-Nueva-Novia* Holby haga o deje de hacer? Apuesto a que esa chica es una inútil con una escopeta automática de balas de pintura, réplica del AK-47. Es de esa clase de mujeres que prefieren hacerse la manicura a arrastrarse de rodillas por el barro. Ahora que lo pienso, yo también.

De alguna manera, vamos superando la cena. Hilary continúa lamentándose a mi oído y David no deja de lanzarme miradas de lo más extrañas. Va llegando un plato detrás de otro y sigo examinando la mesa de Crush. Por lo que se ve, comen al mismo ritmo que nosotros. Confiaba en que se acabaran a toda prisa un par de platos y se largaran, pero no ha habido suerte. Por otra parte, si se hubieran ido antes, me preguntaría qué estaban haciendo. Mierda.

Por fin, afortunadamente, llega mi postre: tarta de chocolate fundido acompañada de helado de vainilla. Ah, qué delicia. Me arriesgo a lanzar otra mirada a la mesa de Crush y compruebo que le están sirviendo lo mismo que a mí. Marcus ha elegido pastel de bayas, que no lleva ni pizca de chocolate. Por mucho que digan, no es un postre en condiciones. Me pregunto hasta qué punto tengo cosas en común con mi futuro marido. ¿Cómo puede alguien en su sano juicio elegir unas malditas frambuesas cuando aparecen en la carta tantas exquisiteces a base de chocolate?

Crush introduce una cucharada de su tarta en la boca de doña «Modelo de Pasarela». Lo hace a propósito, porque estoy observando. Qué niñería. No pienso volver a mirar, sólo para fastidiarle.

Entonces, cuando me dispongo a atacar mi postre, noto que una mano me sube por el muslo. Me quedo helada y aprieto las rodillas, lo que hace que la mano se vea obligada a subir aún más. Vuelvo la vista a Marcus, pero no parece darse cuenta en absoluto. Miro a David, y me dedica una amplia sonrisa. Madre mía. El padre de mi prometido me está acosando sexualmente por debajo del mantel.

Sí, ahí va otra vez. Otro apretón demasiado cariñoso.

—Disculpadme —abandono mi tarta—. Tengo que ir al lavabo.

Atravieso el comedor a la velocidad del rayo y me refugio en el cuarto de baño. Es de lo más elegante, revestido de madera oscura con reflejos color cereza. Me salpico agua en la cara, a sabiendas de que me echaré a perder el maquillaje, y luego coloco las muñecas debajo del grifo.

Mientras reflexiono sobre lo que debo hacer, se produce una tímida llamada en la puerta y oigo la voz de Crush:

—¿Lucy? ¿Estás ahí, Lucy?

No tengo dónde esconderme. No hay salida de emergencia. Estoy atrapada. Aiden Holby abre la puerta de par en par.

—¿Te encuentras bien?

—Perfectamente —respondo con voz ahogada. Por alguna razón, bajo la voz hasta hablar en susurros—. ¿Qué haces aquí?

—¿Aquí, en el baño? —dice Crush—. ¿O te refieres al restaurante?

—¡A los dos!

—Estoy en el restaurante porque he quedado con una chica encantadora. Y estoy aquí porque he venido a ver si te encontrabas bien. Parecías muy agobiada cuando atravesaste el comedor como un gato escaldado.

—Es que estoy muy agobiada.

—¿Te apetece que hablemos?

—¿Aquí?

Tira de mí, me introduce en un cubículo al extremo de la fila y cierra la puerta a sus espaldas. Bajo la tapa del váter y me siento. Crush se apoya en la pared.

—¿Tiene algo que ver conmigo?

Me cruzo de brazos y trato de adoptar una actitud altanera.

—¿Por qué piensas que mi vida entera gira alrededor de ti?

Me dedica una amplia sonrisa.

—Parecías bastante cabreada al verme con otra mujer.

—¡No es verdad!

—He quedado varias veces con ella —explica, a pesar de que no me interesa lo más mínimo—. Nada más. Es italiana y modelo de pasarela. Ha venido a trabajar.

¡Vaya por Dios! No sólo parece una modelo de pasarela sino que, encima, lo es. Qué injusta es la vida, joder. Además, debe de ser una de esas lagartas de las que dicen: «El chocolate no me gusta mucho, la verdad.» Odio hasta el mismo suelo que pisa.

—Da la impresión de que te lo estás pasando en grande —procuro no parecer amargada y retorcida.

—Pues a ti, al contrario, se te ve muy deprimida.

Opto por no decir nada que pueda incriminarme.

—¿Quién es esa bruja del Botox y la sobredosis de laca en el pelo?

—Hilary —respondo—. La madre de Marcus.

—Aaah —dice Crush—. Y ésa va a ser tu suegra durante los próximos veinticinco años o así.

Aún sentada en el váter, dejo caer los hombros.

—No me lo recuerdes —sacudo la cabeza, tratando de quitarme de la mente la imagen de la mano de David subiéndome por la pierna—. Y eso no es lo peor. Como se te ocurra decirle esto a alguien, te mataré —la mirada que le lanzo da fe de que hablo en serio—. El padre de Marcus acaba de meterme mano.

Crush suelta una carcajada.

—No te rías —protesto—. No tiene gracia.

Entonces oigo que se abre una puerta, así que hago callar a Aiden. Segundos después suena la voz de Hilary.

—¿Lucy? ¿Lucy? ¿Te encuentras bien? Hace mucho que te marchaste de la mesa. Marcus me envía a buscarte.

—Estoy perfectamente, Hilary —respondo.

Crush me empuja hacia atrás con suavidad y, en completo silencio, se sube en el váter, enfrente de mí. ¿Qué hace? Le miro, extrañada, y se lleva un dedo a los labios para que me calle; luego, señala el hueco entre la puerta del cubículo y el suelo. Tengo que sujetarle por los muslos para impedir que se tambalee. Su entrepierna se encuentra peligrosamente cerca de mi boca. El corazón se me dispara en el pecho y no sólo porque Hilary la Sanguinaria esté merodeando al otro lado.

En efecto, veo la cabeza de mi futura suegra pegada al suelo. Joder, está intentando mirar por debajo de la puerta. Pero ¿qué se piensa? ¿Que tengo a un hombre aquí dentro? Bueno, la verdad es que sí.

—¿Seguro que estás bien? —dice, en la misma posición.

—Tengo la tripa un poco revuelta —respondo a toda velocidad.

—Debe de ser por tantas emociones —responde ella.

Debe de ser porque tu marido está tratando de tocarme la vagina.

—Saldré enseguida —digo—. No me esperes. Dile a Marcus que estoy bien.

Se marcha y siento un inmenso agradecimiento porque no se le haya ocurrido utilizar las instalaciones una vez que estaba aquí. No creo que hubiera podido soportarlo. Ninguna mujer debería verse obligada a escuchar cómo su futura suegra hace pis.

Cuando la puerta se cierra a sus espaldas, Crush se baja del váter de un salto. Siento que voy a desmayarme de puro alivio.

—Ha sido divertido —comenta—. Un tanto depravado, eso sí.

—¿Cómo sabías que iba a mirar por debajo de la puerta?

—Es lo que hacen siempre esa clase de mujeres —responde Crush, si bien no me imagino de dónde habrá sacado semejante información.

—¡Joder! —me sujeto la cabeza entre las manos—. ¡Menuda familia política me he buscado!

—Tengo que irme —anuncia Crush. A pesar de que estamos en un retrete, Aiden me planta un beso rápido y firme en la boca—. Disfruta del resto de la velada —dice con una sonrisa mientras sale del cubículo como si nada.

Pero el muy canalla sabe de sobra que no la disfrutaré.

Capítulo 47

Ninguna de nosotras encuentra palabras. Estamos sentadas en Chocolate Heaven, y ni siquiera las deliciosas trufas al champán que Clive nos ha servido consiguen calmarnos. Tenemos el ánimo por los suelos debido a la terrible tragedia que ha sufrido nuestra amiga.

Nadia viste de negro. Tiene el semblante pálido, demacrado. Picotea su dulce sin entusiasmo; luego aparta el plato a un lado.

—Toby llegará hoy, dentro de unas horas —dice rompiendo el silencio—. ¿Alguna de vosotras puede acompañarme?

—Iremos todas —respondo yo—. No deberíamos haberte dejado ir sola a Las Vegas. Lo que te ha pasado es espantoso.

—Creo que aún no he terminado de darme cuenta —admite ella—. Y no sé qué habría hecho sin vosotras.

No puedo decir gran cosa a mi favor, pero Chantal se ha portado de maravilla. Una vez más, se ha hecho cargo de la situación cuidando de Lewis y ayudando a Nadia con los preparativos del funeral. ¿Por qué será que en los momentos más terribles de tu vida hay que solucionar tanto papeleo? Para Nadia ha supuesto una auténtica pesadilla, pero lo está llevando increíblemente bien. No creo que yo hubiera demostrado tanta resistencia de encontrarme en su situación.

—Y ahora, ¿las deudas de Toby se han liquidado? —aventuro yo. No es una pregunta agradable, lo sé; pero soy consciente de que las cuatro queremos abordar el asunto. Detesto la idea de que Nadia tenga que enfrentarse a problemas financieros encima de todo lo demás.

—Ojalá —suspira ella—. Esta mañana he ido a ver a la abogada. Los del banco podrían reclamarme las deudas si deciden ir por las malas. Hemos quedado en que va a negociar con ellos en mi nombre para que sólo tenga que pagar una parte del dinero.

—¿Cómo pueden los banqueros ser tan inhumanos? —pregunta Autumn.

—Cuestión de negocios —responde Nadia, encogiéndose de hombros con ademán cansado—. El problema es que si se deciden por el embargo de propiedades, no encontrarán nada. La casa está hipotecada hasta arriba, debemos dinero a todo el mundo, incluida Chantal. Hasta la furgoneta de trabajo de Toby está sin pagar. Se metió en deudas por valor de noventa mil libras a través de doce tarjetas de crédito diferentes; lo perdió todo en páginas de apuestas de Internet. Noventa mil libras —repite—. ¿Cómo fue capaz? Apostó otras cuarenta mil en Las Vegas, tratando de recuperar parte del dinero —la expresión de Nadia es desoladora—. Ni que decir tiene, no funcionó. Si el banco optara por perseguirme, nos quedaríamos en la calle.

—Siempre habrá sitio para vosotros en mi casa —dice Chantal.

—Gracias —Nadia trata de esbozar una pálida sonrisa, pero las lágrimas no tardan en brotar—. No dejo de preguntarme si habría alguna otra cosa que hubiera podido hacer. Si le podría haber dicho algo que consiguiera frenarle.

—Nadia —digo yo mientras le agarro de la mano—. Sabes que hiciste todo lo posible. No te castigues con este asunto.

—Por una parte, sufro por haberle perdido —prosigue ella-; por otra, le odio por habernos dejado a Lewis y a mí en este lío; por último, me alivia pensar que no va a volver a apostar. No

sé a cuál de estas emociones enfrentarme primero —Nadia se frota la cara con ambas manos—. Tengo la impresión de que la cabeza me va a estallar.

—Te ayudaremos a superarlo —promete Autumn—. Para eso estamos aquí.

—Hoy necesitaba salir de casa —comenta Nadia—. Sin Toby, la sensación de vacío era tremenda. Sigo esperando que entre por la puerta en cualquier momento.

—Tardarás un tiempo en acostumbrarte —le dice Autumn—. Sigue hablándonos de ello, no te lo guardes para ti. Sabes que haremos todo lo que esté en nuestra mano. Te prepararé una mezcla de aceites de aromaterapia que te ayudará a dormir.

—Las pastillas de Temazepam que me tomo con un trago de coñac para cocinar me funcionan, de momento.

Autumn se muerde las uñas con nerviosismo; luego se lleva la mano a la escayola que le cubre el cuello.

—Cariño, da la impresión de que tú también tienes tus problemas —le dice Chantal con tono amable—. ¿Te has cortado al afeitarte?

Autumn sacude la cabeza.

—Uno de los socios de mi querido hermano me amenazó.

Otra mirada de preocupación recorre la mesa.

—Parece que la cosa se está poniendo fea —le digo.

Hace un gesto de asentimiento.

—Creo que, esta vez, Richard está tocando fondo.

—Y te arrastra a ti con él.

Vuelve a asentir.

—Cuando anoche volví a casa del hospital, un matón me estaba esperando. Quería que le diera un mensaje a Richard.

—¿Cómo se encuentra, por cierto?

—Mejor —responde con un suspiro cansado—. Luego voy a ir a verle —de manera inconsciente, vuelve a acariciar la escayola—. Para darle el mensaje.

Me hundo en mi asiento y cojo otra trufa.

—No nos vendría mal alguna buena noticia.

—Bueno —dice Chantal con una sonrisa mientras se da palmaditas en el vientre con ademán protector—. Esta mañana he notado por primera vez que la pequeña Hamilton se movía. Ha sido genial. Creo que por fin me estoy acostumbrando a este lío de la maternidad.

—¿Cómo te van las cosas, Lucy? —pregunta Autumn.

—Sin novedad —respondo con tono ligero—. Me pasé media noche en el váter de un restaurante italiano, después de que el padre de Marcus me metiera mano, con los testículos de Crush a unos centímetros de mi boca mientras mi futura suegra trataba de mirar por debajo de la puerta —¿el hecho de que mis amigas acepten sin rechistar tan rocambolesca historia da la medida de mi tortuosa vida?—. Ahora tengo que llamar a mis padres y a sus respectivas parejas para invitarles a la boda. ¡Dios! Confío en que estén demasiado ocupados para asistir. ¿Estaría tan mal esperar hasta el último momento para llamarles?

—Lucy, no seas tonta —me reprende Autumn—. ¿Qué otros compromisos les impedirían acudir a la boda de su hija?

—El golf, el tenis y el *bridge* serían factores importantes. Si se celebra el campeonato de

alguno de los clubes, seguro que deciden no venir. Mi madre llegaría a pensárselo dos veces si tuviera una cita previa en la peluquería —ahora que lo pienso, se llevarían de maravilla con Hilary y David—. Mis padres no han vuelto a verse desde el divorcio. Ya veo las paredes manchadas de sangre. Tendremos suerte si sobrevivimos a la jornada sin que se maten entre sí —de pronto me siento mal por mencionar la muerte con la tragedia de Nadia tan reciente.

—Al menos tenemos algo que esperar con ilusión —dice Nadia, por fortuna haciendo caso omiso de mi metedura de pata—. La idea de tu boda es lo único que me mantiene a flote.

—Pues yo la temo —respondo. Por razones demasiado variadas y complejas como para pararme a reflexionar.

—Todo saldrá a la perfección —asegura Chantal—. Ya lo verás.

Nadia también reacciona para tranquilizarme.

—Serás una novia preciosa.

—Eso espero —me trago la trufa al champán en busca de consuelo—. Con la suerte que me caracteriza, no me extrañaría que el universo conspirara en mi contra para que ni siquiera llegue a acercarme al altar.

Capítulo 48

—Dijo que tenías algo que les pertenecía —Autumn acababa de contarle a Richard la historia de su encuentro nocturno con el navajero.

Su hermano había ido empalideciendo por momentos.

—Me colocó un cuchillo en el cuello —señaló inútilmente la escayola que le ocultaba la herida. Luego cayó en la cuenta de que debía de tratarse del mismo hombre que le había propinado la paliza a su hermano y se preguntó si, por esta vez, ella misma se había librado de milagro.

—Lo siento mucho. Nunca tuve la intención de que sucediera una cosa así.

—¿Es verdad lo que dijo? ¿Tienes algo que les pertenece?

Richard trató de rebullirse en la cama mientras se sujetaba las doloridas costillas. Apartó la vista a un lado.

—¿Significa eso que sí?

—Lo solucionaré en cuanto salga del hospital.

—¿Estarán dispuestos a esperar tanto tiempo?

—No tendrán más remedio.

Eran palabras atrevidas, temerarias; pero Autumn se daba cuenta de que, al menos, en el hospital estaría más a salvo que en cualquier otro lugar. Cruzó los brazos y se los ciñó al cuerpo. Añoraba a Addison. Añoraba sentirse abrazada. Desde que Richard ingresara en el hospital, apenas le había visto. Era el momento de rectificar.

—¿Qué es lo que escondes? ¿Dinero? ¿Drogas?

—Cuanto menos sepas, mejor —repuso él—. Pero te prometo que lo arreglaré de una vez por todas. No fuiste a la policía, ¿verdad?

—No —respondió Autumn—. Como idiota que soy, no fui.

—Buena chica —dijo Richard con un suspiro de alivio.

Su hermano parecía fuera de peligro, si bien todavía se encontraba muy débil. Estaba pálido y sudaba, y cuando fue a coger el vaso de agua las manos le temblaban. Autumn se preguntó hasta qué punto tendría que ver con sus heridas; tal vez fuera más bien su repentina abstinencia de las drogas. Para ser sincera, prefería no entrar en detalles. Richard estaba sufriendo, y era lo único que ella necesitaba saber. Ya estaba cansada de sentarse al borde de su cama. Addison tenía razón, sólo podía protegerle hasta cierto punto. Su hermano tenía que encargarse del resto; de otro modo, por culpa de él iba a acabar muriéndose de preocupación.

Autumn se levantó.

—Duerme —dijo—. Es lo mejor que puedes hacer. Duerme. Ponte fuerte y sal de aquí.

—No te vayas —suplicó su hermano—. Quédate. Me encuentro mejor cuando estás conmigo.

—Tengo que marcharme —insistió ella, y le plantó un beso de despedida—. Empiezo a trabajar dentro de un rato. Mira, Richard: no eres la única persona en mi vida. Hay otros que me necesitan.

Su hermano no se mostró entusiasmado ante el comentario, pero tendría que acostumbrarse, de la misma manera que ella había tenido que acostumbrarse a que, por mucho que hiciera por Richard, nunca sería lo bastante.

Era agradable regresar a una cierta normalidad. El hecho de que le clavaran un cuchillo en el cuello la había conmocionado más de lo que estaba dispuesta a admitir. Una vez en el santuario que le proporcionaba el taller de manualidades, jugueteó con un pedazo de cristal vidriado de color azul. La profundidad del tono le recordaba a un océano tropical y le aplacaba su espíritu atormentado.

Fraser levantó la vista para mirarla.

—¿En qué piensa, señorita?

—Perdona, Fraser —respondió mientras sonreía a uno de sus alumnos preferidos—. Estaba distraída.

—Me alegro de que haya vuelto.

—Yo también me alegro. ¿Cómo va ese móvil de cristal? —su pupilo, orgulloso, sujetó su trabajo en alto. Tantos meses acudiendo a clase con el único objeto de conquistar a Tasmin no habían sido en vano. Una consecuencia inesperada había sido que, por fin, empezaba a convertirse en un artista aceptable con sus manualidades de cristal vidriado. Bueno, al menos ya no se deshacían instantáneamente en pedazos, lo que Autumn interpretaba como un avance—. Es fantástico, Fraser. Fantástico, de verdad.

El joven estaba radiante de orgullo. Con frecuencia, a estos chicos sólo les faltaba un poco de alabanza y de estímulo en sus vidas sombrías. En algunas ocasiones afortunadas, el hecho de encontrar una sola cosa que supieran hacer conseguía abrir las compuertas y dar un giro a su vida.

Con el rabillo del ojo vio que Addison estaba junto a la puerta, observándola.

—Hola —dijo ella.

Addison clavó los ojos en la escayola que le rodeaba el cuello, pero no hizo comentario alguno.

—¿Te ha dicho Fraser que le he encontrado trabajo?

—No —Autumn, encantada, esbozó una amplia sonrisa.

—Aprendiz de mecánico —dijo su alumno sacando pecho—. Empiezo la semana que viene.

—Y vas a ser puntual todas las mañanas, y te vas a pasar allí todo el día —dijo Addison con una nota de advertencia en la voz.

—¡Pues claro! —Fraser arrugó la frente—. No soy ningún idiota.

—Pienso llamarte todas las mañanas —continuó Addison—. Para asegurarme de que te levantas.

—Tasmin puede darme un codazo en las costillas. Eso siempre me despierta.

«¡Vaya!», pensó Autumn. Así que también había novedades en ese terreno. Era evidente que había surgido un romance durante su ausencia. De pronto, le dio la impresión de que había faltado al trabajo meses, en vez de semanas.

Tasmin se acercó hasta ellos. Llevaba sombra de ojos de color rosa brillante que hacía juego con la barra de labios y la camiseta rasgada. Su cabello negro azabache le colgaba sobre un rostro blanco como una sábana, y un nuevo *piercing* se había sumado a la colección que lucía en los labios. La chica se apoyó contra Fraser con fingido desinterés. Entregó una pulsera a Autumn.

—La he hecho para usted, señorita.

Los hilos de plata se entrelazaban delicadamente alrededor de diminutas cuentas de cristal en

tonos pastel.

—Es preciosa —dijo Autumn—. ¿En serio que es para mí?

Tasmin olisqueó el aire para disimular lo incómoda que se sentía.

—Bueno, la hemos echado de menos —admitió a regañadientes.

—¿Verdad que es una maravilla? —dijo Autumn a Addison mientras se ponía la pulsera y la admiraba. El cristal lanzaba destellos al atrapar la luz.

Su novio parecía, en efecto, impresionado, y Autumn mantuvo su mano encima de la suya, deseando sentirse más cerca de él, mientras ambos admiraban la destreza de Tasmin. Addison se dio por enterado del roce de la mano de Autumn con una cálida sonrisa, lo que hizo que a ella el estómago le diera una vuelta de campana.

—¿Has pensado en instalar un puesto de tu propiedad para vender estas cosas? —preguntó Addison a la chica—. Están muy bien.

Tasmin sacudió la cabeza.

—Un mercadillo como Camden Market sería perfecto.

—Es una idea fantástica —aprobó Autumn con entusiasmo.

—¿Te interesaría?

Tasmin se encogió de brazos.

—Déjalo en mis manos —dijo él, tomando por un sí la evasiva respuesta—. Voy a ver si consigo información y puede que alguien esté dispuesto a financiarte.

Una sonrisa incierta cruzó fugazmente el rostro de Tasmin, y todos entendieron que estaba loca de alegría.

Autumn y Addison se dirigieron al extremo contrario del taller.

—Siento no haberte hecho mucho caso —dijo ella—. Estoy decidida a compensarte.

—Me alegro de oírlo. No pensarías que te ibas a librar de mí tan fácilmente, ¿verdad? —repuso Addison—. Si para estar contigo tengo que compartirte con tu hermano, que así sea.

Le acarició la barbilla con el pulgar y le clavó la vista en el cuello.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Me dieron un mensaje para Richard.

Un ceño fruncido ensombreció el semblante de Addison.

—Verás —prosiguió Autumn—. Me siguieron hasta mi piso.

—Me voy a vivir contigo —anunció Addison con voz monocorde—. A partir de esta noche. Sola no estarás a salvo. No hay discusión que valga.

Autumn no tenía ninguna intención de discutir. Podría no haber sido la manera más romántica de decidir una vida en común, pero para ella fue más que suficiente.

—Gracias —Autumn se puso de puntillas y besó en los labios a su novio, tan guapo, tan bondadoso.

Capítulo 49

Jacob nos ha acompañado a las cuatro amigas en nuestra visita a la sección nupcial de unos de los almacenes más famosos de Londres. Este hombre está demostrando ser un excelente organizador de bodas; no es que tenga yo con quién compararle, claro, pero se entiende. Ha llegado hasta el punto de examinarnos las manos en busca de restos de cacao después de nuestra incursión en Chocolate Heaven de camino hasta aquí. No teníamos más remedio que acopiar fuerzas para el largo recorrido que tenemos por delante. Como todo el mundo sabe, un asunto de tanta importancia requiere una sólida base de chocolate sobre la que trabajar.

Me estoy probando el vestido número diecisiete. Para ser sincera, hasta ahora todos me han resultado indiferentes, pero Jacob los ha odiado a muerte. Éste tiene brillos, aunque no demasiados. A pesar de nuestra reciente visita a Chocolate Heaven, mis niveles de azúcar están descendiendo peligrosamente, o eso me parece. La mente se me distrae demasiado a menudo con pensamientos de las chocolatinas con almendras y frutos secos de Cadbury's. De vuelta a la tarea que nos traemos entre manos, la dependienta me abrocha la cremallera y, una vez más, salgo del probador. Mis acompañantes están sentados en fila, aguardando con paciencia, y doy varias vueltas sobre mí misma para que me vean bien.

—No —espeta Jacob, frotándose la barbilla.

—A mí me gusta —comenta Autumn. Puede que su paciencia se esté agotando.

—A mí también —coincide Nadia. Todavía nos las arreglamos para arrastrar a nuestra amiga a todos nuestros encargos, a pesar de su dolor y sus protestas sobre que no resulta una compañía agradable. No vamos a consentir que se quede encerrada en casa dándole vueltas a su tragedia.

—De ninguna manera —da la impresión de que Jacob está sufriendo una metamorfosis: cada vez se parece más a Stella McCartney.

Chantal frunce los labios.

—Estoy de acuerdo con Jacob.

—El problema —digo yo, admirándome en el espejo de cuerpo entero— es que en realidad me imaginaba a mí misma en una playa, al atardecer, descalza, con un vestido suelto de gasa blanca y agarrando un par de orquídeas —no parece que nadie esté muy interesado en mi comentario.

—Pues las cosas son bien distintas —observa Chantal.

Exhalo un suspiro al contemplar mi reflejo.

—Estás a tiempo de echarte atrás —añade.

—No quiero echarme atrás —replico—, pero todo esto... —levanto la vaporosa falda—. No me pega, la verdad. Odio el jaleo, la exageración. Preferiría mil veces una ceremonia sencilla, discreta, a la que sólo asistieran las personas más cercanas a mí. Ni siquiera conozco a la mitad de los invitados. Son amigos de la madre de Marcus.

—Por eso tienes que estar espectacular —interviene Jacob. Entrega otro vestido a la dependienta—. El último. Y se acabó.

Regreso al probador arrastrando los pies y, tras numerosos bufidos y resoplidos malhumorados, me desembarazo del vestido anterior y, retorciéndome, me enfundo en éste. Como no puedo arriesgarme a rozar siquiera mi alimento favorito vestida de esta guisa, saco mi

chocolatina Galaxy de emergencia y, lentamente, paso la lengua por el envoltorio, adquiriendo por osmosis, o como se diga, los beneficios que el consumo de chocolate aporta. Vuelvo a salir.

Esta vez, todos los presentes ahogan un grito.

Me están poniendo nerviosa.

—¿Qué pasa?

—Ay, Lucy —dice Nadia. Los ojos se le han cuajado de lágrimas. Pero claro, como es natural, por el momento se encuentra más emotiva de lo normal.

Me miro en el espejo y también ahogo un grito.

—¿Soy yo de veras esa preciosidad?

Nos echamos a reír al unísono. Entonces Nadia saca un pañuelo de papel y se suena escandalosamente. Autumn la rodea con un brazo para consolarla.

—Perfecto —declara Jacob.

Y tiene razón. Es perfecto. Estoy espléndida. Parezco la auténtica novia radiante. Es un vestido de tubo de seda tornasolada, en un exquisito tono de chocolate blanco. Me hace curvas donde se supone que debo tenerlas y los delicados plisados ocultan aquellas pequeñas zonas que muestran una amistad de toda la vida con los derivados del cacao. Nunca imaginé que un simple vestido pudiera conferir semejante grado de sofisticación a una persona que siempre ha carecido de ella.

—Nos lo quedamos —sentencia Jacob.

Entonces consulto la etiqueta con el precio y ahogo otro grito.

—¡No puedo pagar este vestido de novia!

—Por mucho que duela, entrega la tarjeta —dice Chantal.

—No puedo.

—A Marcus le encantará —interviene Nadia, aún sollozando.

—Pero es que, si lo pago, tendremos que comprar en Primark vuestros conjuntos de damas de honor. Llevaréis unos vestidos baratos y espantosos de color verde chillón.

—Ya está pagado —dice Jacob. Evita mi mirada y observo dos parches rosados en sus mejillas. Le favorecen un montón—. Es mi regalo de boda.

—No seas absurdo.

—Lucy, eres una persona muy especial para mí —dice—. Me encantaría que lo aceptaras.

—Pero Jacob, no puedes hacer eso. Es demasiado —paseo la vista a mi alrededor en busca de apoyo—. No puedo aceptar, de ninguna manera.

Chantal hace un gesto con la cabeza, dando a entender que lo acepte. Es evidente que, en su opinión, Jacob se lo puede permitir. No tengo ni idea de cuánto cobra por sus servicios, pero tal vez esta nueva profesión resulte más rentable que la anterior.

—Y yo pagaré los vestidos de damas de honor —anuncia Autumn—. Siempre que elijamos un color que no se mate con mi tono de pelo.

Ahora soy yo quien se echa a llorar. Nadia ha vuelto a coger los pañuelos de papel y me entrega uno. Mis amigas se acercan a abrazarme todas a la vez. Hasta Jacob se suma al abrazo.

—Gracias —digo entre sollozos—. Y gracias a ti, Autumn.

Qué bien se portan conmigo. A pesar de las dudas que me siguen asaltando, puede que el día de mi boda resulte ser el más feliz de mi vida.

Capítulo 50

La familia de Toby era católica. El funeral se había organizado en su parroquia ya que Nadia era consciente de que a sus suegros les agradaría. Apenas soportaba ver a la madre de Toby en pleno llanto y, aunque no había reproches en sus miradas lacrimosas, Nadia consideraba que ella misma se habría sentido mejor si los hubiera. La madre de Toby contemplaba el suicidio de su hijo como el mayor de los pecados. Nadia pensaba que el mayor pecado había sido dejar abandonado a Lewis a una edad tan temprana. Toby nunca asistía a misa, y ella tampoco; pero Nadia sabía que a su suegra le importaba y quería ofrecer todo el consuelo posible a la apenada mujer con los ojos enrojecidos.

¿Tenía Toby la intención de lanzarse al vacío desde lo alto de la torre del Stratosphere, o acaso trataba de volver a pasar por encima de la barandilla para regresar a su lado? Hubo un momento, un brevísimo instante, cuando Nadia se sintió de nuevo cercana a él, cuando vio al Toby de siempre; pero luego observó cómo se dejaba caer de espaldas en el olvido. Tal vez había sido su propia imaginación, una fantasía nacida de una falsa esperanza, y no de la realidad. Era algo de lo que jamás podría estar segura.

¿Qué estaría sintiendo ahora si Toby hubiera retrocedido sobre sus pasos y se hubiera lanzado a sus brazos? Aún tendría un marido adicto al juego y una montaña de deudas, así como un futuro tan incierto como el de las actuales circunstancias. ¿Le habría odiado, o habría sido capaz de seguir aferrándose a su amor por él? Imposible responder. El torbellino de emociones encontradas se negaba a aplacarse por mucho que Nadia lo intentara. Ni siquiera la potente mezcla de medicinas que estaba tomando para entumecer sus sentidos llegaba a ayudarla del todo.

El oficio religioso le resultaba completamente ajeno. Había flores por doquier y, aunque el pensamiento fuera un tanto insólito, se paró a considerar los gastos de tan suntuoso funeral, que se añadirían a todos los demás. Escuchaba oraciones a las que no se podía sumar, cantos religiosos cuya letra desconocía y respuestas rituales que carecían de significado para ella. Los fieles se levantaban y se arrodillaban sin parar y Nadia los imitaba con movimientos mecánicos. Le daba la impresión de que todo aquello le estuviera ocurriendo a otra persona diferente. No derramaba ni una lágrima y sentía un distanciamiento pavoroso. Le resultaba imposible imaginar a su marido, con el cuerpo destrozado, dentro del ataúd de roble adornado con lirios que estaba colocado junto al altar. Toby se había ido. Ya no estaba aquí. Para Nadia, igual daría que el ataúd estuviera vacío. Tal vez había llorado por Toby todo lo que tenía que llorar cuando estaba vivo. ¿Acaso una parte de ella se alegraba de que su marido hubiera tomado aquella salida, ofreciéndoles así un respiro de su destructiva adicción? Sólo el tiempo lo diría. Aunque la desdichada alma de su marido había encontrado descanso, el espectro de sus deudas seguiría persiguiendo a Nadia. Lo único que podía hacer era tratar de ir superándolo día tras día sin derrumbarse, por el bien del hijo de ambos.

¿Qué habría hecho sin sus amigas? Lucy y Autumn habían estado fabulosas; ahora se encontraban a corta distancia de ella, en el mismo banco. Pero, una vez más, Chantal había acudido a su rescate, demostrando ser un apoyo incomparable. Había elegido las flores y el conjunto que Nadia llevaba puesto; además, después del funeral todos los presentes iban a ir a

casa de Nadia a tomar el aperitivo que Chantal había organizado. Su amiga la cogió de la mano y reflexionó que le encantaba estar ahora al lado de Chantal, como si la vida que crecía en su interior fuera una especie de compensación por la que se había perdido antes de tiempo.

Lewis estaba junto a su madre, al otro lado. Era la primera vez que se ponía un traje de chaqueta y Nadia notó que el corazón se le encogía. ¿Cómo superaría la falta de su padre? ¿Entendía que Toby jamás iba a volver? Le había hablado a su hijo sobre las personas que van al cielo, aunque ella misma no estaba muy segura de creer en esas cosas. Si existía un Dios, ¿por qué había creado a su marido con un defecto tan trágico, tan deplorable? No le había contado al niño el salto al vacío de un marido maravilloso que no podía seguir viviendo con su terrible problema. Algún día lo haría, cuando fuera mucho más mayor y estuviera en condiciones de entender. Sinceramente, confiaba en que la adicción al juego no fuera hereditaria.

Una vez que el funeral hubo terminado, Nadia se alegró de salir al aire libre y dejar atrás el empalagoso aroma del incienso. Chantal estaba preciosa con su elegante traje de chaqueta negro y atraía la atención de uno de los tíos de Toby, corpulento y de nariz enrojecida. Sonrió para sí. Seguro que Chantal estaba encantada.

Ahora Nadia estaba ocupada estrechando las manos de una hilera de personas con los ojos humedecidos a las que ni siquiera conocía. La muerte de Toby había aparecido en los periódicos nacionales más importantes, junto a diversos artículos sobre los crecientes peligros de las apuestas por Internet y la inminente introducción en Gran Bretaña de casinos gigantescos al estilo de Las Vegas. Nadia había rechazado todas las invitaciones para ofrecer entrevistas a la prensa. Su familia debía de haberse enterado del asunto; sin embargo, no había recibido ni siquiera una llamada suya. En su caso, no era verdad eso de que lo que más tira es la propia sangre. Su familia la había rechazado por causa de Toby, y ni siquiera el repentino fallecimiento de éste había provocado alguna clase de compasión o reblandecimiento en su actitud.

Un móvil sonó a poca distancia y vio que Autumn metía la mano en el bolso para contestar la llamada. Instantes después, su amiga le puso una mano en el brazo.

—Nadia —dijo—. Tengo que marcharme. Me acaban de llamar del hospital. Richard ha empeorado. Tengo que ir con él.

Nadia asintió con un gesto.

—Ha sido un funeral precioso —añadió Autumn.

—Gracias. Hablaremos más tarde —mientras Nadia seguía estrechando la manos de más desconocidos, observó que su amiga corría calle abajo en busca de un taxi. Autumn tenía que acudir junto a Richard. La necesitaban en otro lugar. Y Nadia cayó en la cuenta de que, ahora, sólo Lewis la necesitaba a ella. Tiró de su hijo hacia sí y le abrazó con fuerza. Aquel niño de cuatro años iba a ser su razón de vivir. A partir de aquel momento, tendría que enfrentarse sola a todas las adversidades.

Capítulo 51

En el hospital le comunicaron que uno de los pulmones de Richard había dejado de funcionar. Un sofisticado equipo de máquinas le mantenía con vida. Cada vez que acudía a visitarle, le daba la impresión de que iban añadiendo más aparatos que pitaban, siseaban, suspiraban y realizaban las funciones que al cuerpo de su hermano le resultaban imposibles. Un tubo le extraía líquido de un costado del pecho y lo depositaba en un recipiente que burbujeaba cuando Richard se esforzaba por respirar. La enfermera le atendía sin descanso, comprobando la presión sanguínea, cambiando las vendas del catéter que tenía en el dorso de la mano y estirando las sábanas. Con el ceño fruncido, le tomó la temperatura. Tenía fiebre, y el sudor le empapaba la frente.

—¿Se encuentra cómodo? —preguntó la enfermera.

—Nunca he estado mejor —repuso él con sarcasmo. Autumn lamentó que su hermano no se mostrara más amable con quienes trataban de ayudarle.

La enfermera, molesta, se marchó a grandes pasos. Una vez que se hubo ido, Richard se giró hacia su hermana.

—Las cosas van muy mal —dijo con un susurro; una serie de sonidos sibilantes acompañaban sus palabras. Su voz se notaba seca por la falta de hidratación y Autumn no entendía por qué la calefacción era tan fuerte. Resultaba sofocante. ¿Hasta qué punto los hospitales contribuían al calentamiento global? Menos mal que no le había traído una caja de bombones; se habrían convertido en una masa pegajosa.

—No es más que un retroceso —le tranquilizó Autumn. El fallo del pulmón se debía a las heridas que Richard había sufrido en el pecho, según decían los médicos, posiblemente empeoradas por la debilidad de su sistema inmunitario, provocada a su vez por el abuso de las drogas. Al final, todo desembocaba en lo mismo—. Si descansas, dentro de un par de semanas te darán el alta.

Richard alargó el brazo y le agarró de la muñeca.

—No tengo un par de semanas.

—No hay nada que te lo impida —Autumn no tenía intención de hurgar en la herida; pero no había ningún empleo, novia o familiar que le esperase, a los que tuviera prisa por regresar.

—Esos hombres... —titubeó Richard. Con la lengua seca, trató en vano de humedecerse sus labios cuarteados—. Esos hombres que te atacaron, los que me hicieron esto a mí, no esperarán tanto tiempo.

Autumn se encogió de hombros con una despreocupación que no sentía.

—Pues tendrán que aguantarse.

Una oleada de rabia cruzó el semblante de su hermano y sus ojos soltaron un destello de frustración.

—Con esa clase de gente no hay aguante que valga —espetó. A pesar de lo enfermo que se encontraba, en su tono se apreciaba un filo de amenaza que Autumn prefirió ignorar—. Estoy en deuda con ellos, y ni siquiera tú estarás a salvo hasta que hayan conseguido lo que buscan.

—Muchas gracias —repuso ella con voz inexpresiva—. Es justo lo que quería oír.

—Tendrás que hacer la entrega en mi lugar.

—¿La entrega? —Autumn no pudo reprimir una carcajada—. ¿Qué entrega? Hablas como en

las películas americanas.

—No tiene gracia —replicó él con tono cortante—. Puede que mi vida dependa de ello. Y la tuya.

El comentario provocó que Autumn dejara de reírse al instante. Sacudió la cabeza con aire triste.

—¿Es un asunto legal?

Richard contestó con una risa hueca que le produjo un ataque de tos. Autumn aguardó a que se aplacara; mientras tanto, le sirvió un vaso de agua y se puso a respirar al mismo ritmo que su hermano, como si aquello le ayudara a calmarse.

Una vez que hubo dejado de toser, le entregó el agua y Richard, sediento, dio un pequeño sorbo. Sus ojos oscurecidos se encontraron con la mirada de ella mientras le devolvía el vaso.

—¿Cuándo he hecho yo algo que estuviera dentro de la ley, querida hermana?

—¿Y por qué me mezclas a mí en esto? ¿Es que ninguno de tus colegas drogadictos puede hacerlo por ti?

Richard exhaló un suspiro y su cuerpo retumbó como si estuviera lleno de aire.

—Hoy en día ya no existe el sentido del honor entre los delincuentes. Autumn, tienes que ayudarme. No hay ninguna otra persona en la que pueda confiar.

Autumn reflexionó sobre las muchas veces que había tenido que librar las batallas de Richard desde que eran pequeños. No quería verse implicada en aquel asunto, y su hermano tenía que enterarse. ¿Pero cómo iba a abandonarle ahora, cuando más la necesitaba?

—Lo haré —respondió apesadumbrada.

Su hermano esbozó una débil sonrisa.

—Buena chica.

—Pero se acabó, Richard. Lo juro. Después de esto, te las apañas solo.

—Tienes que llamar a este número.

—Me dieron un teléfono para que te lo entregara.

—Quédatelo —ordenó él—. Úsalo para llamarles. Si colaboramos, puede que las cosas no nos vayan tan mal.

Saltaba a la vista que su hermano aún hablaba con bravuconería, sin basarse en la realidad. Autumn sacó un pedazo de papel de su bolsa y se puso a rebuscar hasta que encontró un bolígrafo. Richard recitó el número que, claramente, se había aprendido de memoria, y ella lo anotó.

—Llámales en cuanto salgas de aquí y te dirán qué tienes que hacer.

—¿Quiénes son esos hombres? —preguntó.

—La peor de tus pesadillas. No la fastidies, Autumn. Haz exactamente lo que te digan, o los dos pagaremos las consecuencias.

—Intentas decirme que podría acabar en la cama de al lado de la tuya.

—Confío en que la cosa no llegue a tanto.

Autumn se preguntó qué demonios diría Addison cuando le explicara la que había armado su hermano en esta ocasión. O, tal vez, en aras de la armonía, sería mejor que le ocultara aquella información en particular.

—En el armario de mi habitación hay un doble fondo.

—¿No habrás metido en esto a papá y mamá?

Richard negó con la cabeza.

—No saben nada —lanzó a su hermana una mirada de advertencia—, ni tienen que saberlo.

Autumn permaneció en silencio.

Su hermano continuó:

—Dentro hay escondida una bolsa de viaje. No la abras. Limítate a llevarla a donde ellos te digan, y cuando te digan. Nada más. Luego te marchas y todo saldrá bien.

Autumn se sujetó la cabeza entre las manos.

—Me cuesta creer a lo que me estoy prestando.

—Eres mi hermana —dijo Richard—. Estamos en esto juntos. No lo olvides.

¿Cómo iba a olvidarlo? Autumn reprimió el escalofrío que, a pesar del calor agobiante, le recorría el cuerpo. Era verdad lo que decían: no se puede elegir a los parientes.

Capítulo 52

Chantal se quedó con Nadia durante el resto del día, pero para el atardecer casi todos los familiares de Toby se habían marchado y saltaba a la vista que su amiga estaba agotada. Al igual que la iglesia, la casa parecía una floristería; los ramos que habían enviado para la ocasión llenaban hasta el último recipiente que habían podido encontrar. Chantal no entendía por qué la gente enviaba flores. Lo que su amiga necesitaba era dinero, ¿es que no se daban cuenta? Su pésima situación financiera se había aireado en los periódicos a base de bien. El dinero contante y sonante le habría resultado mucho más útil que unos cuantos crisantemos que al cabo de una semana se habrían marchitado. No expresó su opinión en alto. Nadia, lánguida y con los ojos enrojecidos, se afanaba con el orden y la limpieza y a Chantal se le encogió el corazón.

Quitándole los vasos que sujetaba, le dijo:

—Déjalo. Yo me encargaré de lo más urgente —condujo a su amiga hasta la butaca más cercana—. Tienes que sentarte con los pies en alto y tomar un poco de chocolate de primera —de su bolso, Chantal sacó una barrita del incomparable chocolate negro de Madagascar que le había comprado a Clive con antelación, en espera de este momento.

Nadia exhaló un suspiro de agradecimiento.

—Me has salvado la vida —partió un pedazo y lo saboreó con lentitud—. Fabuloso —declaró. Pasó la barrita a Chantal, que siguió el ejemplo.

—Menos mal que no prohíben el chocolate durante el embarazo —comentó—. Sería incapaz de dejarlo.

Lewis jugaba en el suelo con su tren de *Thomas y sus amigos*. Nadia abrió los brazos y lo llamó por señas. Las piernas del niño, llenas de cardenales de tanto jugar, no tardaron en atravesar el regazo de su madre. Nadia acarició las marcas amoratadas y notó que las lágrimas, que siempre andaban rondando, le escocían bajo los párpados.

—Y ahora ¿quién va a guerrear contigo?

—La tía Chantal —respondió Lewis con inocencia.

Ambas se echaron a reír.

Aprovechando la oportunidad, el niño preguntó:

—¿Me dais un poco?

—Es chocolate para adultos —repuso Nadia—. No te gustaría —lanzó a Chantal una mirada traviesa que decía: «Como madre que soy, tengo derecho a mentir de vez en cuando, ¿verdad?». Su amiga le respondió con una sonrisa—. Puedes tomar una galleta de chocolate y un vaso de leche antes de irte a dormir —añadió—. Pero sólo si me prometes lavarte los dientes muy, pero que muy bien.

—Lo haré —juró Lewis con tono solemne.

—Yo se lo traeré —se ofreció Chantal—. Y luego acabaré de organizar la cocina —dicho esto, salió del cuarto de estar.

Mientras quitaba de en medio los últimos platos y vasos, Chantal pensó que el barullo no había sido para tanto. Nadia podía entretenerse al día siguiente poniendo en orden el resto de la casa.

El funeral había ido tan bien como podía esperarse dadas las circunstancias, aunque Chantal había contado con que algunos de los parientes de Nadia se presentaran para ofrecerle su apoyo.

Al ver a su amiga y al hijo de ésta enfrentándose a su pérdida con tanta fortaleza, se había sentido más sola que nunca. Su propia relación no iba nada bien. Ted y ella seguían en la cuerda floja. No habían vuelto a hablar desde que él la dejara plantada el día que habían quedado para ir al teatro. Había tratado de ponerse en contacto con él, pero no respondía a sus llamadas. Se acarició el vientre, cada vez más abultado. La vida es lo que va pasando mientras uno está ocupado haciendo otros planes, reflexionó. ¿Y si le había ocurrido algo a Ted? ¿Y si un conductor borracho se había estampado contra su coche? ¿Y si una pequeña arteria había decidido atascarse? Todos damos por sentado que habrá muchos mañanas por delante, pero en realidad nunca sabemos lo que nos espera a la vuelta de la esquina. El hecho de ver a Nadia haciendo frente a la muerte prematura de su marido le había dado una nueva perspectiva de su propia situación. ¿Y si nunca pudiera decirle a Ted que esperaba un bebé del que podría ser el padre? La sola idea le resultaba insoportable, y Chantal entendió que tenía que arreglar las cosas con él antes de que fuera demasiado tarde.

Consultó el reloj y se dio cuenta de que la noche se acercaba. Era hora de marcharse. Preparó un vaso de leche y dos Digestive de chocolate para Lewis y regresó al cuarto de estar. Madre e hijo dormitaban en la butaca, pero Nadia se despertó cuando Chantal se acercó a ella. Susurrando al oído de su agotada amiga, dijo:

—En cuanto metas al niño en la cama, tienes que darte un baño bien caliente y acostarte temprano.

—No te preocupes —respondió Nadia con un bostezo—. Es exactamente lo que pienso hacer.

Dando un cariñoso beso a su amiga, Chantal añadió:

—Nos vemos mañana.

—Gracias por todo, Chantal —Nadia le dio un apretón en las manos—. Te lo agradezco mucho, de verdad.

—No te muevas —dijo Chantal—. Ya salgo sola —cerrando la puerta a sus espaldas, salió a la calle y respiró hondo. Había llegado el momento de ir a ver a Ted.

Capítulo 53

Aunque Chantal seguía teniendo la llave de la puerta, le resultaba violento entrar en su propia casa sin avisar. Había pasado bastante tiempo alejada de lo que antes consideraba su hogar, y empezaba a sentirse una extraña en él. Tal vez, incluso, una intrusa.

La vivienda se veía en penumbra y no había señal de que Ted hubiera llegado a casa. Por lo tanto, decidió esperar fuera hasta que su marido regresara de la oficina. Pudiera ser que no empezaran con buen pie si Ted la encontraba instalada en el cuarto de estar, con los pies en alto y viendo la televisión mientras bebía agua mineral. Había aparcado al final de la calle para tener una buena perspectiva de la puerta de entrada y ver a Ted cuando llegara. Se estaba haciendo tarde, así que con un poco de suerte no tardaría mucho. Hurgó en la guantera en busca de refuerzos y se acomodó con una barrita de Valrhona Grand Cru, dispuesta a esperar. El delicioso chocolate con leche y ligero sabor a fresa se fundió en su boca. El chocolate de primera calidad siempre ayudaba en las situaciones difíciles. Unas melodías de Il Divo en el reproductor de CD tampoco venían mal. Una versión en italiano, lenta y sensual, de *Unbreak My Heart* la envolvió mientras iba saboreando los cremosos cuadrados de la chocolatina.

Media hora más tarde, cuando la espalda se le empezaba a entumecer y la barrita de Grand Cru había desaparecido, un taxi se detuvo ante la casa y Ted se bajó. Chantal observó sus ágiles movimientos mientras entraba en la vivienda y aguardó unos minutos antes de salir del coche. Se le revolvía el estómago mientras esperaba frente a la puerta principal. El bebé también daba volteretas. Pasándose las manos por su pequeño vientre abultado se preguntó si su marido se daría cuenta enseguida de que estaba embarazada, lo que implicaría que podía evitarse el discurso que tan cuidadosamente había preparado. Respirando hondo, llamó al timbre.

Antes de que tuviera tiempo de seguir reflexionando, Ted abrió la puerta de par en par. Era evidente que se sorprendió al verla.

—¡Eh! —dijo Chantal con suavidad—. ¿Tienes tiempo para una visita?

Ted consultó rápidamente su reloj, lo que provocó que Chantal se pusiera alerta.

—Voy a salir —dijo él—. No esperaba verte, la verdad.

Chantal no había llegado hasta allí con la intención de hablar con él para que ahora Ted se la quitara de en medio.

—Terminaré enseguida.

Su marido mantuvo la puerta abierta mientras ella pasaba al interior, casi rozándole. Entraron en la cocina y se quedaron mirándose, un tanto incómodos. La casa tenía el mismo aspecto que la última vez que Chantal había estado allí. Pero claro, era natural. No se veían las pilas de platos sucios tan típicas en los hombres que viven solos, ni los montones de ropa arrugada a falta de un buen planchado. Nada relativo a las labores domésticas estaba en manos de Ted. Para eso tenían a Maya, asistente de toda confianza que acudía a diario y se encargaba de todo. Por otra parte, su marido era perfectamente capaz de prepararse una comida rápida y nutritiva; su pasta con panceta era legendaria. Y ya que ella misma no era requerida para realizar función marital alguna en el dormitorio, Chantal se preguntó si Ted había llegado a echarla de menos.

—No me has devuelto las llamadas —dijo, procurando no utilizar un tono demasiado acusador.

—Ya lo sé —Ted estiró las manos como dando a entender que le había resultado imposible—. He tenido un trabajo de locos —frunció el ceño—. ¿Era eso de lo que querías hablar?

—No, no —Chantal sacudió la cabeza y se apoyó con gesto pesado sobre el aparador de roble.

—En ese caso, dispara.

—Eh... Yo, eh... —de pronto el valor la abandonó. La boca se le quedó seca. El corazón le daba golpes irregulares en el pecho. El anuncio de su «estado», cuidadosamente ensayado, se le esfumó de la cabeza—. Lucy va a casarse.

Ted se mostró desconcertado.

—¿Lucy?

—Ted —le reprendió ella—. Ya sabes a quién me refiero. Mi amiga del club de las chocoadictas.

—Ah —dijo Ted—. Esa Lucy. Espero que sea feliz.

Haciendo caso omiso de la falta de interés por parte de su marido, Chantal continuó.

—Ya sé que no hemos pasado mucho tiempo los dos juntos con mis compañeras del club —parloteó—, pero me ha parecido que sería una oportunidad estupenda para que las conocieras. Confiaba en que me acompañaras a la boda.

—Odio las bodas —espetó Ted.

Chantal se tragó el alfiler de irritación que le pinchaba por dentro.

—Ésta será agradable.

Su marido se encogió de hombros.

—De acuerdo. Hazme saber dónde y cuándo es y veré si estoy libre.

De manera que así iba a ser. La tarea iba a resultar más difícil de lo que había imaginado.

—Tengo que irme.

Mientras Chantal se encaminaba a la puerta, Ted dijo:

—Pero si acabas de llegar.

—Y tú has dicho que tienes otros planes —le recordó ella.

—Me quedan unos minutos —capituló Ted con una mirada tímida—. ¿Te apetece una copa de vino?

Chantal volvió a respirar hondo.

—He dejado de beber, por el momento.

—¿Estás a dieta? —Ted se sirvió vino blanco de una botella que guardaba en la nevera. Chantal se sintió capaz de asesinar por un solo sorbo—. Si quieres, te preparo un refresco.

—No —Chantal negó con la cabeza—. No quiero nada. Gracias.

—Da la impresión de que has engordado un poco —su marido sonrió—. Sé que no es un comentario que se le deba hacer a una mujer, pero tienes buen aspecto. Con curvas. Te sienta bien.

—Ted... —Chantal se aclaró la garganta—. Tengo que decirte algo.

Ted se mordió el labio con nerviosismo.

—Yo también tengo algo que decirte —dio un prolongado trago de vino y luego, de sopetón, soltó-: Estoy saliendo con otra mujer.

No era precisamente lo que Chantal había esperado.

—Siéntate; vamos, siéntate —ordenó Ted.

Chantal se dejó caer en la silla más cercana y sujetó la mesa con las manos para tranquilizarse.

Su marido paseó de un lado a otro de la cocina, evitando su mirada.

—Podría ir a esa boda contigo, si necesitas que alguien te acompañe. Pero quiero que sepas que hay otra persona en mi vida —volvió la vista atrás para observar su reacción.

Chantal permaneció sentada, en calma, mientras asimilaba la noticia. Había perdido a su marido por culpa de otra mujer. Ted confiaba en que Chantal le interrogara al respecto, se notaba a las claras, pero a ella le resultaba imposible. Sencillamente, su cerebro no podía enfrentarse a nada más.

—Ya veo —dijo, por fin.

Ted soltó una risa incómoda.

—Me alegro de que salga a la luz —dijo—. Estamos separados, pero, en fin..., me incomodaba la sensación de estar actuando a hurtadillas.

Chantal se preguntó si se trataba de un comentario mordaz dirigido a ella, pero decidió dejarlo correr.

—Lo entiendo.

—Perdóname —se disculpó Ted. Volvió a consultar el reloj y se acabó la copa de un trago—, pero no tengo más remedio que irme. Tengo una reserva en Hakkasan.

Era el ultra elegante restaurante chino al otro lado de la ciudad que había sido el favorito de ambos en cuanto a comida oriental.

—Qué bien —dijo Chantal. La mesa sería para dos, sin lugar a dudas.

—¿Qué era eso que tenías que decirme?

El cerebro de Chantal se quedó paralizado. No encontraba las palabras para explicarle lo del embarazo. Ahora no. En aquel momento no. Ted se quedó esperando.

Mientras tanto, los engranajes del interior de su cabeza se esforzaban por funcionar. Por fin, el mecanismo se puso en marcha.

—La boda —respondió Chantal—. La boda de Lucy. Seguramente tendrás que ir con chaqué.

Capítulo 54

Mi mesa está cubierta de tarjetas que muestran risueñas felicitaciones de boda y, en una esquina, hay un ramo de lirios blancos. Hasta las brujas de Recursos Humanos me han firmado una tarjeta. Repaso todas, una vez más. Ni rastro de Crush. Frunzo los labios con tristeza.

Aun así, como reza el dicho, de nada sirve llorar por la leche derramada. Son casi las siete de la tarde y todo el mundo se ha marchado de la oficina, de modo que recojo la bolsa en la que suelo llevar mi equipo de gimnasia y me encamino al baño de señoras con objeto de prepararme para la noche de diversión que tengo por delante.

Es mi despedida de soltera y las socias del club de las chocoadictas vamos a salir de juerga. Clive y Tristan nos acompañan ya que, básicamente, son chicas honorarias de nuestro club. No entiendo muy bien por qué dicen que esta especie de humillación ritual resulta divertida, pero he accedido a ella porque mis amigas insisten en que han organizado una fiesta por todo lo alto. Me voy a reunir con ellas a la entrada del edificio de Targa dentro de unos diez minutos, así que mejor será que me ponga en marcha.

Como parte de la «diversión» me han regalado un disfraz de novia para esta noche. Mis amigas deben de haberlo comprado en un sex shop. Es minúsculo y extremadamente descocado. Si llevara una cosa así al altar, el cura perdería el conocimiento. No tengo las piernas que hacen falta para ponérselo y las ganas tampoco. De todas formas, me abro camino a codazos para entrar en un cubículo con mi espantoso atuendo a cuestas. Con un suspiro de protesta, me quito mi uniforme de trabajo y, no sin dificultad, me enfundo tan ridícula vestimenta.

Lleva corsé y, al atarlo por la parte delantera, queda tan ceñido que provoca que el pecho se me desborde por arriba, otorgándome un cierto parecido con Nell Gwynn. Los volantes de la diminuta falda salen disparados de mi ceñida cintura y se detienen en seco justo debajo del trasero, a unos treinta centímetros de lo que sería decente. Cosida a la espalda lleva una placa rectangular con una «L». Como complemento, tengo medias blancas y zapatos de tacón a juego. Un velo barato de unos tres metros de largo cuelga de una rutilante diadema que me planto en la cabeza.

De vuelta junto a los lavabos, me examino en el espejo. Es peor de lo que imaginaba. Parezco una especie de modelo fetiche de las que aparecen en *Playboy*. De ninguna manera pienso aparecer en público con la pinta de una novia prostituta. Suena mi móvil.

—Vamos, acelera —me apremia Chantal—. Te estamos esperando abajo. La fiesta está a punto de empezar.

—¿También lleváis disfraces?

—Pues claro —responde Chantal—. Vamos ataviadas para la ocasión. Venga ya, estamos perdiendo un tiempo precioso que podríamos dedicar a beber.

—Has dejado la bebida.

—Seguro que en algún sitio encontraré agua mineral reservada a mi nombre —replica ella.

De acuerdo. Personalmente, creo que me voy a decidir por el vodka. No tengo intenciones de estar sobria mucho tiempo vestida de esta guisa.

—Mueve el esqueleto —dice Chantal, demostrando que recuerda estúpidas expresiones idiomáticas que no existen en Norteamérica.

—Si lo muevo, todo lo que llevo encima estallará.

—Así me gusta —responde entre risas, y cuelga.

Vuelvo a mirarme en el espejo y me doy cuenta de que no tengo más opción que salir así. Me resigno pensando que al menos nadie conocido me verá.

Entro de puntillas en la oficina y, con ademán furtivo, me dirijo a la salida. Justo en ese momento, se abre la puerta y el maldito Aiden Holby hace su entrada.

—¡Madre mía! —exclama al verme, y se detiene en seco. Los ojos se le salen de las órbitas.

—¿Qué haces aquí? —llevo un ramo de flores artificiales de colores espantosos que me coloco a la cadera con actitud agresiva.

—Me olvidé el ordenador portátil —explica él, todavía con los ojos como platos. Entonces, de una manera un tanto pausada, escudriña mi exiguo atuendo. Una sonrisa de satisfacción le brota en los labios—. Y ahora me alegro.

—Ni se te ocurra contarle esto a los de la oficina —le amenazo. Llego incluso a agitar un dedo frente a su nariz—, o ve despidiéndote de volver a probar mi chocolate.

Crush se echa a reír. Sus ojos se desplazan entre mis pechos, que sobresalen por el escote del vestido, y las ligas de mis medias, de las que también mis muslos deben de sobresalir. Como siempre me pasa cuando estoy con Aiden Holby, me pongo del color de una remolacha. Él trata de aportar a su semblante una cierta seriedad cuando dice:

—Me figuro que no es el vestido del día de tu boda.

—No seas ridículo.

—¿Así que el ridículo soy yo? —me dedica una sonrisa—. La verdad es que estás de lo más sexy, preciosa.

—Es mi despedida de soltera —le digo. Lo cual, como todo el mundo sabe, es la excusa para toda clase de conductas imperdonables.

—Es curioso, pero me lo estaba imaginando —permanecemos quietos, contemplándonos con cierta incomodidad—. ¿Adónde vais?

—A Mistress Jay's.

—¿El club de *drag queens*?

Asiento en señal de confirmación. Clive y Tristan lo han organizado, aunque Clive insiste en que, hoy en día, disfrazarse de mujer se considera una clase de entretenimiento sumamente anticuada y políticamente incorrecta. Puede que sea Tristan a quien le gustan los hombres con sandalias de plataforma y vestidos de noche con abertura hasta el muslo. Yo qué sé. Ya he tenido bastantes problemas organizando mi propia razón de ser como para tener que preocuparme por las de ellos, la verdad.

Por alguna razón absurda, me gustaría pedirle a Crush que nos acompañe, pero mi boca no consigue pronunciar las palabras.

—Lo vais a pasar en grande —comenta.

—Tengo la intención de emborracharme cuanto antes —digo yo.

A continuación, sus ojos se clavan en los míos y noto en ellos una terrible tristeza. Su voz se suaviza.

—Entonces, ¿de veras vas a llegar hasta el final con este número de la boda?

Asiento con la cabeza. Noto un nudo en la garganta.

—Sí.

—¿Quieres a Marcus?

Me obligo a asentir de nuevo.

—En ese caso, te deseo toda la suerte del mundo —concluye Crush.

—Me encantaría que asistieses —suelto de pronto.

—A mí también —responde él—, pero sólo si fuera el novio.

Dicho esto, se da la vuelta y desaparece.

Mientras, enmudecida por la impresión, contemplo cómo se aleja, me fijo en que se ha vuelto a olvidar su ordenador portátil. Cuando se dé cuenta de lo que ha hecho se va a poner furioso.

Capítulo 55

Nadia y Autumn también van disfrazadas de damas de honor de vida alegre, lo que me hace sentir mucho mejor. También llevan medias de liga, tacones de escándalo y vestidos que dejan poco espacio a la imaginación. No consigo entender cómo Chantal ha convencido a Nadia para que cambie sus prendas de viuda por un conjunto tan escandaloso; pero me alegro de que haya sido así. Autumn también está fabulosa. Debería pensar en abandonar su imagen de activista del ecologismo y adquirir la de fulana desvergonzada, porque le sienta de maravilla.

Chantal va disfrazada de tarta nupcial de tres pisos, argumentando que una embarazada no debe prestarse a desnudar su cuerpo de forma indecorosa, aunque, hoy en día, ello no detiene a la mayoría de las famosas. Los chicos también se han puesto disfraces. Tristan va de cura de tez sonrojada, con esa sobrepelliz blanca con encajes tan característica. Se supone que Clive es el novio, y lleva un extravagante chaqué que le queda gigantesco. Su pelo, por lo general peinado en punta e inmaculado, tiene ahora raya en medio y está aplastado con gomina a ambos lados de la cabeza.

Me siento feliz mientras caminamos por la calle riéndonos como colegiales, y la espantosa expresión de tristeza en el semblante de Aiden Holby empieza a desvanecerse. O, al menos, aparento que lo hace.

Vuelvo la vista a Nadia y me fijo en ella. Ha adelgazado varios kilos, pero por lo demás lo está llevando estupendamente bien y confío en que una noche de juerga le ayude a seguir en forma. Addison, el novio de Autumn, se ha quedado al cargo de Lewis. Sé que le inquieta dejar al niño estando la muerte de Toby tan reciente, pero ha accedido por mí y se lo agradezco en el alma. Tanto es así que no le tomo a mal que haya ayudado a Chantal a elegir mi conjunto de novia prostituta.

—Estás guapísima —le digo mientras le paso un brazo por el hombro y la aprieto contra mí.

—Estoy espantosa —responde—, y las dos lo sabemos.

—No sé cómo te las arreglas para mantenerte a flote —le digo—, por no hablar de prestarte a esta locura.

—Sobrevivo a base de una mezcla infalible: me hincho de pastillas y me niego a reconocer lo que me ha pasado —me brinda una sonrisa cansada—. Confío en que al añadir alcohol esta noche, el estado de olvido se presente con más velocidad. Desde que Toby murió me he pasado las noches contemplando su butaca vacía con la esperanza de que volviera a aparecer. Salir a la calle disfrazada de buscona es un alivio que me viene de perlas. La fecha de tu boda resulta muy oportuna; si no hubiera salido esta noche, me habría vuelto loca.

—Ay, Nadia —digo yo, consciente del sufrimiento de mi amiga—. Saldrás adelante. Ya lo verás. Nosotras nos encargaremos.

—En fin —exhala un suspiro—. Lo único que sé es que sin vosotras me resultaría imposible.

—Para empezar, nada de noches sentada a solas —decreto—. Me acercaré a verte siempre que quieras, con una caja de bombones y una película de las malas.

Me planta un beso en la mejilla. La rodeo con mis brazos y ambas nos acurrucamos.

—Vamos —me fuerzo a acelerar el ritmo—. Celebremos mi última noche de libertad.

En el Mistress Jay's nos acompaña a nuestra mesa —en un reservado en forma de semicírculo— un tipo fornido de casi dos metros vestido con corsé de encaje rosa chillón y tanga a juego, además de sandalias de piel negra y tacones vertiginosos. Por un momento me siento como si llevara un exceso de ropa. Su peluca rubia le llega a la cintura y, mientras nos indica los asientos, hace un mohín con los labios en dirección a Tristan.

La sala de fiestas está decorada al estilo burlesco, a base de terciopelo rojo y adornos dorados. Aunque es temprano, está abarrotada, sobre todo por grupos de despedida de soltera, la mayor parte como una cuba. Nuestro champán de precio abusivo no tarda en llegar y hacemos un valiente intento por ponernos a tono con la concurrencia. Excepto Chantal, claro, que para su desgracia lo único que bebe es agua de Perrier.

—Confío en que esta jovencita se dé cuenta de los sacrificios que estoy haciendo por ella — protesta al tiempo que se da afectuosas palmadas en el vientre.

Levanto mi copa de champán, emocionada hasta un punto absurdo.

—Por nosotras —brindo—. Por el club de las chocoadictas.

—Por nosotras —corean mis amigas, y entrechocamos las copas.

—Y por tu boda —Chantal vuelve a levantar su vaso de agua.

Los demás se unen al brindis.

—Por la boda de Lucy.

—¡Por mi boda! —exclamo yo; pero el tono resulta forzado, excesivamente alegre. Me acabo el champán de un trago, al tiempo que me siento ridícula y me entran ganas de llorar.

Empieza el cabaré. Un elenco de varones disfrazados de bailarinas de cancan —seguramente constructores o programadores informáticos en una vida anterior— empieza su actuación en el escenario. Una tras otra se van interpretando las canciones imprescindibles en toda despedida de soltera: *It's Raining Men*; *Respect* y *Sisters Are Doin' It For Themselves*, de Aretha Franklin; *One Night in Heaven*; *I'm Every Woman*... Los antiguos éxitos de oro se suceden sin parar. El público se vuelve loco.

En el intermedio aparece en escena la Pícara Roberta, persona encargada de las labores de animación. Él (o ella) también ronda los dos metros de estatura, pero en su caso lleva una peluca de rizos pelirrojos y un vestido de lentejuelas blancas con abertura hasta el muslo. Roberta hace un recorrido entre las mesas e insulta a todos cuantos tiene cerca. Llega nuestra comida, acompañada de más champán. En grandes cantidades. La estrella principal del cabaré sube al escenario. Va vestido de Marilyn Monroe, con traje largo de lame dorado y guantes a juego. A la velocidad del rayo, empieza a soltar chistes verdes tan sumamente soeces que, de no haber consumido tanto alcohol, me habría muerto de vergüenza.

Seguimos bebiendo y luego nos lanzamos en tromba a la pista de baile y cantamos a gritos varias canciones que tratan principalmente de lo cabrones que son los hombres —por alguna razón, Clive y Tristan entonan más alto que nadie—. ¿Por qué será que los gays bailan tan bien? ¿Acaso el gen de la homosexualidad y el del baile van siempre de la mano? ¿Es por eso por lo que los heterosexuales no saben bailar? Nuestros habilitados chicos nos dejan a la altura del betún mientras tratamos de coordinar nuestros pasos, por lo general sin éxito. Tras unas cuantas canciones ya no podemos más y, entre risas, regresamos a la mesa.

Me dejo caer en el asiento, aliviada, justo en el momento que llega el postre.

—¡Madre mía!

—Para ti, Lucy —dicen Clive y Tristan con una nota de orgullo.

Han preparado una tarta nupcial de chocolate en tamaño miniatura que deben de haber traído a escondidas a la sala de fiestas. Un ramillete de bengalas chisporrotea en lo alto de la tarta y el glaseado de chocolate tiene varios centímetros de grosor. Es una maravilla. Me llegan miradas de envidia de otros grupos de despedida de soltera. ¡Ja! ¡Las manos quietas!

—¡Ay, chicos! —digo yo con lágrimas en los ojos, y me pongo a cortar la tarta entre grandes aspavientos. Todo el mundo lanza vítores y nos disponemos a comer. Me he servido una porción descomunal. Hmm. Sólo por educación, claro está. Aunque ahora que lo pienso, si como demasiado no podré embutirme en mi vestido de novia. Los próximos días tendré que alimentarme de aire, para compensar. Me noto ebria, mareada y un tanto desorientada. ¿De veras me está sucediendo esto?

Entonces, al levantar la vista, veo a Crush enfrente de mí y sé que me he adentrado en el terreno de la alucinación. El tenedor se detiene a medio camino de mis labios.

—No lo hagas —dice Crush con voz desolada.

No se me ocurre nada que decir. Abro la boca, pero no consigo articular palabra.

—No te cases.

Al mirar a mi alrededor, observo que los tenedores de mis amigos también se han detenido a medio camino.

A continuación, con un impecable sentido de la oportunidad, la Pícara Roberta —la animadora de la peluca roja- se acerca a nuestra mesa.

—Hola, cariño —agarra el brazo de Aiden con sus manos, que lucen una inmaculada manicura, y tirando de él le abraza mientras aprieta sus bíceps con gesto teatral. El foco se dirige a nuestra mesa. Los demás grupos de despedida de soltera, borrachos todos, sueltan un «¡Oooh!» de admiración y yo me quiero morir. Crush parpadea bajo la potente luz y me entran ganas de levantarme para parar todo esto, pero soy incapaz. Mi cerebro impide que me funcionen las piernas o la boca o cualquier otra parte de mi cuerpo remotamente útil—. Eres un joven muy guapo, ¿lo sabías?

Crush se muestra perplejo e incómodo a más no poder ante una atención tan apabullante.

—¿Eres el afortunado novio?

—No —responde él con tono inexpresivo.

—Pues da la impresión de que te encantaría —el público rompe en vítores. Crush permanece en silencio.

Chantal me susurra al oído:

—Para ser una *drag queen*, este tipo es de lo más perspicaz.

—Llévatela a casa y échale un buen polvo —aconseja Roberta—. Podría ser tu última oportunidad —entonces se traslada a la siguiente mesa, cuya anfitriona es una novia que parece embarazada de unos seis meses, ya que su barriga tiene el doble de tamaño que la de Chantal. Se ve que la animadora no ha terminado con Aiden, porque girando la cabeza, le dice a gritos-: Y si ella no quiere, ¡échamelo a mí!

Chantal me quita el tenedor y lo coloca en mi plato.

—Mejor será que os marchéis —nos dice—. Por lo que se ve, tenéis mucho de qué hablar.

Consigue levantarme y mis piernas se acuerdan de cómo caminar. Crush me coge de la mano y me conduce hasta la salida de la sala de fiestas, lo que refleja claramente el estado en que me

encuentro: no sólo abandono a mis amigos en mi despedida de soltera, sino que me he dejado la tarta de chocolate sin terminar y ni siquiera me doy cuenta hasta mucho, mucho más tarde.

Capítulo 56

En las profundidades del Soho, Crush y yo encontramos una cafetería de las que abren hasta tarde. Debe de ser el local más desastrado del mundo entero. El suelo se ve mugriento y lleno de grietas. Da la impresión de que las ventanas no han conocido el detergente desde hace varios años y las mesas están cubiertas de tazas usadas y restos de bollos y galletas. Localizamos una relativamente limpia junto a la ventana, y ocupo mi asiento.

Hay unos cuantos vagabundos y un par de chicos con sudaderas de capucha. Todos se quedan mirándome. Los de la capucha no tratan de disimular una sonrisa sarcástica. Ojalá tuviera arrestos para mandarles a la mierda, pero no los tengo.

—¿Te apetece un café?

Asiento con la cabeza. Es lo primero que Aiden me dice desde que salimos de Mistress Jay's. Se quita la chaqueta y me la pone sobre los hombros. Me la ciño al cuerpo. Huele a su loción para después del afeitado. Luego, se acerca al mostrador y espera mientras prepara nuestra consumición una huraña joven polaca que, a todas luces, preferiría estar en cualquier otro lugar. La sensación no me resulta desconocida.

La adrenalina me acelera el corazón y noto un cálido zumbido en las entrañas. La cabeza me da vueltas sin parar, aunque no tiene nada que ver con el champán que he consumido. Aiden fue a buscarme. Me encontró celebrando mi despedida de soltera y me pidió en matrimonio, o eso creo. Hay una parte de mí a la que le espanta la idea de entrar en conversación. Voy a casarme con Marcus pasado mañana y quiero sentirme loca de alegría por ese motivo. Pero eso sólo le ocurre a una parte de mí. Hay otra parte que está horrorizada. ¿Es un sentimiento lógico para una novia a punto de llegar al altar?

Crush regresa a la mesa con nuestros cafés. Los dos llevan leche y se han derramado en su mayor parte sobre los platillos, aunque no por culpa de Aiden.

—También traigo un par de magdalenas con chocolate —dice.

A pesar del aspecto cochambroso de la cafetería, las magdalenas tienen una pinta deliciosa. Son caseras y llevan pepitas de chocolate, pero me encuentro incapaz de dar un bocado. La situación es desesperada. Crush hace un intento poco entusiasta por probar la suya.

El café tampoco está mal. Pero claro, le he añadido tres azucarillos. La excusa es que necesito un impulso de energía. Está muy caliente, y cuando rodeo la taza con ambas manos me agrada la sensación de abrasarme. Sin apenas darme cuenta, me quito la diadema y el velo y los planto en la mesa de al lado, sobre un charco de café.

—Y dime, ¿qué hacemos aquí? —pregunto.

—No quiero que cometas una equivocación, preciosa —responde Crush, tras una pausa.

—¿De veras piensas que me equivoco?

—¿Tú no?

—Hasta hace unos minutos, te habría respondido que no tenías razón.

—¿Y ahora?

Sacudo la cabeza.

—Ahora no estoy segura.

—Marcus no te conviene —dice Crush.

Arriesgo una sonrisa.

—¿Y tú sí?

—Eso creo.

—Lo intentamos, Aiden; pero no funcionó.

—Nos precipitamos demasiado —alega—. Yo, en concreto, me precipité —estira el brazo a través de la mesa mugrienta y me agarra de la mano—. Lo nuestro era muy especial.

—Y yo lo fastidié.

—Hicimos mal en romper. Estaba muy dolido, actué sin pensar.

—Esa fue precisamente mi excusa.

Niega con la cabeza.

—Ya lo sé —trata de esbozar una sonrisa—. Fue una excusa excelente.

—¿Y bien? —caigo en la cuenta de que estoy jugueteando con mi anillo de compromiso y me detengo en seco—. ¿Me estás pidiendo que me case contigo?

—No —responde él—. Lo que pasa es que a mi entender, deberíamos dar otra oportunidad a nuestra relación.

—¿Quieres que cancele mi boda a dos días vista con el sólido argumento de que quizá, en algún momento, podríamos llegar a conseguir una relación pasable?

—Es más que eso —insiste—. Y tú lo sabes —me frota el dorso de la mano con el pulgar—. Sé que te estoy pidiendo mucho, Lucy.

—Ni que lo digas —trato de hacerme la frívola, pero no lo consigo.

Con aire distraído, limpio el café con el velo mientras pienso en el vestido tan elegante y sofisticado que cuelga de la puerta de mi dormitorio. ¿Debería cancelar la boda por si acaso consiguiera sacar a flote una relación con Aiden *Crush* Holby, a quien no puedo quitarme de la cabeza? ¿O me quedo con Marcus, quien a pesar de todos sus defectos quiere casarse conmigo?

Capítulo 57

Siguiendo la tradición de las mejores despedidas de soltera, tengo una resaca monumental. Estoy tirada en el sofá, en un rincón de Chocolate Heaven, rodeada de mis mejores amigas. También ellas tienen resaca. Excepto Chantal, que muestra un aspecto tan penoso que nadie lo diría.

Me agarro la cabeza, y también el estómago. No sé cuál me duele más. Con actitud valiente, me estoy comiendo una porción de tarta de queso y chocolate con plátano y dulce de leche para recuperar el equilibrio. El chocolate es un conocido remedio para la resaca, así como para el resfriado común, el síndrome premenstrual, las hemorragias nasales y, seguramente, las verrugas. De hecho, los únicos males que no cura son, por desgracia, la obesidad y el acné. Los plátanos también tienen un montón de proteínas, lo que es beneficioso para la salud, de modo que esta tarta es, en efecto, la mejor medicina.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta Nadia. Está tumbada en el sofá, a mi lado. Su tono recuerda a la voz cazallera de Bonnie Tyler.

—Queridas amigas, me alegra comprobar que, aunque os abandoné en lo mejor de mi despedida de soltera, fuisteis capaces de continuar la fiesta sin mí; con mucho éxito, por cierto.

—Pensamos que a lo mejor volvías —dice Autumn.

—No sabíamos si estábamos celebrando tu boda o ahogando nuestras penas —interviene Nadia—. Así que hicimos ambas cosas.

Agacho la cabeza.

—¿Qué voy a hacer?

Las chicas me miran con nerviosismo y Chantal adopta el papel de portavoz.

—Cariño, eso es precisamente lo que queremos saber.

—Crush me ha pedido que cancele la boda.

Nadia me coloca una mano en el brazo.

—¿Y es eso lo que quieres?

—No lo sé.

—Te queda un día para decidirte —me recuerda.

Como si no lo supiera. En cuanto acabe esta reunión que hemos convocado a toda prisa, me pongo en marcha hacia Trington Manor. Marcus ha alquilado un coche para que me recoja y traslade mis cosas. Él se reunirá conmigo más tarde, al igual que mis padres. Mi padre y su peluquera rubia de bote; mi madre y su millonario medio calvo. La sola idea me provoca mareos.

—No se puede cancelar una boda con un día de antelación —indico con voz cansada—. Pensad en el gasto. Le ha costado a Marcus miles de libras. Una fortuna.

—Lucy, con tantas dudas, no puedes casarte —a Autumn, tan modosita, no se le escapa una.

—Quiero a Marcus —digo con énfasis—. Es sólo que...

—Quieres más a Crush.

—No —replico yo—. Aquello no fue más que un enamoramiento pasajero. Lo malo es que es tan convincente... —pienso en él, sentado anoche en la cafetería, con esa mirada de cachorrillo en sus enormes ojos castaños y, por un momento, creo que todo es posible. Podría cancelar la boda, abandonar a Marcus de una manera amistosa, sin rencores, y zarpar hacia el horizonte junto a Crush a sabiendas de que, a pesar de nuestros comienzos inestables, al final seríamos

eternamente felices. Entonces me doy cuenta de que he visto demasiadas películas románticas. Richard Gere y Debra Winger tiene gran parte de la culpa. Estas cosas sólo suceden en Hollywood. Que no se me olvide. En la vida real, todo el mundo acabará enfadado y nadie volverá a dirigirme la palabra. Perderé a Marcus y luego Crush y yo romperemos. Me quedará sola, sin nadie que me quiera. La gente no cancela las bodas en el último momento. Está mal visto. ¿Cómo podría hacer una cosa así?—. Llamaré a Crush y le diré que me dejé llevar por las circunstancias, pero que cancelar la boda sería un terrible error.

Mis amigas asienten con un gesto —Nadia y Autumn tratan de no mover la cabeza demasiado —, pero no parecen convencidas.

—Quiero que lleguéis al hotel bien temprano —digo yo, tratando de sonar optimista—. Darren va a llegar a primera hora para peinarnos, y lleva a una ayudante para que nos maquille.

Marcus ha reservado habitaciones separadas para esta noche. Se nos podrá tachar de supersticiosos, pero no quiere arriesgarse a hacer nada que pueda traer mala suerte. Lo que significa que me quedaré en la cama hasta tarde y disfrutaré de un desayuno con huevos y beicon. ¡Bien!

Clive se acerca a nosotras.

—¿Cómo se encuentran mis clientas preferidas?

—Shh —digo yo—. No grites.

Baja la voz, obediente.

—¿Resaca?

Las cuatro nos arriesgamos a asentir con la cabeza. Clive arroja una tarjeta de visita sobre la mesa. Dice: «La Pícara Roberta. Travestí».

—¿Una de las *drag queens*? —pregunto.

—Sí —confirma él. Luego exhala un suspiro de tristeza—. La encontré en el bolsillo de Tristan. ¿Por qué la guardaría? Está saliendo con otros hombres, estoy convencido.

¿Con hombres o con mujeres? Prefiero no preguntar.

—Me parece que nuestra relación tiene los días contados —continúa—. Lleva toda la mañana llamando por teléfono a escondidas y ahora se ha marchado, quién sabe adonde.

—Puede que haya una explicación razonable —interviene Autumn.

—Puede que esté contratando a Roberta para que aparezca de un salto de mi tarta de bodas —sugiero yo.

—Pues la tarta tendría que ser grande de cojones —replica Clive y, a pesar de su problema, nos echamos a reír a carcajadas.

—Voy a contratar a un ayudante digno de confianza —prosigue, una vez que las risas se han apagado—. No sé cuánto tiempo más podré contar con Tristan. Si conocéis a alguien que pueda interesarle, decídmelo.

—A mí no me importaría hacer algunos turnos —digo yo. Y es que jamás sería capaz de volver a Targa y encontrarme con Crush una vez casada. Ese capítulo de mi vida tiene que permanecer cerrado a cal y canto. Tengo que poner a Aiden Holby más allá de toda tentación—. Cuando se haya calmado todo el jaleo de la boda, claro está.

—De ninguna manera. Te comerías todos mis beneficios —bromea.

Me cruzo de brazos con aire malhumorado.

—Mira que eres desagradecido.

Nos echamos a reír otra vez. Clive se marcha.

—Si necesitáis algo más, decídmelo —indica girando la cabeza hacia atrás.

—Lo que yo necesito es ponerme en marcha —me fuerzo a tomar la última cucharada de pastel de queso y chocolate con plátano y dulce de leche. Podría ser mi último postre como soltera. La idea me produce un escalofrío—. No puedo dar un bocado más —digo, sintiéndome llena a rebosar. Me paso las manos por el estómago. Está más hinchado que el de Chantal, y eso que ella está embarazada—. Vais a tener que meterme ese maldito vestido con calzador. ¿Cómo voy a pesar diez kilos menos de aquí a mañana?

—Ampútate las dos piernas —es la práctica sugerencia por parte de Nadia.

—El recorrido hasta el altar resultaría interesante.

—No he dicho que fuera la solución perfecta —replica mi amiga. Luego pasea la vista por el grupo en busca de aprobación—. Lucy, te lo digo por última vez —añade Nadia—. ¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—Sí —me levanto y me cuelgo el bolso del hombro—. La boda se celebrará mañana —hay una indudable nota de decisión en mi voz, aunque el estómago se me encoge de terror—. Marcus y yo nos casaremos y seremos muy felices.

Capítulo 58

Los respectivos dormitorios de Richard y Autumn en casa de sus padres apenas habían cambiado desde que ambos eran adolescentes. En las paredes de la habitación de Autumn no se veían pósteres de cantantes de pop, ya que escuchaba música folk cuando los jóvenes de su edad eran seguidores de Madonna, Queen y demás. Las escarapelas, que había ganado en el club de hípica, aún pegadas alrededor del espejo de su tocador, estaban cubiertas de una fina película de polvo. Las estancias de la planta baja se habían renovado y redecorado una docena de veces, pero subir los tres tramos de escalera que conducían al piso de arriba era como adentrarse en el túnel del tiempo.

Al abrir la puerta del cuarto de Richard le asaltó el familiar olor a madera vieja y a zapatos de adolescente. Con la excepción de la breve incursión aquel desastroso día de Navidad, hacía años que no entraba. No había tenido necesidad. Autumn recordó cómo los dos, descalzos, hacían luchas de almohadas y pegaban botes sobre la desvencijada cama de su hermano, a demasiada distancia del resto de las habitaciones como para que sus padres les oyeran, si es que se encontraban en casa. El trabajo siempre había sido la prioridad de ambos y ahora, por fortuna, no regresarían del extranjero hasta finales de semana, de modo que no tenía que dar explicaciones de su improvisada visita. No quería verse obligada a mentirles sobre sus motivos para entrar en el dormitorio de Richard. Aunque conservaba una llave de la vivienda para casos de emergencia, Jenkinson le había abierto la puerta; pero Autumn podía contar con él para que no mencionara su presencia a los señores de la casa. Con frecuencia, el anciano mayordomo había sido para ella una figura paterna en mayor medida que su propio padre.

Descorrió las cortinas de la habitación. Saltaba a la vista que era el cuarto de un varón. Ahora estaba más ordenado, pero en las estanterías aún se veían los libros de Richard: *Rebeldes*, *El señor de las moscas*, *El guardián entre el centeno* y un ejemplar de *Las obras completas de William Shakespeare* que había robado de la biblioteca del colegio. A lo largo del estante más alto discurría una hilera de inestables maquetas de Airfix, entre las que se incluía un Harrier de despegue vertical que Richard había tardado horas en construir durante la época en la que aspiraba a ser piloto de caza de la RAF. Autumn pasó la mano por la maqueta mientras se preguntaba qué habría sido de los sueños de su hermano. ¿Cómo era posible que una persona con tanto potencial lo hubiera echado todo a perder de una manera tan definitiva?

Al lado del Harrier se encontraba la destartada colección de figuras de *La guerra de las galaxias* que Rich conservaba desde poco después de aprender a andar. Autumn examinó los muñecos y, por turnos, fue cogiendo a Han Solo, a R2-D2 y a Chewbacca. Los sujetaba como si estuvieran hechos de porcelana fina. Le admiraba que hubieran sobrevivido a las indignidades rituales a las que su dueño los sometía, entre las que se incluía lanzarlos al espacio amarrados a un petardo. ¿Por qué motivo sus padres habían mantenido aquellos juguetes? No eran precisamente sentimentales acerca de lo que tuviera que ver con sus hijos. Probablemente se debía a una falta de interés; además, nunca habían necesitado el dormitorio para otros fines. Aunque la colección de Richard estaba más que anticuada, seguro que había niños desfavorecidos a los que les encantaría.

Autumn se tumbó en la cama y se quedó mirando al techo, de algún modo confiando en

recordar al niño que su hermano había sido. Por mucho que lo intentaba, resultaba difícil asociar al hombre en que Richard se había convertido con el chico que había pasado tantos años formándose en aquella habitación. Ese chico, con su pasión por *La guerra de las galaxias*, la buena literatura y el ansia de pilotar aviones en nombre de su Reina y de su país, había desaparecido mucho tiempo atrás.

En un rincón del cuarto había un robusto armario de caoba. Qué diferente resultaba el ambiente en comparación con el de los dormitorios de los adolescentes de hoy en día. Ni rastro de televisión de pantalla plana, PlayStation, iPod u ordenador. Autumn se bajó de la cama, se acercó al armario y, haciendo palanca, abrió las puertas. La antigua chaqueta con el escudo del colegio seguía colgada junto a alguna que otra prenda, pero por lo demás, estaba casi vacío. Autumn había traído en el bolso un destornillador y un martillo por si fuera a necesitar un poco de fuerza bruta para llevar a cabo su tarea, pero no tenía que haberse preocupado. En la plancha de madera que hacía las veces de suelo se veía un orificio del diámetro de un dedo, y Autumn introdujo el índice. El falso fondo se levantó sin dificultad. Apiñada en el hueco había una bolsa de viaje de lona de la marca Puma, y la sacó. Richard le había pedido expresamente que no la abriera y ella había prometido que no lo haría. En efecto, cuanto menos supiera, mejor. Había llamado al número de teléfono que su hermano le había indicado, pero el hombre que contestó le dijo que esperara hasta que se pusieran en contacto con ella. No podía hacer más que cruzarse de brazos y aguardar con su alijo ilegal de lo que quiera que fuese. Colgándose la bolsa al hombro, paseó la vista por la habitación una última vez y cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Qué tienes ahí? —Autumn dio un respingo de sorpresa. Cuando llegó al taller, Addison la estaba esperando y señaló la bolsa de viaje con un gesto de cabeza—. ¿Es que vas a fugarte?

Autumn notó que las mejillas se le encendían.

—Son cosas de Richard. Me pidió que las recogiera de casa de nuestros padres —no había querido arriesgarse a dejar la bolsa, ni mucho menos lo que contenía, en su apartamento. Por alguna razón, consideró que se encontraría más a salvo si la escondía en algún lugar del centro de rehabilitación hasta que se produjera la llamada indicando el lugar de la entrega. Pero ahora empezaba a pensar que había sido una idea absurda.

—¿Por qué no me lo dijiste esta mañana? Te habría acompañado —le dio un beso en la mejilla y se echó a reír—. He venido a darte una noticia excelente.

Autumn era incapaz de articular palabra.

—Por lo que parece, voy a conseguir financiación para que Tasmin ocupe un puesto de su propiedad en el mercadillo de Camden. Voy a obtener una subvención para que compre el material necesario para sus piezas y me he enterado de que hay varios espacios vacantes, así que podrá instalarse en un puesto fijo.

—Genial —consiguió responder Autumn, consciente de que no mostraba el grado de entusiasmo que de veras sentía.

—Creí que te pondrías a pegar botes de alegría —Addison, intrigado, inclinó la cabeza a un lado—. ¿Qué pasa? Da la impresión de que te sientes culpable.

—No, que va —repuso ella.

Addison volvió a dirigir la vista a la bolsa de viaje.

—¿Tiene algo que ver con esto?

—¿Esto?

Su novio asintió con la cabeza.

—Sólo es ropa y cosas así, me parece... No estoy segura.

Addison frunció la frente.

—Autumn, llevo demasiado tiempo trabajando con gente que no va precisamente por el buen camino —dijo—. Huelo a gato encerrado a kilómetros de distancia.

—No es nada. En serio.

—Déjame ver qué llevas en esa bolsa —dijo él con tono firme. Cuando Addison se dispuso a abrir la cremallera, Autumn no se resistió.

Su novio colocó en alto un osito de trapo. Era una monada. Tenía el color de la miel y lucía una pajarita, así como una sonrisa bobalicona. Dentro de la bolsa había docenas de ositos idénticos apretados entre sí.

—¿Peluches?

Autumn se encogió de hombros y trató de soltar una risa despreocupada. Fracasó estrepitosamente.

—¡Ya conoces a Rich!

—Sí, demasiado bien —replicó Addison y, cogiendo un cúter del banco de trabajo que tenía al lado, rasgó el vientre del oso de parte a parte.

Autumn ahogó un grito. El peluche estaba relleno de pequeñas bolsas con polvo blanco.

Addison sacó una de las bolsas y la hizo rodar entre sus dedos.

—¿Sabes qué es?

—No —respondió ella—. No exactamente. Pero sé que no es nada bueno —mentir siempre se le había dado fatal. Hundió los hombros y se dejó caer en el taburete más cercano—. He accedido a entregar esta bolsa en nombre de Richard.

La expresión de Addison se ensombreció aún más.

—¿A quién?

Autumn respiró hondo. Había llegado el momento de sincerarse con él.

—A unos tipos de poco fiar.

—Tienes que llevar la bolsa a la policía.

—No puedo. Richard tendría muchos problemas.

—Ya tiene muchos problemas, Autumn.

—No creo que delatándole le vaya a ayudar gran cosa —insistió ella—. Siempre he sido yo quien le ha sacado de apuros, pero ya está bien. Te lo prometo. Tengo que hacerle este último favor y se acabó. A partir de ahora, que se las apañe solo.

—Has traído esta basura a un centro de rehabilitación para drogadictos —dijo Addison con voz tirante—. ¿Estás dispuesta a arriesgar tu puesto de trabajo, además de nuestra reputación, sólo para salvar el pellejo a tu hermano?

—Sí —respondió ella bajando la voz. Era la primera vez que contemplaba el asunto desde ese punto de vista.

Addison le entregó el oso de peluche. De las entrañas de su novio emergió un temible gruñido.

—Autumn, no podemos seguir así. Lo siento. Tu hermano se ha hundido en la mierda y te arrastra con él. No arruines tu vida implicándote en este asunto.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —preguntó Autumn a gritos. Pero Addison ya estaba dando un

portazo a sus espaldas.

Capítulo 59

Marcus me rodea con sus brazos y me sujeta con fuerza.

—Llegó la hora, pequeña —dice. Nunca me llama pequeña.

Estamos en Trington Manor. Llevo un par de horas instalada en el hotel. En realidad, hasta ahora no he hecho más que dejarme llevar por el pánico. Me alegro de que Marcus haya aparecido por fin, ya que me ayudará a tranquilizarme, seguro que sí.

Tengo la impresión de que en las últimas semanas apenas he visto a mi novio. He tenido tantas cosas que hacer, tanto que organizar, a pesar de la extraordinaria contribución por parte de Jacob. El ritmo ha sido frenético hasta tal punto que ni siquiera he tenido tiempo de dejar mi piso y mudarme al apartamento de Marcus. Y ahora la boda se nos ha echado encima.

—¿Estás nervioso? —pregunto.

Marcus sacude la cabeza.

—En absoluto. La verdad es que lo estoy deseando —dice con ternura—. Lucy Lombard va a convertirse en mi legítima esposa, y soy el hombre más feliz de la Tierra. ¿Por qué iba a estar nervioso? —ciñe sus brazos a mi alrededor y me mira a los ojos cariñosamente—. Y tú, ¿estás nerviosa?

—No, que va —respondo. No estoy nerviosa. Lo que estoy es muerta de miedo.

Además de vivir cada uno en nuestra casa, hemos reservado habitaciones separadas para esta noche. Marcus es supersticioso a más no poder y no quiere verme antes de que haga mi entrada en la iglesia. Estoy de acuerdo. No se necesita gran cosa para que la mala suerte recaiga sobre mí, y no me apetece tentar al destino.

—Mis padres han llegado —anuncio al tiempo que arrugo la nariz.

—Así te sentirás mejor —responde. Aunque más bien me entrarán ganas de agarrar una escopeta e iniciar una matanza indiscriminada.

—He reservado mesa para cenar a las siete —va a resultar divertido, pues será la primera vez que mis padres coincidan en la misma estancia desde su reñido divorcio. Puede que el paso del tiempo les haya apaciguado (agua pasada no mueve molino y todo lo demás). Tal vez mi madre ya no sienta el impulso de arrancarle los ojos a la Peluquera y mi padre no tenga la tentación de darle una paliza al Millonario. Quizá, también, Victoria Beckham recortará sus gastos y los casquetes polares dejarán de derretirse.

Marcus se frota la barbilla con aire pensativo.

—No he visto a tus padres desde...

—Desde sus respectivas bodas —le recuerdo—. Yo apenas les he visto desde entonces —en la actualidad, mi padre reside en la costa del sur de Inglaterra disfrutando del éxtasis conyugal con una mujer a la que dobla la edad, mientras que mi madre ha optado por las siestas sazonadas de sexo en España con un hombre que parece doblarle la edad a ella.

—De pronto, me seduce la idea de fugarnos solos, tú y yo, a una playa de las Bahamas —comento.

—La boda va a ser increíble —me asegura Marcus mientras me besa en los labios con ternura—. La gente la recordará durante años.

Antes que nada, tenemos que superar la cena. Marcus está sentado a una cabecera de la mesa y yo, a la contraria. Mis enemistados progenitores se encuentran uno frente al otro. Prueba a distribuir los asientos de unos invitados que se detestan entre sí. Se gastan tres bolígrafos antes de dar con la solución, puedo dar fe. Ésta podría ser la velada más larga de toda mi vida y, de repente, lamento que Crush y yo no podamos volver a escondernos en el baño de señoras para animar un poco el ambiente. Entonces, acopiando la energía de la que soy capaz, empujo toda imagen de Aiden hasta el fondo de mi mente y dedico una amplia sonrisa a mis acompañantes.

A pesar del bronceado de tono caoba que mi madre luce, sé que por debajo tiene el rostro blanco y tirante. A mi padre se le nota agotado, y no creo que se deba a un exceso de partidos de golf. La Peluquera —Myleen— se ha presentado vestida como una prostituta. Lleva un top blanco atado al cuello que apenas le cubre los pezones. Semejantes globos no pueden ser sus pechos verdaderos. Le sería imposible ahogarse, estoy segura. El Millonario no le quita los ojos de encima. Se ríe estentóreamente con cada cosa que dice, que no es mucho, la verdad. De vez en cuando el hombre da un respingo que debe de coincidir con las patadas que mi madre le propina en la espinilla. Mi padre lanza a mi madre miradas sombrías por encima del exquisito centro de rosas blancas.

«Fabuloso», suspiro para mis adentros. Y sólo estamos en los entrantes. ¿Cómo diablos vamos a llegar al postre? Pero estoy decidida a realizar tan largo recorrido. No pienso soportar tanta angustia sin el aliciente final de un dulce de chocolate. Seguramente será mi última oportunidad de disfrutar de mi alimento favorito mientras siga soltera, y tengo que aprovecharla.

Marcus hace todo lo posible por actuar como el perfecto anfitrión.

—¿Habéis tenido buen viaje? —pregunta a ambas parejas.

—Maravilloso —responde mi padre—. Siempre se disfruta con un Bentley de primera.

Doy por sentado que habla del estado de las carreteras aunque, dadas las circunstancias, no estoy segura.

Mi madre juega con su copa.

—Howard fletó un avión privado —explica con parsimonia.

Mi padre escupe el champán que tiene en la boca. Un avión privado supera a un coche de alta gama, por muy Bentley que sea. Uno a cero a favor de mi madre.

Marcus vuelve a intentarlo.

—Es un hotel estupendo, ¿verdad? ¿Os gustan vuestras habitaciones?

—Estamos en la *suite* nupcial —dice mi padre sin apartar los ojos de su ex mujer.

—Y nosotros, en la presidencial —espetea ella—. Es enorme.

Hmm. No sé quién gana ahora. La *suite* nupcial da a entender que practicas el sexo sin parar; la presidencial implica que, aunque tienes montones de dinero, posiblemente necesitas Viagra. Creo que le otorgaré el punto a mi padre. Mi madre debe de estar de acuerdo, porque se acaba el champán de una manera muy agresiva.

Esto es una pesadilla. Llego a pensar que deberíamos haber invitado también a los padres de Marcus. Por lo menos, tendría la distracción de defenderme de las pezuñas de David Manoslargas. Por otra parte, Hilary la Sanguinaria sería una adversaria a la altura de mi madre; no me cabe duda de que estallarían entre ellas una guerra a pequeña escala.

Mi prometido me lanza una mirada atormentada. Le contesto con una sonrisa amable. Estoy furiosa con mis padres. Aquí está el pobre Marcus haciendo esfuerzos para que la velada resulte

agradable y ellos se lo pagan con groserías. ¿Por qué será que las bodas y los funerales sacan a relucir lo peor de las personas? No les pido más que sean corteses el uno con el otro durante unas horas y luego no tendremos que volver a vernos hasta que nazca su primer nieto. Así son las cosas en los tiempos que corren. Paseo la vista por la mesa y me fijo en los brazos cruzados, en los rostros huraños. El alma se me cae a los pies. Hemos invertido mucho esfuerzo y mucho dinero en esta boda. Confío en que sean capaces de mantener la compostura el tiempo suficiente para que disfrutemos de un día verdaderamente inolvidable.

Capítulo 60

Marcus me acompaña hasta la puerta de mi habitación. Me sujeta contra la pared, se echa sobre mí y me besa larga y apasionadamente.

—Mmm —me murmura al oído—. ¿Trae mala suerte echarle un polvo a la novia la noche antes de la boda?

—Me figuro que sí.

—¿Y si nos arriesgamos? —insiste mientras me acaricia el trasero. Sus besos se vuelven más ardientes por momentos—. Esta noche, en el restaurante, me moría de ganas de tocarte los muslos por debajo del mantel, como aquella vez en Alfonso's.

Me aparto de sus brazos.

—¿Eras tú?

Marcus se echa a reír.

—¿Quién iba a ser?

No puedo contestar: «Tu padre», claro está. Si hubiera sabido que era Marcus quien acariciaba mi celulitis no me habría escapado al lavabo de señoras y no habría acabado besando a Aiden *Crush* Holby. Empiezo a notar un dolor de cabeza tras los párpados e intuyo que se acerca una crisis de las que requieren ciertas dosis de chocolate.

—Tenemos que levantarnos muy temprano —le advierto—. Debería irme derecha a la cama.

—Eso es lo que te propongo —responde Marcus con un brillo travieso en los ojos.

—Mañana —le prometo mientras le beso. Pero el encanto del momento se ha desvanecido—. Esperemos hasta ser marido y mujer. Resultará más emocionante.

—¿Tú crees? ¿No dicen que la vida sexual se acaba cuando uno se casa?

Me encojo de hombros.

—No parece ser el caso de mis padres.

Marcus se aparta hacia atrás.

—De acuerdo, pero los dos se han vuelto a casar —señala—. ¿Eran así antes de divorciarse?

—¡Claro que no!

Marcus me suelta.

—A eso me refiero.

—Eran normales —digo yo—. Discutían. Se enfurruñaban. Me imagino que practicarían el sexo de Pascuas a Ramos. Aunque debo admitir que, mientras estuvieron casados, la mayor parte del tiempo se llevaban bastante bien.

De pronto, mi prometido se pone muy serio.

—¿Es eso lo que quieres para nosotros? ¿Qué nos llevemos bien?

—No —respondo—. Quiero algo más. Quiero que aparte de mi marido, seas mi mejor amigo. Quiero que seas mi amante, y un padre estupendo para nuestros hijos.

—Yo también quiero todo eso.

Le brindo una sonrisa.

—En ese caso, seremos muy felices.

Marcus juguetea con mi reloj, frotándolo distraídamente con el pulgar.

—¿Por qué rompieron tus padres?

—Creo que se divorciaron más por aburrimiento que por otra cosa —respondo. Lo cierto es que nunca he hablado a fondo con ninguno de ellos sobre el asunto. Bueno, no es algo que se suela hacer con unos padres, ¿verdad? Me imagino que mi madre se habría lanzado a una detallada descripción de los defectos de mi padre en el dormitorio y, francamente, no es la clase de información que me apetece escuchar. Les quiero mucho y todo eso, pero prefiero no saber demasiado sobre ellos. Me decido por responder-: Estaban pasando una mala época.

Curiosamente, mi madre estaba harta de que su marido pareciera un salto atrás a la década de los ochenta y le convenció para que modernizara su imagen. Y resulta que acudió a una barbería que acababan de abrir, donde Maleen, la Peluquera, le proporcionó un cambio bastante más radical de lo que él esperaba. Nunca acabaré de entender lo que vio en su escaso cabello cano, con el que se hacía un intrincado peinado para tapar la calvicie. Pero claro, no puedes pensar en tus propios progenitores como objetos sexuales.

—Entonces, mi padre conoció a otra persona. Para no quedarse atrás, mi madre siguió el ejemplo.

Mi prometido se muestra de lo más preocupado ante semejante revelación. Tal vez se esté acordando de sus propias infidelidades.

—No tiene por qué pasarnos lo mismo a nosotros —le doy un tranquilizador apretón en la mano—, pero tendremos que poner de nuestra parte, Marcus. Los matrimonios felices no ocurren por casualidad.

—Tienes razón —responde él, pero me doy cuenta de que el brillo en su mirada se ha apagado—. Deberíamos irnos a dormir temprano.

Acto seguido, se aleja por el pasillo mientras le observo.

—Nos vemos en la iglesia —grita girando la cabeza.

—Te quiero —respondo yo elevando la voz. Pero me da la impresión de que no me oye.

Capítulo 61

Estoy tumbada en la cama, despierta y mirando al techo. Me he comido el bombón que había sobre la almohada. No estaba mal. Tampoco muy bien. Una mínima cantidad de chocolate, en realidad, teniendo en cuenta que podría ser definitivamente la última vez que lo pruebo de soltera. Debería haberme traído provisiones de Chocolate Heaven para mantenerme en forma. Se trata de un descuido imperdonable por mi parte, y me lleva a preguntarme qué otras cosas me habré olvidado. Además, puede que tomara demasiado café en la cena, porque tengo los ojos como platos y los nervios, a flor de piel.

Al otro extremo del pasillo, Marcus debe de estar durmiendo a pierna suelta. En la *suite* nupcial, mi padre y la Peluquera estarán metidos en faena, al igual que mi madre y el Millonario en la *suite* presidencial —aunque en el caso de estos últimos, el acto podría requerir una cierta ayuda de la química—. Si ya es bastante malo imaginar a tus padres follando, peor todavía es pensar que lo hacen con otras personas y que, para colmo, lo pasan bien. Puaj. Trato de no darle vueltas al asunto. Aun así, por todo el mundo hay personas en las mismas situaciones: unas duermen, otras hacen el amor y otras no pueden dormir de preocupación.

Me traslado a un lateral de la cama e intento ponerme cómoda. He dejado el móvil en la mesilla de noche. Me lanza guiños tentadores. Me pregunto qué estará haciendo Crush en este momento. ¿También durmiendo como un tronco? ¿Habrà otra mujer en su cama? ¿Existe alguna posibilidad de que esté despierto pensando en mí?

Cojo el teléfono y empiezo a toquetearlo. A pesar de mis promesas, no llegué a ponerme en contacto con él después de nuestra conversación en la destartalada cafetería. Tenía la firme intención de llamarle para explicarle mis sentimientos; pero, para ser sincera, no sabía qué decir. Me habría puesto a soltar «hmms» y «ehs» y la habría acabado fastidiando. Crush se merece algo más.

Son las tres de la madrugada. Es la hora en la que muere más gente, la hora en la que los borrachos llaman por teléfono a sus ex parejas y les suplican otra oportunidad, la hora en la que se cometen toda clase de estupideces. Ya lo sé. Acto seguido, antes de pensármelo mejor, busco el número de Crush. Con un poco de suerte, saltará el buzón de voz y podré dejarle un amable mensaje en el que le expondré lo imbécil que soy, le desearé que sea muy feliz y le diré que le echo de menos. Con todas mis fuerzas. Cosas así.

Tres breves timbrazos y Crush contesta.

—Hola, preciosa —dice con voz somnolienta. Así que aún conserva mi número en el móvil.

—No tenía la intención de despertarte —digo yo.

Se produce una pausa.

—Son las tres de la madrugada —escucho cómo ahoga un bostezo, lo que me hace sonreír. Nunca me he acostado con Crush, por desgracia; pero no se necesita una gran clarividencia para imaginar cada centímetro de su cuerpo bajo las sábanas: la curva de su espalda, sus musculosas piernas, la manera en la que se incorpora sobre uno de sus amplios hombros. Le veo como si estuviera aquí, tumbado a mi lado. Noto que mis piernas, inquietas, no paran de moverse—. ¿Qué pensabas que estaría haciendo?

—No puedo conciliar el sueño —le digo.

—Mañana es el gran día.

—Sí —me hago un ovillo debajo del edredón—. No debería haberte llamado.

—Puede que no —responde Crush—, pero me alegro.

—No sé qué decir.

—Dime lo que llevas puesto —me insta él—. ¿Estás desnuda?

Suelto una risita.

—Aiden Holby, eres un maldito perverso.

—Eso está mejor —responde entre risas—. Me recuerda más a la Lucy que conozco y que quiero.

Se me hace un nudo en la garganta y el estómago me da un brinco.

—Llevo puesto un pijama de Winnie the Pooh.

—Qué sexy —murmura—. Ojalá pudiera verlo.

—Ésta será la última vez que te llame —continúa—. No puedo volver a hacerlo. Sería injusto para Marcus. Tanto tú como yo tenemos que borrar nuestros teléfonos de la lista de contactos.

—Si eso es lo que quieres, ningún problema —responde Crush.

—Creo que es lo mejor.

Aiden exhala un suspiro triste y prolongado.

—Y ahora, preciosa, ¿qué pasa?

—Pues que cuelgo, y se acabó. Mañana me caso —¿por qué diablos me he echado a llorar? Sollozo en voz baja a través del teléfono—. Sólo quería que supieras que te quise mucho.

—Y yo todavía te quiero.

—Mejor será que me vaya —me seco las lágrimas con la manga del pijama de Winnie the Pooh—. Buenas noches. Que duermas bien.

—Adiós, preciosa. Que tengas una buena vida.

Acto seguido, cuelga el teléfono.

Capítulo 62

La ayudante de Darren acaba de aplicar cerca de un kilo de maquillaje en mi pálido y cansado cutis. Ingentes cantidades de *Flash Retouche*, de Lancôme, tratan de ocultar las sombras oscuras bajo mis ojos. Esta chica está consiguiendo convertirme en la novia radiante que manda la tradición. Estoy sentada en ropa interior —medias y ligas incluidas— mientras Darren me hace un moño cuando, de pronto, mis amigas del club de las chocoadictas aparecen en masa. Irrumpen por la puerta, entre risas, y el ánimo se me levanta de inmediato.

—¿Cómo está la novia? —pregunta Nadia mientras me abraza con afecto.

—Aterrorizada —aún no son las diez de la mañana y ya me tiemblan las manos. Mis emociones son un auténtico torbellino. Noto en las rodillas un estremecimiento que no da señales de inminente desaparición. Creo que lo mejor es no contarles que anoche llamé a Crush a una hora intempestiva.

—Estás en tu derecho —declara Nadia—. Casarse es un asunto muy serio. Pero te irá estupendamente, ya lo verás.

—Me irá estupendamente. Me irá estupendamente —recito como un robot—. Me irá estupendamente.

—Hemos traído provisiones —anuncia Chantal—. Vamos, abre la boca.

Obedezco y me mete una trufa.

Exhalo un suspiro. El delicioso chocolate negro de Madagascar se me derrite en la lengua. Qué gusto.

—Mmm. Es una buena ayuda, desde luego.

Podría ser la última vez, pero la última de verdad, que pruebe el chocolate estando soltera. Más vale que lo disfrute.

Marcus me ha llamado a primera hora de la mañana para decirme que me quiere. Desde entonces me he estado aguantando las ganas de llorar. Por fin, una lágrima solitaria me baja por la mejilla.

—Prohibido llorar. Estás maquillada —ordena Chantal, secando la ofensiva gota a la velocidad del rayo con un pañuelo de papel—. Aspira por la nariz. Venga, aspira. Sólo puedes llorar después de dar el «sí, quiero».

Aspiro por la nariz. Con todas mis fuerzas.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta Nadia.

El labio me tiembla. A esta chica no se le escapa nada, de modo que más me vale confesar.

—Anoche llamé a Crush —admito. ¿No dicen que el reo debe ir a la ejecución con la conciencia tranquila? Puede que pase lo mismo con las bodas—. Me dijo que sigue enamorado de mí.

Mis compañeras del club de las chocoadictas intercambian miradas de preocupación.

—Tranquilas —digo yo, poniendo las manos en alto—. No pasa nada. Seguíis siendo las encargadas de llevarme a tiempo a la iglesia. Crush y yo aclaramos las cosas entre nosotros —la voz se me quiebra un tanto—. Decidimos no volver a vernos ni a llamarnos. Es lo mejor —llegado este punto, me echo a llorar. A la mierda el maquillaje. Me siento muy desgraciada.

—Son los nervios —sentencia Nadia con tono enérgico—. Siéntate y come un poco de

chocolate; pero no te manches la ropa interior —me envuelve con una esponjosa toalla y me conduce hasta el borde de la cama, donde da unas palmaditas hasta que me acomodo. Me siento fatal al pensar que mi amiga ha tenido una desgracia tan grande y se ha enfrentado a ella con tanta valentía y aquí estoy yo, temblando como la gelatina ante la idea de casarme con el hombre al que he profesado mi amor durante los últimos cinco años, por lo menos.

—Voy a pedir que traigan té —Chantal se encamina al teléfono—. Y vodka.

—Chicas, sois las mejores —les digo entre gemidos.

—Que Darren empiece con nosotras —decide Nadia—. Tómate media hora para tranquilizarte. Lo que necesitas es algo que te distraiga.

Me he pegado una buena llorera y me he tomado dos tragos de vodka, tres tazas de té y cuatro cruasanes de chocolate —que, sin lugar a dudas, tiene que ser el último que pruebe de soltera, de otra forma no conseguiré subirme la cremallera de mi dichoso vestido. Sobra decir que me encuentro mucho, muchísimo mejor.

Jacob asoma la cabeza por la puerta de mi habitación.

—¿Estáis presentables?

—Según cómo se mire —responde Nadia—. Pero, sí; estamos vestidas.

Entra en la habitación y contempla la escena.

—¡Caramba! —nos brinda una sonrisa deslumbrante—. Os encuentro maravillosas.

Mis amigas ya están peinadas y maquilladas y, con sus ceñidos vestidos de seda, tienen un aspecto resplandeciente. El vestido de Autumn es de color caramelo, Nadia lleva un precioso tono café y Chantal va del marrón oscuro del cacao amargo. Jacob ha optado por la gama de los chocolates, como no podía ser de otra manera. Mi vestido de novia tiene la tonalidad del chocolate blanco y, en conjunto, parecemos un surtido de bombones selectos hechos a mano. Este hombre es un auténtico ángel, y hace tiempo que le perdoné su oscuro pasado. Han llegado los ramilletes, espléndidas creaciones a base de flores color crema entrelazadas con cintas en tonos chocolate.

En este momento me están arreglando el maquillaje y sigo en ropa interior. No me importa que Jacob me vea así; es más, saco pecho y cruzo las piernas de manera seductora con la esperanza de que parezcan más delgadas. A lo mejor cae en la cuenta de lo que se perdió en su día. Pero luego me acuerdo de que, en calidad de profesional, ha visto a montones de mujeres en ropa interior, y que ahora su trabajo es muy distinto, así que abandono la pose de vampiresa.

Dejándose caer en la silla que hay a mi lado, Jacob me pregunta:

—¿Va todo bien?

Asiento con la cabeza. De veras pienso que todo saldrá bien. Mi arrebato sólo ha sido un pronto pasajero, nada más. Si no pienso en Crush —ni siquiera como amigo—, todo irá como la seda.

—El comedor está espléndido —me asegura—. Te va a dejar con la boca abierta. Los encargados de las flores están terminando en la iglesia, que también está increíble. Va a ser una boda inolvidable.

—Ay, Jacob, espero que tengas razón —le dedico una sonrisa valiente—. Muchas gracias por tu ayuda. Jamás podría haber hecho todo esto sin ti.

—Y yo no habría querido que lo hicieras —me da un tierno beso en la mejilla.

—No me estropees el maquillaje —le advierto.

—Nos vemos luego —dice—. Me quedará hasta el final y me encargaré de que todo salga a la perfección.

Estamos preparadas de sobra para ponernos en marcha, pero aún nos quedan más de tres horas de espera. Darren y su ayudante terminaron su tarea en esta habitación, de modo que se han marchado a peinar y maquillar a mi madre y ahora las cuatro amigas nos hemos quedado a solas.

Me dedico a balancear las piernas y golpeo mis zapatos color crema sobre la mullida moqueta.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —pregunto. Por lo que parece, Jacob ha sido un poco exagerado en cuanto a los horarios—. Nos quedan por lo menos dos horas sin hacer nada hasta que llegue el fotógrafo.

—Podríamos darte una charla de preparación para el matrimonio —sugiere Chantal—. Tengo unos cuantos consejos sobre lo que nunca se debe hacer.

—No —respondo yo—. Seguro que me echaría a llorar otra vez. Además, anoche, Marcus y yo mantuvimos una conversación muy sincera. Los dos somos conscientes de que tendremos que esforzarnos mucho para que lo nuestro funcione, y ambos estamos dispuestos. Ya sé que el día de la boda es muy especial, lleno de simbolismo y todo eso, pero de veras siento que es el comienzo de una época nueva, y más madura, en nuestra relación.

Mi amiga me dedica una sonrisa.

—Seguro que sí, cariño.

El reloj de la habitación hace tictac. Golpeo los talones contra el suelo un poco más y suelto un resoplido.

—Nos podíamos haber quedado en la cama hasta tarde.

—Me imagino que Jacob ha dejado tanto tiempo en caso de alguna emergencia inesperada —comenta Chantal—. No hay ni una sola boda en la que no surja alguna pequeña catástrofe.

—Debería haber traído algún juego de mesa de los de Lewis —comenta Nadia—. El de la Oca nos habría mantenido entretenidas.

—Veo, veo, una cosita que empieza por «C» —mis ojos se dirigen a los restos que quedan en la caja de exquisiteces de Chocolate Heaven.

—Nada de chocolate, Lucy —me amonesta Chantal—. Te vas a indigestar.

—¡Venga ya!

—Te mancharás el vestido —añade Nadia.

—Necesito hacer algo —protesto—. Aquí, cruzada de brazos, me estoy poniendo cada vez más nerviosa.

Entonces, suena un móvil y todas pegamos un bote; Autumn, la que más. Atraviesa la habitación a toda prisa y rebusca en su bolso hasta encontrar el teléfono.

—¿Diga? —contesta, al tiempo que nos da la espalda y mira hacia un rincón.

Las tres alargamos el cuello para escuchar lo que dice, ya que no tenemos nada mejor que hacer. Luego, cuando cuelga y regresa junto al grupo, fingimos que no la estábamos espiando.

—Acaban de darme una mala noticia —dice. Se gira en mi dirección, con los ojos llenos de lágrimas.

—No te estropees el maquillaje —le advierto. Chantal interviene con otro pañuelo de papel—. A este paso, llegaremos al altar con la cara llena de churretes de rímel.

—En mi caso, puede que no —responde Autumn—. Me temo que, después de todo, no voy a poder ser tu dama de honor.

Capítulo 63

—¿Qué es eso de que tienes que hacer una entrega? ¿Qué clase de entrega? Quiero enterarme.

Autumn saca una bolsa de viaje de un rincón de la habitación.

—De esta clase.

Nadia, Chantal y yo nos mostramos perplejas por igual.

—¿Os acordáis del tipo que me atacó la otra noche? Por ahí van los tiros —prosigue Autumn—. Esta bolsa les pertenece a él y a su banda. La tenía mi querido hermano.

—¿Qué hay dentro?

—Muñecos de peluche —Autumn abre la cremallera y saca un osito—. En la calle alcanzarían un valor de un millón de libras o más.

Los ojos se me salen de las órbitas.

—¿Llevas puesto un vestido de dama de honor y, al mismo tiempo, escondes una bolsa llena de droga dura?

—Se podría decir, sí —confirma Autumn.

—¿Por qué la has traído al hotel?

—No podía dejarla en mi piso, desde luego. Podrían haber entrado a desvalijarlo. Pensé que la bolsa estaría más segura aquí. Además, me habían dicho que esperase su llamada, en la que me comunicarían el momento de la entrega —exhala un hondo suspiro—. Bueno, pues me acaban de llamar. Tengo que hacer la entrega ahora.

—¿Ahora?

—Es en esta zona de Londres —dice Autumn—, pero no creo que pueda volver a tiempo. Y eso, si todo va según lo acordado.

—¿No puede esperar? —pregunto yo—. Diles que estás en una boda y que les entregarás la bolsa mañana.

—No es la clase de gente a la que se le pide que espere, Lucy. Sabes lo mucho que tu boda significa para mí —añade—, pero no puedo fallar a Richard. Me ha dicho que si no devuelvo esto le matarán.

—¿Y no le importa que vayas sola a enfrentarte a esos hombres?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—¿Lo sabe Addison? —pregunta Nadia.

Autumn asiente con un gesto.

—No quería decir nada para no estropearle el día, pero no he vuelto a saber de Addison desde que se enteró de lo que pensaba hacer. Cogió su equipaje y se mudó a su casa. Se puso furioso conmigo por haberme prestado a esto.

No es de extrañar.

—No le culpo porque no quiera seguir conmigo —los ojos de Autumn se llenan de lágrimas; la voz se le quiebra—. Como es natural, está harto de que siempre ponga a Richard en primer lugar. Pero es lo último que voy a hacer por mi hermano; lo último, os lo juro.

Me entran ganas de pasarme los dedos por el pelo, pero me resulta imposible sin descolocar mi maldita diadema.

—No puedes hacerlo —declaro—. Tú sola, de ninguna manera.

Autumn, Nadia y Chantal vuelven a intercambiar miradas de preocupación.

—Somos expertas en el atraco a mano armada —les recuerdo—. La operación «Liberad las Joyas de Chantal» fue un golpe maestro que pasará a la historia. Somos mujeres con experiencia sobre la forma de actuar de lo más rastroso de la sociedad —a estas alturas, la vena delictiva latente en mi persona ha entrado en funcionamiento—. Juntas lo conseguiremos.

Chantal se sienta en la cama de golpe.

—Podemos escaparnos a la ciudad a toda prisa. Chantal, eres un genio en las huidas al volante —no me ofrezco voluntaria para conducir; la última vez, me estampé contra una furgoneta—. ¿Podrías llevarnos y traernos de vuelta en dos horas?

—Ya estaría aquí el fotógrafo —señala mientras se muerde el labio con nerviosismo.

—Pues que nos haga menos fotos con los ramos —me encojo de hombros—. Hay tiempo de sobra.

—Lucy, ¿cómo vas a ir tú? —dice Autumn mientras sus rizos se agitan con energía—. No sé cómo se te ocurre.

—Ésta es nuestra «pequeña catástrofe particular» —explico—. El destino ha querido que Jacob nos proporcionara el tiempo libre que nos hace falta. No tenemos otra cosa que hacer —no sé por qué, mi voz tiene una nota de emoción.

—Es muy peligroso —espetea Autumn sin rodeos.

—Razón de más para que te acompañemos —insisto yo—. No puedes ir tú sola, de ninguna manera. ¿Tengo razón o no?

Nadia y Chantal asienten de mala gana.

—Entonces nos vamos —digo yo—. Con tanta conversación estamos malgastando un tiempo precioso.

—Antes tengo que hacer una llamada —indica Autumn, y se aparta de nosotras.

—Deberíamos cargar con nuestras cosas —dice Chantal- por si anduviéramos mal de tiempo y no pudiéramos subir a las habitaciones —nos entrega nuestros respectivos ramilletes y luego nos mira de arriba abajo—. ¡Madre mía! Estamos fabulosas.

—Muy bien —me paso las manos por mi vestido de novia—. Autumn, ¿has cogido la bolsa?

Nuestra amiga la sujeta en alto.

—Tendríamos que decirle a alguien que nos marchamos —propone Nadia.

—No, imposible —sacudo la cabeza y me alegro al comprobar que mi diadema no se mueve ni un milímetro.

—Deberías decírselo a Marcus.

—No —vuelvo a decir—. Intentará detenernos. Cuanta menos gente sepa del asunto, mejor. Será nuestro secreto. Además —añado—, volveremos antes de que nadie se dé cuenta de que nos hemos ido.

Capítulo 64

Con aire decidido, salimos de Trington Manor y nos encaminamos al todoterreno de lujo, negro y con tracción en las cuatro ruedas, propiedad de Chantal. Brilla el sol y, aunque estamos en febrero, sus rayos emiten cierta calidez. Un día estupendo para una boda, se podría decir. El día perfecto.

Nuestra amiga se coloca al volante mientras las otras dos damas de honor me ayudan a introducir mi vestido y mi velo en el asiento del copiloto. Una vez que me he instalado, Nadia me entrega el ramo de novia.

—Estás guapísima —comenta.

—¿Apropiada para una entrega de droga?

Soltamos una risita nerviosa al unísono. Mientras me aliso la falda para que no se me arrugue demasiado, Nadia y Autumn se montan atrás.

Chantal se coloca unas gafas de sol. Tiene aspecto de delincuente. Ideal para encargarse de la fuga. Excepto por el vestido de dama de honor, claro está.

—¿Preparadas?

—Preparadas —respondemos, y procede a arrancar el motor.

Nada.

Chantal suelta una palabrota para sus adentros y aprieta el pie en el acelerador de una manera muy agresiva. Nada.

—Puede que el coche también tenga los nervios de antes de la boda —sugiero yo mientras, desacertadamente, me muerdo las uñas, impecables después de la manicura.

—Puto cacharro de mierda —masculla Chantal, aunque el vehículo acaba de salir de fábrica y ha costado una fortuna. Igual da, ya que tras numerosos intentos por mover a la bestia, ésta se niega en redondo.

Autumn, nerviosa, consulta su reloj.

—Que no cunda el pánico —digo yo—. En serio, que no cunda el pánico. Sólo necesitamos pasar al plan «B».

—Lo que necesitamos es otro puto coche —protesta Chantal mientras golpea la base de las manos contra el volante. Para no haberse mostrado entusiasta con la escapada en un primer momento, parece muy contrariada por el hecho de que no podamos salir disparadas por el camino de grava con un chirrido de llantas.

Dedico a mis amigas una sonrisa astuta.

—Contamos con un vehículo alternativo.

Las tres se giran para mirarme. Chantal frunce el entrecejo.

—¿Ah, sí?

El Bentley de mi padre hará las funciones de coche nupcial. La pequeña iglesia en la que Marcus y yo vamos a casarnos se encuentra dentro del recinto del hotel, pero la caminata es larga —sobre todo con zapatos de tacón forrados de seda—, y mi padre ha tenido la amabilidad de ofrecerme su elegante automóvil para que recorra la escasa distancia a lo grande. Jacob ha decorado tanto el interior como el exterior del automóvil con cintas de tonos crema y chocolate.

Tiene un aspecto espléndido. Si acaso, demasiado nupcial. Y ahora nosotras, las socias del club de las chocoadictas, estamos de pie, mirándolo, ramilletes en mano.

—Nos lo podemos llevar —sugiero—. Incluso ganaríamos tiempo porque al volver lo conduciríamos directamente a la iglesia.

—Ya es bastante entregar un alijo de droga vestidas para una boda —apunta Chantal—. No nos conviene llamar la atención todavía más.

—De acuerdo. Bien pensado —frunzo los labios. Las cuatro permanecemos en silencio—. Pero claro, no nos quedan más opciones.

El intento de forjar un plan «C» fracasa estrepitosamente. Suspiramos al unísono mientras sopesamos las ventajas e inconvenientes del Bentley.

Por fin, Nadia dice:

—Por lo que parece, hay que conseguir las llaves del coche nupcial.

—Esperad aquí —me remango el vestido—. Vuelvo en cinco minutos.

Lo más deprisa que mis zapatos de seda me permiten, subo los escalones y regreso a recepción. Falta de aliento y jadeante —tengo que practicar más aeróbic—, pregunto:

—¿Podría llamar a la habitación del señor Lombard?

La recepcionista, sin apreciar mi prisa desesperada, comprueba con parsimonia el número de habitación y, de una manera igual de calmada, lo marca. Sigue una espera interminable. Golpeo los tacones contra el suelo y me entran ganas de destrozar a mordiscos mi ramo de flores.

—No hay respuesta —me comunica pasados unos instantes.

—Tiene que haberla —replico yo. ¿Dónde si no iba a estar mi padre? Es la mañana de mi boda. Me va a llevar al altar. Tiene que estar preparándose.

—Tal vez debería probar en el *spa* —sugiere la recepcionista.

¡En el *spa*! Y una mierda. Estará escondido en la *suite* nupcial, pegando botes en la cama con la Peluquera, demasiado atareado para responder. Maldita sea. Ahí es exactamente donde estará.

Salgo disparada hacia el ascensor y sigo taconeando con impaciencia y mordiéndome las uñas mientras espero a que llegue. Cuando por fin entro en la cabina, trato de entretenerme con pensamientos agradables, relajantes, y disfrutar del anodino hilo musical que domina el ambiente. No debo asesinar a mi padre. No debo asesinar a mi padre.

Localizo la *suite* nupcial y aporreo la puerta.

—¡Papá! ¡Papá! Abre. Tengo que hablar contigo —nada. No quiero pegar la oreja a la madera por si me entero de cosas de las que prefiero no participar. Sé que mi padre y su nueva esposa practican el sexo con una regularidad alarmante (apenas se quitaron las manos de encima durante la cena), pero el hecho de saberlo no significa que me haga gracia. Doy varios golpes más—. Papá. ¡Papá!

Se abre la puerta y aparece mi padre con una toalla por toda prenda. Una toalla diminuta. Tiene el pelo de punta y la cara colorada. Pero la pista definitiva la ofrece la Peluquera, a sus espaldas, tumbada en la cama con las piernas abiertas.

—¿Dónde está el fuego? —pregunta. La sonrisa que esboza no consigue ocultar la contrariedad que siente porque le hayan interrumpido su coito.

«En tus calzoncillos» podría haber sido una buena réplica, pero claro, cómo le voy a decir eso a mi padre.

—Vengo a pedirte las llaves de tu coche —le comunico.

Su semblante adquiere una ligera palidez.

—¿El Bentley?

—El mismo.

—¿Por qué?

—Tengo que hacer un recado.

—Estás a punto de casarte —me recuerda inútilmente.

—No me he olvidado —respondo—. Estoy preparada —señalo mi vestido—. Se me pasó hacer una cosa. Una tontería de nada. Volveré enseguida.

—Es la niña de mis ojos —protesta mi padre con un hilo de voz.

—Pues yo soy tu hija, y hoy es el día de mi boda —declaro—. Sabes que nunca te pido nada.

Él se muestra avergonzado, pero sigue sin moverse.

—¿He sido una buena hija?

Una lágrima le asoma en los ojos.

—Has sido maravillosa.

—Entonces dame las llaves.

Con un suspiro malhumorado se aparta de la puerta y luego regresa con las llaves, que me entrega con la más absoluta reticencia. Le beso en la mejilla.

—Te quiero —digo mientras hago dar vueltas al llavero entre mis dedos y me pongo a correr hacia el ascensor. Girando hacia atrás la cabeza, añado-: Ahora sigue con tu polvo. Pero date prisa, porque me caso dentro de un rato y no quiero que llegues tarde.

Mi padre cierra de un portazo. Sonrío para mí. En los días que corren ya no sentimos respeto por nuestros padres, pero lo cierto es que casi nunca lo merecen.

Capítulo 65

Las socias del club de las chocoadictas nos disponemos a subir al Bentley.

—Yo conduzco —digo con una nota de nerviosismo—. Si nos chocamos, que ninguna de vosotras tenga que cargar con la culpa.

—Has bebido —me recuerda Autumn.

—Dos vodkas —replico yo—. No he sobrepasado el límite.

La verdad es que aunque estuviera borracha como una cuba mis dotes para la conducción no podrían empeorar. Confío en que los cuatro cruasanes de chocolate hayan empapado cualquier resto de alcohol en mi corriente sanguínea.

Mis amigas me ayudan a instalarme en el asiento del conductor y luego doblan el vestido alrededor de mis piernas para que pueda utilizar los pedales. Chantal ocupa el asiento del copiloto. Como buena dama de honor, sujeta mi ramo de flores.

Compruebo que mis acompañantes están en sus puestos y digo:

—¡Allá vamos!

Con un chirrido de llantas enfilamos el magnífico camino particular de Trington Manor y nos dirigimos de regreso a Londres. Aplastando un par de macizos de flores por el camino, nos alejamos a toda velocidad de mis padres, de Marcus y de mi boda. Las cintas de tonos chocolate y crema que adornan el coche ondean bajo la brisa. Se me ocurre que sería oportuno escuchar himnos entusiastas, pero mi padre no tiene más que unos CD de Celine Dion. *My Heart Will Go On* retumba en el ambiente.

Vuelvo la mirada atrás.

—Autumn, ¿seguro que sabes dónde vamos?

—Sí —asiente ella con gesto solemne—. Seguro. Chicas..., no sé cómo daros las gracias.

—Ya basta de rebajarse —amonesto yo—. Hacemos esto porque somos como los famosos Mosqueteros: todas para una y una para todas.

—Todas para una y una para todas —corean Nadia y Chantal.

Ahora que lo pienso, ellos también eran cuatro, aunque no sé por qué les llamaban los Tres Mosqueteros. Miro a Autumn otra vez.

—Indícame por dónde tengo que ir.

Una hora después nos encontramos atravesando una sórdida zona del norte de Londres. Jamás pensé que en el norte de la ciudad existiera un sector tan inmundo, y eso que he conocido lugares de mala muerte. Hasta el mismo sol se ha escondido detrás de unas nubes grises. Todo a nuestro alrededor se ve desolado, en ruinas. Se diría que la zona acabara de ser bombardeada. Garajes cerrados de aspecto sospechoso jalonan las calles. Hay talleres que ofrecen cambios de ruedas, pintura y reparaciones sin tener que esperar, y no cuesta suponer la clase de conductores que llevan allí sus vehículos. Me sorprende que, entre sus servicios, no esté la eliminación de restos de sangre y la ocultación de cadáveres. No creo que haya por aquí muchas madres de familia con su Ford Fiesta que busquen arreglar la pequeña abolladura que el coche ha sufrido camino al colegio de los niños.

El reluciente vehículo de mi padre, para colmo engalanado con adornos nupciales, llama la

atención de una forma exagerada y me paro a pensar que lo que estamos haciendo es, además de ilegal, sumamente peligroso. Marcus me mataría si me viera. Confío en que su padrino de boda se las arregle para distraerle de una manera más inocente. Unas copas en el bar serían mucho mejor. ¿En qué diablos estaba yo pensando cuando propuse que nos embarcáramos en semejante aventura?

Nos seguimos adentrando en terreno desconocido. No tengo ni idea de dónde estamos, pero no me gusta nada en absoluto.

—¡Joder, Autumn! —suelto un bufido nervioso—. ¿Estamos cerca o qué?

Mis amigas me lanzan una mirada furiosa.

Autumn saca un mapa de la bolsa de viaje.

—Sí, estamos cerca. Gira a la derecha en el siguiente cruce.

Giramos y nos metemos por esa calle. Han reventado las ventanas de los edificios y la calzada está cubierta de una capa de vidrios rotos.

—El punto de entrega debe de estar por aquí —comenta Autumn—. Tenemos que encontrar un espacio vacío entre dos fábricas abandonadas.

—Suenan encantador.

Continuamos calle abajo y la atmósfera en el Bentley se va tornando sombría a medida que avanzamos a marcha lenta, con los ojos bien abiertos en busca del punto de reunión.

—Debe de ser ahí —dice Autumn, y señala un terreno yermo e irregular. Está rodeado por los elevados muros de las fábricas en ruinas, y parece un patio amplio y destartado con una única entrada. De propiedad privada, está alejado de los ojos curiosos y, si yo traficara con droga, lo consideraría el lugar perfecto para un encuentro.

—Venga, vamos —digo yo. Respirando hondo, giro el Bentley y lo introduzco en el accidentado terreno.

—Tenemos que aparcar al fondo —explica Autumn—, con el morro del coche mirando a la entrada.

Sigo sus instrucciones y nos colocamos en posición.

—¿Dónde hay que entregar la bolsa?

—Tenemos que esperar aquí hasta que lleguen.

Nos giramos a la vez y clavamos la mirada en Autumn.

—¿Van a venir aquí? ¿Ahora?

Nuestra amiga se muestra desconcertada.

—Sí. Creí que lo sabíais.

—Yo pensaba que íbamos a soltar la bolsa y a salir corriendo —digo yo—. Y que ellos vendrían a recogerla más tarde.

—No es así como funciona —responde Autumn, nerviosa—. Me imagino que tendrán que comprobar que lo hemos hecho bien.

—Te refieres a que no les hagamos la pirula con la mercancía, ¿verdad? —interviene Nadia.

Para encontrarse tan cercana a la fraternidad delincuente, a Autumn le falta vocabulario del hampa. Sigue hablando como la trabajadora social pelirroja y optimista de siempre. Es un sol.

—Joder —digo yo, consultando el reloj del Bentley—. Espero que esos delincuentes sean puntuales, porque vamos mal de tiempo —quiero regresar a Trington Manor cuanto antes y, si es posible, relajarme un poco y tomar mi última ración de chocolate como soltera.

—Todo irá bien —dice Nadia—. Seguro que sí —aunque su voz temblorosa contradice sus palabras llenas de confianza.

—Tengo unos Rolos en la bolsa de viaje —comenta Autumn—. Los guardo para emergencias.

—La situación actual podía clasificarse como emergencia —respondo yo.

—Tanto chocolate va a acabar sentándonos mal —advierde Nadia.

—Merece la pena el riesgo —Autumn rebusca en la bolsa atestada de droga, encuentra los Rolos y los va pasando. Mientras me meto uno en la boca, intentando que el chocolate no se me derrita en los dedos o me salpique el vestido, exhalo un suspiro y digo:

—Éste podría ser el último chocolate que pruebe como soltera.

Me recuesto en el asiento. No queda más que esperar.

Capítulo 66

Una vez que nos hemos comido con ansia todo el paquete de Rolos, un coche grande, negro y con cristales tintados efectúa su entrada en el terreno abandonado. Atraviesa en nuestra dirección las malas hierbas, los restos de basura y el hormigón cuarteado al tiempo que, despreocupadamente, levanta una nube de polvo.

Presa de los nervios, me trago de golpe los restos de caramelo derretido de mi Rolo.

—Chicas, ha llegado el momento de la acción.

Autumn, en el asiento de atrás, empalidece de miedo.

—Y ahora ¿qué hacemos?

En ese mismo momento, suena el móvil de Autumn. Lo contesta, con los ojos como platos por culpa de la ansiedad. Escuchamos que alguien habla al otro extremo de la línea, aunque no se entiende lo que dice.

—Sí —responde nuestra amiga con timidez. Acto seguido cuelga el teléfono—. Voy a salir del coche yo sola. Me acercaré a ellos sujetando la bolsa con el brazo extendido.

—¡Y una mierda! —replico yo. A veces me pregunto de dónde saco esta bravuconería—. No vas a ir sola a ninguna parte. No hemos venido hasta aquí para dejar que te metas tú solita en la boca del lobo. Te acompaño.

Entonces vemos que dos hombres se bajan del coche. Para nuestro horror, llevan escopetas de cañones recortados.

—Joder —suelta Chantal.

—Joder —repito yo.

—No puedo moverme —dice Autumn.

—Claro que puedes. Vamos —abandono mi asiento y abro la portezuela trasera para ayudarle a salir—. Dame el ramo —ordeno a Chantal.

—¿Qué?

—El ramo —alargo la mano y Chantal obedece—. Igual que en el caso de los hombres con gafas, confío en que no disparen a una novia con un ramo de flores.

Autumn agarra la bolsa de viaje que tiene a los pies y la saca del Bentley. Intercambiamos una mirada nerviosa.

—Despacio —le advierto—. No quiero que las fotos de mi boda aparezcan salpicadas de sangre —de pronto me doy cuenta de que voy a tener que conducir como una posesa para llegar a tiempo a la sesión fotográfica anterior a la boda. La idea de relajarme con un festín de chocolate y un par de copas de vino se ha esfumado sin dejar rastro.

Con suma lentitud, Autumn y yo atravesamos el irregular terreno del patio. Soy consciente de que nuestras dos amigas nos observan con expresión horrorizada, pero estoy demasiado asustada para preocuparme por sus temores.

Los hombres nos esperan de pie, con las escopetas hacia el suelo, lo que me insta a tomarlo como una buena señal. Mientras nos acercamos, noto que también están un tanto boquiabiertos. Al estilo de las tradicionales películas de acción, los maleantes van ataviados con cazadoras negras de cuero, vaqueros negros y recias botas negras. También llevan gafas de sol negras, aunque está nublado, así como gorras de béisbol negras encajadas hasta las cejas. Tal vez no

esperaban ver a cuatro mujeres con vestidos de boda en colores coordinados. Avanzamos a trompicones con nuestros zapatos de tacón.

Cuando nos colocamos a una distancia que permite la conversación, uno de los hombres mira a Autumn y dice:

—Te dijeron que vinieras sola.

—Soy su guardaespaldas —tercio yo. Pienso que se van a echar a reír, que se relajará la tensión; pero me equivoco.

El hombre me señala con un gesto de cabeza.

—¿Y ese vestido?

—Voy a casarme —le explico con una firmeza que no siento—. Y si no aceleramos, voy a llegar tarde.

—Tira la bolsa al suelo —le ordena a Autumn—. A mis pies.

Autumn da un impulso a la bolsa que, entre una pequeña nube de polvo, atraviesa el aire y aterriza con notable precisión a los pies del hombre.

—Voy a registrarla —anuncia—. Luego os entregaré la vuestra.

¿La nuestra? Me arriesgo a mirar a Autumn con el rabillo del ojo. Ella tampoco entiende nada.

Uno de los hombres se arrodilla y abre la cremallera. Saca un tierno osito de peluche con un corte en la barriga.

—Éste está abierto.

—Tuve que comprobar la mercancía —responde Autumn con calma—. Está toda ahí dentro.

—Más vale que sea así —gruñe el desconocido. Rasga uno de los paquetes y palpa el contenido con los dedos. Luego esboza una sonrisa.

—Tu hermano es un buen chico.

—Es cuestión de opiniones —responde Autumn.

—No os mováis —ordena el tipo mientras, junto a su compañero, se dirige al maletero del coche. Instantes después, reaparecen con una bolsa de viaje muy similar a la nuestra, que arrojan a los pies de Autumn. Mi amiga se queda paralizada.

—Mejor será que la examines —le dice.

—Nos fiamos de ustedes.

Ambos sueltan una carcajada ante el comentario, lo que tomo por una mala señal.

—Yo me encargaré —declaro. Entrego el ramillete a mi dama de honor y doy un paso al frente. El corazón se me desboca en el pecho. Me inclino hacia abajo tratando de no mancharme el vestido de novia y abro la cremallera. Los ojos se me ponen como platos del susto, la sorpresa, o qué sé yo. Girándome hacia Autumn, me tapo la cara con el velo y susurro:

—Está llena de dinero.

—No lo quiero —responde ella.

—Tenemos que cogerlo; si no, parecería sospechoso.

Mi amiga pasa por un momento de indecisión.

—De acuerdo —claudica.

—Todo en orden —anuncio a los matones, y recojo la bolsa. Que, por cierto, pesa como un demonio. ¿Quién habría pensado que el papel pesa tanto? Pero claro, aquí dentro hay un montón de papel.

—Señoras, esto da por finalizada nuestra operación —dice uno de los hombres.

—Es el momento de largarnos de aquí —agarro a Autumn de la mano y la llevo a toda prisa hacia el Bentley.

A nuestras espaldas, los tipos se echan a reír.

—Enhorabuena por la boda —dice a gritos uno de ellos—. El novio se va a llevar una esposa encantadora.

Ja, muy gracioso. Si no estuviera a punto de morirme de miedo le pegaría un buen corte. Tal como están las cosas, o nos ponemos en marcha ahora mismo o ni siquiera me voy a casar.

Capítulo 67

Autumn y yo regresamos al Bentley de mi padre, que combina las funciones de coche nupcial y vehículo de fuga para delincuentes. Me tiemblan las rodillas y sospecho que a mi amiga le ocurre otro tanto.

Entrego a Chantal la bolsa abarrotada de dinero.

—¿Todo bien? —pregunta.

Exhalo un largo suspiro al tiempo que me estremezco y respondo:

—Estamos a salvo.

—Buenas chicas —dice Nadia. Al tiempo que agarra a Autumn de la mano, alarga el otro brazo y me aprieta en el hombro.

Nos quedamos sentadas unos instantes y, mientras me esfuerzo por mantener la adrenalina bajo control, observamos cómo los traficantes giran su coche y salen marcha atrás del terreno abandonado.

—Si aprieto el acelerador a fondo, podemos estar de vuelta justo a tiempo —comento. Me pregunto cuál será la velocidad máxima del Bentley.

—No sé cómo daros las gracias —vuelve a insistir Autumn—. No tenía la intención de estropear el día de tu boda.

—No lo has estropeado —le aseguro—. Podemos conseguirlo. Regresaremos justo a tiempo y nadie se enterará. Todo ha ido como la seda —me permito una sonrisa de felicitación—. Y ahora, si estamos bien instaladas, nos ponemos en camino.

Entonces el coche de los traficantes de droga regresa al patio con un chirrido de llantas y, dando un giro brusco, se detiene delante de nosotras. A continuación, y a toda velocidad, aparecen tres todoterrenos.

—Oh, no —me tapo la cara con el ramo de flores—. Esto tiene mala pinta. Muy mala.

—¿Quiénes serán todos esos?

Los traficantes de droga se bajan del coche de un salto y, en un abrir y cerrar de ojos, se abalanza sobre ellos un pelotón de hombres vestidos de negro que también se han bajado de un salto de sus vehículos. Las cuatro, paralizadas, observamos la refriega que viene a continuación. Por fin, los recién llegados se alzan con la victoria y meten a los dos matones en el maletero de uno de los todoterrenos. El traficante que entra en segundo lugar se gira hacia nosotras y se pone a gritar.

—¡Son esas zorras! —espeta—. ¡Ésas son las que buscáis!

Los hombres de negro se dan la vuelta y reparan en la presencia del Bentley, tranquilamente aparcado en un extremo del patio.

—¿Creéis que buscan el dinero? —pregunta Autumn.

—No lo sé —respondo yo—. Por mí, encantada de que se lo queden.

Dos de los hombres de negro se encaminan, lenta pero decididamente, en nuestra dirección. El corazón me golpea con fuerza.

—Y ahora, ¿qué?

—Somos agentes de policía y vamos armados —gritan mientras se acercan al Bentley. Nos enseñan las placas con un fugaz movimiento—. No se muevan. Las manos en la cabeza.

—Policías —digo yo con un suspiro de alivio—. Gracias a Dios. Pensé que serían otros matones.

Dejo caer el ramo sobre las rodillas y coloco las manos a ambos lados de la cabeza. No pienso estropearme el peinado de ninguna manera.

—Acabamos de hacer una entrega de droga —señala Nadia—, y tenemos una bolsa hasta arriba de dinero. ¿No lo tomarán como una prueba incriminatoria?

—¡Mierda!

Los policías siguen avanzando hacia nosotras, si cabe con mayor decisión.

—Esto se pone feo —digo yo—. Muy feo. Dame el dinero —siseo a Chantal—. Deprisa.

Me lo entrega. Ahueco la falda de mi vestido, me coloco la bolsa entre las piernas y la tapo con una tira de seda. Los policías se acercan a mi ventanilla y me dispongo a bajar el cristal.

—Haceos las tontas —susurro a mis amigas / cómplices / damas de honor. A mí se me da de perlas.

—Hola, agentes, ¿cómo están? —saludo con tono alegre—. ¿Les importaría ayudarnos? Estamos completamente perdidas.

Con no poco recelo, examinan el Bentley adornado con cintas.

—Vamos camino a mi boda —a veces se critica a nuestras fuerzas policiales por su falta de perspicacia, pero seguro que hasta ellos son capaces de darse cuenta de mi atuendo nupcial.

—Están en una zona un poco apartada —observa uno de los agentes.

—Es verdad. Se ve que nos hemos equivocado de dirección.

Ambos policías intercambian una sonrisa engreída, a todas luces comentando en silencio la absoluta falta de orientación de las mujeres.

Hago acopio de mis habilidades dramáticas y me pongo a pensar en gatitos moribundos, en los horrores del hambre y el frío, en una vida sin chocolate, y consigo que aparezca una lágrima en mis ojos.

—Vamos a llegar tardísimo. ¿Nos pueden dirigir a la autopista? Tenemos una prisa terrible.

Vuelven a echar un vistazo al Bentley.

—Señoras, salgan del vehículo, por favor —dice uno de ellos—. Me temo que, de momento, no van a ir a ningún sitio.

Capítulo 68

El policía propina una patada a una rueda del coche.

—Pinchazo —anuncia.

Debe de haber sido el vidrio roto, cuando nos dirigíamos hacia aquí. Me entran ganas de llorar, pero esta vez de verdad.

El policía cruza los brazos y me observa con frialdad.

—¿No vieron nada mientras estaban ahí dentro?

—No —respondo yo, mirando a las chicas en busca de confirmación. Las tres asienten con vehemencia—. Nos dimos cuenta de que nos habíamos confundido de camino y, sencillamente, entramos en este patio para dar la vuelta. Mientras tanto, llegó el otro coche. Verá usted, agente, nos dio la impresión de que no tramaban nada bueno, así que nos alejamos marcha atrás hasta el fondo.

—Muy sensato por su parte —aprueba el policía—. No les conviene mezclarse con esa chusma.

Trato de esbozar una sonrisa, pero el terror se ha instalado en mi semblante. Pienso en la bolsa llena de dinero sucio a los pies de mi asiento, apenas oculta por un bonito ramillete de orquídeas de Singapur, diminutas rosas blancas y otras variedades florales.

—¿Vieron un segundo coche?

—No —las tres negamos con la cabeza con cuanta energía nos resulta posible.

Los policías se muestran perplejos.

Entonces los ojos se me llenan de lágrimas, lágrimas verdaderas. Veo que mi gran momento se me escapa de las manos. Marcus se estará muriendo de preocupación. Todo el mundo se habrá sentado en la iglesia, esperándome, y yo no llegaré. Estaré encerrada con mis damas de honor en la celda de una mugrienta comisaría, mientras las autoridades contemplan la posibilidad de tirar la llave a la basura. Intento tragar saliva, pero me sale un sollozo.

—Voy a llegar muy tarde, tardísimo.

Los policías se miran entre sí.

—Bueno, pues mejor será que le cambiemos la rueda —dice uno de los agentes con tono amable—. Luego podrán marcharse. ¿Sabe dónde está el gato?

—¿El gato? —las cuatro le miramos sin entender, lo que le anima a intercambiar otra mirada con su colega que, en esta ocasión, tiene que ver con la incapacidad de las mujeres para cambiar ruedas de coche.

—Es de mi padre —informo al policía con labios temblorosos—. Es la primera vez que lo conduzco —no le explico que tuve que sacarle las llaves a la fuerza ni que, ahora que lo pienso, puede que mi seguro no me permita conducir este cacharro. La sola idea me hace palidecer.

—No se preocupe, joven —me dice el policía con tono tranquilizador—. Lo encontraremos.

Se dirige a grandes pasos a la portezuela del conductor y la abre de un tirón. Chantal y yo intercambiamos una mirada de terror.

—La palanca para abrir el maletero debe de estar por aquí.

Sí, junto a la bolsa con dinero obtenido del tráfico de drogas. Estoy a punto de sufrir un colapso. Si salimos de ésta sin una condena, voy a tumbarme en una habitación a oscuras,

rodeada de chocolate, y a comérmelo poco a poco hasta el final. Se apoya sobre la bolsa para mirar mejor debajo del salpicadero. ¡Si supiera lo que hay ahí dentro! El corazón casi se me para.

—Ah —el policía tira de la palanca y el maletero se abre de golpe.

Se dirige a la parte posterior del coche e, instantes después, reaparece empuñando un gato hidráulico. Brindándonos una sonrisa encantadora, dice con orgullo:

—Nada se le escapa a un policía.

Creo que es en este momento cuando me desmayo.

La rueda está cambiada. He regresado al mundo de los vivos y los policías aún no han descubierto nuestro papel protagonista en su redada contra la droga.

Las cuatro estamos sentadas en el Bentley y uno de los agentes da unas palmadas en el techo del coche.

—Tengan cuidado, señoras —dice—. Confío en no volver a verlas por nuestra zona.

—No volveremos —le aseguro—. Gracias, agente. Nos han ayudado mucho, muchísimo.

—Sólo cumplimos con nuestra obligación —dice, al estilo de *Dixon of Dock Green*, la antigua serie de policías—. ¿Seguro que no quieren que las acompañemos a la autopista?

—No. No, nada de eso —trato de ocultar una nota de pánico en mi voz—. Ya han hecho más que suficiente por nosotras.

—Disfrute de su boda —dice el agente—. Espero que usted y su marido sean muy felices.

—Yo también —respondo, al tiempo que arranco el motor y nos ponemos en marcha. Abandonamos el patio agitando la mano como posesas y sonriendo sin parar.

—¡Madre mía! —dice Nadia mientras nos alejamos—. Nos hemos librado por los pelos.

—No me lo puedo creer —digo yo—. Menuda suerte hemos tenido de que no nos trincaran —hay que ver con qué facilidad me he adaptado al lenguaje de los bajos fondos—. ¿Cómo sabía la pasma lo de la entrega de la mierda?

Ahora sí que parezco una barriobajera de primer orden.

Autumn se aclara la garganta y nos giramos para mirarla. Bueno, en mi caso, le clavo los ojos por el espejo retrovisor.

—Les llamé —confiesa con voz tranquila.

—¿Qué? —replico yo con voz menos tranquila.

—No sabía que habría dinero por medio —explica ella—. Rich sólo me dijo que iban a entregarme algo. Pensé que si la policía se presentaba no nos podría incriminar de ninguna manera.

—Fue una forma de actuar muy arriesgada, si me permites que te diga —aferró con fuerza el volante y me encamino hacia la autopista a la máxima velocidad que el Bentley me permite—. Me podría haber pasado el día de mi boda encerrada en una celda.

—Ya lo sé —responde Autumn—. Lo siento mucho.

—Y tal como están las cosas, voy a llegar tardísimo.

—Si aprietas a fondo, no —interviene Chantal. Piso el acelerador aún más.

—Cuidado, no te vayan a detener por exceso de velocidad —advierte Nadia—. Ya hemos visto bastantes policías por hoy.

—Tengo que llamar a Marcus —digo yo—. Para decirle que seguramente llegaremos con retraso.

—Yo le llamaré —Chantal coge mi móvil del salpicadero—. Lo que nos faltaba es que te arresten por hablar por teléfono mientras conduces.

—De pronto, a todo el mundo le da miedo que me convierta en una delincuente. Lástima que no se os ocurriera un poco antes —observo.

Las cuatro nos echamos a reír.

—En fin, qué horror —digo yo—. Autumn, tenemos una bolsa llena de dinero. ¿Qué piensas hacer con él?

—En teoría, es propiedad de Richard. Debería dárselo, me imagino.

—Pues a mí no me parece que se lo merezca —observa Chantal.

—Tienes razón —coincide Autumn—. Después de habernos metido en este lío tan peligroso, me debe una. Creo que lo donaré a una de mis buenas causas.

—Espléndida idea.

Chantal localiza el número de Marcus, aprieta el botón de llamada y se coloca el móvil al oído.

—Salta el contestador —dice—. ¿Quieres que deje un mensaje?

—Mejor no —respondo—. De todas formas, contará con que llegue tarde a la iglesia. Las novias están en su derecho de retrasarse todo el tiempo que quieran.

Ya estamos en la autopista y circulamos a toda velocidad. No tardaremos mucho en llegar a Trington Manor. Siempre que no nos topemos con más impedimentos técnicos, claro está.

Las cintas de tonos chocolate y crema ondean con violencia bajo la brisa y Celine Dion sigue cantando.

—Marcus lo entenderá —declaro. Aprieto los dientes, piso a fondo el acelerador y confío con toda mi alma en que así sea.

Capítulo 69

—Veinte minutos —comento mientras consulto mi reloj—. Llegar veinte minutos tarde no está tan mal, ¿verdad?

Mis damas de honor me lanzan una mirada nerviosa. Después de aplastar otros varios macizos de flores de Trington Manor en el camino de vuelta, hemos disminuido la marcha, pasando de una velocidad vertiginosa a otra reposada. Y aunque podría resultar chocante que una novia se presente en la iglesia al volante del coche nupcial, ninguna otra circunstancia resulta impropio. Incluso mi peinado, milagrosamente, ha quedado intacto después de tanta aventura.

La iglesia ofrece una imagen de película. Emplazada en el recinto de la casa solariega, data de tiempos muy antiguos; medievales, me figuro. La cantería se ve gastada, envejecida por el paso del tiempo. Un pequeño sendero de gravilla serpentea hasta la entrada a través de inmaculadas zonas de césped. En mi honor, han colocado un arco de rosas blancas alrededor de la puerta. Es el escenario ideal para una boda de ensueño. Que va a ser la mía. El corazón comienza a latirme a un ritmo débil, irregular.

Veo al fotógrafo rondando por la entrada, y también a muchos de los invitados. Quizá esperan ahí afuera para sacar fotos de mi llegada. Aunque he de admitir que contaba con que estuvieran sentados en la iglesia, mordiéndose las uñas con nerviosismo a causa de mi retraso.

—Ha sido divertido —les digo a mis amigas. Ignoro cómo hemos conseguido salir ilesas de semejante embrollo. Pero así ha sido, por milagroso que parezca—. Ahora viene lo serio. ¿Preparadas? —mis chicas hacen un gesto de asentimiento.

—Lucy, ¿estás de veras segura? —pregunta Nadia al tiempo que me coloca una mano sobre el brazo.

Noto un aleteo nervioso en el estómago. Me resulta imposible articular palabra y no puedo contestar. Ha llegado la hora. En efecto, ha llegado. Me siento rara, tal vez debido a las emociones y la tensión de las últimas horas. Es como si no me estuviera ocurriendo a mí. En breves momentos estaré casada con Marcus.

Aminoró la marcha del Bentley hasta efectuar una solemne parada a las puertas de la iglesia. Mi padre abre la portezuela del pasajero de un tirón.

—¿Dónde demonios estabas? —me pregunta a gritos. Tiene el semblante como la grana. No creo que sea la manera más típica en la que un padre se dirige a su hija el día de su boda, la verdad.

No puedo contestarle: «En el norte de Londres, entregando un alijo de droga», de modo que respondo:

—Tuvimos que salir un momento. Te lo dije. Fuimos en tu coche.

Está demasiado iracundo para articular palabra.

Chantal da la vuelta al coche para ayudarme a salir. Me ahueco el vestido, compruebo si el ramo ha sobrevivido a sus tribulaciones —así ha sido- y, a paso sereno, nos encaminamos hacia la iglesia.

—Todo va a ir bien —le digo a mi padre con tono calmado. Me envuelve un ligero entumecimiento. No sé dónde habrán ido a parar mis emociones pero, de momento, les he

perdido la pista. Me siento centrada, inmutable, absolutamente zen—. Ya hemos llegado. La ceremonia puede empezar.

Me figuraba que el órgano estaría tocando para amenizar a los invitados, pero no se escucha una sola nota musical. Reina el silencio. Veo a Clive y a Tristan merodeando junto a un tejo particularmente hermoso. Me fijo en sus rostros macilentos y confío en que no hayan vuelto a discutir. Quiero que sea un día de amor, de alegría. Jacob también se encuentra aquí y, al verme, se encamina hacia mí con una expresión de angustia en el semblante. Se me eriza el vello de la nuca. Salta a la vista que algo no va bien. Me pregunto si nos habremos confundido de día.

Entonces escucho a mi madre gimiendo como una posesa. También viene en mi dirección, con los ojos fuera de las órbitas.

—Ay, Lucy. ¡Ay, Lucy!

—¿Qué? —salto yo. Un montón de rostros avergonzados me observan atentamente. Veo a David Manoslargas y Hilary la Sanguinaria. Hilary también gimotea mientras se tapa la boca con un pañuelo—. ¿Qué ha pasado?

—Es Marcus —dice mi madre con tono dramático, acompañado de un sollozo.

La sangre se me hiela en las venas.

—¿Qué pasa con Marcus?

—Se ha ido.

Capítulo 70

Abro las puertas de la iglesia de un tirón convencida de que tiene que ser una broma de mal gusto. Los pocos invitados que están sentados en los bancos, charlando, ahogan un grito al unísono. La conversación se detiene en seco y todos me clavan la mirada.

El organista, a quien la sorpresa ha empujado a la acción, comienza una enérgica versión de la *Marcha nupcial*. Dirijo la vista al altar y compruebo que no hay novio a la vista. Sin embargo, sí está el cura, que agita los brazos frenéticamente con objeto de silenciar al organista. La decoración de la iglesia es exquisita; Jacob ha hecho un trabajo espléndido. Preciosos arreglos de lirios, rosas y orquídeas perfuman el fresco ambiente. El espacio que debían ocupar Marcus y su padrino se encuentra vacío. Resulta que es verdad: Marcus me ha dejado plantada.

—¿Dónde está? —pregunto a nadie en particular mientras me doy la vuelta—. ¿Dónde se ha metido ese maldito cabrón?

Mi reacción hace que el organista se detenga. La *Marcha nupcial* se interrumpe con brusquedad. Nuestros invitados se rebullen con aire furtivo en sus asientos.

Mi madre se ha colocado junto a mí.

—Llegó a tiempo —me explica mientras sorbe por la nariz—. Estaba guapísimo —más lágrimas.

Seguro que sí. A Marcus siempre le ha ido bien el chaqué. Sólo que al ponérselo para su boda le ha provocado alergia.

—Tú no llegabas —prosigue—. De pronto, anunció que se encontraba incapaz de casarse y se marchó sin más.

—¡Será capullo!

Mi madre trata de cogerme de la mano.

—Lucy, no te disgustes.

—No estoy disgustada —respondo a gritos, y aparto la mano de un tirón—. Lo que estoy es furiosa, ¡joder! ¿Es que no podía esperar veinte minutos? ¿Íbamos a pasar toda la vida juntos y no pudo esperar veinte putos minutos? —señalo la iglesia con un gesto, haciendo notar la belleza del entorno—. ¿Toda esta maravilla, y no fue capaz de esperarme?

—¿Cómo ha podido hacernos esto? —solloza mi madre—. No me lo puedo creer.

Por desgracia, en mi corazón hay una zona oscura que sí se lo cree. Sin ninguna dificultad, me puedo creer que Marcus haya actuado de esta manera.

Mi madre, incapaz de seguir hablando, se difumina en un segundo plano y de repente me encuentro acompañada por mis mejores amigas, que forman una piña a mi alrededor. Ninguna de nosotras dice nada; nos limitamos a abrazarnos.

—Joder —dice Chantal por fin—. Menuda mañanita.

Noto que los labios se me curvan en una sonrisa al tiempo que las lágrimas empiezan a brotar. Una risa nerviosa me surge de la garganta. Las demás sueltan una carcajada.

—Hay que ver qué gilipollas —digo a través de las lágrimas—. ¿Cómo ha podido darme este plantón?

Autumn me rodea con un brazo.

—Ha sido por mi culpa —dice con desconsuelo—. Me siento fatal.

—Tonterías —respondo con voz tajante—. Tú no tienes nada que ver. ¡Por todos los santos! Podría haber tenido algún problema al arreglarme, con el sujetador, los zapatos o el peinado, cualquier cosa, y también habría llegado veinte minutos tarde. La causa del retraso no importa lo más mínimo —añado, si bien soy consciente de que tenemos suerte de no estar en chirona, esperando las gachas del desayuno—. Si Marcus es capaz de cambiar de opinión en tan poco tiempo es que no me merece.

—Buena chica —dice Nadia—. Así me gusta. Y ahora no tienes más remedio que enfrentarte a toda esta gente. Venga, Lucy; hay que mantener el tipo. Nosotras te ayudaremos. Ya habrá tiempo después para las lágrimas.

Me seco los ojos con el dorso de la mano.

—No pienso llorar por Marcus —declaro con tono firme—. La boda seguirá adelante —vuelvo a soltar otra risa, esta vez un tanto histérica—. Sólo tendremos que saltarnos la parte de la iglesia.

Mis amigas me miran, aturcidas.

—¿Estás completamente segura? —pregunta Nadia—. Los invitados no cuentan con que te quedes. Puedes marcharte con toda tranquilidad.

—En ese hotel de ahí nos espera una fuente de chocolate —digo yo con un impreciso gesto hacia el edificio donde se va a celebrar el banquete—. Por nada del mundo me la voy a perder —de hecho, tengo la intención de beber chocolate hasta empacharme—. Quiero que acuda todo el mundo sin excepción. Hasta los que vienen de parte de Marcus —de todas formas, la mayoría de los invitados son familiares suyos. En este instante, se esfuerzan por abandonar los bancos sin que yo los vea. Pero no les guardo rencor. Marcus estará emparentado con ellos, pero estoy convencida de que ninguno le profesa un afecto especial en estos momentos. Algunas de estas personas han venido desde muy lejos.

Y otras se habrán gastado una fortuna en vestidos nuevos. Siento una punzada de rabia al pensar lo que Marcus les ha hecho. Lo que me ha hecho a mí. Habría sido capaz de caminar sobre el fuego por ese hombre y así me lo paga. Vuelvo el pensamiento a la crisis presente y añado:

—No pueden marcharse sin que les demos algo de comer —en Trington Manor nos espera una montaña de comida, y bajo ningún concepto le van a devolver el dinero a Marcus. Aunque más vale que sus parientes no se pasen con la fuente de chocolate, o se las verán conmigo.

—Tenéis que ir a decírselo por mí —agarro a Chantal y a Nadia de la mano—. La segunda parte de mi boda va a seguir adelante a toda costa. Lo pasaremos en grande. Marcus se encarga de la cuenta. Lástima que no esté para disfrutar de la fiesta —respiro hondo y noto un escalofrío—. Con Marcus o sin él, la vida continúa.

En este preciso instante, de veras creo que es así.

Capítulo 71

—Estás siendo muy valiente —Jacob se sienta en la silla que tengo al lado. Me coge de la mano y me da un apretón.

—Es una boda preciosa —le digo sinceramente—. Te has superado a ti mismo. Confío en que doubles tu cuenta cuando se la envíes a Marcus.

Suelta una risa suave.

—Eres encantadora —dice—. Marcus tiene que estar loco.

—Anda, anda —respondo yo. Si alguien vuelve a decirme lo encantadora que soy o lo loco que tiene que estar Marcus me voy a echar a llorar como una Magdalena. Por el momento, estoy cabreada a más no poder, lo que me produce un entumecimiento que a su vez me impide sentir el dolor—. Me prometiste una boda que nadie olvidaría. Pues lo has conseguido.

—No me refería a eso.

—De todas formas, me encanta —insisto. Y es que, por extraño que resulte, es verdad. He optado incluso por seguir con mi vestido de novia, incluyendo el velo y la centelleante diadema. Tengo que asumirlo: podría ser mi única oportunidad de ir así vestida, de modo que más me vale sacar el máximo partido.

El salón se ve precioso. Las mesas están decoradas con espléndidos arreglos de flores blancas y un manojo de globos, amarrado con cintas de tonos chocolate, se eleva hacia el techo mecidiéndose suavemente bajo el cálido ambiente.

Casi todos los parientes de Marcus han acudido al banquete. Un par de ellos se han rajado, pero la mayor parte ha hecho de tripas corazón y se ha sumado a las festividades. Me parece que algunos se quieren enterar de qué va a ocurrir con sus regalos de boda, y me figuro que tendré que asegurarme de que todo el mundo recupere sus respectivos obsequios a su debido tiempo.

Se nota que a los padres de Marcus les atormenta la preocupación, pero por lo demás, todo el mundo se lo está pasando de miedo. Jacob ha reorganizado a toda prisa la disposición de los asientos de modo que en la mesa de honor no se note demasiado la ausencia del novio. Mis padres y los de Marcus han sido relegados a otras mesas menos destacadas. Mis compañeras del club de las chocoadictas me flanquean por ambos lados, y sé que no podría haber pasado por esto sin su ayuda. Como siempre, han estado a mi lado cuando las necesitaba.

Nos encontramos a medio camino del banquete de bodas y me gustaría decir que no he podido probar bocado o que he estado picando delicadamente la comida con expresión lánguida. Pero, la verdad, después de tantas emociones y el trauma subsiguiente, tengo un hambre de caballo y me he tragado cuanto tenía a la vista; además, he disfrutado un montón. Muy pocas cosas me quitan el apetito. El *mousse* de salmón ahumado estaba delicioso y el pollo, exquisito. Me he tomado más raciones de postres a base de cacao de las que quiero acordarme, aunque aún me queda la fuente de chocolate prevista para esta noche. Las calorías presionan sin parar las costuras de mi vestido. ¡Qué maravilla!

Miro a mis amigas y las veo felices. Al igual que yo, han tomado cantidades escandalosas de champán. Excepto Chantal, claro. No sé cómo está consiguiendo superar la jornada sin la ayuda del alcohol. Creo que, en el fondo, a las tres les alivia que no me haya casado con Marcus, por dolorosas que hayan sido las circunstancias. Me alegra comprobar que Addison se ha presentado

en la boda, para alegría de Autumn. Confío en que resuelvan sus problemas, porque forman una pareja encantadora. Ted ha venido también, aunque se le nota un poco tenso. Le he pedido a Jacob que se encargue de que las copas de todos los invitados se mantengan llenas en todo momento. No quiero que nadie esté lo bastante sobrio para acordarse de que, en realidad, esto no es una boda. Sobre todo, yo. Así que doy otro trago de champán.

Vamos a saltarnos los discursos, lo que alegra a mi padre en gran medida. Se diría que le merece la pena el plantón que su hija ha sufrido en el altar con tal de librarse de semejante aprieto, y me pregunto por qué seguimos pasando por un ritual tan espantoso, que todo el mundo deplora, en nombre de la tradición. Tal vez si Marcus y yo nos hubiéramos escapado a hurtadillas para casarnos en algún lugar tranquilo, no habría dado la espantada en el último minuto. En el fondo de mi corazón siempre supe que una fiesta como ésta, por todo lo alto, no era una buena idea.

Mi móvil empieza a vibrar, haciendo que mi bolsito de seda pegue botes por encima de la mesa. Lo cojo. Tengo un mensaje de texto. Es de Marcus, y sólo dice: «Lo siento».

—Marcus —le digo a Jacob, y le paso el teléfono.

Jacob lee el mensaje.

—¡Imbécil! —exclama con vehemencia—. ¿Dónde crees que estará?

—No debe de andar lejos —acto seguido, un pensamiento me cruza la mente. Me quito la servilleta de las rodillas y la coloco en la mesa—. Discúlpame, Jacob —digo—. Vuelvo enseguida.

Capítulo 72

No sé cómo no lo he pensado antes. Subo en el ascensor hasta la cuarta planta, encuentro la habitación de Marcus y llamo a la puerta.

—Hola —como era de esperar, llega su voz desde el interior. Cuando Jacob me preguntó dónde podría estar, se me ocurrió que era muy posible que siguiera en el hotel, de incógnito, escondido en su habitación.

—Soy yo —respondo—. ¿Puedo pasar?

Se produce un silencio e, instantes después, Marcus abre la puerta. Tiene los ojos enrojecidos por el llanto.

—Dios mío —dice con voz monocorde—. Estás impresionante.

Es entonces cuando caigo en la cuenta de que aún no me ha visto vestida de novia.

—Gracias.

Se aparta a un lado mientras paso junto a él con mis preciosos zapatos de seda. Todavía no se ha quitado el chaqué, aunque la corbata y la chaqueta están tiradas sobre la cama, donde también se encuentra su maleta.

Me examina con detenimiento y los ojos se le vuelven a cuajar de lágrimas.

—En esta ocasión la he fastidiado de veras.

—Pues sí —coincido yo—. Es verdad.

Marcus se pasa las manos por la cabeza.

—¿Cómo he podido hacer esto?

Me siento al borde de la cama, a poca distancia de la maleta.

—La misma pregunta se están haciendo muchos de los invitados.

—Lucy. Lucy —dice—. ¿Cuánto daño te he hecho esta vez?

—Bastante —respondo.

—Nunca me perdonarás, ¿verdad?

—Ay, Marcus —suspiro—. Siempre te perdono. Siempre tengo a mano una lista de excusas para disculpar tus errores.

—Pero esta vez, no.

—Sería justo reconocer que esta vez me está costando un poco.

—Me entró pánico —confiesa Marcus.

—¿Al pensar que ibas a pasar toda la vida conmigo?

—No, nada de eso —se frota la cara con las manos—. Bueno, en parte sí. ¡Joder! Vi a todo el mundo allí, esperando, y venga a esperar. En sus rostros se notaba una expectación increíble. Esperaban a que yo diera ese paso trascendental. Me paré a pensar lo que sería estar casado y me sentí incapaz. No podía, Lucy. No sé por qué. Era la idea de acabar como nuestros padres, como mis compañeros de trabajo divorciados. La mitad de los malditos invitados que estaban allí sentados iban por su segundo o su tercer matrimonio. Decidí que no podía ser un marido, después de todo. Era demasiado para mí.

—Me podrías haber esperado a la entrada de la iglesia y habríamos hablado del asunto —digo yo con voz serena.

Agacha la cabeza.

—Habría sido lo sensato, lo razonable.

—Sí —a Marcus no se le pasa por la imaginación que yo misma podría haber tenido mis dudas e incertidumbres. De no haber sido por la distracción que supuso la entrega del alijo de droga junto con mis amigas, quizá me habría parado a reflexionar si quería seguir adelante o no con nuestra boda.

Se arrodilla a mis pies.

—Puedo compensarte.

—Me parece que no —respondo con decisión.

—Te quiero —su gesto es desolado—. No ha sido porque no te quiera. Ni lo pienses. Por favor, no lo pienses.

—Si de veras me quieres, Marcus, te harás cargo de las facturas del fiasco de hoy y me dejarás que siga con mi vida.

—Es lo menos que puedo hacer —responde—. Me refiero a las facturas. Pero... ¿qué hago para recuperarte? No quiero vivir sin ti —me pasa las manos por las piernas, captando la suavidad de mi vestido—. Dime qué hago.

—Mira —exhalo un profundo suspiro—. Ahí abajo se celebra una fiesta por todo lo alto. Tú vas a correr con los gastos. Ven y acompáñanos.

—No puedo.

—Nadie te echará la culpa —bueno, mi madre, quizá—. Lo superarán. No puedes esconderte para siempre.

—No puedo. No puedo enfrentarme a nadie.

Me abstengo de recordarle que, por derecho propio, debería ser yo quien estuviera escondida, llorando y lamentándome; pero ya no me quedan lágrimas que derramar por él.

—En ese caso, mejor será que termines de hacer el equipaje y te vayas —respondo—. Coge los billetes para la luna de miel y márchate de viaje; si no, también perderás ese dinero. A ver si encuentras a alguien que te acompañe.

Se me ocurre la posibilidad de que se lleve a su padrino, pero me pregunto si Marcus estará examinando mentalmente los contactos de su pequeña BlackBerry de color negro.

En sus ojos brilla un destello de esperanza.

—Podríamos ir juntos tú y yo. He hecho reservas en un hotel fabuloso de Mauricio.

Mauricio. Siempre he querido ir a esas islas.

—Tenemos un búngalo sobre el agua, con nuestro *jacuzzi* particular. Viajamos en primera clase y he pedido que nos sirvan champán y bombones durante el vuelo.

Mmm. Champán y bombones en un vuelo de primera clase. Suena tentador.

—Será increíble —añade con tono suplicante.

—Es verdad, suena de maravilla —tengo que reconocer.

Una débil sonrisa ilumina su rostro empañado de lágrimas.

—Sólo veo un inconveniente —digo mientras me pongo de pie—. No quiero estar contigo.

Marcus reacciona como si le hubiera pegado una bofetada. Respirando hondo, enderezo la cola de mi vestido y me encamino a la puerta.

—Que seas feliz, Marcus.

Mi ex novio, ex prometido y casi marido se deja caer al suelo.

—¿Pero qué he hecho? —grita, angustiado, a medida que me alejo—. ¿Qué he hecho?

—¿Que qué has hecho? Pues joderla a base de bien —replico, y cierro la puerta a mis espaldas.

Capítulo 73

Estaban recogiendo las mesas y la discoteca había comenzado. Chantal había comido postres a base de chocolate por dos; quizá por tres, o por cuatro. Confiaba en que su adicción a los derivados del cacao fuera hereditaria, ya que no quería negarle a su hija semejante placer. Recostada sobre Ted, le dedicó una sonrisa.

—¿Y si me sacas a dar una vuelta por la pista de baile?

Ted jugueteó con su copa de champán.

—¿Es que están tocando nuestra canción?

—No sé muy bien cuál es nuestra canción —repuso ella—. ¿La hemos tenido alguna vez? —quizá el problema de la relación de ambos residiera en el hecho de no haber compartido suficientes cosas. Las parejas debían compartir sus esperanzas, sus sueños. Con un poco de suerte, tendría la oportunidad de enmendar el error.

Ted podría estar saliendo con otra persona, pero Chantal tomaba como una buena señal que su marido hubiera decidido acudir a la boda de Lucy. Aunque no podía considerarse una boda propiamente dicha. Reflexionó que su amiga se había enfrentado a la situación con una actitud admirable, y se preguntó si ella misma habría tenido tanta fortaleza en la misma coyuntura.

Jacob se acercó y, colocando las manos en los respaldos de las sillas de ambos, se dirigió a Chantal:

—¿Todo bien?

—Circunstancias aparte —respondió—, la fiesta es sensacional.

—Sí —respondió él—. Confío en que Lucy cuente conmigo para su próxima boda.

—La próxima vez que esa chica me anuncie que se va a casar, le voy a meter un buen puñetazo.

Jacob esbozó una amplia sonrisa.

—No puedo culparte.

Chantal se percató de que Ted se removía, incómodo, en su asiento.

—Te presento a Ted, mi marido —le dijo a Jacob—. Ted, éste es Jacob, el organizador de la boda.

Ted le estrechó la mano.

—Encantado de conocerte, Ted.

El marido de Chantal no le devolvió el saludo.

—Hasta luego —dijo Jacob. A medida que se alejaba, le guiñó un ojo a Chantal—. Resérvame un baile.

Ted frunció el entrecejo aún más mientras observaba cómo Jacob atravesaba el salón.

—¿Conoces a ese tipo?

—Un poco —respondió Chantal, esquivando su mirada. No era momento para confesar que había estado ligada íntimamente a Jacob. Ni que había pagado espléndidamente por sus servicios. Aunque a pesar de las consecuencias, seguía considerando que era dinero bien empleado—. Hemos tenido negocios en común.

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de negocios?

—Venga —evitando la pregunta, Chantal agarró de la mano a su marido—. Ahora no me

apetece hablar de trabajo. Prefiero que me enseñes algunos de tus pasos de baile —le condujo hasta la pista, caminando pesadamente por delante de él. Resultaba sorprendente que Ted no hubiera reparado todavía en lo bien que rellenaba su vestido de dama de honor. Tal vez se debiera a la excelente elección de un estilo favorecedor por parte de Jacob, o quizá se seguía debiendo al hecho de que su marido no la miraba muy de cerca en los últimos tiempos.

No podía decir que ella sintiera la misma indiferencia por él. Ted estaba muy guapo aquel día. Llevaba un traje gris marengo con una impecable camisa blanca, si bien Chantal opinaba que estaría mucho mejor sin nada encima. Había reservado para ambos una habitación doble, con la vana esperanza de que Ted decidiera quedarse con ella. ¿Las embarazadas siguen queriendo seducir a sus maridos? No lo sabía, la verdad.

Por fortuna, sonaba música lenta —era una canción que no reconocía—, y rodeó a Ted con sus brazos. Sin lugar a dudas, su marido caería ahora en la cuenta de que el tamaño de su tripa no se debía a un exceso de *brownies* de chocolate.

Dieron un par de vueltas por la pista y Ted empezó a relajarse; sus brazos, que la ceñían, aflojaron la tensión. La melodía se volvía más sensual por momentos.

—Me gusta —dijo Ted—. ¿Cómo es que dejamos de hacer estas cosas? —tiró de Chantal y la acercó hacia sí.

Ahora o nunca, pensó ella.

—Ted —dijo con voz suave—. Tengo algo que decirte.

—Mmm —respondió él apoyando los labios sobre el cabello de ella.

—Vas a ser padre.

Horrorizado, dio un paso atrás.

—¿Cómo te has enterado?

Ambos se quedaron paralizados en mitad de la pista y apartaron los brazos uno del otro. Otras parejas les rozaban al pasar.

—De la manera normal —respondió Chantal entre risas—. Por el resultado del test de embarazo.

Su marido empalideció.

—¿El de Stacey?

—¡El mío! —Chantal retrocedió y le clavó una mirada de perplejidad—. ¿Quién narices es esa Stacey?

Capítulo 74

—Me alegro de que hayas venido —dijo Autumn, pasando un dedo por la mejilla de Addison.

Su novio la apretó contra sí con más fuerza mientras daban vueltas por la pista de baile.

—No podía seguir enfadado contigo —repuso él—. Sé lo difícil que te resulta negarle algo a tu hermano. Hice mal en dejarte sola después de haber prometido cuidar de ti. Tenía que asegurarme de que estabas bien.

—Se ha terminado —le prometió ella—. No volveré a ayudar a Richard en sus trabajos sucios. Podría haber salido fatal. No debería haber efectuado la entrega de hoy. Fue una locura.

—Por lo menos, tuviste la previsión y la honradez de avisar a la policía.

—No imaginaba lo arriesgado que podía llegar a ser. Me siento tan ingenua, tan estúpida. Me puse en peligro. Puse a mis amigas en peligro —se mordió el labio—. No me extrañaría que la boda de Lucy se haya cancelado por mi culpa.

—Por lo que parece, le has hecho un favor —repuso Addison.

—Ninguna de nosotras quería que se casara con Marcus —admitió Autumn—, pero tampoco queríamos que las cosas terminaran de esta manera.

—Da la impresión de que lo lleva estupendamente.

—No la veo desde hace un rato —Autumn paseó la vista por el salón—. Debería ir a buscarla y asegurarme de que está bien.

—Me encanta que te preocupes tanto por los demás —comentó Addison—, pero no que a veces te olvides de mí.

—A partir de ahora serás mi máxima prioridad. Te lo prometo —besó a Addison en los labios—. Le dije a Richard que una vez que este asunto hubiera terminado tendría que apañárselas solo. Y hablo muy en serio. Pero hay una última cosa... —su novio no se mostró sorprendido—. Addison, me entregaron una bolsa con un montón de dinero. No sé cuánto habrá.

—¿Dónde está?

—Arriba, en mi habitación, metido a presión en la caja fuerte. No sé qué hacer con él. En teoría, pertenece a Richard; pero no quiero dárselo. Si se encuentra con una bolsa llena de billetes, no hará más que seguir el camino de siempre. Tengo que pensar muy bien a quién entregárselo.

Addison le puso un dedo en los labios.

—No pienses en ello ahora. Ya se te ocurrirá algo. Debemos alegrarnos de que estés a salvo, de que haya terminado. Ayudemos a Lucy a celebrar su «no boda» pasándolo en grande.

—Ahora que estás aquí, todo es mucho mejor —dijo Autumn.

Su novio examinó el vestido color caramelo de dama de honor.

—Esta clase de ropa te favorece.

—¿Tú crees?

—Hmm —Addison esbozó una sonrisa—. ¿Piensas que mi familia se acostumbraría a la idea de que me case con una mujer rica, blanca, de clase social alta y mayor que yo?

Autumn se echó a reír.

—¿Y piensas tú que mis padres se acostumbrarían a la idea de que me case con un trabajador social pobre, negro y más joven que yo?

—Me imagino que si se lo comunicáramos con la antelación suficiente, los tuyos y los míos aprenderían a vivir con ello.

Autumn levantó la vista para mirarle.

—¿Es ésa una petición de matrimonio, Addison Deacon?

—Podría serlo, sí —respondió él—. Pero prométeme una cosa. Si nos casamos...

—Cuando nos casemos —corrigió ella.

—... te ruego que no organices una entrega de droga de parte de tu hermano justo antes del «sí, quiero».

—Tranquilo, cuentas con todas las garantías.

Capítulo 75

Nadia ignoraba si estaba así de desconsolada por sí misma, por su amiga o por las muchas circunstancias dolorosas, terribles, traumáticas, que ocurrían en la vida en general. Sólo sabía que llevaba unos quince minutos oculta en el lavabo de señoras llorando a moco tendido. Había conseguido superar la mayor parte del día sin recurrir a analgésicos, antidepresivos o —con la excepción de unas cuantas copas de champán- a un exceso de alcohol. Pero ya no podía más. Cada dichosa balada que el DJ elegía le recordaba a Toby, a los momentos felices que habían compartido. Ni que decir tiene, su boda no había sido tan glamurosa como la de Lucy, pero al menos, el novio había estado presente. Sintió lástima por su amiga. La vida, en su mayor parte, era injusta a más no poder. Se sentó en la tapa del váter y arrancó otra tira de papel higiénico con la que ahogar sus sollozos.

Instantes después, oyó que la puerta del baño se abría de golpe y una voz conocida gritó:

—¡Mamá! —los pasos pequeños y decididos de Lewis atravesaron las baldosas—. Mamá, ¿estás ahí?

Nadia se sonó la nariz.

—Sí, cariño. Aquí estoy. Enseguida salgo.

—No sabía que te habías ido —espetó su hijo con tono enfadado.

Nadia tiró de la cadena, inútilmente, y abrió la puerta. Esbozó una sonrisa forzada.

—Ya estoy. Te dejé al cuidado de la tía Autumn. ¿Qué haces aquí?

—Se puso a bailar con el tío Addison, así que me escapé para buscarte —confesó el niño.

Nadia se arrodilló frente a su hijo y le atusó el cabello enmarañado desde la frente hacia atrás.

—No deberías hacer eso —replicó ella—, pero me alegro de que me hayas encontrado.

—Me gusta esta fiesta. He tomado un montón de chocolate.

De tal palo, tal astilla. Seguramente, más tarde, Lewis se subiría por las paredes por culpa de tanto azúcar. Compartían habitación en el hotel y no daba la impresión de que Nadia fuera a poder dormir a pierna suelta. Aun así, por una vez no importaba. A pesar de su desazón, se echó a reír.

—Sí, es una fiesta muy bonita.

Lewis tiró del cuello de su elegante camisa. Así vestido parecía un hombrecito.

—Si es bonita, ¿por qué lloras?

Estuvo a punto de responderle a su hijo que no estaba llorando, pero sus ojos enrojecidos y sus mejillas abotargadas la delataban. Lewis tendría sólo cuatro años, pero era más listo que el hambre. Incluso a tan tierna edad averiguaría que su madre le estaba mintiendo. Con todo, ¿cómo explicarle que el dolor por la muerte de su marido, del amor de su vida, le resultaba insoportable? Era la primera invitación a la que asistía sin Toby y, aunque no se habría perdido la boda de Lucy por nada del mundo, le había costado mantener el tipo, sobre todo porque la jornada no había salido según lo previsto.

Se preguntó qué pasaría por la mente de su hijo. ¿Echaría de menos a su padre en la misma medida que Nadia? Lewis estaba haciendo frente a la situación desde la muerte de Toby con una entereza increíble, pero estaba convencida de que, en el fondo, sufría. Apenas había llorado y sólo en contadas ocasiones mencionaba a su padre, lo que no podía ser bueno para él, reflexionó

Nadia. ¿Cómo asimilaba un niño una circunstancia tan devastadora como el fallecimiento de un ser querido? Si consiguiera saber lo que su hijo pensaba, quizá podría ayudarlo.

—Verás, Lewis, mamá está un poco triste.

—¿Porque papá no está?

Nadia asintió con la cabeza.

—Echo mucho de menos a tu padre, todos los días.

—No va a volver del cielo, ¿verdad?

—No, amor mío —le dio un abrazo a modo de consuelo—. Ahora estamos solos tú y yo.

—Estaremos bien, mamá —se recostó sobre ella y se metió el pulgar en la boca, algo que Nadia no le había visto hacer desde mucho tiempo—. Yo te cuidaré.

—En ese caso, no tengo por qué estar triste —le apretó contra sí.

—A papá le habría gustado el chocolate de hoy.

—Sí —coincidió Nadia—. Es verdad —mirando el pequeño rostro preocupado de su hijo, supo que tenía que mantenerse fuerte por su bien. Con suavidad, le pasó el pulgar por la mejilla—. Sabes que podemos hablar de papá siempre que quieras. Cuando le echas de menos tenemos que hablar de él, de las cosas que le habrían gustado, de lo que habría hecho, y eso conseguirá que nos sintamos mejor.

—De acuerdo —Lewis se encogió de hombros. Nadia entendió que a su hijo le parecía una buena solución. Acaso lo fuera—. ¿Volvemos a la fiesta?

—¿Bailarás con mamá?

—¿Crees que el hombre ese pondrá la música de *Bob y sus amigos*?

—Supongo que no —respondió Nadia—. Yo preferiría algo de George Michael.

—¿De quién? —preguntó Lewis con expresión de disgusto.

Capítulo 76

Cuando regreso de la habitación de Marcus, la fiesta está en pleno apogeo. Trato de no imaginármelo haciendo el equipaje, o embarcándose sin mí en nuestro viaje de novios. La música suena a todo volumen, la pista está a reventar y los invitados empiezan a desinhibirse: una boda normal en todos los sentidos. Salvo por un detalle significativo, claro está.

Mis padres están bailando juntos, lo que viene a ser una especie de milagro, ya que nunca bailaban cuando estaban casados. Se mueven al ritmo de *I Will Survive* -canción obligada en cualquier boda- y mi madre canta a coro con un exceso de entusiasmo. No veo al Millonario ni a la Peluquera por ninguna parte. Clive y Tristan se acercan a mí. Con sus respectivos trajes de lino color crema y sus camisas de tono marrón, ambos lucen un aspecto resplandeciente que anuncia a gritos su condición de gays. Parecen Elton John y David Furnish en versión de chocolate. Me pregunto si esta celebración les animará a casarse.

—Lucy, cariño —dice Clive—, ¿cómo lo llevas?

—Lo llevo bien —respondo mientras asiento con aire pensativo.

—Me imagino que no querrás cortar nuestra impresionante tarta.

—¿Por qué no? ¿Alguna vez he rechazado la tarta de chocolate? —me encojo de hombros. Seguramente me saltaré lo de lanzar el ramo, pero me apunto a todo lo demás.

Clive me dedica una sonrisa de agradecimiento. Lo cierto es que, después del trauma, una descarga de azúcar no me vendría nada mal. Además, mis queridos amigos y maestros chocolateros han elaborado para mí una gigantesca tarta de cinco pisos como regalo de boda, decorada con hojas de chocolate blanco y naranjas chinas escarchadas. ¿Cómo voy a negarme a cortarla?

—Buscad un cuchillo bien afilado, aseguraos de que Marcus no aparezca por aquí y pongámonos manos a la obra.

Clive me da un abrazo.

—Así me gusta.

Cinco minutos más tarde Jacob acude en mi busca. Trae consigo el cuchillo afilado. Arrugas de preocupación le surcan la frente.

—¿Estás segura de que es una buena idea?

—Hará muy felices a Clive y a Tristan —respondo—. Además, detestaría desperdiciar esta tarta tan preciosa. Prefiero que nuestros invitados la disfruten.

—Si quieres, pido que se la lleven a la cocina discretamente y la traigan ya cortada —sugiere Jacob.

—No. Armemos un poco de jaleo. Clive le ha dedicado mucho trabajo. No me parece bien que se la lleven a escondidas y que él se pierda su momento de gloria.

—Si estás segura, adelante —responde.

Asiento con la cabeza.

—En ese caso, haré el anuncio —Jacob se dirige a coger el micrófono—. Damas y caballeros —dice—. Les ruego que se acerquen. Ha llegado el momento de cortar la tarta.

Jacob no me entrega el cuchillo hasta que me encuentro cómodamente instalada junto a la

tarta. Se ha prescindido del fotógrafo, así que no hay que hacer el ridículo posando para las fotos.

—Clive —hago una seña a mi amigo para que se acerque—. Ven, ayúdame.

Dobra sus dedos sobre los míos y, en plan de broma, me mira a los ojos con actitud amorosa. Noto una breve punzada de dolor al pensar lo que habría sentido si Marcus estuviera aquí, conmigo. Clavamos el cuchillo en el espléndido glaseado y atravesamos el suave bizcocho, lo que arranca una ovación un tanto vacilante por parte de la concurrencia. Entonces, por el rabillo del ojo, percibo una visión que me hiela la sangre en las venas.

—Oh, no —murmuro. Clive levanta la vista y sigue la dirección de mi mirada. Se le escapa un grito ahogado, al igual que al resto de los invitados, que siguen congregados en círculo.

Con un corsé de satén rosa, falda de vuelo y tacones de aguja, hace su entrada en el salón la Pícara Roberta. Una escultural *drag queen* de más de un metro ochenta se ha presentado en mi boda. Reconozco a esa mujer (o a ese hombre) como la animadora de la sala de fiestas Mistress Jay, aunque hoy la peluca es de un color diferente.

La Pícara Roberta se acerca a Tristan y le lanza los brazos al cuello. Tristan se muestra más que sorprendido y Roberta le planta un beso larguísimo y pegajoso.

—¡Madre mía! —me giro hacia Clive, cuyo semblante se ha ensombrecido al máximo. Agarra el cuchillo con ademán amenazante. Se lo quito con cautela.

—Discúlpame, Lucy —dice con voz tirante, y a paso de marcha se dirige hacia Tristan y Roberta, quienes se toman un respiro después del abrazo.

—¿Qué hace aquí ésta o, más bien, éste? —sisea Clive a Tristan, aunque al volumen suficiente para que todo el mundo oiga la pregunta.

—No quería que te enteraras de esta manera —responde Tristan con tono dramático.

—¿No se te ocurre que ya me lo imaginaba? —pregunta Clive—. Esas escapadas clandestinas... ¿Es que me tomas por imbécil?

—Sí —espetea la Pícara Roberta con voz grave—. Y ahora, lárgate.

—Oblígame tú —replica Clive, no sin imprudencia.

Justo es reconocer que Roberta tiene un gancho derecho formidable. Con el puño cerrado, golpea a Clive en la mandíbula y mi amigo se tambalea hacia atrás, con gesto conmovido y en dirección a la tarta. La mesa en la que aquélla se encuentra empieza a bambolearse alarmantemente. Jacob y yo intercambiamos una mirada de preocupación. Uno de los soportes que sujetan los pisos de chocolate se agita en exceso y acaba por sucumbir. El piso se desliza con elegancia y acaba chocando contra la sección inferior, hasta que la tarta al completo empieza a desmoronarse. Jacob y yo hacemos un valiente intento por salvarla, si bien fracasamos. Los pisos van cayendo en cascada sobre el suelo, levantando una nube de naranjas chinas escarchadas, hojas de chocolate y pedazos de esponjoso bizcocho.

Recojo del mantel un trozo del glaseado.

—Mmm. Delicioso —le comento a Jacob mientras me chupo los dedos.

Tristan da un salto hacia delante y se lanza en auxilio de Clive.

—¿Estás herido? Dime, ¿estás herido?

—Pues claro que estoy herido, ¡joder! —responde Clive a gritos—. Nunca me habían hecho tanto daño. Se acabó. Márchate. Vete de mi negocio. Vete de mi vida. Lárgate de una vez y llévate contigo a este travestido de mierda —dicho esto, se agacha, recoge del suelo el piso superior de mi preciosa tarta de bodas, que ha aterrizado a sus pies, y se lo aplasta a Tristan en la

cara al tiempo que lo frota con tenacidad para mayor efecto. Los invitados ahogan un grito de horror.

Cuando la Pícara Roberta se lanza hacia delante para volver a arremeter contra Clive, se resbala con los desperdicios que cubren el suelo y se tuerce el tobillo; el tacón de aguja se parte en dos y Roberta sale catapultada por los aires. Con un imponente golpetazo, la incomparable *drag queen* acaba despatarrada boca arriba, con el corsé rosa desencajado, las pestañas postizas despegadas y la peluca torcida. El espectáculo no resulta cautivador. En este momento me cuesta comprender lo que Tristan ha visto en este hombre. Entonces Clive rompe a llorar.

Jacob y yo volvemos a mirarnos.

—Tal vez lo de cortar la tarta no fuera tan buena idea —comento.

Capítulo 77

Tras el azaroso episodio de la tarta, Chantal y Ted encontraron un rincón tranquilo, alejado del tumulto, donde poder hablar. A pesar de estar embarazada, Chantal anhelaba una copa de champán o cualquier otra variedad de alcohol. Hay conversaciones a las que no se puede hacer frente con una simple botella de agua mineral.

Se encontraban sentados en un sofá Chesterfield, en un pequeño salón privado donde reinaba una relativa calma. Por fin se encontraban solos los dos. La música de la discoteca se había apagado hasta convertirse en un irritante golpeteo de fondo que ahora competía con la melodía de piano del equipo de sonido del hotel. Ted dio un trago de champán al tiempo que esquivaba la mirada de Chantal.

—¿Desde cuándo sabes que estás embarazada?

—Un mes, puede que un poco más —respondió ella.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Lo intenté —repuso Chantal—, pero nunca encontraba el momento apropiado. Y tú no hacías más que evitarme.

Ted agachó la cabeza.

—¿Desde cuándo sabes tú que había otro bebé en camino?

—El mismo tiempo, más o menos —Ted se acabó el champán y llenó la copa hasta arriba con una botella de la que se había incautado—. Ya te dije que había tenido una aventura —continuó—. En realidad, fueron unas cuantas.

—¿Alguien que yo conozca?

Su marido sacudió la cabeza.

—Compañeras de la oficina, sobre todo. Con una fue más serio que con las otras.

—¿Te refieres a Stacey?

—Sí, Stacey —confirmó él—. Es muy agradable.

—Va a ser la madre de tu hijo, así que me alegra oírlo.

—El caso es que ya no estamos juntos —prosiguió Ted—. Es una chica estupenda, pero demasiado absorbente. Quería que yo lo fuera todo en su vida, y hasta entonces no entendí lo mucho que me gustaba tu independencia.

—Puede que me pasara un poco, la verdad.

—Me apetecía acostarme con otras mujeres —confesó Ted—. Saber lo que se sentía. Competir contigo en igualdad de condiciones. Fue una equivocación, porque en ningún momento me sentí mejor conmigo mismo. Siempre que estaba con ellas, por mucho que lo intentara, me daba cuenta de que eras tú con quien quería estar —se encogió de hombros—. Y ahora viene un bebé de camino.

—En realidad son dos.

—Dos bebés —Ted soltó un bufido—. ¿Qué dicen los británicos sobre los autobuses? No viene ninguno y, de pronto, llegan dos a la vez.

—¿Estás seguro de que el hijo de Stacey es tuyo?

—¡Mierda! —respondió Ted—. Creo que sí, ¿pero cómo saberlo en los tiempos que corren? Podía haber tenido a tres hombres a la vez y no me habría enterado.

Chantal optó por guardar silencio.

—Tengo que preguntártelo —Ted se giró hacia ella—. ¿Soy el padre de tu hijo?

—¿La verdad?

—Suele ser lo mejor —observó su marido. Pero Chantal había descubierto que no siempre era así.

—No lo sé —respondió—. Creo que sí. Sólo podremos estar seguros después de que nazca —estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para conseguir lo que más deseaba: enterarse de que el bebé era de Ted—. Encargaré una prueba de ADN lo antes posible. El feto corre riesgos si se hace antes del parto, y no quiero que nada pueda perjudicarlo —cruzó las manos sobre el vientre con ademán protector—. Es una niña. Una hija.

Los ojos de su marido se cuajaron de lágrimas.

—Es lo que siempre he soñado.

—Ojalá lo hubieras dicho antes —repuso ella con una risa cansada—. Nos habríamos ahorrado un montón de problemas. Y ahora vas a ser padre por partida doble.

—Tengo otra pregunta. Es sobre ese tipo, el organizador de la boda —dijo Ted—. ¿Habéis tenido una aventura?

Chantal notó que se le sonrojaban las mejillas.

—Hay química entre vosotros. La clase de química que sólo sé tiene con quien se ha intimado. Lo noto en sus ojos.

¡Dios bendito! Lástima que su marido no siempre fuera tan observador. Se le había pasado por alto que estaba embarazada de cuatro meses, pero se percató de que existía complicidad entre Jacob y ella.

—¿Podría ser el padre?

—Es improbable —respondió Chantal—. No sabe nada del embarazo. Tuvimos una relación muy breve.

—¿Y ahora sois sólo amigos?

—Sólo amigos —confirmó ella. No había necesidad de contarle a Ted que había disfrutado al máximo el tiempo que estuvo con Jacob, aunque por ello hubiera tenido que pagar un precio astronómico en más de un sentido.

—Me gustaría que tú y yo también siguiéramos siendo amigos —dijo.

—Yo no pierdo la esperanza de que volvamos a estar juntos —repuso Chantal.

—¿Incluso después de lo que ha pasado?

Ella se dio unas palmaditas en la tripa.

—Sobre todo después de lo que ha pasado.

Capítulo 78

—Joder —digo con un suspiro que me sale del alma—. Tenía que alejarme de toda esa gente —he abandonado el frenético ambiente de la discoteca en busca de refugio y de unos minutos de tranquilidad. No sé cómo me las he arreglado para superar el día, pero ha llegado un punto en el que estoy deseando que se acabe. Los parientes de Marcus, después de haber hecho de tripas corazón para quedarse, no dan señal alguna de querer volver a casa.

—Lucy, ven con nosotros —Chantal da una palmada a la butaca que tiene al lado.

Agradecida, me dejo caer junto a mi amiga, a quien he encontrado escondida en una pequeña sala con su marido.

—Ya me marchaba. Os dejaré tranquilas —dice Ted al tiempo que se levanta. Me da un beso en la mejilla—. Ha sido una boda estupenda.

—Gracias.

Tal como ha prometido, Ted nos deja en mutua compañía. Con un gemido de placer, Chantal se quita los zapatos de una sacudida, echa la cabeza hacia atrás y se estira hasta colocar los pies en el asiento de enfrente.

—Tantas emociones empiezan a pasar factura —comenta.

—Qué me vas a contar —yo también me descalzo y, ahuecando la falda de mi vestido, doblo las piernas sobre la butaca y me siento encima de ellas—. Voy a escribir un mensaje de texto a las otras, a ver si podemos estar solas un rato. Echo de menos a mis chicas.

En la pantalla del teléfono, escribo: «Reunión de emergencia», junto al nombre del salón en el que estamos.

Minutos después, Nadia y Autumn nos localizan.

—Mirad lo que he encontrado —anuncia Nadia mientras hace su entrada. Lleva una bandeja cargada con los restos de mi tarta de bodas.

—¿No habrás recogido eso del suelo? —pregunto.

—No —responde—. Aun así, nos lo comeríamos, ¿verdad?

Las cuatro movemos la cabeza en señal de asentimiento. Un poco de pelusa de moqueta no restaría sabor al soberbio chocolate, eso seguro. Autumn acarrea una botella de champán y cuatro copas. Reparte las copas, descorcha la botella y sirve una ronda. Hasta la propia Chantal coge una.

—Esta niña puede soportar unos cuantos sorbos —afirma—. Después de la conversación que he tenido con Ted, necesito un trago.

—Espero no haber interrumpido algo importante —digo yo. Ahora que lo pienso, se les veía muy a gusto. Creo que he metido la pata, para variar.

Chantal niega con la cabeza.

—Acababa de decirme que va a ser padre.

Nos quedamos mirándola, desconcertadas.

—Eso lo sabemos.

—Con una mujer que no soy yo.

—¡Eso no lo sabemos! —exclamamos al unísono.

—Para mí también ha sido una novedad —dice Chantal.

—Y tú, ¿cómo te sientes? —pregunta Autumn.

—Por sorprendente que parezca, estoy tranquila —admite—. Acepté bien su noticia. Él aceptó bien la mía —se encoge de hombros—. Y a partir de aquí, ¿quién sabe?

—Sin lugar a dudas, el momento requiere una ración de tarta de chocolate —digo yo. Tomamos debida nota y empezamos a comer.

—¿Qué sabéis de Clive? —pregunta Chantal.

—Está llorando en el lavabo —respondo—. El de señoras. La madre de Marcus le está secando las lágrimas.

—Pobre Clive —dice Nadia.

—Pobre Tristan, más bien —comento yo—. Me da la impresión de que la Pícara Roberta le va a hacer picadillo.

Nos echamos a reír. Chantal sacude la cabeza.

—La última vez que les vi, Roberta le sacaba a empujones del hotel.

—Ha sido una boda de lo más interesante —observo, cayendo en la cuenta de que, en realidad, la ausencia de Marcus no se ha notado gran cosa—. Me muero de ganas de que llegue la siguiente.

Autumn, quien con sus rizos pelirrojos y sus pecas carece del semblante propio de un jugador de póquer, se pone roja como la grana.

Las demás aguardamos, expectantes. Nuestra amiga se rebulle en el asiento y se sonroja un poco más.

—Me parece que Addison me ha pedido que nos casemos.

—¿«Te parece» que te lo ha pedido?

Ella asiente con un gesto.

—Y creo que he aceptado.

—¡Bieeeeeen! —soltamos una ovación al unísono.

—Tengo que aclararlo con él —añade—. Cuando los dos estemos sobrios. Fue una petición un tanto informal.

—Informal o no, vamos a hacer un brindis ahora mismo —replico yo.

Nadia rellena las cuatro copas y las ponemos en alto en honor de nuestra amiga.

—Por Autumn y por Addison —dice Chantal—. Que vuestra boda sea menos «interesante» que la de Lucy.

—Por Autumn y por Addison —coreamos. A continuación volvemos a atacar la tarta.

—Si te das prisa, podemos ponernos los mismos vestidos de damas de honor —sugiere Nadia.

—Dentro de poco, el mío no me cabrá —apunta Chantal.

Y el mío tampoco, pienso yo. Mañana mismo me pongo a régimen. En serio. Se acabó el chocolate... ¡Dios mío! ¡Pero qué estoy diciendo! ¿Cómo iba a pasar sin él, sobre todo en mi presente estado emocional? Es lo único que me queda. A lo mejor me decido por abstenerme de cualquier otro alimento. Me imagino que existirá una dieta de adelgazamiento para los amantes del chocolate, ¿no? Debe de ser posible perder peso comiendo sólo tres chocolatinas Mars —o acaso cuatro- al día.

Mientras trato de calcular la cantidad de calorías que necesito para sobrevivir, Nadia me coge de la mano.

—Lucy, hoy has estado magnífica —dice—. Estamos orgullosas de ti.

—La vida continúa —respondo yo—. No tendré a Marcus, es verdad; pero tengo a mis amigas, y siempre me queda el chocolate.

—Por las amigas y el chocolate —dice Chantal, y volvemos a alzar las copas.

—Y tienes a Crush —añade Autumn.

Crush. El corazón me da un vuelco. La jornada ha sido tan frenética que apenas he tenido tiempo de pensar en él. Dejo vagar la mente y me pregunto dónde estará Aiden Holby en estos momentos. Debería llamarle y contarle que la boda no llegó a celebrarse. Lo más probable es que no quiera saber nada de mí, pero le debo una explicación.

—Deberías llamarle —dice Nadia, poniendo en palabras mis pensamientos.

—Más tarde —respondo yo. Necesito tiempo para decidir qué voy a decirle. Mi cerebro está demasiado confuso, por no decir que tiene un grado de alcohol excesivo para albergar cualquier reflexión sensata—. Ahora tengo que volver con los invitados.

Nadia se dispone a levantarse.

—Yo también tengo que irme. He dejado a Lewis con Jacob. Es un hombre encantador.

Ninguna discutimos ese punto.

—Nadia, lo estás llevando muy bien —digo yo.

—Es verdad —responde ella con una nota de orgullo—. Todo irá perfectamente.

—Nos aseguraremos de que así sea —añade Chantal.

—Chicas, tenemos una fortaleza admirable —señalo yo.

—Brindemos por ello —dice Nadia, y volvemos a chocar las copas.

Para rematar la ingesta de chocolate, cojo a hurtadillas otro pedazo de tarta y me lo meto en la boca. A la mierda la dieta. Algún día las curvas volverán a estar de moda.

—Venga, vamos —digo mientras me levanto de un salto—. Tenemos que bailar para librarnos del exceso de azúcar. Unámonos a la fiesta.

Capítulo 79

Las cuatro estamos en el pasillo y volvemos a la celebración cogidas de la mano y soltando risitas. A cierta distancia, vemos a un individuo con un elegante traje oscuro que se encamina hacia nosotras con paso decidido. Nos apartamos a un lado cuando se acerca y él levanta la mirada para darnos las gracias.

Entonces, vuelve a mirarnos.

—¡Vosotras! —grita al reconocernos. Da un paso atrás para vernos mejor y, agitando el dedo índice, nos señala al tiempo que vuelve a vociferar: ¡Vosotras!

Vaya por Dios. Era lo que más temía del día de mi boda. La idea de que Marcus pudiera dejarme plantada nunca me pasó por la mente, pero siempre tuve miedo de cruzarme con este hombre.

La última vez que estuve en Trington Manor con mis amigas del club de las chocoadictas cometimos un ingenioso atraco a mano armada para arrebatar las joyas de Chantal a un simpático embaucador que le había echado un polvo y acto seguido le había robado todas sus alhajas. Ese mismo hombre, John Smith, alias el Caballero Ladrón, está frente a nosotras.

Ahogamos un grito a la vez. Siempre supe que celebrar la boda en este hotel era una mala idea, malísima.

El hombre se fija en nuestros respectivos atuendos de boda. Su semblante ha adquirido la poca atractiva tonalidad de un nubarrón.

—¡Me robasteis, putas de mierda! —dice a voz en cuello—. Me drogasteis. Me destrozasteis el coche.

Esa parte se me había olvidado. Encontramos las pertenencias de Chantal en el maletero de su Mercedes y, en fin, decidimos empujar el coche al lago. En ese momento nos pareció una buena idea, buenísima.

—Yo diría que estamos en paz —espeta Chantal con tono gélido—. Te lo merecías, mamón —adopta el tono de un gánster, agresivo y temperamental, particularmente chocante en una embarazada.

Smith avanza hacia nosotras con aire amenazador.

—Deprisa —indica Nadia, y le agarra con fuerza. Arrojo al suelo mi bolsito de seda y me sumo al ataque. Chantal y Autumn hacen lo propio. Segundos más tarde, tras un cierto forcejeo improvisado, entre las cuatro conseguimos sujetarle los brazos a la espalda. Se revuelve con ferocidad.

—¿Y ahora qué? —dice Autumn.

—Ahí dentro —señalo con la barbilla una especie de armario que hay a escasa distancia. Chantal abre la puerta de un tirón. Es una alacena de pequeñas proporciones, llena de toallas y utensilios de limpieza y con el espacio libre suficiente para encerrar al estafador. Grita y nos insulta mientras le metemos a empujones y cerramos la puerta a nuestras espaldas.

Chantal registra las baldas y encuentra lo que parece una cuerda de tender.

—Esto servirá —dice con tono triunfal. De niña debía de pertenecer a los *scouts*, ya que ata a Smith de pies y manos en un santiamén.

Autumn encuentra una toalla de lavabo con «Trington Manor» bordado en una esquina.

Amordaza al prisionero y amarra los extremos a la altura de la nuca.

—*Mldits hijs dha grn pta* -masculla indignado.

Transcribiendo la expresión, me parece que nos está insultando.

Chantal apoya una mano en los estantes y se inclina sobre el rehén con aire amenazador.

—Acuérdate —espeta con voz tirante—. Lo sé todo sobre ti, Félix Lavare.

Se me había olvidado que ése era su nombre verdadero, del que en su día nos enteramos.

—Cuando salgas de este armario, te aconsejo que te marches del hotel. Date el piro cuanto antes y no vuelvas a aparecer por aquí. Al primer problema que nos causes voy derecha a la policía. ¿Entendido?

Deja de retorcerse y desde las profundidades de la toalla se escucha una respuesta amortiguada.

—Zí.

—Ahora sé un buen chico y tranquilízate —añade ella—. Alguien te sacará dentro de poco — Chantal examina las ataduras de nuevo. Todo en orden.

Una vez comprobado que no hay moros en la costa, salimos del armario. Como toque final, Autumn coloca en alto un cartel que reza: «No utilizar»

—Mirad lo que he encontrado —dice con un susurro—. Nos vendrá bien.

Nuestra amiga cuelga el cartel del pomo de la puerta. Nos alejamos de puntillas y nos volvemos a reunir en el pasillo. Nadia se frota las manos como quien acaba de terminar un trabajo bien hecho.

—¿Creéis que seguirá encerrado hasta que nos hayamos marchado del hotel?

—Eso espero —responde Chantal—. Recemos para que el personal de limpieza no necesite toallas hasta mañana por la mañana.

—Es un pasillo tranquilo, no creo que por aquí pase mucha gente —intervengo yo—. Confío en que nadie le esté esperando en su habitación.

—La sola idea me da escalofríos —dice Chantal.

—A mí también se me ocurre algo espantoso —le digo a mi amiga—. Ese hombre podría ser el padre de tu bebé.

—No me lo recuerdes —Chantal se estremece—. Dios quiera que sea cualquier otro.

—Maldita sea —suelto yo—. Son demasiadas emociones para un solo día. El corazón no para de golpearme en el pecho.

—A mí me pasa lo mismo —dice Chantal con un suspiro de hastío.

—Me tiemblan las rodillas —comenta Nadia.

—¿Pensáis que nos dará problemas? —de todas nosotras, Autumn es la que parece más preocupada.

Chantal niega con la cabeza.

—No, si sabe lo que le conviene.

—En conjunto, hasta ahora, hemos tenido tres altercados con él. Dos victorias a favor del club de las chocoadictas y una por parte del atractivo delincuente. Debería darse cuenta de que no está a nuestra altura.

Soltamos una carcajada para aliviar la tensión.

—Tengo que volver a la fiesta —anuncio—, a comprobar qué otros desastres han ocurrido durante mi ausencia. Vamos.

—Ve tú primero —dice Chantal—. Iremos enseguida.

—No tardéis —les digo—. Aún tenemos que acabar con la fuente de chocolate.

Mientras me alejo, no me doy cuenta de que mi buena amiga se agacha y recoge el bolsito de seda que se me cayó al suelo durante el forcejeo con Smith. Las chicas aguardan hasta que estoy fuera de la vista. A continuación, Chantal saca mi teléfono móvil y lo blande con malicia ante las demás.

—Ya que Lucy no se decide a llamar a Crush —dice mientras va pasando los nombres de la agenda—, ya es hora de que lo hagamos nosotras.

Capítulo 80

—Gracias por cuidar de Lewis —le dijo Nadia a Jacob. El pequeño estaba en la pista, bailando animadamente con el organizador de bodas quien, solícito, sujetaba de ambas manos a su tutelado. Uno de los dos, se percató ella, tenía un trasero monísimo que contoneaba con mucha gracia, y no se trataba precisamente de su hijo. *Like a Virgin*, de Madonna, sonaba a todo volumen. Por la manera en la que el niño bailaba, no le importaba gran cosa que no fuera la canción de *Bob y sus amigos*.

—De nada —respondió Jacob con la respiración un tanto entrecortada.

—Ven a sentarte, Lewis —dijo Nadia.

—No os vayáis —suplicó Jacob—. Bailemos los tres juntos.

Nadia se encogió de hombros y sonrió.

—De acuerdo.

Acto seguido se acercó a ambos, agarró a Lewis con una mano y no puso reparos cuando Jacob la cogió de la otra. Formando un entrañable círculo, bailaron al ritmo de Britney Spears, Beyoncé y Black Eyed Peas. Entre risas, Nadia experimentaba una sensación de libertad que no había conocido desde hacía meses. Cierto era que seguía llorando la pérdida de su marido; pero al mismo tiempo notaba un cierto alivio después de la tensión que había acumulado al haber tenido que enfrentarse a la adicción al juego por parte de Toby. Aquello había terminado. Ya no tenía que preocuparse.

Cuando la música aminoró la marcha con *Angels*, de Robbie Williams, Jacob atrajo a ambos hacia sí. Levantó a Lewis hasta la altura de su hombro y los tres formaron una piña en la que Jacob y Nadia abrazaban al niño mientras se movían lentamente al ritmo de la canción. Jacob colocó la mano sobre el hombro de Nadia con suavidad y ella percibió una clara sensación de calidez. Qué agradable resultaba sentir de nuevo el contacto de un hombre. No la estaba avasallando, no había señal de lujuria en su actitud; tan sólo ternura, afecto y simpatía. Durante todo el día había echado de menos a Toby, pero había conseguido superarlo bastante bien. La aguardaban momentos difíciles, sin duda; aunque estaba convencida de que conseguiría hacer frente a la adversidad. Una lágrima le brotó de los ojos y apretó a su hijo con fuerza. Se fijó en que el niño rodeaba el cuello de Jacob con ambos brazos. Tal vez, a partir de ahora, Lewis notaría la falta de un hombre en su vida en mayor medida que ella misma.

Jacob le pasó el pulgar con dulzura por debajo de la barbilla.

—Ánimo —dijo con suavidad—. Los dos saldréis adelante.

—Claro que sí —respondió ella—. Es cuestión de tiempo.

—Si alguna vez necesitas algo, lo que sea —dijo él—, no tienes más que decírmelo. Sé que cuentas con tus amigas, que son estupendas; pero hay cosas para las que se necesita un hombre.

Nadia le miró de reojo. ¿Y si, después de todo, estaba tratando de ligar con ella?

—Ha sonado fatal —añadió Jacob entre risas. Sus ojos se veían brillantes, sinceros. Nadia entendía que Chantal hubiera sucumbido a la tentación de pagar generosamente por sus servicios. Algún día debería preguntarle a su amiga si el gasto había merecido la pena—. He dejado para siempre mi profesión anterior. Me refería a que soy bastante habilidoso con un martillo o una taladradora. También cargo con objetos pesados.

Nadia se relajó y también se echó a reír.

—Un atributo que no deja de ser atractivo en un hombre.

—Llámame siempre que necesites ayuda —insistió él—. Como amigo, nada más. Sin compromiso. Hablo en serio.

—Lo tendré en cuenta —respondió ella. Jacob hizo un giro brusco. Lewis chillaba de risa—. Gracias, Jacob —Nadia levantó la cabeza y le plantó un suave beso en la mejilla—. Eres fantástico.

La música volvió a acelerar y la pista de baile se llenó. Empezaron a pegar saltos al ritmo de *Can't Get You Out of My Head*, de Kylie Minogue. Nadia tarareaba alegremente. No había bailado así desde hacía años. Empezaba a coger el ritmo, a recordar pasos que había olvidado cuando, de repente, un puño apareció como caído del cielo y fue a aterrizar sobre la mandíbula de Jacob con la fuerza de una bala de cañón.

Ahí se encontraba Ted, descollando sobre la víctima.

—Eso es por haber tenido una aventura con mi mujer —le dijo a gritos por encima de la algarabía de la discoteca—, y porque puede que seas el padre de mi hijo.

Dicho esto, se alejó a grandes pasos.

Jacob permaneció tendido sobre la pista de baile, anonadado, frotándose la mandíbula.

—Qué guay —dijo Lewis, pegando botes de emoción.

Nadia se agachó para ayudarlo a incorporarse.

—¿Te encuentras bien?

Cayó en la cuenta de que la pregunta era absurda. Acababan de derribarle de un golpe.

—¿A qué ha venido eso?

—Da la impresión de que se ha descubierto el pastel —repuso Nadia—. Ted sospechaba que había existido algo entre Chantal y tú; pero no creo que esté al tanto de los detalles —seguramente, la tarifa por horas de Jacob seguía siendo un secreto. Así como el hecho mismo de que, en el pasado, había tenido una tarifa por horas.

Jacob seguía aturdido. Ese tal Ted tenía un gancho impresionante.

—¿Qué ha dicho sobre un hijo?

Nadia frunció los labios.

—Más vale que le preguntes a Chantal —respondió.

Capítulo 81

Sufro una borrachera maravillosa, espléndida, absoluta. ¡Hurra! Estoy arrasando la fuente de chocolate. Tengo ante mí una deliciosa cascada que ocupa mi campo visual y me estoy dando un atracón de fresas, nubes de azúcar y porciones de *toffee* cubiertas de una gruesa capa de mi alimento favorito. Hmm. El chocolate derretido me salpica en la lengua. Hmm. Hmm. Hmm. Seguro que un círculo marrón me rodea la boca, como si fuera una niña traviesa de cinco años.

Echo una ojeada ligeramente achispada a la pista de baile. Mis padres coquetean de manera escandalosa mientras giran al ritmo de *He Wasn't Man Enough* y, de nuevo, mi madre corea la canción con un entusiasmo más que excesivo. Agita sus pechos en dirección a mi padre de una manera no del todo apropiada para una boda. Tal vez actúe sobre la premisa de que, en realidad, no se trata exactamente de una boda, por lo que ha abandonado toda prudencia. No veo al Millonario por ninguna parte. Al parecer, ha tenido el acierto de evaporarse en la noche. La media naranja de mi padre, es decir, la Peluquera, está ocupada de momento restregándose contra el padre de Marcus, lo que brinda a David Manoslargas la posibilidad de ponerse a la altura de su sobrenombre, aunque lo haya adquirido con una cierta injusticia. Hilary, la madre de mi novio ausente, envuelve a Clive como esas plantas trepadoras que tratan de estrangular a los árboles incautos. Por lo que parece, se encuentra en el proceso de convencerle de que, en realidad, no es un hombre gay. ¿Qué le pasa a todo el mundo? ¿Han bebido de la fuente de chocolate hasta el punto de airear sus pasiones desvergonzadamente por culpa de las cualidades afrodisíacas del cacao?

Clive me mira por encima del hombro de Hilary la Sanguinaria y, moviendo los labios en silencio, suplica: «¡Socorro!».

Esbozo una sonrisa y declino acudir a su rescate. Puede que el hecho de ser maltratado por una mujer le aparte de la mente la salida intempestiva de Tristan con la Pícaro Roberta, la fornida *drag queen*. Cuando todo vuelva a la normalidad, le presentaré a Darren, mi peluquero. Estoy segura de que tienen muchas cosas en común y, al menos, Clive podría conseguir cortes de pelo gratuitos durante una temporada. Corte de pelo nuevo, novio nuevo; suele funcionar. Me figuro que será lo mismo para ambos sexos.

Por el rabillo del ojo veo que Marcus atraviesa el terreno de grava de la zona de aparcamiento. Nunca he visto a nadie tan desamparado. Ha cambiado el chaqué por unos pantalones vaqueros y una camisa que yo le regalé. Da la impresión de haberse quitado un peso de los hombros; mejor para él. Lleva en la mano la maleta de pequeño tamaño y observo cómo la guarda en el maletero del coche. Me pregunto si se irá de luna de miel él solo o si se llevará a Joanne, o alguna otra mujer. Trato de sentir celos, o acaso rabia; pero no siento más que tristeza.

Marcus se dirige a la portezuela del conductor, la abre y luego vuelve la vista y lanza una larga mirada a Trington Manor. ¿Estará pensando que sus sueños, igual que los míos, se han convertido en humo?

Sería fácil salir ahí afuera, ahora mismo. Si me diera prisa, podría detenerle antes de que desapareciera al volante. Le diría que he cambiado de opinión, que a pesar de sus traiciones y su abandono estoy dispuesta a darle otra oportunidad. El estómago se me encoge de miedo. Estoy siendo testigo de cómo Marcus desaparece de mi vida para siempre. El corazón me late de forma

irregular. Si de veras quiero frenarle, si tengo algún deseo de mantenerle en mi vida, mi cerebro tiene que actuar y poner mis pies en movimiento.

Mi ex amante, ex prometido, ex todo lo demás, lanza una última mirada melancólica hacia el hotel y me ve a través de la ventana. Levanta la mano y me dedica un saludo vacilante. Coloco sobre el cristal las yemas de los dedos. Marcus me sopla un beso largo, persistente. Si fuera capaz de moverme, se lo devolvería; pero no lo hago. Me quedo petrificada como una estatua. Mueve los labios y me parece que dice: «Te quiero», pero no le oigo.

A continuación, baja los ojos y se da la vuelta. Se sube al coche y cierra la puerta. Tampoco oigo el ruido del motor, pero le imagino colocando la llave en el contacto y arrancando. Sigo de pie, sin moverme, mientras observo cómo traza la curva del camino de acceso con suavidad, sin aplastar los macizos de flores, y sale por las verjas de hierro forjado. Una lágrima me brota de los ojos y, lentamente, surca mi mejilla mientras Marcus se convierte en una diminuta mota oscura en la distancia.

Dios mío, necesito otro trago. Vaya día. Agarro una copa de champán y bebo de ella. Cojo uno de los palillos que están a la vista, clavo una fresa y la coloco bajo la cascada de chocolate. Luego decido que al diablo con todo, me deshago de los palillos y las fresas y así, sin más, saco la lengua y la planto debajo del exquisito manantial. La boca se me llena de chocolate, que luego me corre por la barbilla y salpica el vestido de novia por todas partes. Me parece notar que una cierta cantidad me rebota sobre el pelo. Quiero emborracharme de chocolate, notarlo por dentro y por fuera de mí. Es una sensación maravillosa, decadente. Para ser sincera, me gustaría quitarme la ropa y, desnuda, plantarme debajo de la fuente. Tal vez sería el final perfecto para la jornada, si bien el cura se podría escandalizar.

—Hola, pequeña Miss Borracha —dice una voz a mis espaldas. Una voz que conozco a la perfección.

—¿Crush? —pregunto mientras me giro perdiendo el equilibrio.

¿Me engañarán mis ojos? Con una sonrisa de oreja a oreja, plantado frente a mí y contemplando mi boca manchada de chocolate, mi vestido embadurnado de chocolate y mi pelo salpicado de chocolate se encuentra, en efecto, Aiden Holby.

Capítulo 82

—¡Dios mío! ¡Eres tú! ¿Qué haces aquí? —digo balbuceando—. ¿Cómo has venido?

—Tus amigas me llamaron para invitarme —responde Crush—. Y vine en coche —me dedica una dulce sonrisa—. Se te ve un poco deslucida, preciosa.

Rompo a llorar.

—He tenido un día horrible.

Crush agarra una servilleta que encuentra junto a la fuente. Con delicadeza, me seca las lágrimas y luego pasa una esquina alrededor de mi boca para limpiar los restos de chocolate. Su ternura me vuelve a provocar el llanto.

Entonces me toma entre sus fornidos brazos.

—Shh. Shh. Estoy aquí. Todo irá bien —dice con suavidad. Lloriqueo un poco más. Me abraza con fuerza, aunque debo de estar poniendo perdido su traje, que es precioso. Empieza a conducirme lentamente al ritmo de *Unbreak My Heart*, de Tony Braxton, que suena en este momento. Se me ocurre formular la protesta correspondiente, pero llegado este punto los invitados están tan borrachos que no se inmutarían al verme besuqueándome con otro hombre.

—Marcus me ha dejado plantada en el altar —explico entre sollozos.

—Sí, ya lo sé —Crush me retira un mechón de la cara—. Lo siento mucho, Lucy.

—Yo no —me sorbo la nariz—. En realidad, me alegro. Habría sido una equivocación.

—Es verdad —coincide él—. De hecho, no lo siento en absoluto. Es más, estoy encantado. No soportaba la idea de que te casaras con él. Aunque me duele que hayas tenido que pasar por esto, me alegro de que no hubiera boda. Desde que Chantal me llamó, no veía el momento de llegar. Menos mal que no me borraste de la agenda de tu móvil.

Esbozo una sonrisa.

—Sí, menos mal.

—Me dio tal subidón que podría haber llegado volando.

—¿No crees que soy horrible y antipática?

—No —responde—. Creo que eres maravillosa. Siempre lo he creído.

—Pensé que la había fastidiado contigo. Creía que no volveríamos a llevarnos bien.

—Shh —me coloca un dedo sobre los labios, ahora libres de chocolate—. Eso es agua pasada.

—Perdóname por las cosas tan estúpidas que hago.

Aiden se echa a reír.

—Por eso precisamente te quiero.

—¿Me quieres?

—Sí —responde él.

—Yo también —me siento como en una nube—. Yo también te quiero —puntualizo.

Los invitados empiezan a abandonar la pista de baile y nos quedamos solos. El DJ nos ilumina con el foco. Acto seguido, pone *If I Ain't Got You*, de Alicia Keys. Crush y yo esbozamos una sonrisa bobalicona por lo sentimental de la letra. Ésta va a ser nuestra canción.

—Lástima que el cura esté desmayado en un rincón por culpa del alcohol —murmura Crush.

—Ha tenido que ser muy estresante para él. Me imagino que sólo está acostumbrado a unas gotas del vino de consagrar.

—Cuando nos casemos, quiero que el cura y tú estéis sobrios.

Mirándole con el rabillo del ojo, pregunto:

—¿Me estás haciendo una petición de matrimonio?

—Todavía no —responde él—; pero estoy dejando caer insinuaciones para que empecemos a acostumbrarnos a la idea.

Le abrazo con todas mis fuerzas.

—A mí me suena muy bien.

Veo a mis amigas del club de las chocoadictas al borde de la pista, cogidas del brazo y oscilando al unísono. Las tres levantan el pulgar en mi dirección y noto que la risa me borbotea en la garganta.

Crush me susurra al oído:

—¿Nos vamos de aquí, preciosa?

—He reservado una habitación para esta noche —le digo—. No es la *suite* nupcial —dirijo la mirada al otro extremo de la pista de baile. Mis padres siguen entrelazados como adolescentes. Puaj. Confío en que no se vayan a poner manos a la obra esta noche. Odiaría pensar que soy la culpable de semejante horror. Trato de bloquear la imagen al tiempo que añado—: Puede que mis padres acaben por ocuparla.

La música se detiene y todos los invitados nos aplauden, incluso los padres de Marcus, aunque se encuentran en extremos opuestos de la sala y se lanzan miradas furiosas con hostilidad desenfundada. Aiden y yo hacemos sendas reverencias.

—Larguémonos —insiste él.

—Tengo que hacer una cosa —le digo—. Espérame aquí.

Salgo corriendo hacia la fuente de chocolate, donde he dejado mi ramo abandonado. No pensaba hacer esto, pero ¡qué más da! Agarro las flores un tanto marchitas y, por última vez, introduzco el dedo en el chocolate caliente y le doy un lametazo para coger ánimos. No hay nada como el chocolate para reparar un corazón roto. Crush me guiña un ojo cuando me giro para mirarle. Nada como el chocolate y un hombre fabuloso que te dice que te quiere, claro está.

Regreso al centro de la pista y me coloco en posición para lanzar el ramo. El DJ, amablemente, pone música adecuada para la ocasión. Trato de lanzarlo directo a Autumn con objeto de que el destino acabe por formalizar la petición un tanto imprecisa por parte de Addison.

—¿Preparada? —señalo con la barbilla en su dirección.

Mi amiga asiente en respuesta. Entonces, me doy la vuelta.

Cuento hasta tres, agito el ramo de un lado a otro y lo lanzo al aire con suavidad. Planea por encima de mi cabeza y me giro en redondo para ver si se orienta hacia el objetivo previsto. Autumn tiene los ojos clavados en el techo y sus brazos, estirados, siguen la trayectoria de las flores. Frunzo los labios. Me parece que me he quedado un poco corta.

—¡Ve a por él! —gritan Chantal y Nadia al unísono mientras echan una mano a Autumn propinándole un empujón.

Puede que el empujón haya sido excesivo. Autumn avanza dando traspiés con las manos hacia arriba. Pienso que se va a caer, así que me lanzo en su dirección para tratar de sujetarla. ¡Dios bendito! Creo que las flores le van a caer de lleno en la cabeza. Y pesan un quintal. No puedo permitirlo. Me impulso hacia arriba de un salto, alargo el brazo y atrapo el ramo en el aire, ahorrando a mi amiga un importante dolor de cabeza.

Los invitados irrumpen en vítores.

—¿Qué? —digo yo—. ¿Qué pasa? —entonces, caigo en la cuenta de que he cogido mi propio ramo. ¿Cómo ha podido pasar?

—Parece que vas a ser la próxima soltera en casarse —dice Crush—. Enhorabuena.

Me besa mientras siguen sonando estridentes vítores y aplausos. Tiro el ramo al suelo y me hundo entre sus brazos. Puede que, después de todo, el día de hoy no haya estado tan mal.

Capítulo 83

—Tu marido me ha pegado un puñetazo en la barbilla —espetó Jacob, a todas luces ofendido.

—¿En serio? —Chantal frunció la frente.

Frotándose la mandíbula, Jacob preguntó:

—¿Conoce Ted la naturaleza exacta de nuestra relación?

Chantal negó con la cabeza.

—Sabe que hemos intimado, nada más. Las cosas entre nosotros pasan por un momento tan delicado que preferí no confesárselo todo —Chantal le dedicó una sonrisa cáustica—. Me gustaría mantener en secreto el hecho de que empezamos nuestra relación en un plano comercial.

Jacob había acudido a buscarla y la había conducido a toda prisa al pequeño y apartado salón que, una vez más, resultaba de gran utilidad. Estaban sentados en un sofá demasiado florido para ser elegante. Jacob se giró y la miró cara a cara. Se veía una llamativa marca roja y un incipiente cardenal en el lugar donde, supuso ella, había aterrizado el puñetazo. Incluso en ese momento, después de todo lo había pasado, sintió la tentación de dar un beso a la herida para que mejorase, como se hace con los niños.

—Chantal, Ted dijo algo de un bebé —Jacob le clavó las pupilas, sin apartarlas ni un solo instante—. Que era mío, o algo así.

Chantal exhaló un suspiro.

—No quería que te enteraras de esta manera.

Su amigo se mostró desconcertado.

—Entonces, ¿es verdad?

Extendiendo las manos sobre su vientre, Chantal esbozó una sonrisa.

—Jacob, esto no se debe a un exceso de chocolate. Estoy embarazada.

—Me di cuenta de que habías engordado cuando hicimos las pruebas para los vestidos de damas de honor —dijo él—. Pero pensé que se debía al...

—Sí, al chocolate —interrumpió Chantal con una sonrisa.

Jacob se echó a reír.

—Reconoce que tú y tus amigas coméis bastante.

Había sido un día muy largo. Le dolían las piernas y la cabeza. Lo único que deseaba era subir a su habitación y meterse en la bañera.

—¿Es mío? —preguntó él—. Yo creo que tomamos... precauciones.

—Y así fue —le aseguró ella. Utilizaron preservativo en todas sus citas, lo que Chantal había tomado por un requisito de la profesión de Jacob, pero en ocasiones lo habían colocado atropelladamente y, además, nunca eran seguros al cien por cien. Hasta que lo supiera en firme, la duda estaría presente—. Quiero que este bebé sea de Ted, lo deseo con toda mi alma. Confío en que volvamos a estar juntos y formemos una familia. Pero lo cierto, Jacob, es que no sé de quién es. No lo sabré hasta después del parto.

—Yo sería un padre estupendo, Chantal —replicó él—. La idea no me inquieta en absoluto.

—Pero a mí sí —repuso ella.

—Si el bebé fuera mío, me gustaría colaborar en su educación.

—A mí también me gustaría —dijo Chantal, dándole un apretón en la mano—. Jacob, has sido

un buen amigo. Llegaste en un momento en el que me sentía deprimida, rechazada. Por extraño que pueda parecer, el tiempo que pasamos juntos me ayudó a poner las cosas en perspectiva.

Jacob sonrió.

—Siempre supe que he sido algo más que un polvo barato para ti.

Chantal se echó a reír.

—Jacob, habrás sido un polvo, pero nunca barato.

—¿Y si empezáramos una relación, Chantal? Lo pasamos bien juntos, hay química entre nosotros. Y me has ayudado a darle un giro a mi vida. Siempre te lo agradeceré.

—Ay, Jacob —repuso ella—. Sería muy fácil amarte. Pero es que, a pesar de las estupideces que he cometido en el pasado, sigo enamorada de mi marido y rezo para que el destino, por una vez, me dé un respiro y demuestre que Ted es el padre de este bebé, y que nos admita a los dos en su vida. Por difícil que resulte, no pierdo la esperanza de que volvamos a estar juntos.

—Si eso es lo que quieres, confío en que sea así —dijo Jacob.

Ahora Chantal tenía que convencer a su marido de que él también sentía lo mismo.

Capítulo 84

Autumn se enjuagó el jabón de la cara y se miró en el espejo. Ya era de noche y desde el mediodía apenas había vuelto a pensar en su hermano. Hasta ahora. En efecto, había tenido otras distracciones que la habían mantenido ocupada; aun así, tomaba la circunstancia como un paso en la buena dirección. Tal vez debería haber llamado a Richard para decirle cómo había ido la entrega de la droga, pero prefería dejarle en ascuas. Él no se lo había pensado dos veces a la hora de poner en peligro a su hermana quien, como una tonta, había accedido. No, no le llamaría hasta el día siguiente. Por una vez, que fuera él quien se preocupara por ella.

Colgó su vestido de dama de honor y se enfundó el vaporoso camisón que había comprado para esa noche. Era agradable tener a alguien para quien arreglarse y ponerse atractiva. Hacía demasiado tiempo que aquello no formaba parte de su vida. Cuando Addison se presentó en Trington Manor sintió un enorme alivio, pues temía que todo hubiera acabado entre ellos, aunque no le habría culpado si hubiera decidido abandonarla. Autumn reconocía que se había equivocado, pero eso iba a cambiar.

Entre unas cosas y otras, el día había sido agotador y ahora no deseaba más que acurrucarse junto a su novio. Se ahuecó el pelo y, sonriendo para sí, regresó a la habitación.

Addison estaba sentado en el sofá. Tenía los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia atrás. Se veía que estaba exhausto. Se había quitado la chaqueta. El cuello de la camisa estaba abierto y tenía los puños girados hacia atrás. Sus labios eran carnosos, succulentos. Su piel negra, perfecta. Tenía pestañas por las que más de una mujer habría matado. Reflexionó que era el hombre más guapo que había conocido. De ninguna manera pensaba dejar que se le escapara.

—No hacía falta que me esperaras —dijo ella con suavidad—. Deberías haberte desvestido y metido en la cama.

—Primero tengo que hacer una cosa —respondió él.

Autumn cayó en la cuenta de que había dos copas de burbujeante champán en la mesa baja, delante del sofá. Autumn consideraba que nunca había bebido tanto en un solo día, era un milagro que aún siguiera de pie; aunque supuso que una copa más no le haría daño. Al día siguiente regresaría a sus infusiones de hierbas.

—Ven, siéntate a mi lado —Addison dio unas palmadas en el sofá.

Una vez que Autumn hubo tomado asiento, él se giró y la miró a los ojos.

—Me parece que te han podido quedar dudas respecto a mis intenciones —dijo.

Autumn le miró sin comprender, pero antes de que pudiera decir nada, su novio se había bajado del sofá y había echado una rodilla a tierra.

—Autumn Fielding —dijo—, ¿me harás el inmenso honor de casarte conmigo? —abrió la mano y mostró sobre la palma un enorme solitario de diamante.

Autumn lo reconoció.

—¡Addison!

Su novio se encogió de hombros.

—Me lo ha prestado Lucy —confesó—. En cuanto aceptes, saldremos a comprar uno que te guste.

Los ojos de Autumn se cuajaron de lágrimas.

—Sí.

Addison le colocó el anillo de Lucy en el dedo.

—Esto significa que ya es oficial —le dijo—. Nada de escabullirse ahora, no importa cómo reaccionen padres, parientes..., hermanos.

—Desde luego que no —coincidió Autumn—. A partir de ahora, lo que tú y yo queramos será lo más importante.

Addison volvió a tomar asiento junto a ella y le entregó una copa de champán.

—Por nosotros —dijo, y chocó su copa contra la de su novia.

—Por nosotros —dijo Autumn—. Sólo por nosotros.

Capítulo 85

Chantal había registrado el hotel en busca de Ted y, por un momento, se preguntó si su marido se habría hartado y habría regresado a Richmond a pasar la noche. Estaba a punto de darse por vencida y retirarse a su habitación cuando le descubrió sentado en los escalones de piedra que daban al jardín de Trington Manor, bañado por la luna.

Lamentando no tener consigo un abrigo, Chantal salió al gélido aire de la noche. La boda de Lucy prácticamente había tocado a su fin. Al volver la mirada atrás, vio por la ventana a unos cuantos rezagados que se tambaleaban por la pista de baile mientras los trillados compases de *I Do It For You*, de Brian Adams, llegaban hasta ella. Una vez en la terraza, Chantal fue caminando despacio por el irregular pavimento procurando no torcerse el tobillo. Dejar de tiritar resultaba bastante más complicado. Estaba justo detrás de Ted cuando éste se percató de su presencia.

—Hola —dijo él con voz monocorde mientras la miraba por detrás del hombro.

—¿Sumido en tus pensamientos?

—Algo parecido —respondió Ted, y volvió a clavar la vista en la oscuridad.

Chantal se sentó a su lado sin prestar atención al hecho de que el musgo verdoso y amarillento que cubría los escalones ensuciaría su vestido de dama de honor. La jornada había concluido, ya no lo necesitaba. Perdió la batalla en su lucha por dejar de tiritar y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Hace frío.

—Has salido sin abrigo —observó Ted. Entonces, con un suspiro, se quitó la chaqueta y se la colocó a su mujer sobre la espalda.

—Gracias —dijo ella—. Ahora tendrás frío tú —se arrastró a lo largo del escalón para arrimarse a él.

Tras unos momentos de vacilación, Ted le pasó el brazo por los hombros. El tacto y la calidez de su abrazo resultaban de lo más agradables.

La brisa intermitente arrastraba jirones de nube por delante de la luna. En los árboles, las puntas de las ramas desnudas brillaban bajo la luz plateada.

—Gracias por haber venido —dijo Chantal—. Ha significado mucho para mí.

Su marido soltó una carcajada carente de alegría.

—Menuda boda —comentó forzando una risa ahogada.

—Lucy saldrá de ésta —repuso ella—. Es muy resistente. Pasará página y seguirá con su vida.

—Da la impresión de que ya ha empezado —observó Ted—. La última vez que la vi estaba abrazada a otro hombre en la pista de baile.

—Era su jefe —explicó Chantal—. Es una larga historia.

—¿Es que todas tenéis un séquito de hombres esperando entre bastidores?

—No, no es así.

—Chantal, no sé si podré dejar de pensar en los hombres con los que has estado —admitió su marido con sinceridad—. ¿Con cuántos otros me voy a encontrar «por casualidad», como me ha ocurrido hoy?

—No habrá ninguno más, te lo aseguro —prometió ella—. A partir de ahora, soy mujer de un

solo hombre. Si es que me das otra oportunidad.

—¿Y qué me dices de las mujeres con las que he salido yo?

—Te perdono, claro está —le aseguró ella—. Entiendo tus razones.

—¿Y Stacey? Va a ser la madre de mi hijo. No puedo abandonarla sin más. Si tú y yo seguimos juntos, será inevitable que forme parte de nuestras vidas. ¿Lo aceptarías?

—Lo intentaría. Con todas mis fuerzas.

Ted encogió sus anchos hombros.

—¿Crees que lo nuestro es posible?

—Eso espero, Ted —respondió ella—. Si nos separásemos ahora, ¿qué íbamos a hacer? Tratar de salir adelante solos o acaso probar suerte con otras parejas. No haríamos más que cambiar un problema por otro. Existen muchas cosas a nuestro favor, tenemos una historia en común, y unos cimientos más sólidos que la mayoría de la gente —a pesar de que en los últimos tiempos dichos cimientos se habían tambaleado bastante, Chantal estaba convencida de que, dada la oportunidad, se mantendrían bien firmes—. No desperdiciemos todo eso. Además, te sigo queriendo. Nunca he dejado de hacerlo.

—Y yo a ti —su marido la acercó hacia sí y ella colocó la cabeza en la cálida curva de su cuello—. Y ahora ¿qué hacemos?

—Tengo que subir a mi habitación —dijo Chantal con voz cansada—. Estoy hecha polvo y necesito meterme en la cama.

—¿Hay sitio para un invitado?

—Claro que sí.

Ted se giró hacia ella y le cubrió la boca de besos firmes, apasionados.

—Estás muy sexy —susurró—. Muy mujer. ¿Pueden hacer el amor las embarazadas?

—No tengo ni idea —respondió Chantal con franqueza—. He evitado a conciencia los libros de autoayuda sobre el embarazo —cuanta menos información acerca de los tecnicismos del parto, mejor—. Pero me figuro que no hay nada que nos impida probar —esbozó una sonrisa vacilante—. Si eso es lo que quieres.

—Sí, deberíamos probar —repuso su marido mientras la ayudaba a levantarse—. A partir de ahora quiero cuidar de ti. ¿Me dejarás?

Chantal asintió al tiempo que se le saltaban las lágrimas. Tal vez fuera por el desajuste hormonal. Lo único que siempre había deseado era el amor de su marido y, al parecer, por fin había conseguido su sueño.

Capítulo 86

—Debería cogerte en brazos para atravesar el umbral, preciosa —dice Crush mientras nos acercamos a la habitación cogidos de la mano.

—Es el día de mi boda, ya lo sé —respondo yo-; pero lo cierto es que no me he casado.

—Permíteme la satisfacción —me pide con una sonrisa. Sin darme oportunidad de responder, me coge en sus fuertes brazos. Entrelazo las manos alrededor de su cuello y me besa con pasión. La cabeza me da vueltas y el beso me provoca una descarga mayor que todo el champán que he consumido hoy. La situación es tan romántica como siempre he deseado, aunque las circunstancias no son exactamente las que imaginaba.

Crush se inclina hacia abajo mientras introduzco la tarjeta en la ranura y luego, con ademán varonil, abre la puerta de una patada. Me alegro de haber ordenado mis cosas esta mañana, pues la habitación tiene un aspecto presentable, aunque no se trate de la *suite* nupcial.

Aiden me coloca en el suelo.

—Antes de nada, hay que quitarte esa ropa manchada de chocolate —dice con un destello en la mirada—, no vaya a ser que te mueras de frío.

—No te resfrías por culpa del chocolate —le recuerdo—. De hecho, es un remedio bien conocido para el constipado común —con las cantidades que he tomado hoy, lo más seguro es que no pille un resfriado durante los próximos cinco años.

—¿En serio? —en su expresión se detecta una avidez que me muero por saciar—. De todas formas, más vale que seamos precavidos. Por si acaso.

Empieza con la diadema, que me retira de la cabeza y coloca con cuidado sobre el tocador. Luego, se pone manos a la obra con el velo y, poco a poco, va quitando las horquillas y pasadores que Darren me ha incrustado en la cabeza para mantenerlo firme. Creo que soldarlo al cráneo habría sido más práctico. En cualquier caso, el dichoso velo no se iba a mover ni con un temporal de fuerza nueve. Está claro que Darren imaginaba que todos mis problemas de hoy estarían relacionados con el estado del tiempo. Crush no se inmuta por el exceso de celo de mi peluquero. Meticulosa y tiernamente va desprendiendo las horquillas como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. Sé que suena un tanto penoso, pero empiezo a excitarme. Cuando estoy a punto de arriesgar la pérdida de parte del cuero cabelludo arrancándome el tul de un tirón, Crush retira el último pasador. Con sumo cuidado, coloca el velo sobre una silla convenientemente situada. Me pregunto si tiene mucha experiencia en desvestir novias, ya que actúa como un auténtico experto.

—Puedo hacerlo yo —le digo, lo que significa: «Me muero de ganas de acostarme contigo, ¡acelera!».

—He esperado mucho tiempo para poder hacer esto, preciosa. Quiero disfrutarlo —procede a quitarme las horquillas del pelo para soltarme el recogido. Entonces hago ese gesto de las profesionales del erotismo y agito el cabello hasta que queda completamente suelto. Nunca había creído en ese tópico tan manido, pero puedo asegurar que resulta de lo más excitante. Aiden sonríe en señal de aprobación.

—Lucy Lombard, eres una mujer muy sensual.

A continuación, se coloca a mis espaldas. Me cubre la nuca y los hombros de ardientes besos

al tiempo que desliza los tirantes de mi vestido, sobre cuya parte delantera se diría que Jackson Pollock hubiera realizado una de sus pinturas abstractas. Quizá si yo fuera artista podría utilizar la circunstancia como protesta por el grado de consumismo que conllevan las bodas hoy en día, o algo así. Pero soy una mujer enamorada y no veo el momento de quitarme de encima el maldito traje.

Cientos de botones diminutos me recorren la espalda hasta la cintura y —no estoy de broma— Crush tarda unos diez minutos en desabrocharlos uno a uno mientras besa y mordisquea las partes de mi piel que van quedando a la vista. He superado la etapa de excitación y me encuentro en un estado de absoluta tortura. Siento ganas de agarrarle por los brazos, tumbarle sobre la cama de un empujón y hacerle el amor sobre la marcha. No me cabe en la cabeza cómo consigue semejante control.

Cuando Aiden Holby, por fin, deja caer al suelo mi vestido, me alegro sobremanera de haber invertido en lencería de primera. Acaricia con suavidad el corsé, las ligas, las medias. Llegado este punto, ambos respiramos de forma entrecortada y, con desesperante lentitud, me desabrocha las medias. Me quito los zapatos y, centímetro a centímetro, va bajando el sedoso tejido por mis piernas al tiempo que las acaricia. Cuando me desabrocha el corsé y, por fin, me encuentro desnuda frente a él, no noto la más mínima timidez. Bien al contrario, me siento privilegiada, voluptuosa y excitada a más no poder.

Mi nuevo amor me come con la mirada.

—Qué hermosa eres —dice.

Ha llegado el momento en el que, en condiciones normales, alguien irrumpiría por la puerta con una mala noticia, o el techo se desplomaría, o yo me tropezaría con un puf inoportunamente situado y me rompería una pierna, o acaso reventaría una cañería principal del hotel y un millón de litros de agua caerían de lleno sobre mi cabeza. Pero me doy cuenta de que mi suerte ha cambiado, pues nada sucede. Respiro hondo. Nada en absoluto. Y sé que a partir de ahora todo irá de maravilla.

Enarco las cejas varias veces seguidas mientras miro a Crush.

—Te toca a ti.

Me gustaría poder decir que yo también opto por la sensualidad de la lentitud, pero no es así. Me arrojo sobre Aiden, que empieza a quitarse los zapatos y los calcetines a toda prisa —de lo que me alegro mucho, ya que no me apetece que la primera imagen de mi amante sea la de un hombre sin nada encima salvo los zapatos y calcetines—. Al mismo tiempo, zarandea los hombros para quitarse la chaqueta. Me lanzo a los botones de su camisa y tiro de la hebilla de su cinturón. Mi forma de desnudarlo no será seductora, pero es innegable que resulta divertida.

Mi novio sería un excelente artista del cambio rápido, pues en cuestión de segundos está desnudo con una pila de ropa a sus pies. Yo no seré muy buena a la hora de juzgar a los demás, pero estoy convencida de que Crush está tan ansioso como yo.

Me vuelve a coger en brazos y, mientras nos reímos como idiotas, empieza a dar vueltas a toda velocidad hasta que, a gritos, suplico misericordia. Acto seguido, se lanza en dirección a la cama y ambos aterrizamos hechos una maraña. Crush me sujeta los brazos por encima de la cabeza, igual que el día de la batalla con bolas de pintura, aquel día en que empecé a preguntarme cómo iba a vivir sin él.

—Te quiero, preciosa —me dice.

No se me ocurre pensar en que mi boda no ha llegado a celebrarse, ni que mis padres están metidos en faena en la *suite* que yo debería ocupar con mi marido al inicio de mi vida de casada. Nada de eso se me pasa por la cabeza. Disfruto del momento presente mientras contemplo al hombre maravilloso que tengo encima de mí, y sé lo que es sentir la auténtica felicidad. En lugar de intentar expresar todo eso, me limito a sonreír y respondo:

—Yo también te quiero.

Capítulo 87

La vida ha vuelto a la normalidad y estamos reunidas en Chocolate Heaven. Hemos ocupado nuestro rincón preferido, el de los cómodos sofás, y nos hemos instalado para el resto de la tarde. Frente a nosotras hay bandejas de *brownies* y galletas con tropezones de chocolate, que ya hemos devorado a la mitad. Las inigualables trufas de chocolate negro de Madagascar que acabamos de tomar han surtido su efecto. Nuestros rostros exhiben gloriosas sonrisas de satisfacción. Estoy agotada por las emociones de los últimos días, pero por fin tengo la sensación de haberme bajado de la montaña rusa emocional y una vez más transito plácidamente por la autopista de la existencia. Coloco los pies sobre la mesa de centro y echo hacia atrás la cabeza. Esto sí que es vida.

La única persona de las presentes que se encuentra en apuros es Clive. Tristan se ha marchado oficialmente con la Pícara Roberta, la *drag queen* (perdón, el artista que se disfraza de mujer), y nuestro querido amigo tiene que atender a solas a la clientela del local. La cola junto al mostrador va aumentando por momentos y las mejillas de Clive están teñidas de rojo. Esta noche ha quedado con Darren, el peluquero. Mientras ambos salían de Trington Manor se dieron un buen repaso mutuo, así que, después de todo, mi actuación como casamentera no fue necesaria. Me preocupaba el hecho de que Clive tardara en superar la ruptura con Tristan, pero acaso el concepto de tiempo es diferente en el mundo de los gays. No lo sé. En cualquier caso, confío en que consiga cerrar el establecimiento a tiempo para la cita.

En cuanto a mí, las cosas me van de maravilla. Crush acaba de mandarme un SMS para decirme que me quiere, lo que me deja con una sonrisa bobalicona en el semblante. Sólo he dejado de ver a mis mejores amigas unos cuantos días, pero hay montones de temas en los que tenemos que ponernos al corriente. Aiden se traslada mañana a mi piso. La perspectiva de vivir con él me llena de alegría y emoción. Me cuesta contenerme, la verdad. Para celebrar la circunstancia, hoy pienso llevarme a casa las sublimes tartaletas de chocolate que prepara Clive. Aunque dudo que vayan a durar en la nevera toda la noche. Podríamos anticipar la celebración.

—Lucy, te he traído tu anillo —dice Autumn—. Addison y yo recogeremos el mío esta tarde —seguro que Autumn ha elegido una joya de estilo étnico, realizada con materiales reciclables por un nativo de un país en vías de desarrollo. No me importa en absoluto cómo pueda ser su anillo de compromiso, siempre que mi amiga sea feliz. Y salta a la vista que lo es.

Recojo el pedrusco que hasta hace poco adornara mi dedo anular.

—Y ahora ¿qué hago con esto?

—Guárdalo en el banco —sugiere Chantal—. Si algún día necesitas dinero, lo vendes.

—Sería incapaz.

—Hazme caso, cariño. Llegará un momento en el que no tenga ningún valor sentimental y sólo será un activo que podrás liquidar cuando te venga en gana. No creo que Marcus quiera que se lo devuelvas.

Seguramente tiene razón; no creo que piense regalárselo a la próxima mujer a la que pida en matrimonio. Lo guardo en el bolso y resuelvo que más tarde decidiré qué hacer.

—¿Ya habéis fijado la fecha? —pregunta Nadia.

Autumn niega con la cabeza.

—No hemos tenido ni un minuto para hablar de los preparativos. Pero hay algo seguro: la boda va a ser íntima.

—Sí señor, muy bien —intervengo yo.

—Por las bodas íntimas —dice Nadia, y las cuatro levantamos nuestros tazones de chocolate a modo de brindis.

Luego, tiro de Nadia hacia mí.

—Lewis y tú superasteis el día de la boda de forma admirable —le digo—. Estoy muy orgullosa de los dos.

—Pues tú tampoco lo hiciste mal —responde ella.

—Es verdad —coincido con un ligero rubor de vanidad—. Desde luego, fue una boda para recordar.

—Yo tengo mucho que agradecer a Lucy —dice Chantal—. Ted y yo hemos decidido intentarlo. Voy a dejar mi apartamento y me vuelvo a casa.

—¿Eso fue después de que Ted le diera el puñetazo a Jacob? —pregunto.

Chantal asiente con una sonrisa picara.

—Bueno, pues me alegro. No hay mal que por bien no venga.

—No queríamos que te casaras con Marcus, ninguna de nosotras —comenta Nadia—. Sin él te irá mucho mejor.

—Ya lo sé —asiento con aire pensativo—. Las tres tratasteis de advertirme.

—¿Alguna otra consecuencia de tu boda? —pregunta Chantal.

—Mi madre va a irse a vivir con mi padre —respondo con un suspiro—. Ha vuelto a España a recoger sus cosas —lo que significa que en un futuro cercano pondrá en movimiento toda una flota de camiones de mudanzas.

—No pareces muy contenta.

—Es que no creo que vaya a durar, y luego tendremos que volver a pasar por los disgustos de otra separación —en realidad, me preocupa muchísimo la posibilidad de que mi madre acabe durmiendo en el sofá de mi casa. No es nada fácil convivir con ella, lo que mi padre parece haber borrado de la memoria por culpa del ambiente embriagador provocado por las canciones sentimentales y un exceso de champán. Veamos lo que dura el redescubierto amor cuando mi madre regrese a los fríos y desolados campos de Blighty a vivir con el escaso presupuesto decretado, innecesariamente, por mi padre. Podrá tener mucho dinero, pero le horroriza derrocharlo, sobre todo en lo que concierne a su primera mujer. Fue otra de las razones por las que se separaron en su día. Ya veo cómo el rubor propio del enamoramiento le desaparece a mi progenitura a mayor velocidad que el bronceado cuando ya no pueda tumbarse junto a la piscina de su villa de ocho habitaciones, bajo el ardiente sol de España, con una cuenta corriente ilimitada y un cariñoso millonario que la colma de caprichos. Hmm.

Y confío en que no decidan organizar otra boda, pues no me veo capaz de soportar la tensión. Con un poco de suerte, se escabullirán a una isla desierta y sólo tendré que mandarles una tarjeta de felicitación. A partir de ahora voy a sufrir un trauma severo cada vez que escuche la *Marcha nupcial*.

—No da la impresión de que al Millonario le preocupe demasiado el abandono de mi madre —explico—. Desde el banquete, no se sabe nada de él ni de la madre de Marcus —me pregunto si Hilary se hartó de tratar de convencer a Clive de que no era gay y, a cambio, optó por poner los

ojos en el *playboy* medio calvo. Puede que se hayan fugado a algún paraje maravilloso en el avión privado, dispuestos a empezar una nueva vida en común.

Mis amigas sueltan una carcajada al unísono.

—¡No tiene gracia!

—¿Cómo se lo estará tomando el padre de Marcus? —Autumn se preocupa por todo el mundo. Francamente, creo que David Manoslargas se lo merecía. La última vez que le vi, seguía enroscado a la Peluquera. Tal vez su lujuria disminuya un poco cuando descubra que esa mujer es incapaz de mantener una conversación más allá de planchas para alisar el pelo o champú para volumen.

—¿Sabes algo de Marcus? —pregunta Nadia.

—No —sacudo la cabeza con aire triste—. Me extraña no haber tenido ninguna noticia. No sé dónde está, ni con quién. Pensaba llamarle, sólo para estar segura de que está bien...

—¡Lucy! —exclaman a coro.

—¡Pero no le llamé! —pongo las manos en alto—. No lo hice, ¿de acuerdo? —aun así, me cuesta quitarme de la cabeza la última imagen de Marcus, completamente solo, abandonando el hotel. Mis amigas me matarían si se lo contara... y tendrían razón.

Entonces se abre la puerta y nos quedamos mirando a Tristan, que efectúa su entrada. A pesar de que Clive tiene ante sí una cola de gente, su antiguo novio va derecho hacia delante y anuncia:

—Vengo a recoger mis cosas.

—Muy bien —responde Clive con voz tirante por encima de las cabezas de sus clientes—. No seré yo quien te detenga.

A Tristan se le ve pálido y cansado; su entusiasmo habitual ha desaparecido. Me pregunto si la Pícara Roberta es culpable de semejante deterioro en su apariencia. Tiene que ser una mujer (o un hombre) difícil de manejar.

—No tengo por qué irme —dice Tristan.

—¿Es tu forma de decir que te equivocaste al huir con ese..., ese... gorila? —la barba de la perilla de Clive tiembla de indignación. Sus clientes, boquiabiertos, se han apartado del mostrador. No espera a que Tristan responda—. No me hagas ningún favor. Venga, vete. Haz el equipaje y lárgate de una vez.

Clive coge un pastelillo de capuchino y lo arroja por encima del mostrador como si fuera un misil. Los clientes se agachan en busca de protección. Incluso nosotras mismas, quienes después de mi no boda estamos más que acostumbradas a semejantes espectáculos, detenemos nuestra tarta de chocolate a medio camino de la boca. Tristan se cubre la cabeza con las manos y el pastelillo le rebota en la frente. La ligereza del bizcocho de Clive no tiene parangón.

—Madre mía —digo yo.

—Lucy me ha enseñado todo lo que hay que saber sobre los hombres infieles —espeta a gritos.

«¡Bien!», pienso yo. Me encanta ser útil.

—Y no pienso permitirlo, ¡jamás! —añade.

Abandono mi asiento.

—Tengo que parar esto antes de que Clive arruine su negocio —le digo a mis amigas en voz baja.

Cuando llego al mostrador, me planto entre Tristan y las granadas en forma de pastelillo.

—A ver, chicos —digo con el tono de una maestra estricta—. Será mejor que subáis a la planta de arriba y continuéis la discusión en privado.

Llevo a Tristan hasta el extremo del mostrador, aún actuando como escudo humano, y cojo un delantal.

—Clive, por el momento ocuparé tu lugar. Ve y soluciona este asunto de una vez por todas.

Clive, ahora acobardado, obedece. Saco de mi bolsillo una goma de pelo y lo recojo hacia atrás. Me ato el delantal y me lavo las manos a conciencia. Los chicos desaparecen por la escalera que conduce al apartamento del primer piso evitando acercarse el uno al otro.

Bato las palmas a la manera de quien está al mando de la situación. Los clientes avanzan con lentitud y se abren paso a codazos para recuperar su lugar en la cola. Es la primera vez que me encuentro a este lado de los bombones, *brownies*, pasteles y galletas. La vista desde aquí es también estupenda.

—Muy bien —le digo al primer cliente—. ¿Qué desea?

Capítulo 88

—A mí me gusta éste —comentó Ted. Acto seguido, leyó detenidamente las características—. Tiene «todas las peculiaridades de un todoterreno. Ideal para la ciudad y para el campo, el nuevo XRS cuenta con una maniobrabilidad óptima en todo tipo de superficies» —se mostró debidamente impresionado—. Suena bien, ¿verdad?

—Suena genial —coincidió Chantal.

—Este cacharro tiene mucho mejor equipamiento que mi Mercedes —Ted lo contemplaba con algo cercano al temor reverencial al tiempo que examinaba los gruesos neumáticos y el elegante chasis—. Ruedas pivotantes con sistema de bloqueo, barra de protección con apertura lateral, suspensión totalmente ajustable.

Chantal sonrió para sí. Quién habría pensado que Ted y ella, juntos, iban a salir en busca de sillas de paseo para niños. Se encontraban en unos grandes almacenes de lujo, curioseando la gama de productos de «viaje y paseo» —para los no iniciados: cochecitos y sillas de bebés con sus correspondientes accesorios.

—Tiene un compartimiento cilíndrico de almacenamiento térmico —prosiguió Ted.

—¿Y eso qué es?

—Ni idea. Pero suena bien —una vez más, su marido dio una vuelta alrededor de la silla de paseo—. También lleva un ayudante de compras portátil.

—¿En serio?

—Debe de ser esa especie de cesta que tiene abajo —se frotó la barbilla mientras reflexionaba sobre las características del vehículo. Chantal nunca habría pensado que su marido se iba a tomar aquel asunto tan en serio, y por ello le quería aún más. Su mayor deseo era que el bebé fuera de Ted, y albergaba la esperanza de que las pruebas de ADN confirmaran lo que ella ya daba por seguro—. Podemos comprar aparte el *kit* de control climático.

—Que consiste en...

Ted comprobó sus notas.

—Protector de lluvia de posiciones múltiples y toldo de alta tecnología para protección solar.

—Fundamental.

—Según dice aquí, es un sistema de transporte infantil fuera de lo corriente. Por lo visto, su diseño minimalista devuelve a la silla de paseo su verdadera esencia, al tiempo que incorpora características tanto contemporáneas como clásicas.

—¡Vaya! No hay quien rechiste a eso, ¿verdad? —dijo Chantal con una sonrisa—. ¿Lleva tapicería con tratamiento antimanchas? —estaba convencida de que su hija heredaría su adicción. Dado que se iba a pasar los próximos cinco años limpiando huellas de chocolate, más valía apostar sobre seguro.

—Sí. Y podemos encargarlo con telas de la diseñadora Lulu Guinness, a juego con la bolsa portapañales, el cambiador y el saco forrado de borreguito.

Chantal, con ademán alegre, se encogió de hombros.

—Me has convencido.

—En ese caso, vamos a encargarlo —se giró para encaminarse hacia la caja registradora.

Con suavidad, Chantal le agarró por el brazo.

—¿Estás seguro?

—¿Es que prefieres la TSi Rockbaby?

Entre risas, ella respondió:

—No, esta silla me encanta. Me refiero a si estás seguro de que quieres criar a este bebé conmigo, sea cual sea el resultado de la prueba.

Ted la rodeó con un brazo y la atrajo hacia sí.

—Quiero que volvamos a estar juntos, que seamos otra vez marido y mujer. Si eso significa criar al bebé de otro, que así sea.

—Gracias —Chantal le besó con ternura—. Te quiero muchísimo.

Ted esbozó una sonrisa.

—Entonces, compramos la sillita. Sólo acepto lo mejor para el bebé de los Hamilton.

—Una cosa más. ¿No deberíamos encargarnos dos? —preguntó ella, recordándole con delicadeza que había otro bebé Hamilton en camino.

Su marido exhaló un suspiro.

—La situación es complicada, ¿verdad?

—Nos enfrentaremos a ella como los adultos que somos —le aseguró ella—. De hecho, ya lo estamos haciendo. Puede que nuestra forma de actuar sea poco convencional, pero me figuro que hoy en día no resulta tan extraña. Considero que deberías presentarme a Stacey, lo antes posible. Si mi bebé y el suyo van a ser hermanastros, todos tendremos que hacer un esfuerzo por entendernos.

—Lo curioso es que creo que te va a caer muy bien —dijo Ted.

Chantal tomó a su marido del brazo y le condujo hasta la línea de cajas.

—En ese caso, no habrá ningún problema.

Capítulo 89

Iban traqueteando en el autobús, camino al hospital para visitar a Richard. Autumn apoyaba la cabeza en el hombro de Addison y contemplaba la preciosa sortija de compromiso que llevaba en el dedo anular. Addison la había llevado a comprar una joya más adecuada para ella. Se habían decidido por un diseñador joven y prometedor cuyos anillos de compromiso se adaptaban mejor a los gustos bohemios de Autumn; el solitario clásico no era lo que a ella le gustaba. A sus amigas del club de las chocoadictas les encantaría, y se moría de ganas de enseñárselo.

Esbozó una sonrisa mientras los últimos rayos del tenue sol invernal se colaban por la ventana, reflejándose en el diamante de su sortija. Se trataba de una piedra pequeña y de buen gusto, engastada en oro blanco y rodeada de delicados pétalos de amatista, zafiro rosa y aguamarina en forma de flor. Era una joya suave, discreta y única; sobre todo, le pertenecía sólo a ella. Mientras jugueteaba con la sortija, trataba de acostumbrarse a la novedad de su reconfortante presencia.

—¿En qué piensas? —preguntó al notar que Addison estaba sumido en sus pensamientos.

Su prometido despertó de su ensimismamiento.

—Bah, en nada —respondió.

—Venga —Autumn le dio un suave codazo—. Se nota a la legua que estás preocupado. ¿Es por Richard?

No sólo iban a visitarle para ver si estaba mejorando; también para comunicarle que se iban a casar. Además, tenían que comentar el espinoso asunto de qué iba a suceder con la bolsa de dinero que, por el momento, Autumn había ingresado en su cuenta bancaria, donde se encontraba más a salvo que debajo de su cama.

—No, nada de eso —Addison sacudió la cabeza. Se giró hacia ella con una sonrisa cansada en los labios—. Pero apuesto que tú estás preocupada por él.

—Antes hablé con el médico. Por lo visto no está mejorando como debiera.

—Con tanta droga, su sistema inmunitario debe de estar hecho polvo —observó Addison—. Tardará más en curarse que otra persona cualquiera.

—Y la culpa no la tiene nadie más que él —Autumn suspiró. A veces le resultaba difícil enfrentarse a tanto desengaño, a lo irremediable de la situación—. Bueno, si lo que te preocupa no es mi querido hermano, ¿de qué se trata?

—No quería molestarte hoy, precisamente —dijo Addison—. Sé que ya tienes suficiente en qué pensar.

—Como dice el refrán, «un problema compartido es un problema reducido» —dijo ella.

—Pensaba que había conseguido financiación para que Tasmin instalara un puesto en el mercado de Camden —chasqueó la lengua para sí—. Y ahora no va a poder ser. El patrocinador dio marcha atrás en el último momento. No sé adonde acudir.

Autumn rebuscó en su bolso y sacó una barrita de chocolate negro de cultivo ecológico, adquirida en una tienda de comercio justo.

—Toma —partió un par de cuadrados—. Te sentirás mejor.

Addison se echó a reír.

—¿Es el chocolate tu respuesta para todo?

—A veces.

El autobús se detuvo en la parada y se levantaron para dirigirse a la puerta.

—No te preocupes aún por la situación de Tasmin —Autumn le guiñó un ojo—. Puede que no todo esté perdido.

En el exterior, el ocaso descendía a toda velocidad, mezclándose con la noche. En el pabellón de Richard la luz brillaba a todas horas. Autumn reflexionó que además de bajar la calefacción en los hospitales, deberían contemplar la posibilidad de apagar una parte de los cientos de luces que resplandecían las veinticuatro horas. Seguro que ayudaría a solventar la crisis financiera del Servicio Nacional de Salud.

Richard estaba en la cama, aún conectado a las mismas máquinas que el día de su ingreso. De encontrarse camino a la recuperación, la tecnología que le mantenía con vida tendría que haber aminorado. Se le veía delgado y consumido, esquelético. Autumn se preguntó si su cuerpo conseguía alimentarse como era debido. No le visitaba desde la no boda de Lucy. Había pasado más de una semana hasta que se sintió con fuerzas para hacer frente a Richard y contarle la entrega de droga en la que había embaucado a su hermana. La ira era una emoción que a Autumn le disgustaba, pero nunca en su vida se había sentido tan furiosa con alguien como lo estaba con su hermano.

Aun así, con sólo mirarle una vez su indignación se apagó y lo único que sintió fue lástima. Exhaló un suspiro de tristeza. El canalla desvergonzado y encantador que una vez fuera había desaparecido. Tenía el cutis pálido y moteado; el pelo, grasiento. Con cada aliento jadeante sus pulmones emitían pitidos en señal de protesta. Cada vez que respiraba daba la impresión de que sería la última. Se preguntó si algunos de los chicos del programa ¡DÉJALO! enmendarían su conducta si pudieran ver los abismos a los que la adicción de Richard le había arrastrado. Su historia servía de ejemplo contra el abuso de las drogas de cualquier tipo.

Autumn agarró la mano de Addison y él le dio un apretón. Mientras se aproximaban a la cama, su hermano abrió los ojos. Daba la sensación de que se esforzaba por enfocar la vista. Los ojos que tiempo atrás habían brillado tanto, rebosantes de picardía y confianza, ahora estaban oscuros y hundidos en las cuencas. Era terrible verle así.

—Hermanita —dijo con voz ronca—. Pensé que te habías olvidado de mí —no había amargura en sus palabras, sino una inmensa tristeza y soledad. Autumn se sintió fatal por no haber acudido antes.

—Necesitaba tiempo para asimilar algunas cosas —repuso ella con sinceridad mientras se sentaba en la silla de plástico situada junto a la cama.

—¿Todo bien, colega? —dijo Addison tomando asiento al lado de Autumn.

—Mejor que nunca —respondió Richard sin acritud.

—Tienes buen aspecto —mintió Autumn.

—Y una mierda —murmuró él—. Los dos sabemos que no es verdad.

Autumn no tuvo fuerzas para llevarle la contraria.

—Traemos noticias —dijo con forzada alegría al tiempo que se giraba hacia Addison en busca de apoyo.

—No me lo digas —repuso su hermano—. Vais a casaros.

Autumn se echó a reír.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque nunca os he visto tan contentos —trató de levantar la cabeza de la almohada, pero no lo consiguió—. Me alegro por ti. Por los dos.

—Me preocupaba cómo te lo ibas a tomar —confesó Autumn.

—¿Tan cabrón soy? —espetó Richard. Entonces, como respuesta a su propia pregunta, añadió—: Sí, me figuro que sí.

—Aún no hemos fijado una fecha para la boda.

—Más vale que sea pronto; si no, puede que no esté para verla.

—No hables así —le amonestó su hermana—. Te recuperarás. Sólo es cuestión de tiempo.

—Lo que no me queda es tiempo, hermanita —una lágrima se deslizó entre sus pestañas—. Ahora que sois almas gemelas, supongo que le habrás hablado a Addison del favor que me hiciste.

—Lo sabe todo —respondió Autumn—. Entre nosotros no hay secretos —lanzó a su novio una mirada de afecto.

—¿Queréis hablar a solas? —preguntó Addison—. Puedo salir un momento a tomar una taza de ese café repugnante de los hospitales.

Richard sacudió la cabeza con lentitud.

—Quédate. Ahora eres de la familia.

Addison volvió a ocupar su silla.

Richard dijo:

—Me imagino que todo salió bien.

—Sí —respondió Autumn—. No hubo ningún problema con la entrega. Pero antes llamé a la policía y los arrestaron justo después del intercambio.

Richard trató de encogerse de hombros, aunque no lo consiguió.

—Ya da igual —dijo—. No van a venir a buscarme aquí.

—Me entregaron una bolsa con dinero.

Su hermano se mostró sorprendido.

—¿De veras?

—Es mucho, Rich.

—Nunca pensé que pagarían.

—Entonces, ¿es tuyo?

—Sí —admitió él—. Digamos que son mis ganancias ilícitas.

—No voy a devolvértelo —declaró Autumn—. Cuando salgas de aquí, quiero que te rehabilites. Que seas un hombre legal. Basta de drogas. Basta de relacionarte con matones. Te ayudaré todo lo que pueda. Lo sabes.

Richard alargó el brazo para cogerle de la mano y ella le dio un apretón.

—Siempre me has ayudado.

—Quiero utilizar el dinero para echar una mano a los chicos del Centro —dijo.

Las máquinas a las que su hermano estaba enchufado volvieron a sisear, pitar y borbotear.

—Seamos realistas. No voy a salir de aquí con vida —dijo él. Sus ojos cansados, opacos, examinaron el ambiente frío y aséptico—. Utiliza el dinero para lo que quieras. Me gusta la idea de que algo positivo resulte de todo esto. Haz una de tus buenas obras.

Autumn empezó a llorar.

—Gracias, Rich —le besó en la mejilla. Su piel desprendía un olor a acetona, a enfermedad, a

muerte.

—¿Ves? —dijo él con una ligera risa que le provocó dolorosos espasmos—. Al fin y al cabo, no soy tan cabrón.

—Escúchame bien —dijo ella—, vas a cambiar la vida de, por lo menos, una chica joven —Autumn se giró hacia Addison con una sonrisa radiante—. Tasmin tendrá su puesto de joyas en Camden Market.

Capítulo 90

Cuando regresó a casa del supermercado, la carta estaba sobre el felpudo. Era de la compañía de seguros, y la había estado temiendo desde hacía semanas.

Nadia la recogió y la llevó, junto con las bolsas llenas de comestibles, hasta la cocina. Después de arrojar las compras sobre la encimera, contempló el sobre un buen rato. Se encontraba incapaz de soportar otra mala noticia. Aun así, rehuir la realidad no le iba a facilitar las cosas.

Lewis estaría en la guardería hasta el mediodía, por lo que tenía por delante una hora a solas hasta que fuera a buscarle. Se tomó un tiempo para preparar una taza de café y colocar cuidadosamente en un plato tres galletas Hob-Nobs cubiertas de chocolate, retrasando unos minutos más el temido momento.

Dio un sorbo de café y mordió una de las galletas mientras clavaba la vista en el sobre, colocado en posición vertical sobre el bote de Nescafé. Luego, cuando no pudo aguantar más el suspense, abrió la carta con un cuchillo. Empezaba con: «Nos es grato comunicarle...». Tenía que ser algo bueno, reflexionó. Examinó el resto del escrito lo más deprisa posible. La hoja se agitaba mientras sus manos, temblorosas, se esforzaban por mantenerla firme.

Decía que el juez de instrucción norteamericano se disponía a emitir un veredicto de muerte accidental. Tres de los policías que estaban de servicio en la azotea del edificio Stratosphere aquella fatídica noche habían presenciado la muerte de su marido. Y los tres albergaban dudas acerca de si Toby se había soltado de la barandilla de seguridad deliberadamente o si trataba de regresar a terreno seguro y, por accidente, había resbalado, encontrando así la muerte. Dado que no existían pruebas concluyentes que demostraran un suicidio, las autoridades iban a otorgar a Toby el beneficio de la duda.

Nadia sintió que se le encogían las tripas. ¿Podía también ella otorgarle a su marido el beneficio de la duda? Si cerraba los ojos, volvía a sentir en la piel el cálido aire del desierto, veía el terror en el rostro de Toby mientras caía en picado hacia atrás, alejándose de ella y derecho a una muerte segura. ¿De veras tenía la intención de quitarse la vida, o acaso en algún momento había contemplado la posibilidad de volver a saltar por aquella barandilla con la esperanza de enmendar las cosas, sabiendo que a ambos aún les quedaba su matrimonio? Se preguntó qué le habría pasado por la cabeza. ¿Había estado decidido a suicidarse, o no era más que un lastimoso grito de ayuda? El hecho de que nunca llegaría a saber la verdad iba a perseguirla durante el resto de su vida.

La carta continuaba diciendo que si, en efecto, aquél resultaba ser el veredicto del juez, Nadia tendría derecho a recibir el dinero correspondiente al seguro de vida de Toby, una suma que ascendía a cerca de cien mil libras esterlinas. ¡Cien mil libras! Las palabras se volvieron borrosas y la cifra le golpeaba el cerebro mientras una oleada de alivio le recorría el cuerpo. Sintió que ya era hora de que algo le saliera bien. Se frotó la cara con las manos al tiempo que trataba de asimilar la noticia. Confiaba con toda su alma que la valoración inicial de la compañía de seguros fuera correcta. No iban a poner por escrito semejante información a menos que estuvieran seguros del resultado final. No le harían albergar esperanzas para frustrarlas a continuación, ¿verdad? Con cien mil libras en el banco podía cancelar la deuda que tenía con Chantal, y acaso reducir la hipoteca hasta un límite al que pudiera hacer frente —dando por sentado, eso sí, que

alguien quisiera contratar a una mujer como ella, madre a tiempo completo durante los últimos cuatro años. Sus aptitudes profesionales podrían estar un tanto oxidadas y sus trajes de chaqueta, algo apretados por la cintura; pero, con un poco de suerte, alguna persona se daría cuenta de que aún tenía mucho que ofrecer.

La compañía de tarjetas de crédito todavía la perseguía por las deudas que Toby había contraído en las páginas web de apuestas y en los casinos de Las Vegas. La cantidad ascendía a más de ciento treinta mil libras, con intereses que se iban acumulando con el paso de los meses. Su abogada seguía convencida de que podían llegar a un acuerdo por el que Nadia sólo devolvería una parte de la importante deuda, o bien que algunas de las compañías de crédito acabarían por descubrir que tenían un corazón de oro y cancelarían la deuda por completo. Los periódicos nacionales seguían muy de cerca el desarrollo de los acontecimientos, lo que podría ser de ayuda. Las compañías implicadas se mostrarían reticentes a la hora de dar una mala imagen en la prensa.

Nadia estaba decidida a proporcionar a Lewis un ambiente familiar estable. En los últimos tiempos su hijo había tenido que soportar situaciones excesivas para su edad. Quería que el niño disfrutara de una vida feliz, y haría todo lo que estuviera en su mano para conseguirlo.

Aquella misma tarde Autumn iba a cuidarle mientras Nadia acudía a una entrevista de trabajo. Se le hacía un nudo en el estómago sólo de pensarlo. Era una buena oferta de empleo: comercial de publicidad para un portal de televisión local que acababa de inaugurarse. Podía hacerlo, estaba convencida. Únicamente necesitaba una oportunidad para demostrarlo.

Partió en dos la última galleta y se la comió, disfrutando del sabor del chocolate. Se rodeó el cuerpo con los brazos y apretó con fuerza. Pasara lo que pasase, había llegado el momento de mirar hacia el futuro.

Capítulo 91

—Si pudieras soltar esa chocolatina un momento, me podrías ayudar con estas cajas —dice Crush.

—Sí, claro —sólo me estaba tomando una Mars a modo de celebración; en fin, no lo puedo evitar.

Mientras observo cómo Aiden forcejea con una pila de CD y DVD soy incapaz de reprimir una sonrisa; y no porque esté forcejeando, sino porque está aquí, conmigo. Es la primera vez que comparto piso de forma definitiva; al menos, con una persona con quien mantenga una relación, y una oleada de alegría me recorre el cuerpo cuando pienso que es verdad, que se acaba de mudar a vivir conmigo.

—Tengo una idea mejor —digo yo—. ¿Por qué no dejas esa caja en el suelo, enciendo el hervidor de agua y compartimos un poco de chocolate?

Suelta la caja de inmediato y se deja caer sobre la alfombra.

—Eres de esa clase de mujeres a las que no se les puede decir que no.

Le acaricio la mejilla.

—Pareces agotado.

—Es que llevo cargando cajas de un lado a otro desde el amanecer —me informa, como si yo no lo supiera. Un amigo le ha prestado una furgoneta para trasladar sus cosas y tiene que devolverla a las cuatro de la tarde. Me dedica una amplia sonrisa—. Es un trabajo agotador. De un momento a otro voy a tener que tumbarme y quitarme la ropa.

—No te muevas de aquí —plantando un beso en la nariz de mi novio, me voy abriendo camino entre la montaña de cajas que invade mi cuarto de estar y me dirijo a la cocina. No sabía que los hombres tuvieran tantas pertenencias. Hay ropa, revistas y aparatos por doquier, y juro que Aiden Holby tiene más productos de aseo que yo misma. Me encanta la idea de pelearme con él para mirarnos en el espejo del cuarto de baño. Aunque confío en que no acapare la ducha, como hacía Marcus. Cuando mi ex novio por fin terminaba, nunca me quedaba agua caliente. Lo cual dice muchas cosas sobre nuestra relación, me parece a mí. Crush nunca me dejaría con las sobras casi frías.

El recuerdo de Marcus clava un alfiler en mi burbuja de felicidad. Esta mañana he recibido una postal que me ha enviado. Lleva matasellos de Mauricio y muestra un hermoso paraíso tropical, ideal para parejas enamoradas en luna de miel. Lo único que está escrito, con la estilizada letra de Marcus, es: «Ojalá estuvieras aquí», y abajo hay dos solitarios besos representados con las correspondientes «X». Siento lástima de él y me pregunto si habrá viajado solo. De ser así, sólo él tiene la culpa. De todas formas, no puedo evitar un suspiro.

—¿Dónde está ese té, preciosa? —grita Crush desde el salón—. Pensaba que ibas a volver corriendo a tumbarte conmigo en la alfombra.

Sonriendo, contesto también a gritos:

—¡Ya voy!

Vuelvo a mirar la postal y, con suma lentitud y cuidado, la rompo en pedazos muy pequeños y la tiro a la basura.

—¿Qué es eso? —pregunta Crush desde el umbral de la puerta, a mis espaldas.

—Nada importante —respondo.

—¿Sabes que te quiero mucho? —dice.

—Sí —y es verdad. Por primera vez en mi vida sé lo que se siente al amar a una persona y ser correspondida sincera y abiertamente—. No irás a volverte raro ahora que te has instalado en mi casa, ¿verdad? —digo yo.

—No, preciosa —me pasa el brazo por los hombros y me atrae hacia él—. Siempre que me suministres grandes cantidades de chocolate y de té, todo irá a la perfección.

Capítulo 92

—A ver, ¿cuándo vamos a ponernos a dieta? —en la actualidad, por encima de la cinturilla de los pantalones luzco unos michelines considerables. La visión no es placentera, la verdad.

—Yo sigo comiendo por dos —comenta Chantal—. El único antojo que tengo es el chocolate; cada vez me apetece más —esboza una sonrisa bobalicona—. ¿No es fantástico?

Cuando me quede embarazada, seguro que tendré la mala suerte de sentir rechazo al chocolate y no se me antojará más que el carbón empapado en aceite de oliva o las natillas frías cubiertas de queso gorgonzola. La sola idea me espanta. Puede que tenga que plantearme no tener hijos jamás.

—No pienso preocuparme en recuperar la línea hasta mucho después de haber dado a luz —Chantal se acaricia el vientre con afecto—. Mientras tanto, ¡que sigan las calorías! —para demostrarlo, se zampa otro praliné con entusiasmo.

Menudas son las embarazadas. Ojalá yo también esperara un bebé; me daría atracones como un cerdo. Pero sólo de chocolate.

—Yo no tengo que ponerme a régimen; no he engordado ni una pizca —dice Autumn con tono recatado.

Me parece que también voy a coger manía a las vegetarianas.

—Pues yo he adelgazado —señala Nadia.

—Ah —mi ánimo decae al comprobar que he perdido a mi única posible aliada. Por lo que se ve, sólo yo voy a tener que tomar ensaladas libres de grasa a partir de ahora. En fin. Pero un atracón final antes del sacrificio no me va a perjudicar, digo yo. No. Desde luego que no. De hecho, negarle al organismo lo que más desea es perjudicial. Está demostrado científicamente. Seguro que lo he leído en algún sitio. Y mi organismo, en concreto, desea derivados del cacao con mucha frecuencia. Por el momento, las magdalenas con tropezones de chocolate que prepara Clive son el tratamiento ideal para Lucy Lombard.

—¿De qué preferiríais prescindir? —les pregunto—. ¿De la comida o del chocolate?

—De la comida —responde Nadia sin pensarlo mucho—. El día que tomando lechuga tenga un orgasmo, puede que cambie de parecer.

No puedo estar más de acuerdo con mi amiga.

—Y decidme, ¿qué dejaríais antes, el sexo o el chocolate?

—He perdido el gusto por el sexo —admite Chantal, y las demás damos un ligero respingo—. Muy gracioso, sí —comenta ante nuestra reacción—. Pero resulta que Ted se ha vuelto insaciable. Irónico, ¿verdad? —se acaricia el vientre con cariño—. No sé qué hacer con esto. ¿Dónde lo pongo? Aun así, Ted encuentra irresistible el tipo de las embarazadas.

—A algunos hombres les pasa —nos informa Nadia, la única del grupo con experiencia al respecto—. A Toby le encantaba cuando estaba embarazada —los ojos se le llenan de lágrimas momentáneamente.

—El problema es cuando tienes el tipo de embarazada pero no lo estás —me paso la mano por la tripa y, una vez más, el momento de tristeza queda interrumpido por nuestras carcajadas—. A muy pocas personas les gusta eso —aunque estoy convencida de que abundan las páginas web dedicadas a quienes sí les gusta.

—Pues yo empiezo a aficionarme al sexo —confiesa Autumn mientras las mejillas se le ponen como la grana—. No entiendo cómo he tardado tanto. Addison es un amante fabuloso.

—Querida mía, eso es lo que suele llamarse «exceso de información» —le digo. Addison está influyendo mucho en Autumn. Hoy mismo nuestra amiga se ha presentado llevando licra, en vez de ir vestida de algodón arrugado de la cabeza a los pies. Un avance, desde luego. Habrá que seguir al tanto. Dentro de poco empezará a comer sándwiches de beicon, llevará zapatos de piel y votará al Partido Conservador, estoy convencida.

—Nadia, ¿sexo o chocolate?

—Sexo —responde Nadia mientras frunce los labios con ademán pensativo. La pregunta es complicada—. Chocolate. Sexo. Chocolate. Sexo, está claro. No. Chocolate —asiente con decisión mientras mastica el guirlache de cacahuets cubierto de chocolate que Clive nos ha dado a probar a modo de experimento—. Por el momento, me quedo con el chocolate, aunque me encantaría poder elegir.

—Si Jacob va a tu casa a levantar objetos pesados, como te ha prometido, puede que no tengas que esperar demasiado —bromeo yo. Clavando las pupilas en Chantal, añado-: He oído que es bueno en ese terreno.

—Es sensacional —responde Chantal, sin alterarse en lo más mínimo—. Soy la única que lo sabe de primera mano.

—Eres la única que podías pagarle, querrás decir —replico yo.

—En serio, Nadia —dice Chantal—. Los hay peores. Si Jacob se ofrece a ir a tu casa a practicar bricolaje, no se lo impidas.

—Es encantador —responde Nadia—, pero es demasiado pronto para pensar en esas cosas. Pasará mucho tiempo antes de que pueda ni siquiera mirar a otro hombre.

—De momento, no renuncies al chocolate —mascullo con la boca llena—. Nunca te falla.

—Y tú, Lucy, ¿de qué prescindirías antes? —me pregunta Nadia, deseosa de dejar de ser el centro de la conversación—. ¿De Crush o del chocolate?

—Del chocolate —respondo con firmeza, como si no existiera otra respuesta.

—No me digas más: lo tuyo sí que es amor —responde ella. Autumn y Chantal se echan a reír.

—Por supuesto que sí —tiene toda la razón. Hay cosas en la vida de las que preferirías no tener que prescindir, como el chocolate, por ejemplo; pero sabes que, a la hora de la verdad, podrías hacerlo. Hay otras cosas que son tan imprescindibles como el aire que respiras. Sonrío para mis adentros. Aiden Holby se encuentra entre las imprescindibles. Aunque me encantaría seguir contando con el chocolate, claro está.

En la cafetería reina la calma y por los altavoces suena una apacible melodía de jazz que nos tranquiliza el ánimo. Cuando se produce una pausa en la llegada de clientes, Clive se quita el delantal y, acercándose a nuestra mesa, toma asiento en el sofá al lado de Nadia.

—¿Cómo están mis chicas?

—Muy bien —respondemos al unísono.

—Y a vosotros, ¿cómo os va? —le pregunto yo.

—No del todo mal —responde con cierta vacilación—. Hemos hecho las paces. Tratamos de llevarnos bien, de poner las cosas en claro.

—Me alegro —por lo que se ve, Clive no va a beneficiarse de cortes de pelo gratuitos y Darren se va a perder un chocolate de primera. Así es la vida.

—Hay algo que queremos pedirte —en ese mismo instante, Tristan sale de la trastienda con una botella de vodka con sabor a chocolate y varios vasos de chupito.

—Ah, qué bien —exclama Nadia con entusiasmo.

—¿No es un poco temprano para tomar vodka? Todavía no se ha puesto el sol —le digo a los chicos.

—No hay sol porque estamos en febrero —señala Clive—. Así que da igual.

—Con un poco de suerte, acabaremos brindando —interviene Tristan.

Me siento intrigada.

—Muy bien, pues vodka para todos —respondo.

Chantal levanta una mano.

—Para mí no. Sí, ya está la embarazada aguantando la fiesta.

—Iré a buscar un batido de chocolate —dice Tristan, y regresa al mostrador a preparárselo.

—Y trae un poco más de ese guirlache de cacahuets cubierto de chocolate —dice Nadia elevando la voz.

Cuando Tristan vuelve a la mesa, Clive hace el anuncio.

—Estamos pensando en irnos a Francia —lanza a su novio una tierna mirada—. No hemos tenido unas vacaciones como Dios manda desde que abrimos el local. Aunque nos gusta el negocio, estamos agotados y creemos que necesitamos un tiempo a solas.

—Magnífica idea —comento yo—. Brindo por eso —levanto mi vaso vacío con aire expectante.

Clive, amablemente, lo llena. Me bebo el vodka de un trago. Acto seguido, sirve a los demás y luego, otra vez a mí. Tristan y él intercambian una mirada inquieta.

—Verás, Lucy-dice—. Sabes que te adoramos...

—Pues claro —esbozo una sonrisa estúpida. El alcohol empieza a hacer efecto.

—Nos gustaría estar fuera un mes, puede que más.

Me encojo de hombros con aire alegre.

—Suenan fabulosos.

Me sirve más vodka.

—Y nos gustaría que cuidaras de Chocolate Heaven mientras tanto.

—¿Yo?

—Sabemos lo mucho que te gusta y se nos ocurrió que el desafío te apetecería.

En efecto, sería un desafío.

—No sé nada sobre el chocolate —les recuerdo—, salvo comerlo en grandes cantidades.

—Te daremos un curso de choque antes de marcharnos —me promete Clive.

Un curso de choque.

—El término «choque» en relación conmigo no augura nada bueno —les advierto.

—Lo harás estupendamente —asegura Tristan—. Los clientes se quedarán encantados. No podríamos dejar el negocio en mejores manos.

—No sé —digo yo con tono vacilante—. La última vez que me ofrecí a ayudarlos os preocupaba la idea de que me comiera todas las existencias.

—Hemos cambiado de opinión —asegura Clive—. Puedes hacerlo. Estamos convencidos.

Es decir, que están desesperados. ¿Y si, en efecto, me zampo todos sus beneficios y cuando vuelvan se han quedado sin negocio? Es una posibilidad evidente.

—Acepta —me apremia Chantal—. No tienes nada que perder.

—Vamos —dice Nadia—. Es el trabajo de tus sueños.

Tiene razón. Es lo que he deseado toda mi vida.

—Tienes un don innato —añade Autumn.

Observo que Clive y Tristan contienen el aliento.

—Chicos, será un grave sabotaje contra mi dieta de adelgazamiento.

Ambos ahogan un grito y Clive pregunta:

—¿Quieres decir que aceptas?

Esbozo una amplia sonrisa.

—Claro que sí.

Clive da un puñetazo en el aire.

—¡Bieeeeeen!

Los chicos se abrazan, encantados. Luego me abrazan a mí y me cubren de besos. Confiemos en que sigan sintiendo lo mismo dentro de unos meses. Necesito más vodka.

La puerta se abre y entra Crush al tiempo que Clive y Tristan se apartan de mí.

—Supuse que te encontraría aquí, preciosa.

—Tengo un trabajo nuevo —anuncio con tono alegre.

—¿Ah, sí? —dice él—. ¿Y cómo va a arreglárselas sin ti la dirección de Targa?

—Bastante bien, diría yo —respondo.

—Seré yo quien lo juzgue —dice mientras me abraza y me besa con ternura.

—¿No quieres saber en qué consiste mi trabajo fabuloso?

—Ahora resulta que el trabajo es fabuloso, ¿no?

—Sí, lo es —dedico una amplia sonrisa a Clive y a Tristan. Aún no hemos hablado de los términos, condiciones, sueldo, ni nada parecido; aunque ya conozco los beneficios que el puesto acarrea. Sea cual sea el trato, sé que voy a estar en mi elemento. Conseguiré ponerme a la altura; no creo que me resulte demasiado difícil—. Voy a estar al cargo de la cafetería mientras Clive y Tristan se van de viaje.

—Por lo que se ve, vas a estar en el paraíso.

—Exacto. En Chocolate Heaven, el paraíso del chocolate.

Tristan va a buscar un vaso para Crush y le sirve un chupito de vodka.

—Por Lucy —dice Clive.

Mis amigos y mi amante responden al unísono:

—¡Por Lucy!

Noto un nudo en la garganta. ¿Qué haría yo sin estas personas que tanto me quieren? Me siento privilegiada: tengo todo lo mejor que la vida puede ofrecer. Levanto mi vaso.

—Por los buenos amigos, un novio fabuloso y un chocolate de primera.

¿Qué más se puede pedir?

* * *

Table of Contents

[El club de las chocoadictas](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87

Capítulo 88

Capítulo 89

Capítulo 90

Capítulo 91

Capítulo 92